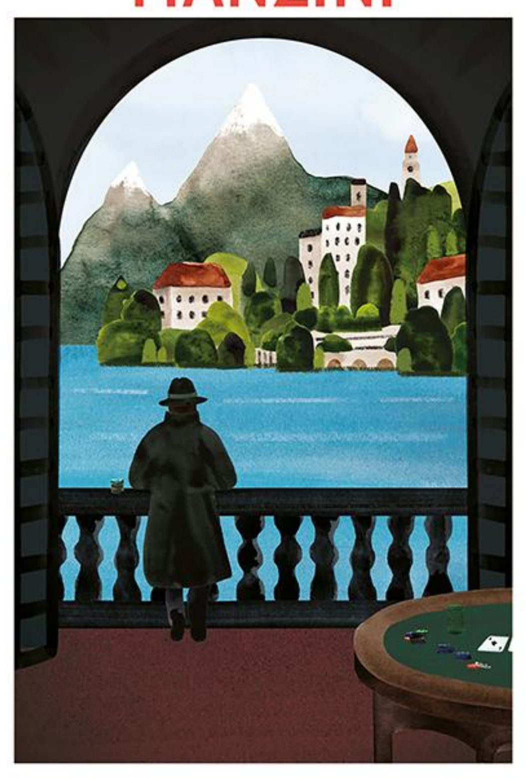
NO MÁS APUESTAS

ANTONIO MANZINI





Antonio Manzini

NO MÁS APUESTAS

Traducción del italiano de
Irene Oliva Luque



A mi padre

Martes

—¿Estás dormido?

—No.

—Pues así tampoco me dejas dormir a mí.

—Es que me late muy rápido el corazón.

—¿Y eso?

—No lo sé. De repente se pone a mil.

—Si respiras hondo, se calma.

—Lo intento, parece que así mejora.

—¿Y puede saberse por qué estás en mi cama?

—Es que en la mía hace frío.

—La temperatura es la misma.

—Aquí hace más calor.

—Te lo parece, pero no. Como hombre a punto de cumplir los cincuenta, no me apetece dormir con un adolescente que no para de moverse y de dar patadas.

—Ya, normal. ¿Por qué estás tan triste? He leído que has cogido a los malos.

—He cogido a uno de los malos; a los demás, todavía no.

—¿Y eso?

—Es una larga historia.

—Tiempo tenemos, lo que no tenemos es sueño.

—Sueño no tendrás tú, pero yo sí. Vete a dormir con tu madre, anda.

—No me gusta dormir con mi madre. Pero vale, me voy a mi cama. ¿Puedo llevarme a *Loba*?

—No, *Loba* se queda aquí. Y hablando de *Loba*, tienes que cuidármela. Mañana me voy temprano.

—Sin problema, basta con que aflojes los cinco euros al día, como siempre…

—¿Cinco euros? Yo os alojo a ti y a tu madre gratis, ¿y tú tienes la cara dura de pedirme cinco euros?

—¿Tres?

—Dos y no se hable más.

—Trato hecho. ¿Puedo encender la luz?

—¡Ni se te ocurra!

—¡Me ha entrado hambre!

—Mira a ver si hay galletas.

—¿Te apetece una pasta recalentada?

—No. Quiero probar a dormir. Buenas noches, Gabriele.

—Buenas noches, Rocco.

Miércoles

Eran las cinco de la mañana cuando el subjefe Rocco Schiavone se quitó el nórdico de encima de una patada y apoyó los pies desnudos en el parqué. La casa estaba templada, señal de que aquella convivencia forzada al menos servía para algo: Gabriele sabía volver a poner en funcionamiento la caldera. Fue al baño, una ducha rapidísima, metió unas cuantas cosas en la bolsa. «Tú quédate acostada, cariño», dijo a *Loba*, que siguió tumbada en la cama. Entró en el salón. Los biombos que Cecilia y Gabriele habían montado estaban cerrados. Pero a través de las paredes de papel se filtraba una tenue luz azulada. Cecilia estaba delante de la pantalla del ordenador. Despacio, se acercó para echar un vistazo a través de una pequeña rendija entre los paneles y la vio sentada con las piernas cruzadas. Llevaba puestos unos auriculares y estaba concentrada en una película. Rocco estaba convencido de que jugaba *online*. Tal vez Sara Tombolotti, la psiquiatra a la que había mandado a Cecilia, estuviera obteniendo resultados. En silencio, se alejó satisfecho y salió del piso; lo esperaban seis horas de coche. A Gabriele le había mentido, no había pegado ojo. El miedo a que Baldi, siguiendo las indicaciones de Enzo Baiocchi, se pusiera a buscar el cadáver de Luigi bajo los cimientos del chalé del Infernetto lo había dejado sin aliento y le había partido el alma.

Gabriele estaba en la calle y el frío era una mano que apretaba el cuello. Como siempre, el atuendo del chico no era el más idóneo para aquella temperatura. Una cazadora fina encima de una camiseta de los Slayers, vaqueros y zapatillas de baloncesto. *Loba*, como una aspiradora, olfateaba las persianas metálicas de las tiendas todavía

cerradas. Un cartero envuelto en tantas capas que parecía un tuareg pasó en su escúter a toda velocidad. Gabriele sujetaba un pastelito de mermelada de albaricoque y de un bocado le arrancó más de la mitad. Su rendimiento escolar seguía en precario equilibrio al borde del insuficiente. Había sacado alguna nota decente, pero en las marías. Su caballo de batalla era el latín. Repasaba la lección, a las diez los someterían a un control oral masivo y la profesora había amenazado a toda la clase. «Todo el que falte, a menos que esté en el hospital para que le amputen una pierna, estará suspendido automáticamente», había anunciado mientras escrutaba al alumnado y, según le pareció a Gabriele, se detenía en él unos cuantos segundos de más con ese ceño fruncido de quien no admite réplica. Había estado empollando hasta la una de la mañana y tenía la sensación de que, por lo menos con los verbos, esta vez podía salir airoso. «Se llama verbo deponente a aquel que ya no cuenta con la voz activa y sólo se presenta en su voz pasiva, pese a que mantiene un significado activo. ¿Un ejemplo? Claro, profe. *Morior*, "morir", o *sequior*, que quiere decir "seguir". Hazme una frase. Vale, profe. Pues a ver: *perpetuo vincit qui utitur clementia!* ¡Muy bien, Gabriele! Gracias. ¿Otra? No, profe, sólo me sé ésta, ¡he tardado una noche en aprendérmela!»

Se comió lo que le quedaba de pastelito mientras cruzaba la piazza Chanoux.

Caterina miraba las montañas cubiertas de nieve que se elevaban sobre la ciudad que había sido su hogar durante muchos años, con las calles todavía mojadas por el relente de la noche. No era nada del otro mundo, pero había sido el suyo. Ni siquiera había tenido tiempo de despedirse de verdad, de pasar página sin remordimientos, con la conciencia tranquila por haber hecho lo que debía y no tener nada de lo que arrepentirse. Entonces, a apenas cien metros, vio al chico con *Loba*. Y un puño de acero le cayó sobre el estómago y le cortó la respiración. Gabriele hablaba solo masticando un pastelito, llevaba el pelo largo y sucio e iba vestido como si fuera primavera. Parecía atérmico, ni pestañeaba ante aquel suave viento gélido que anticipaba el invierno. *Loba* de vez en cuando levantaba la cabeza para olisquear

el aire y descubrir los olores secretos que ocultaba. Tal vez fuera por el frío, pero una lágrima le cayó rodando por la mejilla. Se la secó, luego se subió en el Nissan Micra rojo. Metió primera y la subinspectora Caterina Rispoli abandonó la ciudad de Aosta.

—¡Por lo menos podía saludarnos! —dijo Gabriele, agachándose para acariciar a *Loba*—. ¿Verdad, *Lobatita*? —Y se despidió con la mirada del utilitario rojo, que giró para perderse tras el edificio de la esquina.

Luego la lluvia empezó a caer. Primero llegaron las gotas pequeñas, y después las nubes abrieron las compuertas que dejarían caer el agua a cántaros durante días.

Temperatura templada, sin duda por encima de los quince grados. Intervalos de sol y calles abarrotadas. Hedor acre a medicinas caducadas y a montañas de basura vomitada fuera de los contenedores. Roma daba lo mejor de sí. Llamó al interfono.

—Sube, Rocco —dijo Brizio mientras le abría la puerta.

Acababan de sentarse a la mesa. Stella se levantó de un salto y fue a abrazarlo. La hizo girar como si fuera una niña.

—Por fin, cuánto tiempo. ¿Cómo estás? —Lo besó en los labios, era algo que siempre habían hecho desde que se conocían.

—Bien, Stella. ¡Te veo en forma!

—Eso, díselo tú, Rocco. ¡Tiene que comer! Dentro de poco no quedará nada más que el pellejo y los huesos —refunfuñó Brizio.

Stella se volvió hacia él enfurecida.

—Peso cincuenta kilos, un par de kilos por encima de mi peso ideal, así que ya sé yo lo que tengo que comer y cuándo tengo que comérmelo. ¿Tengo razón o no, Rocco?

—¡Más que un santo!

—Vaya amigo estás hecho, Schiavò —le espetó Brizio—. ¿Gustas?

—No, gracias, en la estación de servicio me he comido una porquería rellena de poliestireno… —Rocco se sentó a la mesa—. Si eso, una copita —añadió, y se sirvió vino.

Su amigo agarró el tenedor y empezó a comer.

—*Amatriciana*, como la hacía mi madre… No sabes lo que te pierdes.

—Tengo el estómago cerrado.

—Ahora me cuentas.

Stella tenía en el plato un puñado de lentejas acompañadas de dos zanahorias.

—Sofrito, salsa, carbohidratos… ¡puro veneno! —dijo ella mientras se zampaba la primera cucharada—. Bueno, ¿qué? ¿Te gusta? —preguntó indicando el salón. Acababan de amueblarlo. Destacaban un sofá de acero y piel y un televisor tan grande como la pared.

—¿De cuántas pulgadas?

—Si no puedo ir al estadio, por lo menos así disfruto del partido.

—¡Para lo que hay que ver! —repuso Rocco, y dio un sorbo al vino tinto.

—¿Seguro que no quieres pasta?

—Seguro, Brizio.

—Me acabo esta maravilla y nos ponemos en el balcón. ¿Has visto qué brisa? Parece que estemos en primavera, ¡y eso que la Navidad está al caer! Roma es una gran ciudad. —Y sorbió un par de espaguetis con chasquido incluido.

—En términos geográficos desde luego.

—¿Vienes por lo de la casa? —le preguntó su amigo—. Todavía no tengo novedades.

—No, es por otro asunto…

Stella se limpió la boca con la servilleta y miró a Rocco.

—Me he enterado de que la vendes. ¿Por qué?

—Ya no la necesito, no la quiero. ¡Compradla vosotros!

Brizio y Stella se miraron. Fue Stella quien respondió:

—No… Me recuerda a Marina, me recuerda a una época que ya no volverá, cuando todos éramos felices y reíamos sin parar.

—¿Entiendes ya por qué la vendo?

Stella asintió y pegó un mordisco a una zanahoria, que crujió.

—Pareces un conejo —la provocó Brizio.

Stella se echó a reír y enseñó dos incisivos de color naranja.

—Anda, vamos a fumarnos un pitillo, venga… —Tras una mirada a Stella, Brizio se levantó, seguido por Rocco.

Desde el balcón se veía un buen pedazo de la ciudad: la Torre de las Milicias, el Altar de la Patria y hasta una parte de la cúpula de San Andrés del Valle.

—Desde aquí arriba parece un paraíso, ¿verdad?

—El problema es cuando bajas a la calle. A ver, tenemos un problema chungo.

—Desembucha. —Brizio se encendió el cigarrillo.

—Baiocchi ha cantado lo del hermano. Y hasta le ha indicado a la policía dónde está el cadáver. Que, a ver, de cómo se ha enterado no tengo ni idea, pero ha dado la ubicación exacta.

—Joder…

—Si lo sacan, será con la bala dentro —dijo Rocco apoyado en la barandilla, con la vista puesta en los tejados de Roma—. Y esa bala es de mi pistola, Brizio. ¡Me van a comer!

Brizio dio otra calada.

—Con patatas. ¿Soluciones?

—No tengo. Creo que van a llegar hasta el fondo.

Su amigo entornó los ojos mientras contemplaba las vistas.

—Tenemos las manos atadas. ¿Qué pretendes hacer?

—Vacío la cuenta y adiós muy buenas. Yo al talego no voy. No por culpa del hijo de puta de Luigi Baiocchi.

—Eso está claro. Bueno, pues entonces Furio y yo nos encargamos de que se corra la voz y aguzamos el oído para estar al loro de las novedades. Era en el Infernetto, ¿no?

—Sí, ahora vive allí la familia Roncisvalle…

—Perfecto. Los tiempos burocráticos están de nuestra parte. Que no es que uno pueda coger así como si nada y ponerse a excavar debajo de unos cimientos, como si estuviera de excursión en medio del campo. Lo suyo sería avisar a Seba…

—No me contesta.

—Plantifícate en su casa hasta que te abra. Tiene que saberlo. Yo también haré por llamarlo. —Alzó la mirada—. ¡Fíjate! ¡Cómo cambia

el tiempo! —De repente se había levantado un viento gregal. Rocco y Brizio entraron en la casa con un escalofrío recorriéndoles la espalda.

Tía Letizia, la vecina de Sebastiano, estaba asomada a la ventana.

—Sube, Rocco… —lo invitó.

Rocco entró en el portal y subió medio tramo de escaleras. La viejecita lo esperaba en la puerta.

—No te responde Sebastiano, ¿eh?

—No, tía Letì, aunque a decir verdad yo ya ni lo intento. —Entró. El pisito olía a salsas y a guisos—. ¿Cocinando como siempre?

—El bueno de Sabatino, si no le preparo un plato distinto cada día, dice que ya no lo quiero… ¿Será posible? ¿A sus setenta y seis años?

Giraron por el pasillo y entraron en la cocina. Rocco destapó una cacerola.

—¡Albóndigas!

—¡Con pan! —añadió orgullosa la mujer.

—¿Dónde está Sabatino?

—Hoy le tocaba análisis de sangre y luego iba a que el fisioterapeuta le mirara la espalda… Ven… —Abrió la ventana del balconcito—. Rocco, por lo que más quieras, sabes bien que para mí eres como un hijo, pero de verdad espero que la próxima vez ese hurón te abra la puerta. Entrar así en casa de la gente no es cosa de cristianos.

—Tiene usted razón… —Y apoyó un pie en la barandilla.

—Que hasta el tío Armando, el del taller de abajo, el otro día me dijo: «Pero ¿es que Sebastiano tiene tapiada la puerta para que Rocco tenga que entrar por su balcón?»

—¿Y este Armando cuándo aprenderá a no meterse donde no lo llaman…? —Trepó agarrándose al tabique.

—Ya iría siendo hora, Rocco, tienes razón. En fin, hijo mío —le dijo mirándolo desde abajo mientras saltaba por la barandilla—, saluda a Sebastiano de mi parte y dile que si necesita lo que sea no tiene más que llamarme, que yo no me muevo de aquí. Me meto ya dentro, ¡que de estar mirando *p’arriba* me da vueltas la cabeza y me matan las

cervicales!

—Cuídese y dele recuerdos a Sabatino.

Rocco había aterrizado en el balconcito de Sebastiano. Miró dentro del salón. La luz de la televisión coloreaba la habitación. Llamó con los nudillos en el cristal. Esperó. Llamó otra vez. Finalmente, al otro lado del cristal apareció la cara de Sebastiano. Los ojos hinchados, el pelo despeinado, una rebeca vieja y gastada encima de una camiseta blanca manchada.

—¡Abre! —le dijo.

Sebastiano giró la manilla.

—¡No te rindes, eh!

—¡Déjame entrar! —Y lo apartó. La casa apestaba a polvo y a comida rancia. Sebastiano cerró de nuevo la ventana y luego se volvió para mirar a su amigo—. ¿Cuánto tiene que durar este embargo, joder? —le preguntó—. No me coges el teléfono, no das noticias, ¡ni siquiera te dignas a abrir la puerta! —Con la cara roja, Rocco gritaba, pero Sebastiano lo miraba en silencio. No se sabía muy bien si estaba a punto de estallar o simplemente cansado y abatido—. ¡Tengo que hablar contigo!

Fue entonces cuando Sebastiano se llevó el índice delante de la nariz para pedir prudencia y abrió los ojos de par en par. Rocco no entendía nada.

—Pero... —Luego fue hasta el fregadero de la zona de la cocina y abrió el grifo—. ¿Qué coño...?

Sebastiano se cerró la boca con dos dedos y subió el volumen del televisor; en torno a una mesa de diez metros de largo un grupo de personas seguía con atención a una cocinera que preparaba una receta: «Dejamos las lentejas en remojo por lo menos un par de horas...»

Sebastiano cogió papel y boli.

«Se pone el embutido en una cazuela amplia y se recubre de agua, así, ¿lo veis?»

Sebastiano escribía. Rocco se acercó a la hoja.

«Ahora cortamos en rodajas el tallo de apio y las zanahorias.»

Leyó: «No hables. Calladito. Lo sé todo.»

«Picamos la cebolla y la rama de apio para hacer un sofrito...»

Rocco cogió el bolígrafo, escribió deprisa y le pasó la hoja a Seba, que con una mueca recuperó el bolígrafo y subrayó dos veces el mensaje de Rocco. «*¿Ti ha llarrabo Brzo*?» Y añadió: «¿Qué coño has escrito?»

Rocco alzó los ojos al cielo y esta vez recurrió a la letra de imprenta: «¿TE HA LLAMADO BRIZIO?»

«Después de escurrirlas, añadimos las lentejas junto al laurel y el romero.»

Sebastiano asintió. Luego continuó: «¡Con esa letra ya podías haberte *metío* a médico!»

«¡POR LO MENOS SÉ ESCRIBIR!»

«Veteatomarporculo.»

«SE ESCRIBE SEPARADO: VETE A TOMAR POR CULO.»

«Las lentejas tardan unos cuarenta minutos, por lo que tenemos tiempo de sobra para...»

Sebastiano miró a Rocco. Le sonrió. Se llevó la mano al corazón, Rocco hizo lo propio. Sebastiano se inclinó de nuevo sobre la mesa.

«Cuando todo esto acabe, hablamos. Ahora lárgate. Pero antes suelta un par de gilipolleces sin más. Que a ti eso se te da bien.»

Fue a cerrar el grifo y a bajar la televisión. Rocco dio un suspiro de alivio.

—Pero ¿entonces no te duchas por eso? —Y señaló la pulsera electrónica que su amigo llevaba en el tobillo.

—No, sólo hay que meterla en una bolsa de plástico. No me baño porque no espero visitas. Vamos, es que no me esperaba ni la tuya.

—¿Te hace falta algo?

—Sí, ¡que te largues! —Luego se le acercó y lo abrazó con todas sus fuerzas.

A Rocco se le partió el alma.

—Vale, me voy. Ha sido un placer volver a verte, Seba.

—Yo no puedo decir lo mismo. —Pero tenía los ojos llenos de lágrimas.

En el bar de la piazza San Cosimato el calendario se había detenido a mediados de los años setenta. En el aire flotaba un hedor a trapo sucio y madera podrida. En los estantes polvorientos se alineaban licores ya extintos en casi todo el planeta. Dom Bairo, Biancosarti, Coca Buton. En el centro, como una reliquia, se erigía una botella de Caffè Sport Borghetti. La máquina de café, marca Faema, lucía el plástico cuarteado y, colocadas encima, había decenas de tacitas regordetas y marrones. Cero concesiones a la nueva bollería industrial llena de azúcares y grasas hidrogenadas, sólo chicles sueltos de una marca desconocida tirados en un cuenco de cristal y turroncitos con el papel amarillento. El mármol anaranjado del suelo cochambroso estaba deteriorado y desportillado. Un transistor japonés lleno de polvo y con la antena partida emitía ráfagas entre las que de vez en cuando surgía una canción italiana. En el rincón, una máquina de *pinball* que llevaba años apagada mostraba imágenes de Tarzán. Había cuatro mesitas de hierro abolladas rodeadas de sillas de plástico de hilos trenzados. En una de esas mesas, la más cercana a la puerta cristalera, estaban sentados Rocco, Furio y Brizio. Leían la hoja con el diálogo surrealista que habían mantenido Rocco y Sebastiano. Furio negaba con la cabeza.

—No entiendo... ¿Qué quiere decir?

—Subió el volumen de la tele, abrió el grifo y me indicó con un gesto que me quedara callado.

—Parece una película de espías —comentó Brizio concentrado en la nota.

Entraron en el bar dos policías, dándose aires de amos del lugar; con los brazos en jarras, miraban a su alrededor con un mohín de desprecio en la boca. Furio alzó discretamente los ojos al cielo. Los agentes se acercaron a la mesa, Brizio seguía concentrado en aquella hoja de papel cuadriculado.

—Mira quién anda por aquí —declaró el agente de más edad. Lucía perilla, una mirada torva y la chaqueta a punto de estallarle por los bíceps hinchados. Se situó a la izquierda de Furio. El más joven, bajo, robusto y pelirrojo, a la derecha—. Furio Lattanzi. ¡Y también está Brizio Marchetti!

Brizio le devolvió el papelito a Rocco.

—¿Qué os contáis? —preguntó el policía joven.

—Los cojones —respondió mascullando Furio.

—¿Y este amigo vuestro quién es? —preguntó el viejo.

Rocco lo miró entornando los ojos.

—¿Nos conocemos?

—Yo a ti no te he visto en mi vida —respondió el otro.

—¿Cómo que «a ti»? ¿Y desde cuándo nos tuteamos?

Los dos agentes se miraron, sin deshacerse de la mueca de desprecio en los labios.

—Yo tuteo, pero a ti más te vale hablarme de usted.

Rocco le dio un golpecito en el brazo a Brizio.

—¿Quiénes son estos dos payasos de tres al cuarto?

—Tú ni caso, no son más que dos porculeros —respondió su amigo, con fuerte acento romano y levantando levemente los hombros.

—Lo único que hacen es tocar los cojones —añadió Furio—, están convencidos de que Brizio y yo somos los malos. ¿Tú y yo somos malos, Brizio?

—Yo diría que no.

—¿Sabéis algo de la joyería de via Galvani? —preguntó el poli de más edad.

—No sabía ni que había una joyería en via Galvani.

—Les han birlado la caja fuerte. Y a mí, a saber por qué, se me ha venido tu nombre a la cabeza, Furio.

Furio levantó la mirada.

—¿Te has enamorado?

Brizio se echó a reír.

—¿Os hace gracia? Pues a nosotros, no, ni pizca. Bueno, ¿qué?

—¿Bueno qué de qué? —intervino Brizio—. ¿No tenéis nada mejor que hacer que venir a tocarnos los cojones?

—¿Puedo saber cómo os llamáis? —preguntó Rocco, pero Furio lo detuvo agarrándole el brazo.

—No te metas —le dijo—, ellos también hacen su trabajo.

El agente más veterano cogió una silla y se sentó al lado de Furio.

—Porque, por como yo lo veo, cada vez que hay de por medio una caja fuerte, tarde o temprano apareces tú, Furio. ¿Me equivoco?

Furio se volvió despacio hacia el policía.

—¿Sabes una cosa, Mario? Vas muy desencaminado. Yo las cajas fuertes no las toco. Demasiado tiempo, se resisten y no salen a cuenta. Ahora me cepillo los bancos. Es probable que en el primer atraco te topes conmigo, si tienes huevos de venir a ver qué pasa.

—Qué cachondo —intervino el policía más joven—, sí que tiene gracia. Hagamos lo siguiente, Furio y Brizio, ahora nosotros investigamos. Si por lo que sea uno de vosotros no tiene una coartada decente para hace tres noches, y no vale meter en el ajo a las madres, las hermanas o las cuñadas, volvemos y os jodemos la vida.

—De aquí no nos movemos —repuso Brizio.

El agente de más edad se levantó arrastrando la silla.

—Nos veremos... —se despidió de ellos en dialecto romano—. En cuanto a ti —dijo apuntando a Rocco con el índice—, no sé quién eres, pero que no vuelva a verte con estos dos si no quieres que a ti también te demos un repaso.

—¿Otra vez tuteándome? —Rocco resopló y se volvió hacia Furio—. Me estoy poniendo nervioso. A ver, una cosa, agente de policía Mario... ¿Mario qué más?

El otro se llevó las manos al cinturón.

—Cuando un policía pregunta algo, se responde y punto en boca. Así que dime ahora mismo cómo te llamas ¡y da las gracias por que no te ordene cuadrarte!

El policía joven sonrió, y acto seguido se sintió en la obligación de echarle un cable a su compañero.

—Cuadrarte... Porque la mili la habrás hecho, ¿no?

Rocco se guardó en el bolsillo la hojita de Sebastiano.

—Vamos a ver, gilipollas, yo soy el subjefe de policía Rocco Schiavone, ¿y vosotros quién coño sois?

Las máscaras arrogantes cayeron para dar paso al pánico y la consternación.

—Cuando un subjefe le pregunta el nombre a un agente, el otro

responde sin tocar los cojones. Y ahora, ¿puede saberse cómo te llamas o me lo dices mientras te llevo a patadas en el culo hasta San Cosimato? —preguntó Rocco sin perder la calma.

—Yo...

—Sí, tú.

—Me llamo Mario Landini, señor, y mi compañero, Giuseppe Recchia.

—Muy bien, Recchia y Landini, ¿vosotros habéis hecho la mili?

—Sí...

—¡Yo, justo el último año que era obligatoria!

—Pues entonces media vuelta y no deis más por culo, ¡ar!

Se llevaron la mano de lado a la frente y, girando los talones, salieron del bar.

—Me perdonaréis, pero es que se estaba pasando —se excusó Rocco.

Brizio y Furio ni se molestaron en responderle.

—¿Entonces Sebastiano se cree que lo espían?

—Eso es, Furio, es lo que me ha dado a entender.

—Pero ¿quién?

—Y yo qué sé.

—Es una historia chunga —comentó Furio—. Si esa gente se pone a excavar en el Infernetto... No quiero ni pensarlo. ¿Qué hacemos?

—Propongo que tú y yo, Furio, echemos un vistazo por la zona. ¿Tenemos a alguien en el Infernetto?

—Al búlgaro —respondió Furio.

Nicola de Martini, que no era búlgaro, pero a quien llamaban así porque en 2008 había apostado dos mil euros a que Italia le ganaba a Bulgaria en la fase de clasificación del mundial y al final acabó eliminada con un penoso cero a cero.

—¿Nicola? —preguntó Brizio—. ¿Anda por allí?

—Lleva año y medio —respondió Furio—. Dice que el aire del mar le sienta bien. Nicola es de fiar.

—Mientras no se lleve tu dinero a una casa de apuestas, sí —puntualizó Rocco—. Pues entonces decidle que tenga los ojos bien abiertos.

—Sí, y nosotros lo mismo —añadió Furio—. Y en cuanto haya algún movimiento te llamamos.

—Ahora vuélvete a Aosta. Tienes el caso todavía abierto, ¿no?

—Sí... —Se levantó de la silla—. Os quiero, hermanos.

—Y nosotros... —respondió Furio—. Y en cuanto me entere de cómo va la cosa, me paso por lo de Seba, que a mí este rollo de que hay alguien vigilándolo no me hace ninguna gracia.

—Ni a mí, Furio, ni a mí. Últimamente he tenido que oler demasiado la peste que echa esa gente.

Abrió el portal del edificio pasada la medianoche. Destrozado por el viaje, con la boca amarga por todos los cafés que había tomado en las estaciones de servicio y los doce cigarrillos que se había fumado en el coche. Empapado después de correr escasos metros bajo el agua, se sentía como si un cepo le hubiera clavado sus afilados dientes en la carne de los músculos lumbares. Encendió la luz con temporizador. Tenía cartas en el buzón. Las recogió sin mirarlas. Subió las escaleras y por fin metió la llave en la cerradura. *Loba* corrió enseguida a su encuentro. Gabriele estaba tumbado en su cama, en el rincón cerca del baño. Estaba leyendo un tebeo.

—¡Rocco! ¡Bienvenido!

En cambio, el sofá de Cecilia estaba vacío.

—Hola, Gabriè... ¿Tu madre?

—Mamá todavía no ha vuelto. Tenía cita en el banco...

—¿A medianoche?

—No, por la tarde, pero ya sabes cómo es mi madre, ¿no?

—No, no lo sé. ¿Cómo es?

—Siempre se sabe cuándo sale, pero nunca cuándo vuelve. Ah, ¿y sabes qué? —Levantó las manos y seis dedos.

—¿Qué quieres decir?

—¡Un seis en latín! He sacado un seis en latín. ¡Hay que celebrarlo! Me preguntó los verbos deponentes.

—Estupendo, chaval, estupendo. —Lanzó el correo encima de la

mesa—. ¿Y ahora me explicas cómo es que es más de medianoche y tú sigues despierto? ¿Mañana no tienes clase?

—Sí, pero es un paseo. Educación física, lengua, pero está la sustituta, y el de mates está en la cama con fiebre, así que me da a mí que pasaremos la mañana en el gimnasio.

—Yo me voy a la cama, estoy hecho polvo. Tú apaga la luz e intenta dormir.

—¿Tienes hambre? Mamá ha preparado pollo asado para comer y ha sobrado un poco.

—Gabriè, me entran ganas de vomitar sólo de pensarlo...

—Ah, y te tengo guardada una cosa para que la leas... —Se dio la vuelta y agarró un periódico que había tirado sobre la mesita del salón —. Toma, igual te interesa.

Rocco lo agarró. Había un artículo de la sempiterna Sandra Buccellato.

—Lo ha escrito la gilipollas —comentó Gabriele.

EL CRIMEN DE VIA MUS:
UN CASO RESUELTO EN MEDIO
DEL CAOS NO RESUELTO

> Desde hace pocos días es noticia que la fiscalía ha llevado a cabo la detención de Arturo Michelini, crupier del casino del Valle de Aosta, acusado de homicidio. La víctima, Romano Favre, de sesenta y cinco años y ex inspector del casino, según las declaraciones del jefe de policía Andrea Costa, era culpable de haber identificado una trama de blanqueo de dinero negro. Dentro de la misma operación, también han resultado detenidos Giovanni Mieli, Rosanna Sbardella y Goran Mirković, este último de nacionalidad croata, aunque residente en Milán desde 2006. El director administrativo del casino, Enricomaria Ponchielli, se ha personado como parte demandante en el proceso elogiando el trabajo de la jefatura al desvelar la trama que perjudicaba tanto al casino como al conjunto de la ciudadanía. Fuentes de la fiscalía, por otro

> lado, dan a entender que detrás de este terrible homicidio podría haber algo más. Como de costumbre, las habituales bocas cerradas y sin comentarios, aunque da la sensación de que lo que se pretende ocultar es una investigación de aún más calado en cuyo epicentro se sitúa precisamente la casa de apuestas valdostana, que desde hace años navega en aguas revueltas. Con deudas millonarias y constantes transfusiones de dinero público por parte de la Región a sus exangües arcas, este transatlántico, el casino de Saint-Vincent, parece destinado a un atraque catastrófico. ¿Puede detenerse su singladura? Con frecuencia este diario ha pedido cuentas por esta administración irresponsable, ha pedido explicaciones sobre la que en otra época fuera una fábrica de dinero y bienestar que, sin embargo, se ha convertido en una especie de ministerio, esclava de los apetitos políticos y de las necesidades de alguien que la utiliza en beneficio propio. No obstante, estamos seguros de que no habrá respuestas. A los ciudadanos, a este diario, no nos queda más remedio que seguir pagando nuestros impuestos y confiar en una administración correcta y digna. Confiar, exacto, aunque eso sea pedir peras al olmo.
>
> Sandra Buccellato

Dejó el diario en la silla.

—Tengo que acordarme de presentarle a Sandra Buccellato a Michela Gambino —le dijo a Gabriele.

—¿Quién es Michela Gambino?

—La adjunta de la Científica. Ve conspiraciones por todas partes. Estas dos juntas podrían ser una bomba de neutrinos. En fin, yo me voy al sobre. ¡Hasta mañana! —Un silbido y *Loba* siguió a su amo hasta el dormitorio.

Gabriele por su parte decidió que era el momento perfecto para tomar un tazón de leche con Chocos.

Jueves

La lluvia caía a cántaros sobre la luna delantera y martilleaba el techo del automóvil. Eran las once de la mañana, pero sólo podía saberse mirando el reloj porque el temporal había oscurecido el cielo para sumergir el Valle en un repentino crepúsculo. Rocco llevaba diez minutos en el coche y seguía sentado mirando el limpiaparabrisas, que despejaba el cristal para mostrar durante escasos segundos la carretera encharcada de agua y las luces de los escaparates y el hotel de la acera de enfrente. Abrió un dedo la ventanilla para tirar el cigarrillo. La temperatura había subido. Le dolía la espalda y la rodilla también le lanzaba dolorosas advertencias.

Tenía que volver a empezar de cero. Al homicidio del señor Favre todavía le faltaba un mandante, y tal vez hubiera un detalle, un olor que no había percibido. Se volvió para mirar a *Loba*, que jadeaba y observaba fijamente los cristales empañados.

—Vuelvo enseguida… —Y salió del vehículo.

Cruzó via Mus con rapidez y entró en el portal. Introdujo la llave en la cerradura del número 2 y se encontró de nuevo en el piso de la víctima con el loden y el pelo calados de agua. Cerró la puerta tras de sí. Prefirió no encender la luz, dejar la casa en penumbra. Recorrió el pasillo y entró en el dormitorio. En el suelo todavía había restos de sangre de Romano Favre, una mancha oscura con la forma de Gran Bretaña. La lluvia lagrimeaba sobre la cristalera entornada que daba al jardín y había derretido toda la nieve que había caído en los días precedentes. En la jamba se veían claramente los signos de forzamiento. Se sentó en la cama y cerró los ojos. Respiró el olor de la vivienda, cada vivienda tiene uno particular. Percibía un perfume acre y metálico mezclado con tierra mojada. Se pasó la mano por el pelo empapado y

se lo secó con la colcha. ¿Qué se le había escapado?

En ese momento, tras los párpados, revisaba la escena. Arturo Michelini, el crupier, rebuscando en la habitación a la luz de una linterna. El ruido de la puerta abierta de golpe y la víctima volviendo a casa de repente. La alarma en los ojos del asesino mientras se esconde detrás de la puerta a esperar. Entonces entra Romano Favre, está buscando a *Bolita*, su gata siamesa. Arturo se escabulle hasta la cocina para esconderse, pero Romano lo ve. El otro coge lo primero que encuentra, el cuchillo, y de un salto le asesta la primera puñalada en el hígado. Arturo se acerca, amenaza a su víctima, segunda puñalada a la yugular, luego se aleja y lo deja allí, donde ahora está la mancha. El asesino coge el móvil, busca algo, se lo mete en el bolsillo y sale con las manos manchadas de sangre mientras a Romano Favre la vida se le escapa por un agujero en el cuello.

«¿Qué coño buscabas en el móvil?» ¿Qué era eso tan grave que había descubierto Romano Favre como para merecer la muerte? Se había equivocado al pensar que podía ser el blanqueo de dinero en el casino, los tres detenidos no tenían nada que ver con aquel homicidio.

¿Y entonces?

Esperó. Volvió a cerrar los ojos.

El cuerpo sin vida de Romano yace ahora en el suelo. En el puño, la ficha del casino de San Remo, su amuleto, aquello que tal vez lo ha llevado hasta el camino equivocado. Y pasan las horas. ¿Cuántas? No lo sabe. Luego una sombra a la que todavía no sabe poner cara entra por la cristalera, la fuerza con una especie de espada, aunque Rocco lo sabe, es un pincho para asar, lo ha cogido de la barbacoa del jardín. Lleva guantes, de eso está seguro. Lentamente deja el mechero de Cecilia Porta, la madre de Gabriele, en la mesita de noche y sin hacer ruido se marcha. ¿Quién es?

—¿Quién eres? —inquirió en voz alta, y el sonido retumbó en el piso desierto y helado. «¿De dónde sacaste el mechero de Cecilia?», se preguntó.

Nada, no daba con la tecla. Siguió sentado en la cama en el silencio de aquel piso lleno de sombras que sólo se veía interrumpido por el

ruido de la lluvia. Una casa muerta, como su dueño, y que tal vez nadie volvería a habitar jamás. Como la suya de Roma, en via Poerio, el piso que había sido testigo de sus días más hermosos y que ahora Brizio había puesto en venta porque Rocco no quería volver allí nunca más.

Se levantó de la cama, recorrió el pasillo en sentido contrario y salió. Miró la puerta de la vecina de enfrente, Bianca Martini, y su mirilla Montessori, como la había rebautizado el primer día que se había fijado en ella, a poco más de un metro y medio de altura. Subió el tramo de escaleras. Debía hacer también una visita a la cueva del ogro. Una cerradura sencilla. Rocco tardó dos minutos de reloj en abrirla. Encendió la luz. Todavía olía a leña quemada. En la repisa, los trofeos de esquí y las fotos del crupier sonriente mientras levantaba una copa sobre la nieve de alguna pista de alta montaña. Se acercó a la chimenea llena de cenizas. Con el atizador hurgó en ellas. Rescoldos viejos y dos clavos. Fue a la cocina. Abrió el frigorífico. No sabía lo que buscaba. La leche caducada, una latita de paté y una botella de vino blanco medio llena. Pasó a las estanterías. Las galletas para el desayuno, la sal rosa para la tensión —Arturo Michelini la tenía alta—, ollas, platos. Los objetos no se enteran cuando una casa muere, prosiguen con su existencia y esperan, acumulan polvo y serían capaces de continuar allí hasta la noche de los tiempos si más tarde no apareciera la mano de alguien que los liberara de aquel encierro solitario. Entró en el dormitorio. Abrió el armario. Había ropa colgada, pantalones de terciopelo, de lana; en la balda, la bolsa de la tintorería a la que el crupier había llevado el esmoquin para eliminar los restos de sangre. En la mesita de noche, un libro de Stephen King. Y en el cajón, la correspondencia del banco San Paolo de Saint-Vincent. La examinó. En la cuenta, poco más de tres mil euros. En un sobre encontró una tarjeta de crédito. Pero no era del banco San Paolo. Era del Walliser Kantonalbank.

—¿Para qué viene a verme, Schiavone? Tengo una reunión dentro de tres minutos. —Baldi caminaba deprisa con un montón de papeles bajo

el brazo.

Rocco lo seguía en compañía de *Loba*, que a esas alturas conocía el edificio del juzgado como si fuera su casa.

—¿Tiene novedades de Arturo Michelini?

—Llevo días interrogándolo, pero no sale nada. Encima se ha buscado a un abogado de los duros de pelar. Ivan Greco, ¿lo conoce?

—Es la primera vez que oigo su nombre —respondió Rocco.

Empezaron a bajar las escaleras.

—Ahora el gilipollas lo niega todo, no quiere el procedimiento abreviado y quiere ir a juicio. Mejor así, va a chuparse veinte años, con o sin Greco. ¡Me gustan los retos! ¿Usted sigue convencido de que el blanqueo de dinero no tiene nada que ver con la muerte de Favre?

—Cada vez más.

Baldi resopló.

—Resumiendo, seguimos en busca del mandante.

—Seguimos en busca del motivo por el que se lo ha cargado, señoría.

—Schiavone, cuanto antes me cierre el caso, mejor.

—Necesito hacer un par de indagaciones más.

Entraron en un largo pasillo.

—Buenos días, Messina —Baldi saludó a un compañero, que apenas respondió con un gesto de la cabeza—. ¿Y según usted el casino sigue siendo el lugar donde hay que buscar?

—Sí, el casino. ¿Por qué me lo pregunta, señor Baldi?

El magistrado se detuvo en medio del pasillo. Primero miró a sus espaldas, luego fijó la mirada en el policía.

—Digamos que para la fiscalía cuantas menos vueltas dé por allí, mejor... Y a buen entendedor... —Echó a andar de nuevo.

Pero Rocco se quedó parado.

—El abogado, el tal Greco, ¿es de Aosta? —preguntó.

—Sí, tiene el bufete en la piazza Chanoux. ¿Necesita un abogado, Schiavone? —le preguntó con una sonrisa irónica—. Es un penalista muy bueno, el mejor. Aunque tal vez le convenga buscárselo en Roma.

—Créame, no me hace falta ninguno, ni aquí ni en Roma.

—¿Seguro? —Y el magistrado desapareció dentro de una de las salas que daban al pasillo.

—Gilipollas —murmuró el subjefe.

—¿Qué podía esconder Favre en el móvil que se llevó el asesino?

—¿Un código? —se aventuró Antonio Scipioni.

—Antò, por favor, no contestes a una pregunta con otra pregunta —repuso Rocco.

—Un código —afirmó entonces el agente.

La ventana del despacho de Schiavone estaba empañada, y casi no se distinguían las montañas encapotadas ni la calle empapada desde la que los neumáticos de los coches salpicaban agua. Rocco sostenía el cigarrillo entre los dedos, le había dado sólo una calada, la ceniza parecía estar a punto de caer de un momento a otro.

—O una fotografía —sugirió Italo, de pie junto a la puerta. Se miraba la punta de los zapatos, con las mejillas chupadas y pálidas, en el rostro perduraban las marcas de los golpes que unos días antes le habían propinado sus ex compañeros de póker.

Michela Gambino permanecía en silencio con la nariz pegada al cristal y de vez en cuando dibujaba una flecha en el vaho condensado.

—¿Qué tenemos? La víctima, Romano Favre, que iba al casino y había descubierto una trama. Eso ya lo sabemos a ciencia cierta. Y esa trama no era, como pensábamos, el blanqueo de dinero. La prueba la llevaba consigo en el móvil. La noche del homicidio alguien lo llama, lo saca de su casa para que al asesino, Arturo Michelini, le dé tiempo a buscar esa puta prueba, y cuando vuelve, ¡zasca!, lo matan. Eso es lo que tenemos. —El subjefe apagó la colilla en el cenicero.

—Un mp3 —dijo Antonio, acariciándole la cabeza a *Loba*, que la tenía apoyada sobre sus rodillas.

—¿Un...?

—Mp3, que eso también puede esconderse en un móvil. Una grabación de audio, tal vez una conversación, una llamada...

—Exacto —convino Italo—. Pero fuera lo que fuese, seguro que

Michelini lo habrá destruido. Nunca lo encontraremos.

—Escojamos una posibilidad. Pongamos que yo tengo una prueba y sé que puedo inculpar a alguien... ¿Por qué no acudo a la fiscalía?

—¿Romano Favre no estaba seguro? —propuso Antonio.

—¿Quizá necesitaba tiempo para comprobarlo mejor? —añadió Italo.

—No creo —respondió Rocco—. Yo digo que en realidad había llegado a una conclusión. Y los hijos de mala madre lo sabían. ¿Cómo se enteraron? Tal vez por casualidad o tal vez... Romano Favre se iría de la lengua con alguien creyendo que era un amigo cuando en realidad de amigo no tenía nada.

—Pues yo si quisiera esconder algo... —intervino Michela Gambino, que hasta entonces había estado callada. Todos se volvieron hacia ella —. Lo escondería en el sitio más lleno de gente que hay en todo el mundo.

—Explícate mejor, Michè.

—Lo subiría a internet. —Y se volvió hacia sus compañeros. El dibujo que había hecho en el cristal cobró significado: una serie de flechas que salían desde abajo y se perdían hacia el cielo apenas visible tras el cristal—. Hagamos una búsqueda en YouTube, en Instagram, en Facebook, en todas esas polladas. Veamos si hay algún rastro.

—No es mala idea... —dijo Rocco—. ¿Antonio?

—Sí, claro, me encargo yo. Pero no es cosa fácil, la red es un océano y esto es una gota.

—Por probar... —dijo Michela.

—Hay un detalle que nos debe llevar por buen camino —sugirió Rocco—. Recordemos que alguien ha intentado implicar a Cecilia Porta escondiendo su mechero en la casa de Favre. Y ese mechero seguramente lo cogió la noche del homicidio. ¿Dónde? Una hipótesis podría ser el casino, porque Cecilia Porta estaba allí, tirando las cuatro perras que le quedaban en la mesa de juego. Ése es su punto débil, y yo me concentraría en eso...

—Del dicho al hecho...

—No hay tanto trecho, Italo. Sólo necesitamos averiguar el nombre

y el apellido de ese hijo de puta, que deben de constar entre los de los clientes de las salas del casino la noche del homicidio.

—Tenemos la lista —comentó Antonio.

—Pues habrá que volver a comprobarla.

—Eso tampoco será facilísimo —añadió Italo desolado.

—Italo, qué coño, que no es coser y cantar yo ya lo sé. Pero por algún sitio habrá que empezar, ¿no? Venga, ahora todos a trabajar y que vaya bien el día.

Los agentes y la adjunta salieron del despacho. Rocco aprovechó para abrir el cajón del escritorio. Cogió un porro ya liado y lo encendió. A la segunda calada ya se sintió mejor. La espalda empezó a relajársele, y también los latidos del corazón. Con la mano desempañó el cristal y borró el dibujo de Gambino. Miró fuera. Había parado de llover y un manto neblinoso cubría la ciudad.

El local estaba lleno. En la barra no había sitio, pero Rocco no tenía ganas de entrar en el salón interior. La parada en el bar la había hecho para reflexionar, para concentrarse en el caso de via Mus, pero todo aquel ruido no ayudaba. La cuestión es que ya estaba allí y las ganas de un buen café se le habían exacerbado con el aroma torrefacto que brotaba de los cilindritos abarrotados de granos tostados. Le hizo un gesto a Ettore, que captó el mensaje al vuelo y le respondió guiñando un ojo. Las voces rebotaban contra el techo y las paredes, el fragor del vapor que salía despedido de la máquina era ensordecedor. *Loba* se había metido debajo de su escondite favorito, la primera mesita a la derecha de la entrada, que siempre estaba vacía y servía para exponer folletos turísticos y publicidad. Por fin Ettore lo miró con la tacita humeante en la mano y con un gesto lo invitó a rodear a la clientela para llegar al rincón más alejado de la barra. Rocco se abrió paso entre cuerpos y chaquetones, olores a naftalina y desodorantes, hasta que por fin alcanzó la meta.

—¿Quiere también un trozo de tarta?

—No me hace gracia la *crostata*. Dame algún pastelito que esté

bueno; si no, te lo comerás tú.

De debajo de una campana de cristal, Ettore cogió una herradura con las puntas bañadas de chocolate y se la tendió al subjefe.

—Aquí tiene… Éste está buenísimo y hasta yo me lo comería de buena gana.

Rocco le hincó el diente enseguida. Ettore tenía razón, era extraordinario. Había más mantequilla en aquel dulce que en una vaquería alpina, pero merecía la pena.

—¿Me explicas una cosa, Ettore?

—Si es algo rápido… —Y con los ojos indicó toda la clientela de la barra.

—¿Por qué mojan en chocolate sólo las puntas? ¿No sería mejor bañarlo entero?

Ettore sonrió.

—Me lo llevo preguntando desde que tenía seis años y todavía no he dado con la respuesta… Con permiso. —Y se alejó.

Rocco lo siguió con la mirada y se topó con dos ojos de hielo afilados como cuchillas que llevaban observándolo desde hacía no se sabe cuánto desde la otra punta del bar. Lada sonreía discretamente. Con aquella sombra de ojos oscura en los párpados estaba todavía más guapa, quitaba el hipo. Rocco le devolvió la sonrisa. En aquel hilo fino e invisible que se había tendido entre sus miradas, se interpuso un hombre con sombrero que les tapó la vista. Cuando el intruso se apartó, la mujer había desaparecido. Volvió a buscarla, pero las cabezas que se agolpaban eran demasiadas e impedían la visión.

—Pago mañana —le gritó a Ettore, y dejó la tacita.

Volvió a cruzar la selva humana mientras su mirada oscilaba a derecha y a izquierda en busca de Lada. Parecía que se hubiera diluido en medio de las decenas de chaquetones y anoraks de los demás clientes. Silbó levemente y *Loba* salió disparada de su escondite. Salió bajo los soportales. La lluvia había empezado a caer de nuevo. Encendió un cigarrillo echando un vistazo alrededor, pero de la mujer no había ni rastro. Se puso en marcha y ella surgió desde detrás de una columna.

—Ahí dentro había demasiado ruido. Pero ¿a esta hora no tendrías que estar en el despacho?

—¿Y tú a esta hora dónde tendrías que estar?

—Trabajando también.

Llevaba puesto un plumón azul que le llegaba hasta la rodilla, botas altas de piel y un jersey blanco de cuello alto que le iluminaba el rostro. Rocco ya no estaba debajo de los soportales de la piazza Chanoux, sino en la habitación de un hotel, desnudo, con el cuerpo de Lada encima del suyo, las manos llenas de sus pechos, flagelado por sus cabellos.

—¿Te apetece pasear un poco?

—Me apetecería hacer otra cosa, Lada...

La mujer abrió el paraguas y acogió a Rocco. Echaron a andar hacia la plaza.

—¿Cómo pasa el tiempo un subjefe cuando no tiene casos por resolver?

—Disfrutando del clima de esta ciudad.

—De donde yo vengo, en esta época del año no se puede ni salir de la nieve que hay. Mírelo por el lado positivo.

—¿Te refieres a Roščino?

—Sí. Hay bosques, lagos... Antes de la guerra era Finlandia, mis abuelos eran finlandeses; de hecho, se apellidaban Virtanen. Pero luego se lo cambiaron a Chenestajeva.

—¿Allí arriba hay esquimales? —preguntó Rocco.

Lada se echó a reír.

—No, Rocco, no los hay, y las casas son de madera, no de hielo.

—Ah... ¡Pues entonces el invierno que viene, un viajecito a Roščino! ¿Dónde está tu pareja?

—¿Guido? Esquiando en Cervino.

—Viaja muchísimo para estar jubilado.

—Esquiar lo relaja...

—Pero ¿con sesenta y cinco años todavía se puede?

—Si llevas haciéndolo desde niño, supongo que sí...

Rocco se detuvo para encenderse otro cigarrillo.

—¿Lo quieres?

El humo se enredaba entre las varillas del paraguas.

Lada se encogió de hombros.

—Le tengo cariño. Me respeta, me ha regalado una vida cómoda, y sí, en cierto modo lo quiero.

—¿Entonces por qué te acuestas conmigo?

Lada no respondió, siguió caminando, mirándose la punta de las botas.

—¿Y tú?

—Yo te respondo fácilmente. Soy un hombre solo, me gustas, me gusta acostarme contigo. ¿Y bien?

—Yo me digo que mejor pasar del tema. Luego me cruzo contigo, te veo y acabo paseando contigo bajo la lluvia porque sí. ¿Sabes, Rocco? Estaría bien no hacer demasiadas preguntas.

—Es mi trabajo.

Los billetes crujían en la máquina contadora. Las manos ágiles del empleado del casino de Saint-Vincent los envolvieron con la faja. Otros dos hombres serios y concentrados, con chaqueta y corbata, apuntaban en los registros el importe e introducían el dinero en la cajita de aluminio. Ruggero esperaba en la puerta de la sala. Sudaba dentro del uniforme de licra pese a que la temperatura de las oficinas rondaba los quince grados. Los tres encargados del cómputo estaban atentos y en silencio. Pero él miraba a su alrededor. La directora hablaba por el móvil y sonreía, estaba acostumbrada a aquella operación. Después de seis años, Ruggero también le había cogido el tranquillo, pero transportar dinero siempre era un riesgo y cada mañana que Dios le concedía, rezaba por que todo fuera bien. «Cojamos la nacional», había dicho Enrico, que lo esperaba en el furgón blindado. Cambiaban a menudo de itinerario para ir a Aosta. Era como lanzar un penalti. Si lo mandas siempre a la derecha del portero, tarde o temprano lo acabará parando. Miraba los billetes. Azules, verdes, naranjas, y los había también morados, de quinientos. Un montón de pasta.

—No es como una pastelería, ¿verdad? —le preguntó la directora, que acababa de terminar la llamada.

—¿A qué te refieres, Oriana?

—Se dice que quien trabaja en una pastelería al final deja de comer dulces, que acaba harto. Con el dinero no pasa, ¿verdad?

—No lo sé —contestó Ruggero—. ¿La verdad? Para mí no son más que trocitos de papel por los que me juego el pellejo, y punto.

Oriana Berardi sonrió.

—¿Sabes lo que pensaba yo al principio?

—¿Qué?

—Que estos billetes son los vestigios de gente que se ha arruinado, eso pensaba. Pero han pasado muchos años. Ahora, en cambio, los miro y no me causan ningún efecto.

—¡Listos! —dijo un empleado desde la sala y le entregó tres cajas de aluminio a Ruggero. Dejó encima el registro con las firmas—. Entrego dosmillonesochocientosveintinuevemilsetecientos.

Oriana asintió, firmó debajo de los garabatos de los contables, y Ruggero por fin se puso a andar por el pasillo.

—Hasta la próxima —se despidió, pero el empleado triste y gafotas ni siquiera se molestó en responder.

Oriana lo acompañó hasta la entrada del aparcamiento.

—Buen viaje, Ruggero.

—Hasta pronto.

Enrico lo esperaba detrás del furgón bajo la lluvia. Miraba a su alrededor y llevaba abierta la pistolera. Las manos enganchadas al chaleco antibalas. En cuanto vio llegar a su compañero, abrió la puerta y Ruggero depositó las cajas en el interior del furgón blindado.

—cr4 a la central, nos movemos —anunció Enrico por la radio que llevaba colgada de la hombrera mientras subía al vehículo por la puerta central.

Al cabo de poco Ruggero hizo lo propio.

—Recibido, cr4 —cacareó la radio—. Autopista despejada nacional obras en el tercer kilómetro tráfico alterno pero pedimos prioridad.

Cerraron las puertas con el seguro.

—Vaya tiempo de mierda. En fin, ¿qué hacemos? ¿Autopista? —preguntó Ruggero.

—Por mí la nacional. La última vez fuimos por la nacional, así que repetimos. Se le llama paso del capitán cojo. —Arrancó el motor. Dentro del furgón hacía un calor insoportable y apestaba a sudor y a plástico.

—Tienes razón. Y encima hay obras, ¿quién pensaría que vamos a coger justo esa ruta?

—Exacto, y además a esta hora no hay apenas tráfico. —Metió la marcha atrás mientras su colega olfateaba el aire—. Enrico, pero ¿a quién le huelen tantísimo los sobacos?

—A todos, amigo mío. ¡Este furgón apestará siempre a sudor y a adrenalina! ¡Nos vamos! —Y dejaron el casino de Saint-Vincent a sus espaldas.

—¿Quieres pasar por mi casa o tienes que trabajar? —le preguntó Lada mirándolo a los ojos.

—¿Podemos dejarlo para esta tarde? Tengo que volver a la jefatura.

La mujer asintió levemente, no parecía decepcionada. Es más, a Rocco le pareció hasta un tanto aliviada, como si le acabaran de quitar un peso de encima.

—¿Todavía no has cerrado el caso?

—¿Qué caso?

—¿Cómo que qué caso? Lo he leído en el periódico, el de Saint-Vincent, ¿cuál va a ser? ¿Sabes? Guido no consigue pegar ojo pensando que a su amigo lo han masacrado de esa forma. Dentro de unos días volverán a reunirse los del 48 sin Favre, y será una especie de velada en memoria suya.

—¿Tú irás?

—Espero poder saltármela. Tampoco es que me divierta mucho.

—Para ti es como ir a un club de petanca, ¿no?

La chica se echó a reír.

—No, no es eso. Es sólo que es un poco aburrido, hablan de

profesores, de amigos que no conozco, de gente que a lo mejor hasta está muerta.

—Ya —asintió Rocco con gravedad.

Lada lo miró y se mordió el labio.

—Sí, es verdad, he metido la pata. ¿Por qué mató Michelini a Romano Favre? Tú pensabas que había sido aquella señora, la tal Cecilia Porta.

—¿No lo has leído en el periódico? Me equivocaba. Resulta que el amigo de tu pareja había descubierto una trama de blanqueo de dinero. Pero ahora la historia ya está cerrada, así que yo me quedo tranquilito en el despacho fumando y tomando café.

Lada asintió seria.

—¿Y por eso se mata a alguien?

—Se mata por dinero y por amor, ¿no lo sabías?

—¿Y tú, Rocco? ¿Matarías por dinero o por amor?

Le habría gustado sugerirle que no tenía ni que emplear el condicional, pero no lo hizo. No conocía a Lada, que se hubieran acostado dos veces no les daba derecho a la intimidad, no podía equivaler a secretos no confesados y escondidos durante años en la oscuridad de un sótano. Así que mintió.

—Yo no mataría por dinero ni mucho menos por amor.

—Yo por amor sí —respondió Lada—. Aunque ¿sabes? Creo que jamás en la vida me he enamorado de verdad.

—No sé si deseártelo. Enamorarse significa apechugar con un montón de tocadas de cojones que ni te imaginas. A fin de cuentas, lo mejor es mantenerlo a raya.

—¿Y puede uno vivir sin enamorarse nunca?

—No estoy seguro, pero creo que sí. Pregúntaselo a Guido.

—Él me ama.

—¿Estás segura, Lada Chenestajeva? —Se sorprendió por haber acertado a la primera con aquel apellido trabalenguas.

En cuanto puso un pie en la jefatura, el agente D'Intino fue corriendo a

su encuentro pálido y con los ojos desorbitados. *Loba* salió disparada como si no quisiera escuchar las noticias y sólo pensara en su silloncito de la planta de arriba.

—Jefe, por fin, no respondía al móvil.

—¿Qué pasa, D'Intino?

—*S'han birlao* un *blindao*.

—Frena, D'Intino, ¿qué estás diciendo?

—Están todos allí, tenemos que ir también nosotros. Es un follón, jefe. —E intentaba empujar a Rocco hacia el aparcamiento.

—D'Intì, cálmate y explícate. ¿Qué quiere decir que se han birlado un blindado?

—Un furgón cargado de dinero.

—¿Han atracado un furgón cargado de dinero?

—No, no, jefe, *s'han afanao* el furgón entero.

—Pero ¿qué coño dices? ¿Cómo van a afanarse un furgón?

—Pues eso ha *pasao*. Ahora vamos, jefe, que están esperándonos.

—¿Adónde vamos?

En la nacional 26, poco antes de Châtillon, en el cruce con via Plantin, había tres automóviles de la policía y dos vehículos con el logo de la empresa Assovalue. D'Intino frenó y Rocco bajó, liberándose al fin de la compañía forzosa del agente abruzo. Pierron y Casella estaban hablando con un hombre bajito vestido de paisano que rondaría los cincuenta, y junto a ellos había un guardia jurado. La lluvia, que parecía haber dado tregua unos minutos, había reiniciado el bombardeo con gotas gélidas y ligeras. Rocco se unió al grupo.

—Menudo lío, señor —dijo Italo.

—Cuéntamelo todo y sé claro, acabo de sobrevivir a una conversación surrealista con D'Intino.

—Le presento al señor Festaz...

El hombre de paisano dio un paso adelante. Llevaba un par de bigotes de morsa que le tapaban la boca y parte de la barbilla, y tenía las cejas pobladas. A Rocco le resultó fácil catalogarlo como un shih

tzu, un antiguo perro chino muy apreciado por la corte imperial que en la mente de sus creadores debía parecerse a un león, o al menos al de la iconografía de aquella época. Pequeño pero robusto, idóneo para vivir en un piso, y básicamente un perro de compañía.

—Encantado, Arnaldo Festaz.

Rocco le estrechó la mano.

—Subjefe Schiavone.

—Soy el dueño de Assovalue. —Festaz abrió los brazos—. No nos entra en la cabeza.

—Ni a mí si no me cuentan qué coño ha pasado.

—¡Ha desaparecido un furgón blindado que acababa de salir del casino municipal! —explicó Italo.

—En esta curva, justo aquí —añadió Casella.

—A ver que yo me entere, ¿cómo que ha desaparecido?

—¡Desaparecido! —gritó el director de Assovalue con el rostro pálido y los ojos redondos desorbitados—. Se ha perdido el contacto, la alarma satélite y todos los GPS. Tenemos la línea de ruta hasta esta curva, luego es como si la carretera se lo hubiera tragado.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Hará… unos tres cuartos de hora…

Rocco observó la nacional.

—¿Hacia dónde se dirigía?

—Al banco Carige de Aosta.

—¿Qué llevaba?

—El dinero del casino. Casi tres millones de euros.

Rocco asintió.

—Señor Festaz, ¿quién iba a bordo?

—Enrico Manetti al volante y Ruggero Maquignaz como segundo.

—Y se han perdido… —dijo Rocco—. No es que un blindado pueda echar a volar.

—No, y, de todas formas, aunque volara, con el GPS lo localizaríamos. ¡Pero es que nada!

—Ese que va de uniforme se llama Guido, es el último que ha hablado con el equipo —dijo Italo, señalando a un guardia jurado.

Rocco fue en busca del hombre que, resguardado bajo el paraguas, estaba apoyado en su automóvil con sus correspondientes logos y su antena.

—¿Usted ha hablado con los dos de la escolta?

—Sí, señor —respondió el otro, alto y robusto, no llegaba a los treinta—. Me han dado el ok antes de salir, han preguntado por el tráfico y por posibles obras y después, una vez dentro del vehículo, me han comunicado que irían por la nacional. A menudo cambiamos de itinerario.

Rocco asintió.

—¿Y luego?

—Y luego nada. Hemos perdido el contacto por radio, por satélite, todo, señor. No se entiende.

Antonio Scipioni se acercó a paso acelerado y con el pelo empapado.

—Señor...

—Dime, Antò.

—He preguntado a los vecinos de esa casa. —Y señaló una construcción de dos plantas color rosa cerdo—. Lo único que les ha llamado la atención ha sido un gran camión amarillo aparcado a unos veinte metros después del cruce. Sin ningún rótulo ni ningún logo. Amarillo mayonesa.

—¡Pues entonces no nos quedemos aquí parados como capullos! —gritó Rocco—. Casella y Antonio, a un coche, Deruta y D'Intino, al otro, y tú, Italo, te vienes conmigo. ¡Venga, manos a la obra! —Y se dirigió hacia el coche mientras D'Intino salía disparado hacia el de Deruta.

—¿Adónde vamos? —preguntó Italo, descolocado por aquella orden.

—Buscamos un camión amarillo más bien grande. Antonio y Casella: autopista en dirección Pont-Saint-Martin; D'Intino y Deruta, seguid hacia Cervinia por esta misma carretera; tú y yo, Italo, continuamos hacia Saint-Vincent... Antonio, llama a la central y alerta a la policía de tráfico y a la municipal para que den el alto a cualquier camión amarillo de más de siete metros de largo.

—¿Un camión? —preguntó Casella.

—Pues claro, Ugo, ¿dónde quieres que haya ido a parar un furgón de transporte de fondos? Vamos, en marcha, si tenemos potra lo pillamos todavía en la carretera. Y usted… —Chasqueaba los dedos, se había olvidado del nombre del director de la empresa.

—Festaz —apuntó el hombre.

—Festaz, de usted necesito la lista de los hombres que se ocupan del transporte de valores del casino. ¿Siempre envían a estos dos?

—No, se hace por turnos.

—¡Ya estamos tardando!

Avanzaban a cincuenta kilómetros por hora. No se habían cruzado ni tan siquiera con un camión. Pasado Saint-Vincent, ascendían hacia Pallù. Los limpiaparabrisas braceaban.

—Nada, joder, aquí no hay nada, Italo… Todos de regreso, veo difícil que un camión haya tirado por este camino, y cuanto más subamos, peor. Allí arriba puede que hasta esté nevando. ¿Tú huirías por aquí con un camión, con el peligro de las curvas heladas?

—Supongo que no, Rocco… —Cada uno escrutaba desde su lado del carril.

—Nada, da media vuelta… —Luego Rocco agarró la radio—. ¿Antonio? Dame noticias.

—Acabamos de parar un camión más bien grande después de Pont-Saint-Martin. Pero dentro sólo hay muebles. Seguimos, aunque, señor, por la autopista pasan decenas de camiones y nosotros somos sólo dos.

—Entiendo… ¿Están avisados los de tráfico?

—Han montado controles, pero por ahora nada…

—Vosotros regresad a la jefatura y esperemos que los compañeros den con algo.

—Recibido.

—Y nosotros también, Italo, a casa. Aquí ya no hay nada más que ver.

—A lo mejor Deruta y D’Intino han encontrado algo.

—Esos dos ya es mucho si encuentran el camino para volver a la jefatura. No, he sido impulsivo, pero teníamos que intentarlo. Éstos son gente organizada. Han hecho desaparecer un furgón blindado en un camión, figúrate si no habrán previsto una fuga segura.

Italo cambió de sentido.

—Es de locos. Pero ¿cómo es posible?

—Tenemos que imaginarnos la escena. Aunque también te digo que, para montar un furgón blindado en un camión, el conductor tiene que ser connivente, ¡eso es impepinable!

Italo asentía pensativo.

—Entonces ¿tú dices que si encontramos al tal Enrico Manetti también encontramos el camión?

—¿Era el que iba al volante? Yo pienso que sí.

—Entre tú y yo, ¿un asalto a un furgón blindado en qué nivel está?

—Nueve del tirón, con tendencia sinusoidal hacia el nueve y medio.

—Enrico Manetti, treinta y un años, reside en Aosta, en via Capitano Chamonin, con su padre. Está aquí al lado, señor —declaró Antonio, entregándole la nota con la dirección.

—Casella, ¿qué nos cuentas?

—El otro se llama Ruggero Maquignaz, vive en corso Ivrea…

—A ver, Italo conmigo a casa del tal Enrico; Antonio y Casella, a la de Maquignaz. ¿Qué sabemos de él?

Casella escudriñó la hoja que tenía delante.

—Sin antecedentes penales, cuarenta y cuatro años, vive solo, divorciado desde hace seis años, el tiempo que lleva trabajando para Assovalue. Nada que llame la atención, jefe…

—Pues entonces en marcha… ¿Deruta y D'Intino han vuelto?

Casella indicó el pasillo. El dúo avanzaba con paso cansado e inseguro.

—No me veo capaz de hablar con ellos. Vámonos antes de que empiecen —atajó Rocco recogiendo el loden, aunque la pareja había llegado ya a la puerta.

—¡Hemos estado cerca! —dijo Deruta.

—¿A qué te refieres?

—Hemos parado a un camión amarillo que transportaba furgonetas, un balancín. Pero eran todas Fiat Ducato nuevas, iban al concesionario.

—Vaya, jefe, nada de transporte de fondos.

—¿Y por qué decís que habéis estado cerca?

—Bueno, ¡pues porque hemos encontrado un camión amarillo con furgonetas encima! —respondió Deruta con el tono de quien explica una obviedad a un niño de seis años.

—A ver, lo primero, el balancín es abierto, mientras que nosotros buscábamos un camión cerrado.

—¿Cómo que *cerrao*?

—D'Intino, para que se pierda la señal GPS y la cobertura de los móviles tiene que ser un camión forrado de plomo, aislado. ¿Estamos?

—Sí... —Y el agente agachó la cabeza.

—Ahora ¿sabéis lo que vais a hacer? Vais a hablar con los de tráfico para intentar averiguar si en la zona de la desaparición ha habido multas, detenciones o lo que sea que tenga que ver con un camión, pongamos desde las doce y media del mediodía hasta las tres de la tarde. ¿Os veis capaces?

—¡Por supuesto, jefe! —saltó Deruta.

—Bien. ¡Y cuando acabéis, informáis a Scipioni!

—¿A mí por qué? —preguntó Antonio desesperado.

—Eso, ¿por qué? ¡Si nosotros *semos* más viejos! —intervino D'Intino —. Cuando estaba la Rispoli, pues bueno, nos tragamos el sapo porque, a ver, ésa era subinspectora, ¿no? Pero ahora la Rispoli ya no está, *asín* que ¿por qué tenemos que informar a Scipioni?

Se habían ofendido, estaba claro, bastaba con mirarlos a los ojos.

—Pues entonces informad a Casella. ¡Él tiene más años que vosotros!

—Me cago en... —imprecó Ugo Casella entre dientes.

D'Intino y Deruta lo miraron, luego aceptaron la antigüedad de su compañero asintiendo al unísono y sonriendo levemente.

—Sssí, Casella nos vale.

—¿Listo? —preguntó Rocco—. Todos tenemos trabajo. ¡Vamos! —Y se puso en marcha. Luego, a mitad de pasillo, se detuvo—. Ah, D'Intino y Deruta, una cosa. Cuando un superior vuestro, o sea yo, os da una orden, no es que podáis poneros a discutirla. No os vayáis a creer que esto es una democracia.

—¿No? —preguntó Deruta inocentemente.

—No. En esta brigada móvil adoptamos un sistema despótico y piramidal que contempla en lo alto al jefe, o sea yo, y abajo en la base la mano de obra rasa, gris y silenciosa, o sea vosotros dos. Por esta vez vuestro monarca ha sido generoso, para la próxima, patada en el culo y arreando. ¿He sido claro?

—¡Desde luego, jefe! ¡Como el agua!

—¡Yo no *m'enterao* de *na'*!

—«Acostumbrados a obedecer callando y callando morir» —recitó poético Deruta.

—¡Ésos son los carabineros! —gritó Rocco desde la otra punta del pasillo.

—¿Cómo? ¿Que ha desaparecido con el furgón? —preguntó Carlo Manetti con sus ojos azules atrapados bajo una frente baja y separados por la nariz aplastada de quien de joven frecuentó el ring—. ¿Qué están diciendo? No lo entiendo.

—Su hijo ha desaparecido con el furgón mientras transportaba dinero desde el casino municipal hasta Aosta —aclaró Rocco.

Carlo se sentó en una de las sillas de enea que había en torno a la mesa de madera. Las paredes antes blancas ahora estaban manchadas de hollín, pero el saloncito estaba ordenado y contaba con escasos muebles esenciales. Cerca de la ventana jaspeada por la lluvia había un caballete con un lienzo. Al lado, sobre una especie de atril, la foto de un gato blanco y negro. Carlo lo estaba retratando.

—No lo entiendo... ¿Mi hijo? Ay, Virgen santa, ¿y qué es lo que habrá ocurrido?

—¿Lo ha notado raro últimamente?

—Defina «raro», señor.

Rocco tomó asiento delante del hombre.

—¿Distraído? ¿Nervioso? ¿Salía de noche sin decirle dónde ni cuándo volvía?

—Mi hijo siempre sale de noche sin decirme dónde va ni cuándo vuelve, tiene treinta y un años. Y no, no lo he notado nervioso. Sí, hace un tiempo que lo dejó con Eli, su novia, pero son cosas normales, ¿no?

—Ya —dijo Rocco mirándole las manos. Eran regordetas, los dedos parecían ramitas de un árbol—. ¿Trabaja usted?

—Trabajaba, en una fábrica de azulejos. Quebró hace dos años. Desde entonces me las apaño con eso... —Señaló el caballete con el lienzo—. Hago retratos de perros y gatos. No me pagan mal y me gusta...

—Es bonito —comentó Italo observando la obra.

—Gracias —respondió con amabilidad, y a Rocco le pareció que se ruborizaba un poco bajo la barba larga y blanca—. También pinto paisajes, pero no los vendo. ¿Saben quién me hizo la puñeta?

—No...

—Cézanne. Desde que vi una de sus *Montaña Sainte-Victoire*, ya no entiendo nada. ¿Les apetece un vino o un café?

—No se moleste.

—¡Pues entonces vamos a intentar llamarlo! —exclamó Manetti, y de sus iris, al titilar, brotó una luz casi argéntea.

—Ya lo hemos intentado, señor Manetti. El móvil de su hijo no está disponible, igual que el GPS del furgón.

El hombre se pasó las manos por la cara.

—Pero ¡¿qué es lo que ha pasado, cielo santo?!

—Creemos que el furgón lo han cargado en un camión forrado de plomo y se lo han llevado a saber dónde.

Carlo frunció el ceño.

—¿Y cómo... cómo es posible?

—Si el conductor es cómplice, es una operación sencilla, un poco como entrar en un garaje —intervino Italo.

—¿Y quién conducía? —preguntó tímidamente.

—Enrico —respondió Rocco.

El anfitrión se levantó de golpe.

—Vengan —los invitó, y abrió de par en par la puerta del saloncito.

Rocco e Italo lo siguieron.

—Éste es su dormitorio. Busquen, cualquier pista o rastro que pueda servirles de algo, cójanlo. ¡Si ha hecho algo así, de hijo mío ya no tiene nada!

Si la casa estaba amueblada con escaso mobiliario, la habitación de Enrico estaba llena de trastos. Una decena de jarrones llenos de conchas sobre una repisa cargada de tebeos de Marvel, cuatro fotografías de provocadoras mujeres semidesnudas encima del cabecero de la cama, un pequeño escritorio repleto de papeles, la cama era individual y estaba cubierta por una mantita de cuadros escoceses. Un televisor de unas cuarenta pulgadas ocupaba ya media habitación y vomitaba cables que iban a parar a la pared y a una consola PlayStation. En el suelo, decenas de carátulas de videojuegos, en su mayoría de fútbol y coches de carreras. Rocco empezó a espulgar los papeles, pero todos eran nóminas de Assovalue, un par de multas sin pagar, hojas con números de teléfono anotados.

—Disculpen, Enrico es muy desordenado.

El *Himno a la alegría* de Rocco resonó en la habitación.

—Dime, Antonio... ¿Cuándo? ¡Vamos para allá! —Se metió de nuevo el móvil en el bolsillo y luego miró a Carlo Manetti—. Han encontrado a su hijo.

La sangre abandonó el rostro del dueño de la casa, que empalideció.

—¡Cielo santo! ¿Dónde?

—No se preocupe. Está bien. Coja su coche y síganos.

—No tengo.

—Pues entonces venga con nosotros.

Tardaron casi una hora por la carretera de Valsavarenche, que subía hacia el parque nacional del Gran Paradiso. Allí arriba no llovía. La corona de montañas celestes cubiertas de bosques blanqueados

dominaba el paisaje acosada por prados asfixiados por la copiosa nieve. Despuntaban sólo unos pocos tejados lejanos de chimeneas humeantes, algún que otro poste inmerso en el pulcro manto y con la cumbre recubierta de cúpulas de suave nata. Las huellas de animales bordaban las dunas inmaculadas que brillaban bajo la diáfana luz posmeridiana, que ya iba muriendo. El espectáculo le habría quitado el hipo a cualquiera, salvo a Rocco Schiavone, que miraba la potencia y la belleza de la naturaleza con los ojos tristes de un perro abandonado.

—Qué belleza, ¿verdad? —comentó Italo—. Éstos son los Alpes grayos; si se sigue recto, se cruza a pie el Gran Paradiso y se llega al Piamonte.

—Qué cosas —dijo Schiavone.

—¡En cambio en dirección oeste se llega a Francia!

—Te lo estás buscando, Italo.

—¿El qué?

—Un «me la suda» tan alto como estas montañas.

En el asiento de atrás, Carlo Manetti miraba fascinado el paisaje que lo había distraído de la angustia de ir a descubrir qué le había ocurrido a su hijo.

—Te equivocas. Algún día deberías ir de excursión, mejor si es en verano.

—Me parece una mierda, Italo —dijo Rocco—, no le veo nada de extraordinario. Nieve por todas partes e incomodidades y más incomodidades. —Se encendió un cigarrillo.

—Me pregunto qué habría hecho Cézanne —declaró de repente Carlo, concentrado en sus propios pensamientos—. Él estaba en la Provenza, donde sopla un mistral que lo limpia todo, los colores son nítidos, amarillos, verdes, rojos y marrones. Así sí que se puede dar profundidad, crear ilusiones. Pero ¿aquí? ¿Con todo este blanco? ¿Pueden creerlo? ¡Yo llevo años pintándolo y todavía no lo he entendido!

—Dicen que los inuit distinguen sesenta blancos distintos —afirmó Italo, pero nadie le respondió.

—De hecho, Carlo, conviene quedarse en la Provenza —sentenció

Rocco—, hágame caso. ¿Ha oído hablar alguna vez de algún impresionista que se haya retirado en medio de estos montes? ¿Le consta que Van Gogh o Gauguin o Cézanne eligieran retratar todo esto? —Tiró la colilla por la ventanilla—. Algún motivo habrá, digo yo.

—A saber —repuso Carlo—. Yo lo único que sé es que este sitio es mágico.

La ambulancia y el coche de la policía estaban parados en un área de descanso justo a la entrada de un túnel. Italo redujo la velocidad, luego detuvo el vehículo. Rocco bajó del coche. Un puñetazo helado lo golpeó en la garganta.

—Ca-cago en la hostia —protestó.

Había veinte centímetros de nieve, sólo se veía la mitad de las ruedas de la ambulancia. Acercarse era toda una hazaña.

—¡Antonio! —lo llamó.

Scipioni se acercó.

—Está bien, Rocco —le dijo en voz baja—. Está en la ambulancia.

Rocco se volvió hacia Carlo.

—Todo en orden, señor Manetti. Le están prestando los primeros auxilios. —Luego puso los pies en un montón de nieve—. Maldita sea mi puta estampa.

—Pero ¿por qué no te pones por lo menos las botas de agua que nos dan con el uniforme? —preguntó Antonio, aunque la pregunta se hundió en el mutismo del subjefe.

Enrico Manetti estaba sentado en la camilla mientras el médico le tomaba la tensión. Lo habían tapado con una manta isotérmica plateada. Tenía los ojos entornados, los labios morados, y estaba blanco como el paisaje. Sobre el mono azul lleno de insignias de Assovalue todavía quedaba polvo de nieve. En el cinturón faltaba la pistola.

—Por poco no lo cuenta —dijo el médico—. Una horita más al raso y se habría congelado.

—Pero ¿qué coño hacía aquí?

—¡Lo ha encontrado ese de ahí! —Antonio indicó a un hombre mayor con un gorro de lana en la cabeza y la pipa en la boca. Parecía una de aquellas esculturas de madera que abundaban en las tiendas de

souvenirs y que Rocco odiaba—. Estaba volviendo a casa y lo ha visto apoyado en el poste de la luz. Inconsciente.

—¿Huellas en la nieve? —preguntó Rocco.

—Lleno. Desde la carretera hasta el palo. He evitado caminar por encima.

—¡Pues venga, Italo! —gritó—. Llama a Gambino y que venga corriendo.

Italo asintió y salió disparado hacia el coche.

—¿Será capaz de responder a las preguntas? —preguntó Rocco.

El médico negó con la cabeza.

—Lo dudo mucho, señor. Va medio drogado. —Le subió la manga del uniforme y señaló un puntito rojo en la piel, en la sangradura del codo izquierdo—. ¿Ve esto de aquí? ¡Una aguja, seguro! Nos lo llevamos al hospital, puede que esta tarde despierte. Tensión correcta y también frecuencia cardíaca. Creo que está fuera de peligro.

Enrico emitió un gemido e intentó abrir los ojos, pero renunció y regresó a su duermevela químico.

—Pues entonces ya hablaré allí con él... Llevaos también al padre.

El enfermero que se había quedado al lado del vehículo fue en busca de Carlo Manetti.

—Vale, Antonio, manda a casa al fumador de pipa y espérame en el hospital. Que nadie hable con este tipo.

Antonio se alejó.

Rocco sacó el móvil.

—¿Albè?

—Dime, Rocco. —La voz de Fumagalli sonaba despierta y enérgica.

—Necesito tu ayuda.

—Lo sé. ¿Dónde vas a ir tú sin mí?

—Escucha, hemos encontrado a un hombre medio drogado en la carretera. No me entretengo en explicártelo ahora, se lo llevan al hospital. ¿Puedes hacerme un análisis de sangre y averiguar qué le han inyectado?

—¿No pueden encargarse los médicos que haya allí?

—Yo sólo me fío de ti. Si te ponen pegas, diles que tienes el permiso

del juez Baldi y del jefe de policía. Hazme este favor.

—El enésimo...

Rocco oía a lo lejos una voz femenina.

—Veo que estás acompañado, no trabajando.

—No, no, estoy trabajando. Tengo aquí a una amiga que está hablando por teléfono. Al parecer tiene que subir hacia el Gran Paradiso, la has llamado tú.

—¿Estás con Gambino?

—¿Y qué? Quería asistir a una autopsia y, como esta mañana tenía un cirrótico, le he enseñado toda la operación.

—Vamos, que lo pasáis en grande...

—Cada cual con lo suyo. Cuenta con el análisis que me has pedido, corto y cierro...

Sonriendo, Rocco se guardó de nuevo el móvil en el bolsillo. Delante de él, a unos veinte metros, estaba el poste de la luz junto al que habían encontrado a Manetti. Sobre el manto nevado, unas huellas de botas de montaña salían desde el margen de la carretera en dirección al poste. Se hundían hasta unos diez centímetros de profundidad, pero no lograba distinguir nada más. La ambulancia, con su aullido, se marchó del área de descanso seguida por el automóvil de Antonio Scipioni. Al cabo de poco, también la siguió el Panda en el que iba el viejo fumador de pipa. Italo se había encerrado en el coche. Rocco se quedó a solas en el silencio más absoluto, roto únicamente por el lejano gorgoteo de un torrente y por el viento ligero que silbaba entre las agujas de pino. El frío era seco, mucho más soportable que en la ciudad. Alzó la mirada hacia las montañas que amenazaban la carretera. La mirada se perdía, como en el mar, pensó, y era difícil calcular las distancias. Era hermoso cómo los árboles poco a poco iban difuminándose para dar paso a los picos calvos y blancos. Si hubiera hecho sol, habría tenido ante sí un espectáculo inolvidable. Y por primera vez después de casi dos años le entraron ganas de correr en medio de la nieve, de comérsela, de revolcarse en ella en vez de maldecirla e insultarla. Entre otras cosas porque lo que tenía ante sus ojos no era nieve, sino una nata dulce y esponjosa que lo habría abrazado. Dicen que cuando alguien muere

congelado, va quedándose dormido poco a poco, como atontado, sin ser consciente de que se está pasando al otro lado. «Una muerte dulce», pensó. Luego lamentó que una atmósfera como ésa sólo le evocara pensamientos de muerte, pero aquello era su pan de cada día; de haber sido un pintor como Carlo, habría reflexionado sobre las tonalidades del blanco, pero siendo un subjefe de policía, reflexionaba sobre las tonalidades del dolor.

Cecilia bajaba deprisa las escaleras con el paraguas colgado del antebrazo. Tras cada encuentro con la doctora Tombolotti, tenía la sensación de haber descargado en aquella consulta toneladas de desechos, no de haber mantenido meras conversaciones. O, mejor dicho, monólogos en los que ella se abría en canal y vomitaba todo lo que se le pasaba por la cabeza. Hasta hacía diez días, contarle cosas tan íntimas y secretas a un desconocido no le habría parecido posible. Pero Sara Tombolotti tenía la cualidad de saber escuchar, le daba la impresión de que la conocía de toda la vida y hablar con ella le resultaba tan natural como beber o respirar. Era curioso cómo le habían vuelto a la memoria episodios que creía haber olvidado para siempre. La excursión escolar con el instituto, cuando junto a dos compañeras de clase habían obligado a Silvana a ducharse porque querían verle los pechos, que eran grandes como pomelos. O cuando le robó a su padre dinero de la cartera y le echó la culpa a su hermano. El aborto con diecinueve años y aquella noche en Turín en casa de Grazia, debía de ser por Pascua, cuando probaron a hacerse las lesbianas y se enrollaron dándose besos con lengua y masturbándose la una a la otra. Sonrió al pensar que Sara Tombolotti sabía más de aquello que su mejor amiga y que sus padres. «No estás renunciando a nada —le había dicho—. Tú crees que al dejar de jugar renuncias a algo importante, a una parte ligera y divertida de tu existencia. Pero no es así. De lo único que te estás liberando es de una esclavitud, de una pesadilla.» El juego no era un placer, no era un pasatiempo, no era una excusa para distraerse de una vida triste y sin grandes satisfacciones. «El juego es una cárcel.

Salir de ahí significa recuperar la libertad.» Sara tenía razón, se trataba de verlo todo desde otro punto de vista, cambiando la perspectiva. «Tú, Cecilia, tienes una enfermedad y no tienes que mimarla ni quedártela. Tienes que expulsarla. Sólo así, curándote, volverás a ser una persona sana y libre.» Tenía razón, más razón que una santa, pensaba, pero no era tan fácil. Tenía que romper los automatismos, pensar en el juego como en una trampa, no tolerarlo, no acariciarlo. Abrió la doble puerta y se encontró en el vestíbulo. Sentado en un banco justo delante de ella estaba el subjefe Schiavone. Doblado hacia delante, con los codos en las rodillas, tenía la barbilla apoyada en las manos, sumido en sus pensamientos. Junto a él, un hombre de pelo y barba blancos, también inmóvil, con la mirada fija en un punto delante de él. No sabía si acercarse a saludarlo o seguir su camino. Prefirió pasar de largo y enfilar la salida.

«Bien», se dijo Rocco. Cecilia seguía con las sesiones con la doctora Tombolotti, era una buena noticia y seguramente una primera victoria. No lo había saludado, pero daba igual. Cecilia ya tenía bastantes cosas en las que pensar, tenía que reflexionar sobre las palabras de la psiquiatra, y pasar tiempo sola era la mejor elección. Él tenía hambre. Aparte del café y el pastelito en el bar de Ettore, no había comido nada más. Las tripas le sonaban y sentía los párpados pesados, además del habitual dolor de espalda que parecía no querer darle tregua. Todavía tenía mucho día por delante, y le entraban ganas de llorar sólo de pensar en que tenía que escuchar de nuevo el informe de Gambino y enterarse de si Fumagalli había logrado hacerle el análisis al conductor del furgón blindado. Italo regresó del bar con tres cafés. Les dio uno a Rocco y otro a Carlo Manetti. Rocco apenas se mojó los labios. Sabía a agua sucia.

—¿Novedades? —preguntó Italo.

—Me han mandado la lista de los guardias jurados que se encargan del transporte de fondos. La tengo en el móvil. Son tres parejas que se turnan. Manetti y Maquignaz habían hecho el último servicio del casino hace un mes... —Y con cara de asco se acabó de un trago el potingue negruzco.

—Es una situación extraña, ¿no crees?

—Eso parece. A ver... —Se levantó mientras arrugaba el vasito de plástico—. ¡Como el subjefe está ya hasta los cojones ha decidido ir en busca de Enrico Manetti! Don Carlo...

—Dígame.

—Voy a hablar con su hijo. Usted quédese aquí tranquilo...

El otro sonrió asintiendo y siguió tomándose su café.

—Esperemos que todo vaya bien.

—Su hijo está perfectamente —repuso el subjefe, que con paso decidido se dirigía ya hacia urgencias.

Italo lo siguió tratando de acabarse a toda prisa su expreso hirviendo. Rocco llamó con los nudillos a la puerta de cristal. Le abrió un enfermero.

—Dígame...

—Subjefe Schiavone, policía nacional. —Apartó al hombre y, seguido por Pierron, entró en urgencias.

—En realidad aquí... —intentó oponerse el enfermero, pero por toda respuesta Rocco le soltó el vasito de plástico arrugado.

—Haga el favor, que no he encontrado ni una papelera.

Italo aprovechó para entregarle también el suyo. En la tercera puerta Rocco por fin encontró al conductor. Tumbado en una cama, miraba el techo con los ojos vacíos. Una vía en el brazo derecho y un monitor encima de la cabeza con números y lucecitas intermitentes.

—¿Enrico Manetti?

El otro dio un respingo y enseguida se volvió hacia Rocco.

—Soy yo...

—Sé que es usted. ¿Se ve con fuerzas para contestar a un par de preguntas?

—¿Qué hacen aquí? —La voz estridente retumbó en la habitación.

Rocco se dio la vuelta. Al lado de Italo había aparecido un médico. Bajo, con la bata perfectamente planchada, llevaba las gafas más grandes que el subjefe había visto en su vida y bigotitos de ratón.

—Soy el subjefe de policía Schiavone y tengo que hablar con este señor.

—Le habíamos dicho que esperara a que…

—No tengo tiempo. Y a éste lo veo ya en plena posesión de sus facultades mentales.

—¿Es usted médico? No, es policía, así que deje que seamos nosotros quienes juzguemos si puede hablar o no.

—Mire, doctor…

—Giannizzeri.

—Mire, doctor Giannizzeri, llevo un día de mierda, no tengo ganas de discutir con usted, así que se lo pido amablemente: permítame hacerle tres preguntas a este tipo y luego me quito de en medio. Le estaría muy agradecido.

Más que la amabilidad, fue la firmeza del tono lo que convenció al médico.

—De acuerdo, tres preguntas.

Rocco le dio las gracias con un gesto de la cabeza, lanzó una mirada de entendimiento a Italo y por último se volvió para mirar a Enrico.

—Veamos, señor Manetti, ¿puede contarme lo que ha ocurrido?

Su interlocutor se humedeció los labios secos.

—Iba conduciendo el furgón cuando de repente he notado algo frío aquí, justo aquí. —Levantó el brazo y, con el índice, se tocó la sien—. Era una pistola y la sostenía mi compañero… Ruggero.

—¿Ruggero Maquignaz?

—Sí, exacto. Y me dice: «La siguiente curva la coges.» Yo estaba cagado de miedo, señor. Enseguida he entendido lo que estaba pasando, pero, créame, que te apunten con una pistola en la cabeza da miedo.

—Me lo imagino. ¿Y luego?

—Tercera pregunta —intervino Giannizzeri.

—Luego he cogido la curva. Delante de mí había un camión enorme, amarillo, creo, con la parte de atrás abierta y dos… ¿Cómo se llaman? Dos especies de rampas… Total, que freno y él me dice: «Sube arriba.» Yo intento decir algo, pero él me aprieta todavía más con la pistola y levanta el martillo. Tenía los ojos inyectados en sangre, parecía otro, drogado… O, mejor dicho, poseído, eso. Así que con calma

subo al camión. Apago el motor. Él me dice: «¡Muy bien!» Luego alguien ha cerrado las puertas traseras y el camión se ha puesto en marcha. Yo no sabía qué hacer, de verdad… De repente él me ha puesto en la cara algo que apestaba y pocos segundos después he perdido la conciencia. Me he desmayado y me he despertado en medio de la nieve, con un enfermero vestido de naranja dándome palmaditas en la cara…

—¿Ha visto? ¡Tres preguntas! —dijo Rocco—. Gracias, Manetti, que se mejore. Y gracias también a usted por su paciencia, doctor Giannizzeri.

—No es nada. Cuando uno puede echar una mano…

Los dos policías y el médico salieron de la habitación.

—Ha sido usted muy amable, doctor Giannizzeri. Pero me gustaría pedirle una última cosa.

—Dígame —respondió el médico.

—Necesito la ropa de la víctima. Debo llevarla a la jefatura.

Giannizzeri lo miró sin entender.

—¿La ropa?

—Es el protocolo. Verá, cuando a ustedes les llega un enfermo, ¿qué hacen? Análisis, ¿no? Sangre, orina, tac, radiografías. Pues imagínese, para nosotros, para la policía, una víctima de violencia es como un enfermo, así que también tendremos que hacerle análisis, ¿no?

—Ah, claro, cómo no —respondió el médico—. Está en esa taquilla.

—¡Italo!

Pierron salió disparado a recoger las prendas.

Antonio Scipioni, bajo el paraguas que lo protegía de la fragorosa lluvia, esperaba a Rocco en la explanada delante del hospital.

—¡Antonio! ¿Noticias del tal Maquignaz? Vamos, del otro guardia.

—Nada, no lo ha visto nadie desde ayer, obviamente nadie lo ha visto hoy. Hemos contactado con su ex mujer, Simonetta Cescon, que ha dicho, palabras textuales… —Se sacó la libreta del bolsillo y leyó imitando un marcado acento—: «Ese desgraciado de Ruggero no mete

más la pata porque el día no es más largo.» Creo que es de origen véneto.

—El sentido es bastante claro. ¿Vamos a hacerle una visita?

—Vive en provincia de Padua.

—Entonces no veo la necesidad. Este Ruggero tendrá amigos, ¿no?

—Iba a un gimnasio en Sarre…

—Pues pasémonos por allí… Italo, dale la ropa de Manetti a Antonio. Scipioni, haz el favor de llevársela a Gambino y dile que la analice.

—Espero salir cuerdo de la guarida de la loca esa. —Cogió la bolsa de plástico y se alejó.

—Pero ¿de verdad es el protocolo?

—Qué va, Italo, pero cuanto más sepamos, mejor. ¿Y desde cuándo te preocupas tú por los protocolos?

Delante de la cristalera de la planta baja estaban dispuestas en fila las cintas de correr y las bicicletas estáticas. La sala de pesas, a espaldas de las máquinas de cardio, estaba abarrotada de gente, sobre todo de hombres. En camiseta de tirantes o de manga corta, pese a que la temperatura exterior rozaba los cero grados, sudando y temblando, levantaban toneladas de discos de hierro. Luego, ya de pie, se observaban con atención frente al espejo. La mayoría llevaba el pelo rapado al cero o ya ni siquiera tenía. Sobre bíceps y tríceps sudados e hinchados culebreaban los tatuajes. Nombres en cursiva, hojas de acanto, dragones, peces, mariposas. Flotaba un olor a plástico mezclado con sudor y menta. Rocco e Italo miraban a través del cristal a los atletas como si estuvieran en un acuario, sólo percibían los golpes secos de las pesas en el suelo y la música que bombeaba los bajos a todo volumen. Daniele, el propietario del gimnasio Body Care, los había recibido en una salita con dos máquinas expendedoras de agua y extraños mejunjes energéticos.

—Sí, Ruggero venía por aquí de vez en cuando, pero lo que hacía sobre todo era cardio.

Vestía un chándal ancho relleno de kilos de musculatura. Las cejas esculpidas en forma de ala de gaviota y los párpados medio caídos hacían que se diera un aire a una trans soñolienta. Tenía la cara cubierta de extraños forúnculos bajo la piel, señal de que el principal objetivo de su alimentación era el abultamiento de la masa muscular. Sostenía en la mano una botella de plástico transparente llena de un líquido de color marrón barro. De vez en cuando se enchufaba a la pajita que había metida en el tapón y succionaba el contenido potingoso.

—Un par de días a la semana, no era un cliente asiduo —comentó Italo.

—¿Tenía amigos aquí, en el gimnasio? —le preguntó Rocco.

—Mire, comisario.

—Subjefe —lo corrigió Rocco, alzando la mirada al cielo.

—Ay, sí, perdone, subjefe, no que yo sepa. Era un tipo más bien reservado. De vez en cuando charlaba un rato conmigo o con algún otro cliente, pero poca cosa. Hablábamos de la vida conyugal, creo que estaba divorciado, del trabajo. Transportaba fondos, ¿verdad?

—Exacto.

—Un trabajo duro —comentó Daniele.

—Peor es ser policía —intervino Italo.

—Yo quería entrar en la policía. A los veinte años era decatleta, luego abrí este gimnasio...

—No se ha perdido nada.

Entró en el saloncito un gorila de metro noventa. Los pectorales y los bíceps casi no le cabían dentro de la camiseta. Con un pendiente de oro en el lóbulo derecho y guantes negros sin dedos en las manos, fue hasta la máquina expendedora y sacó una botella de agua.

—Paolo, estábamos hablando de Ruggero...

—¿De quién? —repuso el otro desenroscando el tapón.

—Maquignaz... el guardia jurado.

—Ah, sí. ¿Qué le ha pasado? —preguntó el gigante. Tenía una voz cavernosa.

—Se nos ha perdido —respondió Schiavone—, junto con el furgón

blindado.

Paolo se quedó boquiabierto.

—¿Cómo? ¿Me están diciendo que lo ha robado? ¿Ruggero? Pero si no tiene huevos ni para tirar petardos en Nochevieja... Venga ya, no me lo creo.

Rocco lo observó con detenimiento. Ya lo había visto en algún sitio, pero ¿dónde? Hacía años había conocido a un antiguo director de la RAI, un hombre culto y moderado, que en una cena había contado una anécdota que desde entonces se le había quedado grabada en la memoria. El director había estudiado muchos años antes en el Centro Experimental de Cinematografía. Aún joven, junto con otros muchachos apasionados por el séptimo arte, habían recibido con una excitación sobrenatural la noticia de que el gran Alfred Hitchcock les impartiría un seminario de varios días. Se prepararon para el encuentro. El monstruo sagrado llegó acompañado por un intérprete y tomó asiento tras la mesa del profesor en medio del silencio más absoluto. Impecable, en chaqueta y corbata, miró a los diez alumnos hipnotizados. «*There are two*... Hay dos cosas que son importantes para quien quiera ser director de cine.» Hitchcock se había cerrado la chaqueta para ocultar la camisa a la clase. «*First*... La primera es la cultura... la segunda es la memoria visual. ¿Alguno de vosotros sabe decirme de qué color es mi corbata?»

Nadie levantó la mano. Nadie respondió. El autor de *Encadenados* y de *Vértigo* se puso de pie. «Espero que por lo menos tengáis una buena cultura», y salió del aula para no regresar jamás. Aquel breve episodio reafirmó en Rocco la certeza de que eran las mismas dotes que necesitaba un policía. De cultura flojeaba, pero sí que tenía memoria visual; sin embargo, no lograba recordar dónde había visto antes la cara de aquel gigante con el pendiente de oro.

—En fin —añadió Paolo—, que Maquignaz es un tipo tranquilo. La verdad es que no me lo imagino metido en un atraco...

—Pues lo está —repuso Italo.

—¿A usted nunca le ha dicho nada? —le preguntó Rocco.

—A mí no, señor. Lo conocía poco. De alguna que otra conversación

aquí, en el gimnasio. Creo recordar que tenía problemas con la mujer... Un tipo cualquiera.

—Aunque ya sabes cómo es la vida —intervino Daniele, el dueño del gimnasio—, ¿te acuerdas del asesinato de Champoluc? ¿Tú habrías pensado que la viuda estaba metida en el ajo?

—Es verdad... Luisa Pec, creo que se llamaba —comentó Paolo—. Otra historia horrible, ¿verdad?

—A mí me lo va a decir... —repuso Schiavone. Se levantó de la silla metálica—. ¿Puedo contar con su total discreción?

—Claro...

—Si se enteran de cualquier cosa sobre Ruggero, cualquier detalle, por muy insignificante que sea, contáctenme en la jefatura. Subjefe Rocco Schiavone.

—Descuide.

Rocco se despidió de los dos energúmenos y salió del centro Body Care.

En la calle ya había caído la noche, al igual que la temperatura.

—¿Volvemos a la jefatura? —preguntó Italo.

—Sí...

Los dos policías se pusieron en marcha.

—¿Qué te pasa? —preguntó Italo—. ¿En qué piensas?

—Pienso en que el gigante sabe más de lo que dice saber... No sé, es sólo una sensación. Y ya lo he visto en otra parte...

En torno a la mesa de la dirección del casino habían tomado asiento Oriana Berardi, el vicepresidente Attilio Noè y el consejero regional Biagio Restaz, que parecía estar sentado en un sillón ardiendo y en cuyo rostro se entreveía una mezcla de vergüenza y nerviosismo que estaba contagiando también a los demás trabajadores de la casa de juegos. Rocco, que presidía la mesa, estudiaba los documentos que le habían entregado al principio de la reunión.

—¿El transporte llevaba ya tiempo programado para hoy? —preguntó.

Le dieron la palabra a Attilio Noè.

—Sí. Por motivos de seguridad, decidimos hacer un traslado cada quince días.

Rocco hizo una mueca irónica que Oriana no pasó por alto.

—¿De modo que éstos son los nombres de las personas que controlan el efectivo del casino y que lo contabilizaron antes de entregarlo en manos de la empresa Assovalue?

—Sí, señor —respondió Oriana—, yo también estaba presente. El trámite se desarrolló con normalidad, como siempre.

—Casi tres millones de euros son una buena suma. ¿Es más o menos una cifra habitual?

Noè miró primero a Restaz, luego a Berardi, y finalmente se decidió a responder:

—No tanto. Es una cuantía bastante importante. Digamos que por lo general nos movemos en cifras más modestas.

Rocco intercambió una mirada con Italo, que estaba sentado detrás de él, como un guardaespaldas.

—¿Cuántas personas estaban al corriente de esto?

—Nosotros tres y los contables de la cámara acorazada.

—Que imagino que son personas de confianza.

—¡Pondría la mano en el fuego! —aseguró el consejero.

—Claro, pero estarán ustedes de acuerdo en que se trata de una coincidencia un tanto extraña —dijo Rocco—. Me vengo a referir a que justo el día de un transporte excepcional esta banda actúa y roba el dinero.

—Yo ya tengo más o menos una teoría —intervino Oriana—. Si como usted decía antes, señor Schiavone, es probable que la empresa de transporte de valores esté implicada, se me ocurre pensar que estaban esperando el mejor momento para actuar.

—¿Y en la práctica?

—En la práctica, los guardias conocen la cuantía del transporte. Si ya estaban preparados, dieron luz verde a la operación sobre la marcha.

—Resumiendo... —Rocco dobló las hojas con la lista de nombres—, ¿usted cree que los delincuentes simplemente esperaban la ocasión

perfecta y que, en realidad, cada vez que había un envío estaban preparados para el robo?

—Sí, es una hipótesis válida.

—En todo caso hay un pero —dijo Rocco a Oriana una vez fuera del edificio—. Hay tres parejas que se encargan del transporte del casino, y estos dos hicieron el último viaje hace un mes. Ya es una coincidencia extraña que justo en su turno se produzca el envío de la suma excepcional, ¿no cree?

—Sí, en efecto, una coincidencia...

Italo bajaba las escaleras unos diez metros por delante de ellos.

—En fin, volvemos a encontrarnos —le dijo Rocco.

Oriana Berardi sonrió levemente.

—Pues sí, y eso que yo esperaba que, después de la historia del blanqueo, no volvería a verlo nunca más.

—Lo sé, es usted una mujer con una vida tranquila... Espere, ¿cómo me dijo? Que parezco un viento *bora* triestino y que usted no está preparada para enfrentarse a él.

—Qué buena memoria, subjefe.

—Últimamente me pasa algo curioso. Tiendo a perder la fotográfica, en cambio las palabras se me quedan grabadas. ¿Será la vejez?

—No. Si una cosa le interesa, ¿qué apuesta a que la recuerda?

—Se equivoca. A usted, por ejemplo, la recordaba con el pelo más claro. Y en cambio ahora es morena.

Oriana se pasó la mano por la melena para atusársela.

—Me gusta cambiar.

—¿Y nunca se hace con segundas intenciones? Me refiero a un corte de pelo.

—No. —Oriana se echó a reír—. Sencillamente me aburrí de mi cara. ¿Usted nunca se aburre de su cara?

—Todos los días desde hace casi cincuenta años...

—Volviendo al robo... Usted, subjefe, ¿se ha formado ya una idea?

—Podría compartirla con usted, pero tendría que estar seguro al

cien por cien de poder fiarme.

—Pues entonces cuénteme.

—Que tenga usted un buen día, Oriana. —Y tras un breve guiño la dejó delante de la puerta acristalada.

El frío penetrante obligó a Rocco a levantarse las solapas del loden, sin obtener ningún resultado apreciable. Italo abrió el paraguas.

—Pero ¿es que no los hacen con un forro que abrigue?

—¿El qué, Italo?

—Los lódenes...

—No. Los lódenes no se hacen con un forro que abrigue. Volvamos a la jefatura... Conduces tú.

Rocco salió disparado sin que le importara la lluvia. Italo, resguardado bajo el paraguas, llegó al coche con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Rocco? —le preguntó una vez dentro.

—Claro.

—¿No has vuelto a tener noticias de Caterina?

—Yo no. Pero tú me parece que has ido a hurgar como siempre, dime la verdad.

Italo arrancó el motor.

—Sólo un vistacito. Aparece destinada a Ascoli Piceno.

—Ah, pues ni tan mal. Podrá comer las famosas aceitunas a la ascolana.

Italo aceleró y salió como un rayo.

—Pero...

—¿Qué?

—He llamado a la jefatura. La subinspectora Rispoli no estaba. Y si te soy sincero me dio la sensación de que el compañero no sabía ni de qué le estaba hablando.

Rocco se encendió un cigarrillo.

—Italo, ¿puedo darte un consejo?

—Claro, podrías ser mi padre.

—Que te jodan. El consejo es el siguiente: no metas las narices en esa historia. Acabarás quemándotelas.

—¿Por qué?

—Porque todavía no tengo claro a qué juegan Caterina Rispoli y sus jefes. Y de todas formas ya hemos visto con nuestros propios ojos, tampoco hace tanto tiempo, que es un juego peligroso. Todavía más que el póker al que solías jugar.

Italo tragó saliva.

—Pero entonces... ¿forma parte de los servicios secretos?

—Es difícil que un agente de policía todavía en activo forme parte de la AISI. No sé. Pero tú no te metas, tu vida ya es complicada de por sí, no eches más leña al fuego.

De repente Italo sonrió.

—Entonces, ¿me he tirado a una espía? ¿A una especie de 007?

—Te has tirado a una infame, más que otra cosa. Y créeme que esa gente no tiene nada que ver con James Bond, el esmoquin, el champán o el Aston Martin.

—¿Sigues pensando en ella?

—No. Y, además, ya me lo preguntaste hace unos días, no sé si te acuerdas... No, Italo, no pienso en eso, me importa un comino, y ahora llévame rapidito a la jefatura y dame tabaco. —Y le metió la mano en el bolsillo mientras el agente, acelerando por el carril de adelantamiento de la autopista, levantaba una nube de agua.

—¡Festaz, voy a quitarle la licencia! —le gritaba en la cara el jefe de policía al dueño de Assovalue—. ¡Para casi tres millones de euros hacen falta tres guardias! No dos, ¡tres! —Y le plantó tres dedos delante de las narices.

—Pero, señor —balbuceó Festaz—, según la ordenanza, los fondos que se transportan en las cajas con el dispositivo que mancha...

—¡Me importa un bledo, Festaz! ¡Si hubieran sido tres, a esta hora yo estaría en casa y usted todavía tendría una empresa!

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Costa.

Se asomó Schiavone.

—¿Se puede...?

—Entre, Schiavone. Usted, Festaz, puede irse.

El director, con las orejas gachas, murmuró un saludo al subjefe e intentó salir del despacho, pero Rocco lo detuvo.

—Un momento nada más.

El dueño de Assovalue frenó en seco.

—Dígame una cosa. ¿Cómo se deciden los turnos de los escoltas?

Festaz pestañeó un par de veces.

—Bueno, pues hay que tener en cuenta los descansos, los cursos de reciclaje, las prácticas de tiro...

—¿Más o menos?

—Digamos que yo me fío de mis hombres. Por ejemplo, hoy estaban libres Maquignaz y Manetti y también Colajanni y Cuomo. El trabajo del casino parecía más sencillo y, por antigüedad, Maquignaz tiene prioridad para los transportes más ligeros. A los demás les tocaba estar disponibles para el turno de tarde, había un transporte de joyas desde el aeropuerto de Caselle hasta Aosta.

—Gracias... Puede irse.

Festaz se despidió de Rocco una vez más, inclinó levemente la cabeza en dirección al jefe Costa y cerró la puerta al salir.

—¡Pero qué carajo! —protestó Costa en dialecto ligur, golpeando una carpeta que había en el escritorio—. ¡No sabe en qué follón nos hemos metido!

—No, señor, sí que lo sé.

—No, no lo sabe. —Cogió una hoja y se la pasó a Rocco.

—¿Qué es esto?

—Policía fiscal. Los de via Clavalitè están investigando las cuentas del casino. Se prevé un perjuicio al Estado de varios millones de euros.

Rocco leía la circular pasándose la mano por el pelo.

—Baldi ya lo había avisado, tengo entendido. En esto debemos andarnos con pies de plomo.

—En la práctica, señor, ¿qué es lo que ocurre?

—Por medio de préstamos y recapitalizaciones a la ligera, entre el casino y la Región hay una panda de delincuentes que al parecer todos los años se lleva calentito un montón de dinero. ¡Así que, si usted quería encontrar al mandante del homicidio de Favre, puede que lo tenga! Hay que buscarlo entre los peces gordos.

Rocco le devolvió la hoja a su superior.

—No hace falta que le diga que se trata de información reservada, Schiavone.

—No hace falta, por descontado.

Costa se desplomó sobre la silla.

—Tal vez Favre se había enterado de algo y lo hicieron callar.

—No cuadra —dijo Rocco—. No cuadra para nada.

—¿Qué?

—¿Qué pinta un crupier en medio del homicidio? Un crupier que vive en una casa normal, que lleva una vida normal, que no tiene relación con los mandamases del casino ni de la Región. ¿No le parece una coincidencia curiosa que justo ahora ocurra este asalto al furgón blindado?

—¡Es justo lo que nos faltaba! Ahora a usted le toca investigar sobre esta asquerosa historia mientras Hacienda se mueve con cautela entre los papeles del casino. ¿Entiende el motivo por el que estoy tan cabreado?

—Tranquilo, que yo me moveré de puntillas.

—Tiene usted el tacto de un ornitorrinco, Schiavone. Corre el peligro de levantar una polvareda que mandará a freír espárragos las investigaciones de la policía fiscal. ¿Va usted a decírselo a la fiscalía?

—¿Quién está al frente del caso?

—La magistrada Silvia Civiletti, que responde directamente ante el Tribunal de Cuentas.

Rocco asintió serio.

—Un follón.

—Ya.

—Señor Costa, le prometo que la policía fiscal no se enterará ni de

que existo, porque ¿sabe? Estoy convencido de que el homicidio de Favre está relacionado con este robo. ¿Cómo? Todavía no lo sé, pero todo este asunto a mí me huele a que es así.

—Suposiciones. Y usted me tiene ya más que harto con toda esta historia de los olores y las pestes. Escúcheme bien, Schiavone. Quiero que vaya a la fiscalía, que hable con la magistrada y, a ser posible, también con Baldi, y que acuerden el *modus operandi*. Si por mí fuera, detendría las investigaciones sobre el robo, total, el dinero está asegurado, y me iría directo a por el pez gordo.

—Son las ocho de la tarde. ¿Lo hacemos mañana?

—No, ¡lo hacemos ahora!

A esa hora los despachos de la fiscalía estaban desiertos. Rocco, seguido por *Loba*, subía las escaleras para llegar hasta la planta de Baldi. Sólo se oía la lluvia repiqueteando sobre los cristales y la calle. Odiaba aquel edificio frío e inhóspito, los pasillos con feas estampas en las paredes salpicados de silloncitos de polipiel que jamás acogían a nadie, el olor a polvo y a cera para el suelo que se le metía en la garganta. Las puertas misteriosas siempre cerradas, excepto la de Baldi. Llamó ligeramente con los nudillos sobre la madera mientras se asomaba. El juez lo esperaba sentado ante el escritorio, jugueteando con un bolígrafo. Delante de él había una mujer de unos cuarenta años que se volvió girando la silla. Tenía una mirada dura, los ojos negros y el pelo rubio corto hasta las orejas. *Loba* se abalanzó sobre la alfombra y empezó a masajearse el lomo.

—¿Y este perro? —dijo la mujer.

Baldi le indicó a Rocco el asiento libre.

—Silvia, te presento al subjefe Rocco Schiavone. Schiavone, ésta es la señora Silvia Civiletti.

La mujer no se levantó, se limitó a tenderle la mano a Rocco, que se la estrechó y le sonrió, pero ella permaneció seria.

—Se supone que los perros no pueden entrar aquí dentro —objetó ella.

—Lo sé —repuso Schiavone, y se sentó.

Baldi le hizo un gesto a su colega para que lo dejara estar por el momento.

—Veamos, creo que su superior ya lo ha avisado.

—Hace diez minutos.

—Me parece que lo que hay en juego es algo más importante que dos millones y… —Baldi comprobó una nota en un cuaderno—: ochocientos veintinueve mil setecientos euros. —Levantó la mirada hacia Rocco.

—No es tanto a cuánto asciende el robo —objetó el subjefe—, sino… ¿No lo ven? Yo sé que el homicidio de via Mus está relacionado con el robo.

A Baldi se le dibujó su típica sonrisita sarcástica en el rostro.

—¿Y qué le hace pensar eso?

—El olor.

Silvia Civiletti resopló.

—Oiga, Schiavone, usted investigue, mire, huela, en fin, haga lo que mejor le parezca. Pero eso sí, deje el casino tranquilo. Considérelo terreno vedado.

—Es un tanto difícil, puesto que el dinero robado era del casino y el meollo de todo este asunto está justo ahí.

—Me da igual —continuó el juez—. Lo que tenemos entre manos es más importante que un robo.

—¿Y que un homicidio?

—Sigue usted viendo que las dos cosas están relacionadas —intervino Silvia Civiletti—, pero lo suyo no es más que una sospecha. Nosotros, sin embargo, estamos encima de algo muy concreto, créame. Y lo que el señor Baldi y yo le estamos pidiendo es… —Se inclinó hacia Rocco y añadió—: Que no se meta en el casino. Creo que no he sido demasiado críptica.

—Clara como el agua, señora Civiletti.

—No mande a la mierda un año y medio de investigación —intervino Baldi—. Eso es lo que le pedimos.

—Entendido. En ese caso, les propongo una cosa.

Los dos magistrados prestaron atención.

—Yo continúo con mi trabajo fuera de los muros del casino. Si en algún momento necesitara entrar dentro, se lo pediría a ustedes.

Civiletti y Baldi se miraron con ojos inquisitivos.

—Me explico. Si necesitara cualquier tipo de información, un nombre o cualquier otra cosa, ustedes me lo proporcionan.

—Señor Schiavone —declaró Civiletti con una tranquilidad artificiosa—, ¿ha visto cómo llueve ahí afuera?

—Sí…

—Hágase a la idea de que dentro de poco llegará un temporal de notificaciones de imputaciones.

—Lo que mi colega está intentando decirle es que se desatará un caos de mil pares de demonios.

—Había pillado la metáfora.

—Pues entonces, por seguir con las metáforas, intente no mear fuera del tiesto —le aconsejó Baldi.

—No se preocupen, todavía tengo buena puntería.

Volvía a casa arrebujado en el loden, con el frío colándosele por el cuello y las mangas, resguardándose a duras penas bajo un paraguas de cinco euros que ya había perdido una varilla. Era inútil meter la mano en el bolsillo, también lo era levantarse las solapas. La plaza estaba iluminada por los neones de las tiendas cerradas y las grandes farolas. Las gotas de agua atravesaban los haces de luz como miles de estrellas fugaces. *Loba* no se despegaba de él, parecía que ella tampoco tuviera ganas de correr, mantenía el ritmo, con el hocico recto, las orejas estiradas hacia atrás y el pelo empapado de agua. El subjefe alzó la mirada para observar el cielo, pero estaba cubierto: nubes bajas, ninguna esperanza de un mero rayo de sol para el día siguiente. Seguiría lloviendo. Pensaba en el trabajo que estaban llevando a cabo en la fiscalía; y la policía fiscal tenía la vista puesta en el casino. ¿De verdad podía ser aquél el motivo del asesinato de Romano Favre? La historia seguía sin convencerlo. Italia es un país corrupto, algo de lo

que Rocco, como cualquier otro ciudadano italiano, estaba seguro. Ningún político o dirigente recurriría jamás a un asesinato para ocultar sus propios vicios. El subjefe sabía que eran delincuentes de salón, sobornos y champán, hombres y mujeres que no se manchaban las manos, y que en cuanto entraban en las prisiones patrias, cosa rarísima, acusaban dolencias hasta entonces ni siquiera imaginadas. A ninguno de ellos se le ha ocurrido nunca que podría acabar dentro, se trata de un país en el que reina la inmunidad, pocos pagan por sus delitos y a menudo incluso por breves periodos, en casa o con trabajos en beneficio de la comunidad, si es que se consigue llegar hasta la última instancia judicial. No, los políticos y dirigentes no perciben el olor de la cárcel, chapotean tranquilos en una charca hecha expresamente para ellos, un país a su medida. No les hace falta asesinar a un testigo incómodo, prefieren comprarlo, aquello Rocco lo llevaba ya aprendido desde su primer año en la policía. El homicidio de Romano Favre estaba vinculado con el robo, cuanto más tiempo pasaba más se convencía de ello. Sin embargo, en todo aquel asunto había un sonido entrecortado, una nota discordante, como de un vaso rajado que ya no logra emitir un sonido cristalino.

Lada.

Aquella mujer seguía siendo una incógnita. Esperaba su llamada, pero la relación entre ellos se había complicado. ¿Por qué había acabado acostándose con ella? Porque era guapa. Pero las preguntas de la rusa sobre el caso Favre, el interés y la amabilidad de su pareja, el viejo amigo de la víctima, aquel Guido Roversi alias Farinet... ¿De verdad lo movían sólo las ganas de ayudar a las fuerzas del orden a encontrar al responsable del asesinato de via Mus?

«¿En qué coño estás pensando?», se dijo. A esas alturas veía dobles juegos por todas partes, la cicatriz de la quemadura de Caterina Rispoli todavía le latía bajo la piel.

Le sonó el teléfono. Era Brizio.

—Amigo mío, ¿qué me cuentas?

—Todavía nada, Rocco. Aquí no se mueve ni una hoja —respondió Brizio con su habitual acento romano—. ¿Qué es ese ruido?

—Lluvia... Ah, escucha...

—¡No, escucha tú! —lo interrumpió su amigo—. ¿Vas a bajar a ver el partido de la Roma?

—¿Y desde cuándo bajo yo a ver...?

—La semana que viene es el cumpleaños de Stella, a lo mejor te apetecía celebrarlo con nosotros.

¿Qué estaba diciendo Brizio? Pero si Stella había nacido en agosto.

—¿El cumpleaños?

—Eh...

Brizio no parecía borracho. Por fin lo entendió.

—Ah, sí, pero ahora no puedo. Aquí ha pasado algo gordo...

—Ya, lo sé, el trabajo. Bueno, pues cuídate. Si eso, llámame alguna vez también al fijo. Hasta luego... —Y colgó.

Brizio tenía miedo de que su teléfono estuviera bajo vigilancia. Como el piso de Sebastiano. Pero ¿por qué vigilar a Seba? Lo habían detenido, sabían que quería cargarse a Enzo Baiocchi, ¿qué más iban a espiar? Sebastiano era un libro abierto. A menos que aquellos micrófonos no fueran por su viejo amigo. ¿Andarían detrás de él?

Tragó un grumo de ansia.

Sacudió la cabeza, estaba volviéndose peor que Michela Gambino. Veía conspiraciones por todas partes. Pero es que Sebastiano estaba asustado, no hablaba, sabía que lo escuchaban. ¿Iban detrás de él? ¿Caterina seguía teniendo algo que ver?

La muy cabrona.

Con esas ideas en mente se detuvo bajo los soportales y cerró el paraguas. *Loba* aprovechó para sacudirse el agua. Abrió la galería de fotos del móvil y buscó el archivo que días antes le había enviado Brizio. Se había cruzado con la subinspectora por casualidad en la piazza del Viminale y la había visto salir del Ministerio del Interior con un hombre. Allí estaba Caterina, con su mirada triste y su boca entrecerrada, con aquel tipo de pelo blanco a su lado, probablemente el que la manejaba, el que se la había puesto encima para espiarlo, para controlar sus movimientos. ¿Estaba él en el centro de todo aquello? Tenía que hablar con Antonio, el único que entendía un poco de

móviles y de trucos digitales, a lo mejor bastaba con agrandar la foto para estudiarla mejor, tal vez algún detalle lo ayudara.

Con la discreción más absoluta.

—¡Planazo! —gritó Gabriele en cuanto Rocco, calado hasta los huesos, cruzó la puerta de casa.

Enseguida reparó en el 42 pulgadas sobre la mesita del salón.

—¿Qué es eso? —preguntó quitándose el loden.

—Es nuestro televisor, el tuyo era una porquería. Así que ¡planazo! —Fue corriendo hasta su rincón y agarró tres deuvedés de la cama—. Vamos a ver *28 días después* de Danny Boyle, el director de *Trainspotting*, para que te hagas una idea; luego *Zombies party*, obra maestra de Edgar Wright; y rematamos con *Braindead. Tu madre se ha comido a mi perro*, del gran Peter Jackson, maestro indiscutible de la saga de *El señor de los anillos*. ¿Qué? ¿Qué te parece?

—¿Qué mierda de películas son?

—¡Son todas de zombis! —gritó Gabriele—. Y eso no es todo… —Miró su reloj de pulsera, un viejo Casio lleno de teclas que servían de calculadora—. ¡Dentro de exactamente media hora llega una pizza margarita para ti y una caprichosa más calzone para mí!

—¿No las habrás pedido en lo de Ahmed?

—Qué va, me las traen del Grottino. Tienes el tiempo justo para darte una ducha antes de que empiece la fiesta.

—¿Y tu madre?

—Mamá llega luego. Pero a ella no le gustan las pelis de zombis, ni tampoco la pizza.

—¿Y qué te hace creer que a mí me gustan?

—Ya verás, son tres obras maestras.

—¡Pero van a ser cuatro horas de películas!

—¡Pasarán volando!

—Vamos, que has organizado un Massenzio.

—¿Un Massenzio? Ah, espera, lo sé. Marco Aurelio Massenzio, autoproclamado emperador, lo apodaron el usurpador. Embelleció

Roma y…

—No. Massenzio era un festival de cine que hacían en Roma en verano. Pero muy bien, veo que has estudiado. Me voy a la ducha… aunque agua ya he pillado de sobra para un mes.

—Sí, sí, parece que va a tirarse varios días sin parar de llover. Tienes veinticinco minutos.

—Tú ve dándole de comer a *Loba*.

Jim se despierta. El hospital está abandonado. No hay nadie. Camina por las distintas unidades entre desechos, harapos, muebles volcados y silencio. No sabe qué ha pasado, no hay ni un paciente, ni un médico. Los teléfonos no funcionan, los cristales están destrozados, ni un sonido, ni un ruido. Recorre los pasillos pálido, horrorizado y solo.

—Da miedo, ¿eh?

—Gabriè, si tenemos que ver esta película, por lo menos que sea en silencio.

—Es verdad, perdona…

El ruido de las llaves en la cerradura hizo a Rocco darse la vuelta de golpe. Entró Cecilia con el impermeable chorreando, helada y con cara de cansancio. Gabriele pausó la imagen: Jim se quedó congelado en un Londres desierto, ni un alma sobre el puente delante del Big Ben, tan sólo papeluchos levantados por el viento.

—Mamá, ¿ya has vuelto?

—Por mí no os preocupéis, seguid con la película.

—Gabriele ha organizado una noche de zombis.

—¡Uuuh, qué miedo! —dijo Cecilia, y le estampó un beso a su hijo.

—Mamá, hay pizza. ¿Quieres?

—¿Por qué no?

—Ven, siéntate, la peli acaba de empezar. Hay un sitio en el que hacen experimentos con monos. Dos activistas liberan un chimpancé, aunque el científico les ha dicho que no lo hagan, porque están

experimentando con un virus. Los otros dos no se lo creen y en cuanto liberan al chimpancé, ¡zasca!, muerde a la animalista en el cuello y ella vomita sangre, muchísima, luego se vuelve agresiva y ataca a los demás. Total, que el virus comienza a propagarse. Y ahora este tío, Jim, se ha despertado en el hospital después de un coma, pero no hay nadie. Londres está desierto…

—Ajá. —Cecilia se sentó al lado de su hijo.

—¿Seguimos entonces?

—¡Dale, Gabriele! —lo exhortó Rocco.

El muchacho pulsó una tecla del mando a distancia y las imágenes se pusieron de nuevo en movimiento. Allí estaban los tres, en el sofá, viendo una película que tenía su gracia. De vez en cuando le daban un bocado a la pizza, un trago a la Coca-Cola o a la cerveza, pero la historia los tenía clavados al sitio. Un sonido avisó a Rocco de la llegada de un mensaje. Lo leyó. «¿Entonces nos vemos? Lada.» Miró a Gabriele, a Cecilia, se vio a sí mismo sentado junto a ellos y por primera vez después de muchos años respiró un aire que, por lo menos hasta que acabara la noche, le ofrecería el espejismo de la tranquilidad familiar. Apagó el móvil sin responder.

Jim corre para escapar de las hordas de zombis que gritan con los ojos inyectados en sangre y, junto a sus dos nuevos amigos, se esconde en una tienda abandonada dentro del metro de Londres.

Viernes

En el laboratorio bien equipado y ordenado de Michela Gambino, entre la luz blanca de los cuarzos y el olor a alcohol y amoniaco, el subjefe Rocco Schiavone, con los ojos apoyados en los oculares de un microscopio, observaba unos curiosos filamentos parduzcos colocados sobre un cristalito. Michela estaba a su lado mientras Alberto Fumagalli se concentraba en otro microscopio petrográfico de luz transmitida.

—¿Qué es esta porquería? —preguntó Rocco.

—Eso que ves lo encontré en la nieve, en las huellas que había junto al poste de la luz. Es tierra cargada de potasio y magnesio y restos de cobre.

—¿En cristiano?

—Abono para viñas —respondió Alberto sin apartar la vista de la lente—. Mira, mira... —añadió—. Este mantillo... ¿Qué me dices?

—¿Has visto? —Michela se alejó del forense—. Lo he examinado. Lo extraje de las huellas que había cerca del borde de la carretera y ése también está lleno de potasio y magnesio.

—¡Fertilización otoñal!

—¡Exacto, Alberto! —Michela sonrió.

—Entonces, para que yo me entere —se entrometió Rocco—, ¿has encontrado restos infinitesimales de mantillo que provienen de un viñedo?

—Exacto. Quien trasladara hasta allí al pobre de Enrico Manetti acababa de pisar un terreno cerca de un viñedo.

—¡Muy bien, Michela, muy bien! —Rocco, satisfecho, se llevó un cigarrillo a los labios—. Tranquila, que no lo enciendo.

—Lo que me faltaba ya.

—Y hablando de Enrico Manetti, ¿quieres saber lo que le corría por

las venas? —dijo Alberto, apoyándose en la mesa de aluminio.

—Soy todo oídos.

—Diisopropilfenol, una molécula de fenol y dos grupos funcionales isopropílicos.

—Propofol —dijo Michela asintiendo como quien se las sabe todas.

—Eso es. Un fármaco anestésico comercializado con el nombre de Diprivan.

—¿Y no acababas antes diciéndome que era un anestésico? La virgen, qué coñazo, no hay quien os aguante a los dos juntos.

Michela y Alberto sonrieron con complicidad.

—¿Y dónde puede conseguirse este Diprivan?

—Debes tener algún contacto en un hospital o un laboratorio, aunque también se emplea en veterinaria.

—Ajá. Michela, ¿has examinado ya la ropa de Manetti?

—¿Qué te crees, que aquí estamos de cháchara? —repuso empleando un término siciliano—. Pues claro. Por ahora, ninguna sorpresa. En la manga izquierda, más o menos a la altura del hombro, hay restos de Diprivan.

—Le habrá salpicado un poco de líquido —intervino Fumagalli.

—Sí. Luego hay también unas cuantas migas de pan, supongo que se comería un bocadillo —continuó la adjunta—, y el mantillo de antes en las suelas de los zapatos. ¿Necesitas algo más?

—Nada más, ahora mientras vosotros seguís aquí abajo jugueteando con los fenoles, las moléculas y el nitrógeno, yo me voy a trabajar.

—Qué triste es la ignorancia —comentó con aire serio Alberto Fumagalli, a lo que Rocco no respondió; se limitó a salir de la sala sin ni siquiera despedirse.

—¿Quieres venir a echarles un vistazo a los enlaces proteicos del mantillo?

—Claro, Michela. Total, esta mañana lo mío parece un velatorio. —Y, riéndose del chiste, entraron en la sala contigua.

Rocco subió las escaleras del semisótano de la Científica, recorrió el

pasillo y entró en el despacho de los agentes. Scipioni y Deruta estaban sentados examinando unas listas.

—¿Alguna novedad de los presentes en el casino el día del homicidio de Favre?

—Estamos en ello —respondió Deruta—, pero no hay ningún nombre que nos suene de nada, ¿verdad, Antonio?

—No... Y los estamos comprobando uno por uno. Nos hará falta un poco de tiempo, señor.

—Tienes cara de cansado, Deruta. ¿Otra vez por la panadería?

—Otra vez.

—Uno de estos días voy a tener que ir a hablar con tu mujer. ¿No se da cuenta de que tú ya tienes otro trabajo?

—Sí, se lo he dicho, pero créame, en la panadería siempre hay muchísimo que hacer y no puede permitirse un ayudante. Así que de vez en cuando me toca. —Luego inclinó levemente la cabeza—. De ello depende la paz doméstica.

—Entiendo. Pasadme estas listas lo antes posible. Poned a trabajar también a D'Intino.

—También está en ello, pero justo ahora ha ido al baño —explicó Antonio.

—Scipioni, tienes que mirarme cuántos viñedos hay en un radio de, pongamos, unos treinta kilómetros desde Saint-Vincent.

—¿Viñedos? —preguntó el agente.

—Viñedos. —Luego Rocco desvió la atención a la otra mesa, donde Casella estaba hipnotizado frente a la pantalla de un ordenador.

—¿Y tú, Ugo? ¿Dándole al porno?

Casella sonrió.

—Estoy investigando sobre Romano Favre y dónde podría haber ocultado en internet ese material sensible que nos tiene en ascuas. Por el momento, nada... YouTube, Facebook, Instagram. Gambino ha tenido una buena intuición, pero del dicho al hecho...

—Pues yo estoy convencido de que un chaval de doce años tardaría tres minutos en encontrar algo...

—No, jefe, ¡nada de eso! Para esto hace falta un *hacker* de verdad.

Los dejó trabajando y continuó hacia su despacho.

—¡Italo! —lo llamaba en voz alta desde el pasillo, pero nadie se asomó—. ¿Dónde estás? ¡Pierron!

En su despacho, el teléfono sonaba. Entró a toda prisa saltando por encima de *Loba*, que dormía panza arriba en el suelo.

—Ya voy, ya voy, ¡qué coño! —Levantó el auricular—. Schiavone, ¿quién es?

—Rocco, soy Italo. —Oyó en el otro extremo de la línea.

—¿Puede saberse dónde te metes a las nueve de la mañana?

—En Deval, en la regional 36… Han encontrado el furgón. Están aquí los bomberos y estamos esperando a que lleguen los artificieros de Turín.

Lo que quedaba del furgón era un amasijo de láminas y tubos retorcidos y ennegrecidos abandonado en un pequeño claro. Toda la hierba alrededor estaba carbonizada, un par de abetos tenían el tronco ennegrecido, el hedor a gasolina y a plástico quemado hacía lagrimear los ojos. La unidad de bomberos de Aosta había dejado el área precintada y lista para el examen de los artificieros. Rocco e Italo, resguardados bajo sendos paraguas, contemplaban la escena en silencio. Sobre el terreno se distinguían claramente fragmentos de metal, cables, jirones de tela. Se acercó el coordinador de los bomberos con tres insignias en el pecho. El pelo ralo empapado y el rostro abierto y sincero, la barba de varios días, los ojos sureños y un amago de sonrisa.

—Buenos días… Capuano —se presentó, y le estrechó la mano a Rocco—. Hemos llegado cuando las llamas ya estaban casi apagadas… Hemos tenido suerte, la lluvia ha ayudado, por lo menos sirve de algo. —Luego miró al cielo—. Me da a mí que ya no escampa hasta el verano.

—Esperemos que no. ¿Qué me cuenta?

—Están en camino los artificieros, pero por mi experiencia todo apunta a un artefacto casero. ¿No huele cómo apesta a gasolina?

—Lo huelo, sí —respondió el subjefe.

—Lo han hecho saltar por los aires hacia las seis de la mañana. O al menos eso dice un tipo que vive unos doscientos metros más abajo. —Y con el índice señaló la carretera.

—¿Había alguien dentro?

—No, señor, nadie... Dios quiera que sólo hayan destrozado el vehículo.

—Con las pruebas y todo —añadió Rocco—. Es el furgón del robo...

—¿Qué robo? —preguntó el coordinador.

—El de ayer, el furgón que transportaba fondos del casino.

—Ah, no sabía nada...

—Bueno, Italo, aquí no tenemos ya nada que hacer. Nos volvemos a la jefatura... Hasta la próxima, Capuano.

Con una media sonrisa, el bombero volvió al trabajo.

—Han actuado rápido —comentó Rocco mientras regresaban al coche.

—Sí... Pero ¿para qué quemarlo?

—Habría alguna prueba que los inculpaba.

—¿Te refieres a huellas?

—Por ejemplo. A saber... Puede que la unidad de artificieros nos cuente algo más. Por cierto, artificiero es una profesión a la que yo no me habría dedicado en la vida. ¿Sabes cuál es su lema, Italo?

—No...

—*Semel errare licet*, que significa que sólo puedes equivocarte una vez. Nada de segundas oportunidades... ¿Sabes cuánto tiempo llevaría yo ya criando malvas?

Italo se echó a reír. Luego el subjefe lo detuvo agarrándolo de un brazo.

—Y hablando de equivocarse... ¿Tienes algo que contarme?

—Si estás pensando en el póker, vas desencaminado. No he vuelto a tocar una carta.

—Hay otros sistemas de juego.

—Nada de tragaperras, nada de apuestas, nada de nada, Rocco.

—¿Eres capaz?

Italo asintió.

—Tengo que serlo.

El subjefe le dio una palmada en la espalda, cerró el paraguas y entró en el coche.

Estaban todos reunidos en el despacho de Rocco. Casella había hecho el café con la maquinita nueva. Antonio e Italo, como de costumbre, estaban apoyados en las jambas del marco de la puerta. Deruta, en el silloncito de piel, y D'Intino, pegado al archivador.

—Pensemos —empezó a hablar Schiavone— y, por favor, sed conscientes de toda la confianza que vuestro jefe deposita en vosotros al haceros partícipes de sus ideas. Al conductor lo soltaron debajo del Gran Paradiso. ¿Por qué?

—¿Tal vez porque es un lugar poco frecuentado en invierno y de esa forma esperaban ganar tiempo?

—Exacto, Italo. Y yo opino que nos han mandado a la otra punta.

—¿Cómo a la otra punta? —preguntó Casella.

—En la dirección contraria a la que tomaron ellos. Otro detalle que conocemos es que la banda está compuesta por al menos cuatro personas. Pongamos que dos llevan el cuerpo del conductor por la nacional de Vayaustedasaber cómo se llama.

—Valsavarenche —apuntó Italo.

—Los demás, por otra parte, cogen el furgón de noche y se van a Deval para quemarlo.

—Que está en la otra punta del todo respecto a Valsavarenche —confirmó Italo.

—Y yo os pregunto, leales aliados, ¿nosotros qué sabemos? —dijo Rocco—. Tres cosas. ¡La primera! Uno de los miembros es Ruggero Maquignaz, los demás no lo sabemos. Segundo dato: han actuado en un terreno cercano a un viñedo. Las huellas que dejaron quienes abandonaron al conductor drogado hablan claro. Veamos, ¿cuántos viñedos hay a poca distancia de Saint-Vincent? ¿Quién tenía que averiguarlo?

—Yo —respondió Antonio—. Hay por lo menos unos treinta, señor. Luego si bajamos hacia Pont-Saint-Martin, aumentan de forma exponencial.

—¡Casi nada! Tercer dato: en el lugar donde actuaron debe de haber un espacio lo bastante grande para poder esconder un TIR. Porque recordad que el furgón lo han llevado a Deval dentro de ese camión. De lo contrario, una vez fuera del contenedor forrado de plomo, habría saltado la alarma por satélite. En vez de eso, una vez descargado del TIR, en cuestión de segundos lo han hecho explotar y se han dado a la fuga.

Deruta levantó la mano.

—Tiene la palabra el agente Deruta.

—Yo pienso que el viñedo no puede estar muy lejos de Deval. Vamos, que dar vueltas por ahí con un TIR amarillo, que puede que algún testigo del lugar de la desaparición hubiera visto, no es algo como para tomárselo a la ligera. Aunque fuera de noche. Así que, probablemente, cuanto menos camino se haga, mejor.

La reflexión de Deruta fue acogida en medio del silencio más absoluto. Rocco, satisfecho, balanceaba la cabeza.

—Pues yo, después de esto, dedicaría un merecido aplauso a la inesperada intuición de Deruta, que nos deja a todos convencidos y satisfechos. —Y comenzó a batir las manos.

Los demás, perplejos, lo imitaron. Deruta sonreía feliz.

—Aunque yo añadiría un elemento. —El subjefe recuperó la atención de todos—. A nuestro Manetti le suministraron Diprivan. Me cuenta Fumagalli que también se usa en el ámbito veterinario, por lo que a la intuición de Deruta añadiría también una granja, vacas, caballos, ¿qué se yo?

Los agentes asintieron. D'Intino también levantó la mano.

—¿Qué quieres?

—Es *verdá*.

—¿Qué es verdad?

—Mi tío el de Mozzagrogna se lo da a las bestias cuando el médico las tiene que operar —explicó D'Intino con su peculiar acento de los

Abruzos—. Sólo que mi tío lo llama Vidivan. Aunque en no teniendo nada más que la primaria, todo puede ser que se *esquivoque*.

—De acuerdo. Ahora que contamos con la bendición del tío de D'Intino, manos a la obra. —Se levantó para acercarse al mapa—. Delimitemos un área de unos veinte kilómetros desde Deval y hacia el valle, no creo que haya viñedos más arriba…

—Perfecto —dijo Antonio—. ¿Vamos todos?

—No. Van Deruta, D'Intino y Casella. Antonio e Italo, conmigo. —Cogió el loden, dio un silbido a *Loba* y se puso en marcha seguido por sus agentes—. A ver, Antonio, de ti necesito una cosa muy delicada. —Rocco bajó la voz—. Y muy ilegal.

—Acabáramos… —Antonio negó con la cabeza.

Italo sonrió. Al policía valdostano le gustaban las cosas poco legales.

—Tenemos a un abogado, Ivan Greco. Célebre penalista de la ciudad.

—¿Y…?

—Tienes que seguirlo.

Antonio abrió los ojos de par en par. Luego miró a Italo.

—¿Con seguirlo te refieres exactamente a… seguirlo?

—¿Qué es lo que se te escapa del significado de la palabra?

—Rocco, es que eso no es ilegal, ¡eso es criminal!

—Pero tú eres bueno y no te pillarán.

—¿Puedes darme más información?

—Claro. Tiene el bufete en la piazza Chanoux. Defiende a Michelini, el homicida de Romano Favre. Échale un vistazo al currículum del famoso picapleitos y pégate a él como una lapa. Me gustaría saber a quién ve, con quién sale, quién va a su bufete… Y por favor…

—… que quede entre nosotros tres —acabó la frase Antonio Scipioni —. Pero ¿qué es lo que esperamos?

—No lo sé. Pero por lo menos tenemos que intentarlo.

—¿Por qué no mandas a Italo?

—¿A mí?

—No, lo vas a hacer tú. ¿Quieres saber por qué? Eres honrado, limpio y sincero. Italo es corrupto, extremadamente deshonesto y se lo

tomaría demasiado a la ligera.

—Vete a la mierda —murmuró Pierron.

—En cambio tú, agente Scipioni, te cagas encima y no cometerás errores. —Le soltó una palmada en el hombro y, en compañía de Italo, se alejó.

Antonio alzó la mirada al techo para inspirar todo el aire posible, negó con la cabeza y se dirigió a su despacho.

Detuvieron el vehículo delante del edificio de Ruggero Maquignaz, en corso Ivrea.

—¿Número?

—Doce, Rocco.

—*Loba*, quédate en el coche y echa un sueñecito.

En el portero automático, sólo cuatro nombres. Era un pequeño bloque amarillo de dos plantas, Maquignaz vivía en la de arriba. Rocco los llamó a todos sin pensárselo. No respondió nadie.

—¿Todos fuera? ¿Con esta lluvia?

—Eso parece —respondió Italo—. Pero ¿de verdad piensas eso de mí?

—¿El qué?

—¿Que soy corrupto y deshonesto?

—¿Habrías preferido arriesgarte a ir a la cárcel por seguir al abogado?

—No...

—Pues entonces no te metas.

El subjefe se sacó del bolsillo la navajita suiza y en cuestión de segundos la cerradura del portal cedió.

—¿Me estás diciendo que si Antonio acaba mal a ti te da igual?

—Italo, Antonio no va a acabar mal. Es mitad siciliano, mitad marquesano.

—¿Y qué?

—Pues que ha respirado el yodo del mar desde niño, tú no. Y ahora entremos que me estás tocando ya los cojones.

—Acabas antes si dices que él es mejor que yo.

—Él es mejor que tú.

Los recibieron dos bicicletas atadas con una cadena a la barandilla de la escalera y unas cajas enormes cerradas con cinta adhesiva y amontonadas en un rincón, además de un desagradable tufo a moho.

—¿Subimos?

—Subamos...

Llegaron a la primera planta, encima de la puerta blindada de Maquignaz había una bonita guirnalda navideña. Rocco resopló mientras se secaba el pelo.

—Éstas no sé abrirlas.

Italo intentó llamar en vano. El eco del timbre resonó en el piso vacío. El subjefe continuó subiendo. La escalera acababa en una puerta vieja y desvencijada que comunicaba con el desván. La abrió y se topó con una habitación repleta de objetos polvorientos iluminada por una claraboya rectangular a un par de metros de altura. Italo se había quedado unos escalones más abajo.

—¿Qué es?

—Una especie de buhardilla. *'Pera*... —Apoyó un pie en una silla vieja para llegar a la ventana. La abrió—. ¡Hay que joderse! —Se quitó el loden y se lo entregó a Italo—. Guárdamelo. —Luego, con ayuda de los brazos, se aupó.

Italo lo vio desaparecer poco a poco por el tragaluz rectangular. Lo último que quedó fueron las piernas y los pies dando patadas al aire. Al otro lado, seguramente el subjefe estaría blasfemando. Luego todo el cuerpo fue engullido por el ventanuco, el cielo y la lluvia.

—¿Estás bien, Rocco?

—Cago en todo. —Se oyó del otro lado.

Estaba encima de una azotea que rodeaba el pequeño bloque con tres antenas clavadas como arbolitos. Una decena de metros más abajo discurría el corso Ivrea. Un automóvil que pasaba como un rayo disparó un chorro de agua desde un charco. Notaba las gotas mojándole el pelo y la cara, calándole el jersey de lana. Llegó hasta la zona situada encima del piso de Maquignaz. Las manos sucias, los pantalones para la

tintorería, a esas alturas había poco que se salvara. Se agarró al canalón, con las piernas colgándole en el vacío. El frío y el viento no facilitaban sus movimientos. Los dedos se le resbalaban lentamente por el metal mojado, que se arqueaba bajo su peso. Hasta que, calados hasta los huesos, se escurrieron y se soltaron del canalón oxidado, y Rocco cayó volando más de un metro hasta aterrizar en el balcón. Una cuchilla de dolor se le clavó en la espalda.

—¡Maldita sea mi estampa! —farfulló entre dientes mientras rodaba por el suelo del balconcito de la primera planta—. ¡Ay, qué dolor!

Despacio, apoyándose en la barandilla, se puso otra vez de pie. Se estiró los músculos lumbares y recuperó la postura erguida. Todavía estaba de una pieza, empapado, como si se hubiera duchado vestido. Con dos navajazos abrió el cierre de las venecianas. La ventana era antigua; la madera, corroída y picada, estaba blanda, y perforarla con la sierrecita fue un juego de niños. Por fin llegó hasta el resorte de la manilla y lo hizo saltar. Entró en la casa de Maquignaz sacudiéndose el pelo como un enorme perro mojado y dejó en el suelo un charco de agua. A tientas, buscó el interruptor de la luz hasta encontrarlo. Un saloncito. Un sofá color tabaco y una vieja mesa de madera llena de cercos de vasos y botellas. Fue hasta la puerta, giró el cerrojo interno y la abrió. Italo lo esperaba en las escaleras.

—¿Ha sido difícil? Virgen santa, estás calado hasta los huesos —le dijo mientras le devolvía el loden.

—Venga, echemos un vistazo aquí dentro.

—¿Qué buscamos?

—No lo sé. Tú mira y piensa.

Italo se dirigió hacia el dormitorio, Rocco, hacia la cocinita. Abrió el frigorífico. Leche, vino blanco, limones, un trozo de queso, tres yogures que caducaban el 15 de diciembre, dos recipientes de plástico con albóndigas en salsa. Volvió al salón. Evitó mirar los espantosos cuadros de las paredes. Encima del televisor, sobre una repisa, había dos figuritas talladas de madera, los típicos viejos fumadores de pipa. Junto a la butaca, una mesita con el periódico del miércoles y una revista de pasatiempos con un crucigrama a medio hacer. Sobre un estante justo

al lado de la puerta de entrada, una factura del teléfono y otra de la luz, que vencían al cabo de pocos días.

—Aquí no hay nada interesante, Italo. —En cuanto el agente regresó, Rocco abrió la puerta del piso y apagó la luz.

—¿Qué es lo que no te convence, Rocco? —le preguntó Pierron mientras bajaban las escaleras.

—Si estás preparando un atraco y tienes que hacer desaparecer hasta tu menor rastro, ¿te guardas las albóndigas en salsa? ¿O dejas facturas pendientes en el mueble de la entrada? ¿O tienes en el frigo yogures recién comprados?

Estaban de nuevo en la calle.

—No... —respondió Italo.

—Pues eso, la casa del tal Ruggero parece cualquier cosa excepto un sitio del que uno ha decidido largarse deprisa y corriendo.

—Pues sí que es raro, sí —convino Italo—. ¿Creerá que va a irse de rositas? Está metido hasta el fondo. A ver, es uno que trabaja en Assovalue, es él quien obliga al conductor a subirse en el camión a la fuerza, está claro que luego no puede volver a su casa como si nada. No, la cosa no tiene ni pies ni cabeza, Rocco.

—A no ser que también lo encontremos a él medio drogado en alguna parte y nos explique cómo ocurrió todo. Ahora hablemos con los nuestros, a ver si alguno tiene noticias. Dame un paraguas, que yo me vuelvo andando. Nos vemos en la jefatura, y llévate a *Loba*.

—¿Un paraguas? Como si no estuvieras ya empapado... ¿Adónde vas?

Pero Rocco no contestó. Se dirigió hacia el centro de la ciudad. Necesitaba reflexionar y un café de Ettore.

Cruzó el Arco de Augusto y siguió caminando hasta Porta Pretoria. Por lo menos allí el viento había amainado y la lluvia había bajado de intensidad. No miraba los rostros de los transeúntes, arrebujados en sus gorros y sus bufandas bajo los paraguas, tampoco el cielo, si total, ya lo sabía, era lechoso y plano. No observaba los escaparates de las tiendas,

por miedo a ver su imagen reflejada o, peor aún, a no verla del todo. La mano derecha en el bolsillo, los ojos clavados en los adoquines, un paso detrás de otro con los pies empapados dentro de sus Clarks, que la humedad feroz adentellaba sin piedad; lo único que le ofrecía algo de calor e intimidad era el olor a leña quemada. Ése era el único detalle de Aosta que había conseguido amar, el perfume de la leña quemada. En Roma sólo podía olerlo si pasaba junto a una pizzería con horno de leña, pero normalmente se mezclaba con el olor a frito de los *supplì*, de los filetes de bacalao y del gas de los tubos de escape. En Roma no había chimeneas, no había estufas de leña. Aquel olor le gustaba, pensó que sería buena idea encender su chimenea. Estaba en un rincón del salón, y él la había transformado en un contenedor de revistas y cajas que nunca sabía dónde poner. Tal vez tendría que llamar al deshollinador para que limpiara el humero. Pero ¿seguía habiendo deshollinadores? No lo sabía.

¿Qué se le escapaba? Debía de haber un detalle que pasaba por alto y sin embargo era fundamental. Sus pensamientos volvieron de nuevo a Lada y a su marido, Guido. ¿Por qué al principio de la investigación se había tomado tantas molestias? ¿Por la amistad que lo unía a Romano Favre? Nunca le había acabado de convencer del todo. Negó con la cabeza. Se detuvo. Cogió la cartera. Todavía guardaba aquella hojita misteriosa que había encontrado entre los papeles de la víctima, aquella nota escrita en un recibo con las tres letras: A, B y C. Todavía no había entendido lo que representaban.

«¿Qué es lo que habías descubierto, Favre? —pensó—. ¿Y dónde guardaste la prueba?»

Cuando entró en el local, el frío ya lo había calado hasta los huesos. Se dirigió hacia la barra y tomó asiento al lado de una mujer encerrada en un pesado anorak de plumas.

—¿Me pones un café, Ettore?

—Ahora mismo, señor... Viene usted empapado como un pollo.

—Ettore, por favor...

—Sí, señor, me meto en mis asuntos y le preparo un café...

—¿Puedo invitarlo?

Rocco se volvió. Era Sandra Buccellato, la periodista.

—Ya no recuerdo si nos tuteábamos o no —añadió ella.

—Tuteémonos, si, total, tengo la impresión de que en esta ciudad es imposible evitar a nadie.

La mujer apretó levemente los labios.

—¿Ahora resulta que hasta hay que evitarme?

—Hay que evitar a la humanidad entera, Sandra.

Ettore dejó el café en la barra y se alejó. Sandra llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás de una forma que resaltaba sus ojos. Aquella tarde eran más intensos que de costumbre. Empezaba a entender a su jefe, si una mujer así te escalda, las quemaduras te duran bastante tiempo.

—Tú y yo tenemos que hablar, Rocco, pero no aquí.

—¿Y de qué tenemos que hablar?

—Acábate el café.

Rocco obedeció. Luego Sandra le hizo un gesto y él la siguió. Bajaron unas escaleras hasta llegar a una sala enorme, blanca. A un lado, las puertas de los aseos; al otro, un cúmulo de cajas grandes, banderas, mesitas y un par de pizarras blancas.

—Son cosas que usan para las reuniones del Club de Leones. Pongámonos aquí, que no nos oye nadie. —La periodista rodeó el revoltijo de muebles y cajas—. A ver, Rocco, yo sé unas cosas, tú sabes otras, y creo que ha llegado el momento de colaborar sin ocultarnos nada.

—Veamos, ¿tú qué sabes?

—Sé que la policía fiscal está marcando de cerca a los dirigentes del casino y, evidentemente, a los mandamases de la Región.

—A mí también me ha llegado el rumor.

—Y lo que yo creo es que el homicidio de via Mus, que mi ex marido, el jefe de policía, quiere vender como un caso resuelto, no está resuelto ni de lejos. Dime si me equivoco.

—Mira, Sandra... Al culpable lo hemos detenido, también a la banda de blanqueadores...

—Pues entonces explícame por qué Baldi y los suyos llevan días

dándoles la tabarra a Arturo Michelini y a los blanqueadores. Si el asunto está resuelto, como tú dices, se va a juicio y adiós muy buenas. ¿O no?

—Eso deberías preguntárselo al magistrado, no a mí. Yo por el momento estoy investigando sobre el robo.

—¿Tú piensas que el homicidio no tiene nada que ver con lo que está haciendo la policía fiscal?

Rocco se apoyó en un escritorio volcado patas arriba.

—No, no tiene nada que ver, y soy sincero.

Sandra lo miró fijamente.

—Sin embargo, la coincidencia es cuando menos curiosa.

—En eso te doy la razón al cien por cien. Pero de todas formas te quiero ofrecer un consejo, puesto que a estas alturas te he cogido ya un poco de cariño. No te metas en este asunto. Si Michelini está compinchado con los peces gordos, cosa que yo no creo, te pondrán las manos encima a ti también. Si, por el contrario, tiene algo que ver con el robo, estamos hablando de gente que dispara. Y también corres peligro. Déjame a mí hacer el trabajo, te prometo que en cuanto vea la luz serás la primera en saberlo.

—No me lo creo.

—Tienes que creértelo. —Se acercó y la besó.

Al principio Sandra opuso resistencia, pero luego se dejó llevar y Rocco sintió que el cuerpo de la mujer se relajaba. Tenía los labios delicados, y él siempre lo había sospechado. La sorpresa agradable fueron los pechos de mármol.

Se separaron. La periodista lo miraba directamente a los ojos.

—¿Y esto qué significa?

—Opino que para sellar un pacto es mejor que un apretón de manos.

Sandra se echó a reír.

—¿Lo haces con todas?

—Sólo con las periodistas.

—Eres un *latin lover* de tres al cuarto.

—Lo sé, pero ahora mismo el cerebro en funcionamiento no es el de

la caja craneal, sino el otro.

Sandra bajó la mirada hacia el bulto del subjefe.

—Parece en plena actividad.

—Sí, pero en el sitio más incómodo y equivocado del mundo.

—Ya tendremos tiempo de desquitarnos. —La periodista le estampó un beso en la mejilla y se alejó. En medio de la sala, en la penumbra, se dio la vuelta—. ¿Y tú me darías a mí la noticia antes que a mi ex marido?

—Con él no estoy en deuda.

—Tú no eres fiel a nadie, subjefe.

—No sabes cómo te equivocas.

—Acepta un consejo desapasionado. Vete a secarte.

Schiavone había birlado una cantidad industrial de papel higiénico del aseo para intentar secarse el pelo, las manos y la cara.

Se restregaba aquellos pañuelitos grisáceos que se hacían papilla desde el momento mismo en que entraban en contacto con el agua y, asqueado, los lanzaba acto seguido a la papelera.

—¿En qué grado está la lluvia, señor? —preguntó Deruta al entrar en el despacho.

—Ya está anotada, en el octavo, empatada con el aire acondicionado roto del coche. ¿Qué me cuentas?

—Viñedos hay, pero ¿sabe una cosa? Están en bancales, y en un sitio así es difícil esconder un camión. Ya sólo llegar es difícil. Quitando un par de terrenos llanos, nada que se parezca a la idea de un viñedo que tenga usted, o que tenía yo.

—Explícate.

—Colinas llenas de cipreses, bajas, onduladas... No, aquí tienen mérito, le han robado terreno al monte para hacer vino.

—Vamos, que a decir verdad un sitio para esconder un TIR...

—No, no hay.

Italo Pierron entró corriendo y resollando. Blandía un papel como si fuera un arma.

—¡Resulta que hemos tenido un golpe de suerte! —Entregó la nota a Rocco.

—¿Qué es esto?

—Lo manda la policía de tráfico. Una cámara en el cruce de la carretera con Verrès, un camión amarillo fotografiado, hasta con la matrícula. El horario coincide y también el tamaño y el color del vehículo. —Y miró sonriendo a Deruta.

—¿Qué coño es GO FF 112?

—Es eslovena —aclaró Italo.

—¿Eslovena? —Rocco volvió a mirar el papel—. ¡Como también era esloveno el número de móvil que llamó a Romano Favre la noche del homicidio!

—Cierto… —dijo Deruta.

—¿Qué significa GO?

—Nova Gorica. Ciudad en la frontera con Italia, prácticamente pegada a Gorizia.

Rocco dejó el papel en la mesa.

—Tenemos que averiguar más. Si es una matrícula robada o, si no lo es, a quién pertenece. Nos queda la incógnita del escondite. Yo no creo que con el TIR se hayan ido hasta Eslovenia. Demasiado arriesgado.

—Estoy de acuerdo —asintió Italo—. Exactamente ¿qué más tenemos?

—Si no es un viñedo —intervino Deruta—, o al menos parece bastante difícil, ¿en qué otro sitio pudieron pisar ese mantillo?

—¿En un almacén? —sugirió Rocco—. Vuelve a ser tarea tuya y de tu digno compinche D’Intino… Lo que buscamos es si existen almacenes así, de abono.

—¿Mañana?

—Otra vez con mañana.

—No, porque me toca el turno en…

—Calladito, Deruta, no me mientes la panadería que te caneo. Y llevaos también a Casella. ¿Dónde está ahora?

—Se ha puesto otra vez a buscar información en internet sobre Romano Favre…

—Ah —dijo Rocco mientras se ponía el loden—. Es igual que la quinterna de fray Pacífico.

—¿La quinterna?

—¿No conoces la historia de fray Pacífico, que proclamó los cinco números de la lotería al pueblo romano? ¿No? Pues es lo mismo que buscar pistas de los documentos de Favre en internet, una empresa imposible, igual que aquellos cinco números prometidos por el fraile. En fin, yo estoy ya hasta los mismísimos y me voy a casa... Hasta mañana, chavales. ¿*Loba*?

Y junto a la perra echó a andar por el pasillo.

Con los ojos pegados a la pantalla del ordenador y un hormigueo continuo en las piernas, el agente Ugo Casella era un revoltijo de tensión y nervios. Llevaba tres días esperando al técnico de la caldera, que a él le gustaba encender ya en septiembre. Una caldera seminueva, comprada hacía menos de seis meses, y ya empezaba a hacer de las suyas. No se había acostumbrado al frío, pese a que ya eran muchas las jefaturas de policía del norte por las que había pasado. Desde su San Severo natal, en la provincia de Foggia, lo habían trasladado primero a Domodossola, luego a Trento, a Brescia, a Perugia y, por último, a las puertas de la jubilación, a Aosta. Las tres mañanas duchándose con agua fría habían sido una tortura. Aquel día había decidido llevarse lo necesario a la jefatura y usar el baño de la primera planta, el que acababan de reformar, que era cómodo y tenía agua caliente. De hecho, tenía a sus pies la bolsa del club deportivo Eugubina, recuerdo de su esporádica y temeraria actividad gimnástica en la época del traslado a Perugia. Dentro había metido el albornoz, una camiseta, una muda de calcetines y calzoncillos y, ya que estaba, los apaños para la barba, que afeitarse con agua fría era una empresa por encima de sus posibilidades; pero todavía no había logrado separarse de la mesa para escabullirse con discreción. Visitaba decenas, centenares de webs. De Facebook a YouTube, Instagram, Twitter o Snapchat. Sólo una vez le parecía haber encontrado la senda que lo llevaría hasta Romano Favre,

pero luego se había dado cuenta de que estaba siguiendo a un homónimo, un chaval de diecisiete años de Roncobilaccio aficionado a las páginas web sobre fútbol. Se le cerraban los ojos y las sienes le latían con violencia. Se estiró en la silla para desperezarse y sintió una dolorosísima punzada en la vértebra del cuello. Era la hora de cenar, pero no tenía hambre. En cuanto apartó la vista de la pantalla, el tormento que llevaba dos semanas quitándole el sueño y el apetito regresó.

«¿Qué le regalo?», se preguntaba.

El problema era la señora del tercero, Eugenia Artaz, divorciada de Francesco Brusatti, antiguo empleado de correos. Cincuenta y siete años, pelo rubio corto y siempre bien arreglado; un hijo, Carlo, y una hija, Sandra, matriculada en Ciencias de la Comunicación en Turín. Todo eran datos que el agente Ugo Casella había recopilado en secreto en la jefatura, porque desde hacía nueve meses, el tiempo que había transcurrido desde el día del divorcio con Francesco Brusatti, todavía no había reunido el valor suficiente para dirigirle la palabra. Tan sólo buenos días y buenas tardes. Pero ella le sonreía, y Casella tenía la esperanza de que detrás de aquella sonrisa se escondiera algo más que un mero gesto de cortesía entre vecinos. Eugenia llevaba gafas de miope de un color siempre distinto. Se las cambiaba para que fueran a juego con su atuendo. Rojas, celestes, moradas, verdes, negras. El policía, una vez más gracias a los datos obtenidos de los documentos en la jefatura, sabía cuándo era su cumpleaños. Eugenia Artaz había nacido el 15 de diciembre. Hoy era 13. Casi había llegado a la víspera del cumpleaños de la mujer que acaparaba sus sueños y sus deseos sin haber tomado aún una decisión.

¿Qué le regalo?

¿Era la ocasión ideal para presentarse felicitándola y haciéndole un regalo? ¿Y si se lo tomaba como una invasión de la intimidad? Algo que, entre otras cosas, y Casella lo sabía, era un delito penal. Y si ella le preguntaba: «Disculpe, ¿cómo es que sabe usted cuándo es mi cumpleaños?» Pero el agente de policía Ugo Casella sabía, y no era difícil llegar a esa conclusión, que una ocasión como aquélla sólo se

presentaba una vez al año. Claro que también estaba el día de su santo. Ese día también podía felicitarla y hacerle un regalo. Pero con aquello tenía un problema como una casa. Ugo Casella lo había averiguado y había dos días de santa Eugenia. ¿Cuál sería la que celebraba Artaz? Todo eso dando por supuesto que para la gente del norte la onomástica tuviera el mismo valor que para los pueblos meridionales. ¿Era devota de santa Eugenia virgen y mártir, en cuyo caso ya había pasado y bien pasado, porque se celebraba el 25 de julio? ¿O intercedía por ella santa Eugenia de Roma, el 25 de diciembre? Que además ese día habría acabado confundiéndose con la Navidad y todo lo demás. No, tenía que aprovechar el cumpleaños. Y a aquellas alturas faltaban sólo un puñado de horas...

¿Qué le regalo?

Llevaba una semana devanándose los sesos en vano. ¿Un perfume? Demasiado personal. ¿Sales de baño? Era como sugerirle que en el futuro prestara más atención a la higiene. ¿Un disco? Pero ¿qué música escuchaba Eugenia? La cultura musical de Ugo Casella podía resumirse con los cedés a cinco euros que vendían en los expositores de las gasolineras.

¡Flores!

La idea se le ocurrió así, de forma espontánea. Flores. Tal vez con una tarjetita mona. ¿Debería firmarla? «¿Por qué no? —se dijo—. Felicidades de parte de Ugo Casella.» Sí, pero ¿sabía ella quién era? «Claro que lo sabía, en el interfono estaba escrito su apellido: Casella, piso 5», pensó. Sin embargo, él mismo era el primero que no conocía a sus vecinos, ni mucho menos sus apellidos, con la excepción de Eugenia Artaz, por supuesto. Y en las reuniones de la comunidad más o menos deducía si el que hablaba era el del ático o si el que pasaba lista a los asistentes era el jubilado del entresuelo. No, le escribiría: «Felicidades de parte de Ugo Casella, el del segundo.»

«Penoso», se dijo. Pero ya se le ocurriría algo. A lo mejor con un poco de ayuda de la florista. Ya se sabe, a las mujeres hay cosas que se les dan bien. Sí, regalarle flores era una buenísima idea, así que decidió volver a casa.

Rocco encontró a Gabriele y a Cecilia sentados a la mesa. Tomaban una sopa. *Loba* corrió en busca de un pedazo de pan.

—No os levantéis, tranquilos —dijo mientras se quitaba el loden.

—Hay para ti también, si quieres.

—¿Qué es?

—Sopa de espelta —respondió Cecilia.

Rocco se acercó a la mesa. Habían puesto un cubierto también para él.

—¿Está caliente?

—Mmm. —Gabriele asintió con la boca llena.

—Me cambio y vengo…

—Sí, la verdad es que vaya pinta traes —comentó el chico—. No para, ¿eh?

—Si te refieres a la lluvia, no, no para.

Al cabo de poco, Rocco volvió frotándose el pelo con una toalla y se sentó a la mesa. Cecilia le había servido la sopa en el plato.

—¿Qué me cuentas, Cecilia?

—¿Qué quieres saber?

—Bueno, podrías contarme muchas cosas. Por ejemplo, ¿has estado en el banco?

Cecilia tapó de nuevo la olla.

—Sí, hemos iniciado los trámites.

El subjefe se puso la servilleta en las rodillas.

—Qué buena noticia.

—Rocco, ¿tú no miras la correspondencia? —preguntó Gabriele pegándole un mordisco al pan.

—Me parece a mí que había una regla… —El subjefe deglutió la primera cucharada de sopa. Era exquisita—. Ahora no recuerdo qué número…

—Era la número tres —intervino Cecilia—. Nadie se mete en los asuntos de Rocco.

—Ah, sí, es verdad… Yo lo decía por ti, Rocco. Es que he echado un vistacito…

—Incumpliendo de nuevo la tercera regla.

—Sí... pero tal vez deberías echarle una ojeada. —El chico se levantó de la mesa, cogió un sobre azul del mueble de la entrada y se lo entregó.

—¿Qué es esto?

No llevaba sello. Sólo una frase: «Para Rocco.» Ningún remitente. La abrió. Dentro había una hoja escrita a mano, la letra parecía de mujer.

«Querido Rocco... Puede que...»

Interrumpió la lectura. Se metió la carta en el bolsillo.

—Después de la cena, ahora no tengo ganas.

La curiosidad de Gabriele se le salía por los ojos, como un río desbordado.

—Y tampoco tengo ganas de compartirla contigo.

—Recibido... ¿Qué hay de segundo, mamá?

Después de la ducha hirviendo, el baño quedó envuelto en una nube de vapor. Desempañó el espejo y decidió afeitarse; total, por la mañana nunca era capaz. Se untó el jabón, empezó a rasurarse, luego se fijó en los pantalones que había colgados en el gancho de la puerta. Del bolsillo sobresalía la hoja azul. Acabó de afeitarse, la piel seca le escocía y los clavos rojo sangre le salpicaban las mejillas y el cuello. Se dio una mano de *aftershave* estirándose el cutis. Cogió el sobre, se sentó en el váter y empezó a leer.

> Querido Rocco:
>
> Puede que hagas pedazos esta carta antes de siquiera llegar al final, pero de todos modos voy a intentarlo. Ha pasado mucho tiempo, días en los que he pensado una y otra vez en aquella noche en el restaurante, en ti, en lo que nos ha pasado, algo por lo que, créeme, cargo con la responsabilidad, pero no con la culpa. Muchas veces, durante los meses que estuvimos juntos, intenté hablarte, aunque luego nunca encontraba el valor de decirte la verdad. No podía. Y, cuanto más te conocía, más difícil me resultaba cumplir con mi deber, porque de eso

se trataba, de un deber. Me acerqué a ti a sabiendas de que no debía, pero no podía resistirme. ¿Sabes esas mariposas nocturnas que van hacia la luz? Pues igual que ellas, yo también me quemé. No te pido que me perdones, sé que no puedes, sólo que me comprendas. Te mentí, Rocco, lo sabemos. Pero en una cosa sí que fui sincera: me enamoré de ti de verdad, sin querer yo solita caí en la trampa, y ahora aquí me tienes, pensando en Aosta, fíjate tú qué cosas, porque tú estás ahí. Sé que es una idea estúpida, lo sé, quien miente difícilmente tiene derecho a pedir, ¿cómo va uno a distinguir cuándo dice la verdad un mentiroso? Pero ahora te la estoy diciendo, me creas o no. Sueño con poder volver a hablarte mirándote a los ojos para que sepas cuánto te amo. Y estoy segura de que un día, cuando todo esto no sea más que un mal recuerdo, me entenderás a mí y también mis decisiones.

De corazón,

Caterina

Rompió la carta en pedazos y los lanzó al váter. Luego tiró de la cisterna. Lo único que quería era dormir.

Pero del dicho al hecho hay un trecho. El reloj despertador marcaba las once y la lluvia resbalaba viscosa por el cristal de la ventana, que reflejaba en el techo la luz densa de la calle. Se levantó de la cama y fue a asomarse. La ciudad estaba bajo asedio, hasta que sus habitantes no se rindieran, el agua seguiría cayendo sin cesar. Pero Rocco ya se había rendido, hacía mucho, así que por qué, se preguntaba, seguía cerrado el cielo. ¿Por qué las noches se habían convertido en un tercer grado que ya se prolongaba desde hacía años? Un interrogatorio inútil, porque no había respuestas que dar. No lograba escapar. Volvía siempre allí.

Hagamos un pacto. Ya he entendido que la luna tiene que desaparecer o, si no, no vienes, pero hagamos un pacto. Cuando no se vea nada, y aquí hace días que no se ve nada, también deberías venir. La luna, si no la ves, no está. ¿Tengo razón o no?

—Sí, supongo que sí...

La voz. Viene de la butaca junto a la ventana.

—Hola... No consigo dormir.

—Lo sé, llevas media hora hablando solo.

Los ojos ya se me han acostumbrado a la oscuridad, la veo. Está sentada en la butaca, no sonríe, hay algo que no va bien.

—¿Qué pasa?

—No me gusta cuando pareces una mosca dentro de una habitación que no encuentra la ventana para huir. No me gustan tus ojos, Rocco. ¿Lo sabes? Tienes los ojos prisioneros.

—¿Qué quieres decir?

—Que no son libres. Miran siempre hacia abajo, ¿nunca los levantas?

—Los levanto todo el tiempo.

—No, de eso nada. Miras la calle, los coches, el cielo, es verdad, pero no los levantas de verdad. Te pasas el día con los ojos cerrados. Están prisioneros. Por tu culpa han acabado así.

No entiendo.

—No entiendo.

—De ti depende. Tienes que lavarlos, tienes que liberarlos, tienes que mirar con tus ojos de antes, Rocco. Si no, no ves nada.

—Marì, mi vida acabó hace seis años. Todo lo que ha venido después no es más que una casualidad.

—¿Y no has pensado nunca que estás diciendo una tontería?

—¡No es una tontería! ¡Es la verdad!

—¿Qué sabrás tú? —levanta la voz. Es la primera vez que lo hace. Desde hace mucho tiempo—. Puedes sentir el calor de las cosas, puedes ver el sol, el amanecer y la noche, los perfumes, puedes acariciar a Loba, abrazar a Gabriele, a una mujer... —Y me mira. Ha llegado al quid de la cuestión—. ¿Qué es lo que te confunde? ¿Que te diga algo así? Llevo años repitiéndotelo, pero no me oyes.

—Sí te oigo, Marì... pero una cosa es oír y otra es entender.

—Ni siquiera te juzgo, Rocco. Sólo lo hice una vez, ¿te acuerdas?

Claro que me acuerdo.

—Cuando descubriste los papeles del banco.

—Ahora lo mejor es que no puedes mentirme, entre otras cosas porque mentirme no serviría de nada.

Me mira.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué puedo querer saber que no sepa ya?

Tiene razón. Lo sabe.

—Rocco, lo siento...

—¿Qué es lo que sientes?

—Que no puedas más. Aun así, es fácil, Rocco, amor mío, de ti depende.

Junto a la puerta, Cecilia miró asustada a su hijo.

—¿Qué hace?

—Habla... —contestó el chico.

—Pero ¿quién hay en la habitación?

Gabriele esbozó una leve sonrisa.

—Su mujer.

Cecilia frunció el ceño.

—¿Su...?

El chico asintió, luego se volvió a la cama. Cecilia lo siguió.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé... —Se metió debajo de las tapas.

—¿Y desde cuándo lo hace?

—Creo que desde hace mucho tiempo. Al principio pensaba que hablaba con *Loba*. Pero luego... ¿Tú, por ejemplo, nunca hablas con la abuela?

—¿Yo? No, cariño, la abuela está... —Estaba a punto de decir «muerta», pero se detuvo sintiéndose una idiota—. No, la llevo conmigo, pero no le hablo.

—Pues creo que haces mal. —Se tumbó bocabajo y apagó la

lamparita.

Sábado

La lluvia, después de días de caída insistente, había declarado una tregua dejando barro, socavones en las calles y troncos de árboles que bajaban por el Dora como barcas hinchables de *rafting*. Con el sol tapado por las nubes y la temperatura a poco más de cuatro grados, daban ganas de quedarse en casa y no salir a menos que uno tuviera que ir a trabajar o acabara de jubilarse y cada día fuera, tras años de obligaciones, un premio que había que arrebatarle con uñas y dientes al tiempo que pasa. Por eso aquel frío y aquel cielo gris no les impedían a Ada y a Giuseppe D'Aquino, jubilados desde hacía dos años, dedicarse a su deporte favorito, sin horarios y sin tener que pedir vacaciones anticipadas ni permisos. El matrimonio practicaba la pesca sin muerte. Pocas reglas y simples. Emplear anzuelos sencillos sin arponcillo, devolver el pez al agua después de lavarse las manos y manipular la presa lo menos posible. Naturaleza, paisaje, calma y tranquilidad.

Mientras Ada colocaba las sillas plegables en el pedregal del río, Giuseppe había preparado las cañas y los cebos. En la nevera portátil llevaban las cervezas y los bocadillos. En vez de la radio, habían dado un salto de calidad: un iPod con amplificador en el que se oían Mozart y los valses de Waldteufel, en opinión de la pareja, la música más apropiada para aquellos paisajes. Giuseppe se había tomado una buena taza de descafeinado y, como era de esperar, corrió hasta un matorral que había cerca para vaciar la vejiga.

—Mejor que un diurético, ¿eh? —comentó Ada.

Su marido reía mientras correteaba hacia la maleza. Se desabrochó la bragueta y empezó a orinar con los ojos cerrados. Al acabar, miró hacia abajo para subirse la cremallera. En el arbusto que había en medio de los guijarros fluviales vio un guante de color carne. Se acercó con la curiosidad de descubrir cómo aquello había ido a parar a un

pedregal del río, hasta aquel rinconcito que, además de su mujer y don Atanasio, nadie más frecuentaba. ¿Tal vez un despiste de don Atanasio? ¿O quizá la corriente impetuosa del Dora? Se puso las gafas que le colgaban al cuello de un cordoncito. La sangre se le heló mientras los testículos se retraían dentro del escroto como las garras de un gato. No era un guante. Era una mano.

—¡Ada! ¡Ada! —gritó dos veces.

—¿Qué pasa?

—¡Ada, Dios mío!

Con una sonrisa alelada, el agente D'Intino subía las escaleras. No miraba dónde ponía el pie, avanzaba escalón tras escalón como arrastrado por la fuerza de la inercia. Su cabeza seguía en el restaurante donde había pasado una estupenda velada con su viejo amigo de toda la vida, Nenè, a quien también habían destinado al Valle de Aosta, concretamente a la oficina de correos de Pont-Saint-Martin. Habían ido a comerse una pizza en el centro y recordado aquellos maravillosos años del colegio, cuando su único problema era intentar salir airosos si les preguntaban la lección o espiar en el baño de las chicas desde el ventanuco que había encima de la puerta. Sin embargo, antes de los profiteroles, Nenè se había puesto serio. Le había hablado de Pupa, y D'Intino, al oír aquel nombre, se había puesto rojo como la pizza *mare e monti* que se acababa de zampar. Pupa Iezzi seguía siendo una herida abierta en el corazón del policía. Un antiguo amor; a decir verdad, el único de su vida. Habían estado juntos diez días, hacía muchos años, y D'Intino no recordaba el motivo por el que lo habían dejado. Desde entonces, Pupa Iezzi se le había enquistado en el corazón. De vez en cuanto se escribían correos electrónicos, a veces SMS, pero nada más allá de un saludo fugaz. Luego, hacía tres años, la puñalada. Pupa había contraído nupcias con Carlo Scopa, el contable del pueblo. Invitó a D'Intino a la boda, pero el agente no se vio capaz de asistir. Se buscó una excusa por el trabajo y no participó en lo que para él era un funeral, prefirió sufrir desde la distancia. Se imaginaba la

ceremonia, el intercambio de los anillos, las fotos, el arroz, el convite, la luna de miel en Lanzarote. Tendría que haber sido él y no Carlo Scopa quien pasara aquella primera noche de bodas en la cama con Pupa. A partir de ese día interrumpió cualquier tipo de relación epistolar y borró el número de ella de la agenda del móvil. O, mejor dicho, ésa era su intención, pero una cosa era quererlo y otra, hacerlo. Cada vez que se encontraba con el contacto de Pupa Iezzi frente a la pantalla encendida, el dedo le temblaba y no lograba pulsar el símbolo de la papelera.

Quiso el destino que una fría mañana de octubre el móvil se le cayera en la taza del váter. D'Intino tardó tres semanas en recuperar los treinta contactos que tenía guardados. Pero el de Pupa había desaparecido. Y el agente interpretó el infortunio como una señal divina. La noche antes, mientras esperaban el postre y el *limoncello*, Nenè le había contado que hacía un año que Carlo Scopa había abandonado este mundo en un accidente en la circunvalación Pescara-Chieti y Pupa, justo unos días antes, le había preguntado por Domenico. «¿Cómo está? ¿Qué tal le va en Aosta?» Nenè le había soltado una buena trola, recordando el fuego del amor jamás apagado de su amigo del alma, llenándole a Pupa la cabeza de historias que rozaban lo inverosímil pero convencido de haberle dado la sensación de que Domenico D'Intino era alguien que disfrutaba de la vida, que vivía peligrosamente su oficio de policía, que había tenido muchos ascensos y también no pocas aventuras.

—¿Todo eso le *dijistes*? —había preguntado D'Intino palideciendo.

—Le dije que vas de cama en cama como un mariposón, pero que todavía no has *dao* con una hembra que *t'eche* el lazo —respondió Nenè en dialecto de los Abruzos—. Y a ella le brillaban los ojos pensando en ti, Frangù.

Nenè no se había equivocado de nombre. En el pueblo a Domenico todos lo llamaban Frangù, de Franco, aunque no tuviera nada que ver con su nombre de pila. Él se llamaba Domenico, como mucho se habría esperado un Mimmo, pero en los pueblos las cosas no siempre toman el camino más lógico. El hecho fue que a los padres de Domenico D'Intino

les habría gustado llamarlo Franco, en honor al abuelo materno, pero luego, la tarde antes de ir a inscribir el nombre en el registro civil, habían discutido tirándose los trastos a la cabeza, y el padre decidió que jamás le pondría a su hijo, luz de sus ojos, el nombre de su suegro. Había optado por Tonino, el nombre de su padre. Pero delante del funcionario del registro, se lo pensó dos veces. Elegir el nombre de su padre en lugar del de su suegro habría significado no reconciliarse nunca más con su mujer. Era demasiado. Ante la duda, escuchó el consejo del empleado municipal: «Llámalo Domenico. Que Mimmo es un nombre bonito.» Se convenció y así inscribió a su hijo como Domenico D'Intino, nacido en Mozzagrogna, provincia de Chieti, el 2 de noviembre de 1976. Aquello desencadenó otra serie de disputas familiares entre marido y mujer, disputas de las que el pueblo entero tuvo conocimiento con todo lujo de detalles. Y fue así como, desde entonces, toda Mozzagrogna llamó a D'Intino Frangù, Francuccio, en recuerdo de aquella desavenencia conyugal.

—¿Y ella? ¿Qué te dijo? —había preguntado D'Intino, pendiente de cada palabra que pronunciaba su amigo y sin dignarse siquiera a mirar los profiteroles.

Nenè sí que se había metido un pastelito en la boca, lo había saboreado, masticado y luego, como si nada, le había revelado:

—¡Me pidió tu número!

Aquella mañana de finales de otoño, D'Intino subía las escaleras hacia el despacho de Rocco Schiavone con una sola idea en la cabeza: un permiso. Quería irse tres días a Mozzagrogna, volver a ver a Pupa y descubrir si todavía había un lugar para él.

Llegó a la puerta y llamó inseguro. Oyó gritar la voz de su jefe:

—¡Espera, D'Intino! —A esas alturas ya lo reconocía simplemente por la forma de tocar.

Esperó. Hasta que por fin la puerta se abrió de par en par y apareció el subjefe en una nube de humo que apestaba a romero viejo.

—Jefe, buenos días, ¿qué tal?

—¿Qué quieres, D'Intino?

—Una cosita rápida rápida... ¿Puedo?

Rocco levantó la mirada al cielo y se hizo a un lado para que entrara.

—Pero ¿siempre tiene la ventana abierta?

—¿Sigues metiendo las narices donde no te llaman?

Loba, desde el silloncito, movía la cola y observaba al agente.

—Qué bonita que es *Loba*. ¿Cómo está?

—Mira, D'Intì, al grano, que no tengo tiempo.

—Verá, jefe, yo soy un trabajador honrado, ¿no? No falto nunca, siempre estoy dispuesto y en guardia, obedezco cualquier orden que usted me dé y...

El subjefe, nervioso, empezó a abrir y a apretar los puños.

—No te andes por las ramas, D'Intì. ¿Qué necesitas?

El policía agachó la cabeza.

—Un *prms*...

—No te he entendido.

—Si me puede dar un permiso de tres días para ir al pueblo.

—¿Ha ocurrido algo?

—Pupa.

—No te sigo.

—Pues que hace un año que murió Carlo Scopa y Pupa ha *preguntao* por mí. Así que quería acercarme a ver qué *pué* hacerse, que a lo mejor todavía le hago tilín —explicó con un fuerte acento de los Abruzos.

Rocco asintió serio.

—¿Y la tal Pupa cómo es? ¿Es guapa?

—Jefe, ¡si la viera! De moza era guapísima, pero incluso ahora que ya tiene casi cuarenta tacos es guapísima.

—Pero ¿tú a la tal Pupa le haces gracia?

—¿Qué *quicir*?

—Digo ¿que si a la tal Pupa tú le gustas?

—Yo diría que sí, jefe.

—¿Es de la Cruz Roja?

—¿Cómo?

—¿De Protección Civil? ¿Voluntaria de una ONG?

—Jefe, le juro que no *l'entiendo* ni jota.

—¿Es ciega, sorda, le pasa algo en la cabeza?

—No, que yo me recuerde, Pupa está bien. Pero ¿por qué?

—Por nada, D'Intì... Entonces, ¿tres días has dicho?

—Sólo tres días, jefe...

—De acuerdo, cógete esos tres días, luego te firmo la solicitud.

—¡Gracias, jefe! —Y a punto estuvo de abrazarlo, pero el gesto serio del subjefe lo detuvo—. Y otra cosa, jefe, *he'stao* dándole vueltas a un asunto.

—Ahora es cuando me echo a temblar.

—Usted a Casella ya lo llama Ugo, a Pierron, Italo, a Scipioni, Antonio, ¿por qué a mí me llama siempre D'Intino? Yo me llamo Mimmo, bueno, Domenico.

—Vale, Domenico, Mimmo.

—Gracias, para mí es importante. Aunque en el pueblo me llaman Frangù. Que vendría de Franco.

—¿Y eso por qué?

—Pues tiene que saber que a mi padre el nombre de mi abuelo por parte de mi madre, que era Franco, no le gustaba, ni a mi madre tampoco Antonio, el nombre de mi abuelo paterno, *asín* que montaron una bronca de la que toda Mozzagrogna estuvo al tanto, y cuando fue al registro mi padre me puso Domenico. Por eso *tolmundo* me llama Frangù, aunque sólo sea en el pueblo.

Rocco lo miraba con la mirada perdida.

—D'Intino, Mimmo, Franco, como coño te llames, no he entendido nada y no quiero compartir cultos ni ritos tribales de tu pueblo. Así que lárgate a Mozzagrogna con tu gente y no me toques más los cojones. —Fue hasta la puerta y la abrió de par en par.

—Gracias, Rocco —dijo D'Intino. El subjefe lo miró con ojos de fuego—. *Quicir*, gracias, señor Schiavone.

—Mejor así.

D'Intino se dio la vuelta y a punto estuvo de chocar con Italo. Pierron venía con cara triste y abrió los brazos resignado.

—¡No! —exclamó Rocco.

Italo asintió. El subjefe dio una patada a la puerta con la suela del

zapato.

—No, no y no, ¡joder! —Luego miró de nuevo a Italo.

—¿Dónde?

—Cerca de la nacional 26, a unos kilómetros al sur de Arnad. En la orilla del Dora.

—¡D'Intino! —gritó Rocco.

El agente se detuvo justo al final del pasillo.

—Diga, jefe.

—¡Olvídate del permiso! —Y dando un portazo regresó a su despacho.

La mano sobresalía entre un montón de piedras blancas al lado de un matorral. Rocco y Alberto Fumagalli la observaban en silencio. El río corría a menos de dos metros y el cielo volvía a amenazar lluvia. Michela Gambino los había advertido: antes de desenterrar el cadáver, quería examinar las piedras y el terreno. A la espera de que los agentes de la Científica y la adjunta se enfundaran los monos, los cubrezapatos y los guantes, Rocco fumaba un cigarrillo y miraba al matrimonio D'Aquino, que, pálidos y despeinados, aguardaban sentados en dos sillitas de lona verde con portavasos incluido en el reposabrazos. A sus pies, el termo y una nevera portátil. Las cañas de pescar todavía estaban en el suelo. Schiavone negaba con la cabeza y maldecía aquel día nefasto que lo había obsequiado con aquella sorpresa indeseada, como todas las sorpresas.

—Supongo que las lluvias habrán provocado el corrimiento de tierra y por eso ha salido —propuso Alberto.

—Puede ser. Un entierro con prisas, ¿no?

—¿No acababan antes tirándolo al río?

—Habría subido a la superficie de todas formas. Abajo, en Bard, le han cortado el paso al agua. Han preferido hacerlo así… —respondió Rocco, que luego se alejó para hablar con la pareja.

—Buenas —los saludó—. ¿Qué tal?

Giuseppe apretó los labios negando con la cabeza. Su mujer tenía

las manos apoyadas en las rodillas. Llevaban puesto el mismo anorak celeste y calzaban botas de senderismo de idéntica marca.

—Qué historia tan fea, ¿eh? ¿Usted cómo se llama?

—Yo, Giuseppe D'Aquino, y ella es mi mujer, Ada.

—¿Estaban pescando?

—Eso queríamos —respondió la mujer—, aunque ahora ya me dirá quién tiene ganas.

—¿Quiere ver los pases?

—Digamos que eso es lo que menos me importa ahora mismo. ¿Qué tienen ahí dentro? —preguntó señalando el termo.

—Descafeinado. ¿Quiere?

—Gracias.

Ada vertió el líquido humeante en el vasito que hacía las veces de tapón y se lo tendió al policía.

—Ya lleva azúcar, poco, porque debemos andarnos con ojo con la glucemia.

—Hace bien. —Rocco le dio un sorbo. Estaba caliente y sentaba bien. Le devolvió el vaso con una sonrisa—. Gracias, ¡era justo lo que necesitaba!

Ada volvió a poner el termo en su sitio.

—¿Le apetece también un bocadillo? —preguntó señalando la nevera portátil.

—¿De qué los tiene?

—Jamón y queso *stracchino*, y también de…

—¡Alto! No me diga más. Jamón y *stracchino*, en mi opinión, es el rey de los bocadillos.

—¿Verdad que sí?

Giuseppe le hizo una mueca a su mujer.

—Tranquilo, Giuseppe, de jamón y *stracchino* he hecho tres.

Su marido recobró la sonrisa mientras la mujer abría los cierres de la nevera.

—Aquí tiene. —Tendió al subjefe un envoltorio de papel de aluminio. Rocco lo abrió y le dio un primer bocado—. ¿Cómo está?

—Señora mía, ¿usted me pregunta cómo está? ¡Es una obra de arte!

—Pero ¿cómo puede usted comer con… con ese tipo ahí enterrado? —preguntó Giuseppe.

—Pruebe a dedicarse durante veinte años a lo que yo me dedico, ya verá cómo es capaz hasta de hacer el amor.

—Ah, con eso no tenemos ningún problema. —Y se echó a reír mientras su mujer se ruborizaba halagada y le soltaba un codazo.

—¿Está bueno? —Alberto se había acercado al trío y observaba el bocata con avidez.

—Jamón y *stracchino* —respondió Rocco masticando.

Alberto se relamió.

—¿Quiere usted otro? —le preguntó Ada—. También tengo de mortadela y mozzarella o de *fontina*, panceta y setas.

—¿Cuánto le debo? —preguntó el forense.

Ada se echó a reír.

—Invita la casa.

—¡Pues entonces mortadela y mozzarella! —repuso Alberto.

La mujer agarró otro envoltorio de la nevera.

—Aquí tiene.

—Bueno, visto lo visto, dame a mí el de jamón y *stracchino* —dijo el marido—, no vaya a ser que se acaben.

—¿Un poco de café?

—Ya que estamos… —respondieron a coro Giuseppe y Alberto.

—Es bonito esto —declaró Rocco—, me refiero a cuando haga sol. Hoy tampoco tanto.

—Pues sí, es nuestro lugar secreto.

—¿Y qué pescan? —preguntó Alberto saboreando el bocadillo.

—Truchas, pero las devolvemos al río. Practicamos la pesca de captura y suelta.

Rocco asintió.

—Cuando acabéis el pícnic, ¿podéis venir? —les gritó Michela con los brazos en jarras.

—¡Nos llaman al orden! —explicó Rocco—. Muy bien, señores D'Aquino, muchas gracias por los bocadillos y el café.

—No es nada. Señor subjefe, ¿tenemos que ir a poner la denuncia?

—Vuelvan a casa, vayan al cine, salgan a cenar, hagan el amor y olvídense de este asco.

—Será difícil —repuso Giuseppe limpiándose las manos en los pantalones—. Me refiero a olvidarse.

—Por eso le digo, váyanse antes de que lo saquemos. Después será todavía peor. —Y, seguido por Alberto, regresaron junto al cadáver.

Michela había depositado en una cajita de plástico las piedrecitas recogidas alrededor de la mano enterrada.

—D'Intino y Deruta, vamos allá —gritó Rocco.

—¿Los dos solos? —preguntó Deruta con la cara desencajada.

—¿Dónde está Casella?

—Había pedido permiso para faltar media mañana.

—Justo hoy lo tenía que pedir. A ver, Italo, ven a ayudar.

Pero el agente valdostano, que se mantenía a una distancia de seguridad, levantó las manos en señal de rendición.

—Pues entonces, Deruta, D'Intino y Antonio, a sacar el cuerpo —ordenó Rocco, mirándose los zapatos ya empapados.

Con gesto sombrío, los tres agentes se agacharon, se pusieron los guantes desechables y empezaron a retirar las primeras piedras. Las dejaban a un lado junto al matorral, listas para los análisis de Gambino. Lo primero que apareció fue una manga de un tejido azul. A continuación, cuando también liberaron el brazo de la tierra y de las piedras, a la altura del hombro apareció un logo: Assovalue. Rocco miró a Alberto. El médico dio un profundo suspiro.

—Yo aquí ya no entiendo un carajo —comentó.

Tardaron más de media hora en sacar el cadáver de un hombre que llevaba puesto el uniforme de la empresa de vigilancia, con el cinturón sin pistola, cubierto de polvo y tierra. En el rostro ensangrentado se distinguía un orificio de bala justo en medio de la frente. Rocco cerró los ojos y se vio de nuevo dentro de una fábrica abandonada, una noche de verano seis años atrás: a través del tejado hundido la luz de la luna iluminaba el rostro de Luigi Baiocchi, el asesino de su mujer, con un agujero en medio de la frente, un pequeño agujero negro, y los ojos apagados y sin vida. Aquel día también apestaba a agua podrida y a

humedad, a hierro y a muerte. Un hedor que perduraba incluso en el hoyo que había cavado junto a Sebastiano, con los pies hundidos en la tierra que se le metía en los zapatos, el cuerpo de Luigi recubierto por una palada detrás de otra, con el negro del mantillo borrando su rostro apagado y blanco como el vientre de una trucha. Resonaron de nuevo en sus oídos las palabras pronunciadas a su amigo en la terraza: «Si lo sacan, será con la bala dentro. Y esa bala es de mi pistola, Brizio.»

—¡Mire, señor! ¡Pone el nombre! —gritó Antonio Scipioni, e hizo que Rocco regresara al pedregal del Dora de aquel sábado de diciembre del año 2013.

—¿Qué dices?

—Digo que lleva el nombre en el bolsillo de la cazadora, en la placa. —Y señaló al cadáver—. Ruggero Maquignaz.

—Era el otro guardia jurado del furgón blindado —dijo Deruta.

—Era el otro, sí...

Ajeno a todo, Casella se dirigía a via Tillier, donde había una floristería. Diez minutos a pie durante los que podría haber renunciado a su iniciativa. Pero el agente optó por no hacerse preguntas y concentrarse en otras cosas. Así que se puso a pensar en su ciudad natal, San Severo, provincia de Foggia, a la que hacía más de un año que no iba, en su Fiat Punto, al que le hacía falta una puesta a punto, en lo que cenaría esa noche. Bajo ningún concepto en Eugenia Artaz ni en el regalo, tal vez atrevido, que estaba a punto de comprarle sin nunca antes haberle dirigido la palabra. Al llegar a la altura del escaparate de la floristería, entró sin vacilar.

—Buenos días —lo recibió una voz de mujer.

El agente miró a su alrededor. La tienda parecía vacía.

—¡Aquí! —Oyó Casella. Se dio la vuelta. Detrás de una selva de azucenas se entreveía el rostro de una chica de unos treinta años con el pelo violeta—. ¿Qué desea?

—Tengo que hacer un regalo.

La dependienta salió del matojo multicolor y fue hasta detrás del

mostrador, donde dejó unas pequeñas tijeras de podar y quedó a la escucha.

—Muy bien. ¿Y para quién es? ¿Su mujer? ¿Su novia? ¿Su madre? ¿Su suegra?

Casella se rascó la cabeza.

—Es un poco complicado.

—Veamos... Para empezar, ¿una mujer?

Casella asintió.

—Vale. ¿Y cuál es su relación con esta mujer?

Al agente le dio la impresión de que lo sometían a un tercer grado.

—¿Relación...? Es una vecina de mi bloque.

—¿Riñas entre vecinos? —se aventuró la chica.

—No.

—Veamos... —Alzó los ojos al cielo y se llevó el índice a los labios —. ¿Inquilina?

—Tampoco.

—¿Portera?

—Tampoco.

La empleada se calló y miró a Casella.

—Si usted no me ayuda, ¿cómo voy a hacerlo?

—Pero ¿por qué quiere saberlo?

—¿Que por qué? —preguntó ella escandalizada—. Las flores hablan, señor mío. Y yo tengo que saber para quién es el regalo, de lo contrario, se arriesga usted a quedar fatal.

—¿Las flores hablan?

Era la primera vez que Casella oía aquella historia.

—Cada flor dice algo distinto. Le pongo un par de ejemplos. —Salió del mostrador y se acercó a un cubo metálico—. Esto son azaleas... Normalmente la azalea se regala a las madres, porque representa la templanza, o también se emplea para desear buena suerte en algún asunto. ¿Tiene que desearle buena suerte?

—No.

—Pues entonces pasemos a ésta. —Y tocó un enorme ramo de flores rojo oscuro—. La dalia. Se regala para dar las gracias, tal vez por una

ayuda. ¿Quiere darle las gracias?

—No.

—Entonces la gardenia. ¿Sabe? La gardenia simboliza la sinceridad. Al regalarla, se invita a la otra persona a ser más sincera, que a lo mejor es una mujer un poco embustera... ¿Es embustera?

—¡Qué va! No lo sé. Mire —dijo Casella—, es que yo ni la conozco.

La florista frunció el ceño.

—¿Y quiere hacerle un regalo?

El agente bajó la mirada, culpable, luego se armó de valor.

—Es... es una mujer que me gusta, pero no tengo el valor de decírselo. —Fue acabar la frase y sentirse como un imbécil. Levantó los ojos.

La chica seguía seria, metida en su papel. El agente se esperaba una mirada irónica, escéptica, pero no. «Una auténtica profesional», pensó.

—Pues entonces la cosa se complica. ¿Alguna vez se han dicho algo?

—A ver. Digamos que cada vez que me la cruzo le digo: «Buenos días.» Y ella me responde: «Buenos días.» Si le digo: «Buenas tardes», ella dice: «Buenas tardes.»

—Eso es más bien poco. ¿Algo más?

Casella se rascó la cabeza.

—No.

La dependienta se mordió el labio.

—Lo siento —dijo con gravedad—, tenemos que recurrir a la rosa. ¿Vamos allá?

—Pues vamos...

—¿Cuántos años tiene ella?

—Ya ha pasado los cincuenta.

—Pues ahora escúcheme con atención. Las rosas van por docenas. Yo, vista su indecisión, querría explicárselas con detenimiento.

Casella estaba ya hasta los cojones. Si se hubiera imaginado todas aquellas complicaciones, habría optado sin más por un perfume del supermercado. Habían pasado dos años desde la última vez que había comprado flores, para la tumba de su padre el día de difuntos, y el florista del cementerio no lo había sometido a todo aquel

interrogatorio.

—¿Empiezo con los significados?

—Empiece…

—Nada de rosas rojas, usted no se le ha declarado, así que me parece excesivo. Descartaría también la clara, la de la amistad. ¿Usted quiere ser su amigo?

—Algo más.

—Estupendo. Pues entonces le digo la que necesita. —Despacio, se acercó a un ramo de flores—. Aquí la tiene. ¡La rosa amarilla y naranja! —Y le lanzó una sonrisa llena de dientes.

—¿Qué significa?

—¡Pasión, caballero, pasión! Tiene usted que dar el paso. No sirve de nada marear la perdiz con una rosa naranja misteriosa. No. Vaya directo al grano. ¿Quiere conquistarla? Pues dígaselo alto y claro: ¡pasión! ¿Quiere usted dar el paso?

Casella se encogió de hombros.

—¿S… sí?

—¡Así no! Tiene que estar convencido. ¿Usted quiere a esta mujer? ¿La desea?

Pero ¿qué iba a decirle? ¿Que soñaba con ella desnuda en su cama los días pares y desnuda sobre la mesa los impares? Prefirió mantener la discreción.

—Sí. La… la deseo. Mucho.

—¡Fantástico! Veinticuatro rosas amarillas y naranjas, ¡fíese de mí! —Y empezó a escogerlas del jarrón una a una.

—Pero, oiga, perdone, ¿ella lo entenderá?

—¿El qué? —La florista lo miró como si fuera un insecto en el suelo—. Es una mujer, señor mío. Claro que lo entenderá.

Con las flores ya sobre el mostrador, sacó un sobre con una tarjetita.

—Ahora le toca a usted. Debe escribir un mensaje. —Le tendió un bolígrafo y un papel—. Tómese todo el tiempo que necesite mientras yo envuelvo las veinticuatro rosas. Por favor. —Y le indicó una mesita que había junto a la entrada.

Casella se sentó y se puso a pensar.

Nada. El cerebro en blanco como el papel que tenía delante. Pasaron dos minutos. Se volvió hacia la dependienta.

—No se me ocurre nada.

La empleada resopló.

—¿Qué es lo que le gustaría decirle?

—No… No lo sé.

—Pues entonces hagamos una cosa. Imagínese que es a mí a quien le regala las flores.

—¿A quién? ¿A usted?

—Sí, a mí —respondió ella—. A ver, imagínese que yo soy la mujer de sus sueños.

—¡Ah! —Casella necesitaba su tiempo, pero al final entendía las cosas—. Vale, lo he entendido, usted hace como si fuera mi vecina. Estoy listo.

—Eso es, y ahora imagínese que estamos en las escaleras del bloque, nos hemos cruzado y usted me dice algo bonito. Vamos.

El agente se puso de pie.

—¡Buenos días!

—¿Eso es todo? ¿Quiere escribir «buenos días» en la tarjetita? Esfuércese, venga.

—¿Cómo está? Me llamo Ugo Casella.

A la chica se le cayó el alma a los pies.

—Mejor nos saltamos los preliminares y vamos al meollo del asunto. ¡Ánimo!

—Yo… vivo debajo de usted… yo… —Sudaba. Se secó la frente—. Y me preguntaba, ¿alguna vez se ha fijado en mí?

—No.

—¿No qué? ¿No está bien?

—No, era la señora la que respondía, no yo. No, señor, no me he fijado. ¿Debería?

—¡Pero si la saludo todos los días! —Casella se estaba poniendo nervioso.

—¡Pero es que no me he fijado en usted!

—¿Es que es usted ciega? ¡Pero si vivo debajo de usted!

La chica de pelo violeta negó con la cabeza.

—¡Ay, señor mío! ¡Esfuércese!

Casella se quedó en silencio un instante.

—¿Ahora quién habla?, ¿usted o la señora?

—Yo, la florista. Venga, diga algo bonito, por ejemplo: siempre la he admirado, siempre la he observado, es usted preciosa, se cuela en mis sueños.

—¿Cómo puede saberlo?

—¿Qué?

—¿Que sueño con ella?

—Tampoco es tan difícil, es más, es bastante simple. Bueno, ¿qué? Seguimos.

—Señora, yo... la deseo.

—Muy bien. ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque es usted muy guapa, pienso siempre en usted, me gustaría besarla, me gustaría acostarme con...

—*¡Stop!* Quieto ahí. —La empleada negaba con la cabeza—. Así no. Eso ya es pasarse. Visto lo visto, ¿sabe lo que le digo?

—No.

—Una firma y listo. Es lo mejor en estos casos.

—O sea, ¿pongo mi nombre?

—No, el de un compañero de trabajo.

Casella no captó la ironía.

—¡Pues claro que debe escribir su nombre! —estalló la florista—. No vaya a hacer un garabato, escríbalo bien, haga una firma legible, por decirlo en lenguaje burocrático.

—Entiendo, entiendo —replicó Casella, un tanto ofendido por el rapapolvo de la chica.

—¿Y entonces? —preguntó la florista.

—Mañana es su cumpleaños. ¿Le escribo «felicidades» y luego mi nombre?

—Me tiene usted ya un poco harta, ¿lo sabe?

—Ahora también tenemos un cadáver metido en el ajo, señoría —dijo Rocco por teléfono—, ya no es sólo un asalto a un furgón que transportaba fondos.

—Sí… entiendo… —Se oyó un ruido, al magistrado se le había caído el auricular—. ¿Cuándo tendremos noticias más precisas sobre el móvil y los tiempos del deceso?

—Fumagalli ya está trabajando en ello. Espero poder contarle algo en el transcurso de la tarde.

—Llámeme cuando vaya a verlo. No hacía falta, maldita sea, no hacía falta.

—Lo cierto es que un puto muerto de por medio nunca hace falta.

—Tampoco es siempre cierto, Schiavone. Si de vez en cuando tuviera que elegir un muerto, con nombre y apellidos, no lo vería mal, pero ya se sabe, tampoco es que uno pueda elegir quién muere y quién no muere.

—No, a menos que uno sea de profesión asesino…

—Sí, pero a menudo el asesino actúa siguiendo órdenes, no es que sea él el que decide a quién eliminar, como me gustaría hacer a mí.

—Bueno, bueno, señoría, de vez en cuando uno también puede cogerse unas vacaciones.

—Nos estamos perdiendo de nuevo en una discusión sin sentido. Está bien, tendré que avisar a mi colega, pero, por favor, Schiavone, vaya con pies de plomo. Sé que con usted es una recomendación inútil, pero al menos inténtelo.

—Sigue usted teniendo una imagen distorsionada de mí.

—¿Eso cree? —Y colgó el teléfono.

Rocco bajó el auricular.

—Menudo follón —murmuró.

Italo y Antonio estaban allí con los brazos cruzados, cada uno absorto en sus pensamientos.

—¡Me cago en la puta que lo parió! —gritó el subjefe y, con un puñetazo, hizo temblar el escritorio—. ¡No cuadra! ¡Malditos hijos de puta, no cuadra!

—¿Quieres saber mi opinión, Rocco?

—Dispara, Antonio.

—Hubo una pelea dentro de la banda y los demás se lo cargaron.

—O puede ser —intervino Italo— que tres millones dividido entre... Yo qué sé. ¿Tres? Sale mejor que dividido entre cuatro, ¿no?

—Eso es ya el primer problema. ¿Cuántos son? A ver, pongamos que uno fuera Maquignaz, luego debía de haber otro conduciendo el camión, y ya van dos...

—Y probablemente otro más que vigila la carretera y ayuda.

—Sí, tres parece un número posible. Yo me largo a charlar un rato con el conductor. ¿Ha salido ya del hospital?

—Le dieron el alta ayer —respondió Antonio.

—¿Te hago falta? —le preguntó Italo.

—No, voy yo solo. Buscadme a Casella y veamos si tiene noticias. Lo que está claro es una cosa...

—¿El qué? —preguntó Italo.

—Maquignaz, su casa... La comida en el frigorífico, las facturas...

—¿Qué quieres decir?

—Reflexionemos sobre eso, reflexionemos...

—¿Piensas que el muerto no era parte de la banda?

—No descartemos nada, agente Pierron, nada de nada. Antonio, vuelve a mirar la lista de personas presentes en el casino la noche de la muerte de Favre.

—Llevamos días haciéndolo sin sacar absolutamente nada en claro.

—¿Todavía estás convencido de que el robo está relacionado con el homicidio? —le preguntó Italo.

—Ahora más que nunca. Intentemos sacar en claro algo sobre los movimientos del difunto durante sus últimas horas. Llevaría un móvil, ¿no? Busca al dueño de Assovalue para que te dé el número.

—Recibido.

—Antonio, ¿me puedes contar algo sobre el abogado Greco?

—Vida normal. Pasa el día en el bufete, va al juzgado, come siempre en el Buco.

—No te separes de él. Sobre todo de noche.

—¿De noche?

—Sí, cuando todos duermen y a ti también te gustaría, sólo que eres policía y no puedes hacerlo. Muy bien, *Loba*, tú quédate aquí tranquilita y, con esto, ya estarían todas mis órdenes.

—El jefe.

—¡Hay que joderse! —dijo Rocco poniéndose el loden—. No, con este tío yo no puedo.

—¿Ese tío soy yo? —Y la cara de Costa apareció en el vano de la puerta.

—Ya la he cagado otra vez —murmuró Rocco entre dientes—. No, señor, ese tío es ese periodista de la *Gaceta* que va a acabar conmigo...

—Justo por eso venía... Prepáreme un café.

Rocco fue a la maquinita mientras Antonio e Italo se despidieron y desaparecieron.

—Aquí dentro huele raro, como a... ¿Qué es? ¿Salvia? ¿Romero?

—Sándalo —respondió Schiavone mientras introducía una cápsula en la ranura—. De vez en cuando quemo incienso como si fuera ambientador.

—¿Sándalo? A mí me huele más a romero.

—Pues entonces habré puesto ése... Aquí tiene. —Le tendió el vasito.

El jefe de policía observó el contenido.

—Agradable, cremoso, tengo que agenciarme yo también una máquina de éstas... —Dio un sorbo—. Caramba, qué bueno. Veamos, Schiavone, tenemos un par de horas antes de que los gacetilleros lleguen a la jefatura.

—Aparte de lo que sabe, no tengo novedades.

—¿El tal Maquignaz formaba parte de la banda?

—Todo apunta a que no, pero yo no pondría...

—... la mano en el fuego. —Su superior le acabó la frase—. Es lo que siempre me dice, ¿sabe?

—Es porque de verdad no estoy seguro de nada.

—Por lo menos búsquese otra expresión.

—¿Me apostaría el cojón derecho?

—Era mejor la mano en el fuego. —Y apuró el café—. ¿Tenemos

detalles?

—Estamos a la espera de Fumagalli... A lo largo de la tarde tendré información más precisa.

—No le oculto que ahora las cosas se complican. Me refiero a la fiscalía.

—Imagino.

—Dígame que está usted siguiendo una pista.

—Estoy siguiendo una pista —respondió Rocco.

Costa se quedó mirándolo unos cuantos segundos.

—¿Y?

—Quería que se lo dijera y se lo he dicho, ¿no?

—Ya, pero ¿qué pista?

—Que el robo está relacionado con el homicidio de Favre.

—Sí, eso lo sabemos, pero no se lo diré a los gacetilleros. ¿Qué más?

Rocco se encogió de hombros. Costa apoyó las manos en las caderas.

—¿Eso es todo? ¿Qué pista es ésa, Schiavone?

—Por ahora voy olisqueando de acá para allá.

—Va olisqueando de acá para allá...

—Eso es lo que he dicho. ¿La verdad? Yo esperaba que Michelini, el asesino de Favre, cantara. Pero de eso nada... O al menos Baldi no da noticias... Señor, hace escasas horas que han hallado el cadáver, no puede exigir más.

Como si hubiera recibido una ofensa gravísima, el jefe de policía dio media vuelta y salió del despacho. Luego se detuvo en la puerta.

—¿Su reticencia se debe de alguna forma a sus encuentros casi vespertinos con mi ex mujer?

Rocco notó un picor en el cuero cabelludo.

—No entiendo.

—Se ha visto usted con Sandra Buccellato, mi ex mujer, ¿puedo saber qué vínculo hay entre ustedes?

—Ninguno. Igual que todos los demás periodistas, intenta sacarme información. Ella hace su trabajo y yo el mío.

—¿Es decir?

—No le suelto prenda.

—Eso espero, por su bien. —Dio media vuelta y se marchó.

—¿Cómo se encuentra hoy?

Enrico Manetti llevaba puesto un chándal. A Rocco no le gustaban los hombres en chándal. Tenía un pase para los presos o para los deportistas, pero ya está. Como atuendo para todos los días le daba náuseas. Si el chándal se combinaba al mismo tiempo con las chanclas de plástico de tira ancha y calcetines blancos, el horror se volvía intolerable. Despeinado y con la cara pálida, miraba a Rocco con los ojillos cercados por unas ojeras negras. El pelo rapado contribuía a acentuar la palidez del rostro y del cráneo. Carlo, su padre, no se movía de delante de la ventana, donde con pequeñas pinceladas retocaba el retrato del minino. Concentrado en su tarea, aunque con un oído puesto en la conversación entre su hijo y el policía, sostenía un cigarrillo entre los labios y entrecerraba el ojo derecho por las volutas de humo que le trepaban por la mejilla y se extendían sobre el bulbo ocular.

—Mucho mejor, gracias. De vez en cuando me da vueltas la cabeza, pero dice el médico que eso es consecuencia del casi congelamiento al que me he visto expuesto.

Rocco asintió. En el hospital no lo había mirado bien, hasta ahora que, con el calorcito de la vivienda, percibió un cierto parecido. En la página 42 de la vieja enciclopedia de los animales aparecía el *Mola mola* o pez luna, el pez óseo más grande que existía en la naturaleza. Además de la cara de sartén, que recordaba a la máscara funeraria de Agamenón, y de la tonalidad apagada de su tez, lo que más aproximaba a Enrico Manetti al animal eran los ojos pequeños y juntos y la boquita de culo de gallina, que dibujaba un rostro de un estupor continuo.

—Los acontecimientos se han precipitado —le anunció Rocco.

—¿En qué sentido?

—Su compañero, Maquignaz. Lo hemos encontrado en el pedregal del río.

Enrico abrió los ojos de par en par.

—¿Muerto...?

—Muerto.

Hasta el padre volvió la cabeza con la boca desencajada. El cigarrillo se le había pegado al labio inferior.

—Me cago en... No me lo explico. Aunque no es que lo sienta, que quede claro, ese hijo de mala madre me amenazó con una pistola.

—¿No vio usted a ningún otro miembro de la banda? ¿Tiene alguna idea de cuántos eran?

—Comisario...

—Subjefe.

—Subjefe, ya se lo dije, en cuanto entramos en aquel camión me durmieron. O mejor dicho, Maquignaz me durmió.

—¿Dónde tenía la jeringuilla?

Enrico negó con la cabeza.

—No lo recuerdo. Sólo el pinchazo... Justo, justo aquí. —Y se señaló la sangradura del codo izquierdo—. Luego empecé a ver cómo todo daba vueltas... Luego todo negro, y no recuerdo nada más.

—¿La pistola que empleó Maquignaz para amenazarlo era la del trabajo u otra?

—Creo que era la del trabajo. ¿Sabe, subjefe? A nosotros nos entrenan para situaciones de peligro, pero una cosa es la teoría y el gimnasio, y otra la realidad. Y, además, yo estoy preparado para un ataque, pero no para un compañero que de repente me amenaza.

Rocco se volvió hacia Carlo, que de nuevo pintaba en silencio, con el humo del tabaco a contraluz, lo cual creaba una curiosa aureola transparente en torno a su perfil.

—No sirve de mucho que le pregunte si en los últimos tiempos su compañero se comportaba de una forma extraña...

—No que yo notara, todo normal. Que, además, tampoco es que fuéramos amigos. Fuera del trabajo no nos veíamos. Sé que estaba divorciado. Pero aparte de eso, poco o nada. Sí, el fútbol, las mujeres, el tiempo, en fin, lo de siempre.

—¿Está usted casado? ¿Tiene pareja?

—No... Prefiero vivir a expensas de mi padre —dijo sonriendo.

Desde la ventana, Carlo emitió un sonido gutural irónico.

—Me promete que cualquier cosa que…

—Lo aviso, no lo dude. Una última cosa, señor, en su opinión, ¿me espera una buena?

—¿Por qué debería? Hasta que no se demuestre lo contrario, es usted la víctima. —Y, sonriendo, Rocco se levantó.

El agente Ugo Casella estaba muy preocupado. Al cabo de unas horas Eugenia Artaz recibiría el ramo de rosas con su tarjetita. ¿Cómo reaccionaría? Habría querido dar marcha atrás en el tiempo, detener a la florista, recuperar su dinero, cincuenta y cinco euros entrega incluida, que tampoco era calderilla, y esperar la ocasión para darle palique por un motivo cualquiera. Después de comprar aquel regalo arriesgado, se le habían ocurrido decenas de formas de abordar a Eugenia de un modo elegante. Por ejemplo, confundirla con otra persona. Podía esperar debajo de casa, y, luego, en cuanto ella se acercara al portal, correría a su encuentro gritando: «¡Paola!» Seguro que se volvería con cara de sorpresa. En ese momento, Ugo le diría: «¡Disculpe! La he confundido con una buenísima amiga mía. ¿Me permite? Ya le abro yo la puerta. Soy Casella, también vivo aquí, ya nos hemos visto alguna vez, ¿verdad?» Y luego una cosa llevaría a la otra. «¿Le apetecería ir a cenar a…?» Aunque en ese punto la imaginación de Casella dijo hasta aquí hemos llegado. No conocía ni tan siquiera un restaurante de Aosta. Aparte de una pizzería al corte y un sitio de kebabs al lado de la estación. Y tampoco es que pudiera llegar y decirle: «¿Vamos a comernos un buen trozo de mozzarella y champis?» ¿Adónde podría llevar a una señora y quedar medianamente bien? Con todas aquellas cuestiones arremolinándosele en la cabeza, por poco no se choca con el subjefe.

—¡Casella! ¿Alguna novedad en internet?

—Nada, señor, no encuentro nada.

—¿Y sabes si tenemos algo respecto a los nombres de las personas presentes en el casino la noche del homicidio de Favre?

—En eso también seguimos a oscuras. Aparte de los del blanqueo,

no hemos visto nada que nos llame la atención, ni siquiera un nombre que se repita las semanas anteriores.

—Resumiendo, un mojón. —Se dirigió hacia la entrada de la jefatura.

Casella lo seguía.

—Me he enterado de lo del homicidio. Así que el tal Maquignaz no formaba parte de la banda.

Empezaron a subir las escaleras.

—¿Estás seguro, Ugo? ¿No podría ser que sí, pero que se hubieran peleado?

Casella negaba con la cabeza.

—Yo opino que cuanto antes encontremos dónde se han llevado el dinero, antes lo resolvemos.

Rocco se detuvo en un escalón.

—A estas alturas el dinero lleva ya una temporadita en el extranjero, como mínimo.

Apareció por la puerta Deruta, con la cara roja y ahogándose.

—Agente Deruta, ¿hasta bajando las escaleras te cansas?

—A usted lo andaba buscando, señor. Resulta que la matrícula de Nova Gorica del camión aparece como robada a un TIR en Monfalcone hace nada más y nada menos que diez meses.

—Ah…

—Vamos, que era falsa.

—Lo he entendido, Deruta, hasta ahí llego. Pues ahora necesito tres cosas. La primera: ¿quién sabe de agricultura?

—D’Intino. En Mozzagrogna tiene un tío con tierras —respondió Casella.

—Vaya por Dios, ¿sólo él?

—Que yo sepa…

—Pues entonces mandadlo abajo donde Gambino y decidle que me espere fuera, por favor, fuera, ¡que no entre! La segunda: mandad a Pierron al gimnasio a que averigüe el domicilio de Paolo el gigante; decidle eso, que él ya sabe a quién me refiero…

—Delo por hecho —afirmó el agente Casella.

—¿La tercera? —preguntó Deruta.

—De la tercera te ocupas tú. En el fichero de mi despacho, tercer cajón del lado izquierdo: allí está la comida de *Loba*. Échale un puñadito en el plato y cámbiale el agua.

—Señor, sí, señor.

—Muy bien, a trabajar.

Deruta se dirigió hacia el despacho de Schiavone; Casella, sin embargo, lo siguió un par de metros.

—¿Por qué me pisas los talones? ¿Qué quieres?

—Necesito un consejo.

—Dispara, Ugo.

—Si tuviera que invitar a una persona importante a un restaurante de aquí, de Aosta, ¿adónde la llevaría?

—Ni idea... ¿Cuánto quieres gastarte?

—¿Unos veinte?

Rocco lo miró.

—Casè, con veinte euros ni a una pizzería.

—Decía por cabeza.

—Da igual. ¿Mujer?

—Puede ser...

Rocco resopló.

—¿Me estás diciendo que tienes que invitar a una persona importante y todavía ni siquiera tienes claro el sexo?

—No, sí, sí, me vengo a referir... Mujer, sí.

—¿Ya os habéis...?

El agente puso una mueca.

—No entiendo.

—Casè, ¿que si ya os habéis... acostado o es un primer acercamiento?

—Primerísimo. Si le soy sincero, nunca hemos salido juntos.

—Entiendo. ¿Quieres quedar bien?

Casella sonrió.

—Pues entonces que te entre en la cabeza que por menos de cincuenta por barba no vas a ningún lado. No es sólo la cena, es el

vino. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—¿Estilo informal o clásico?

—¿Quién?

Rocco levantó la mirada al cielo.

—Por Dios santo, Casè, me estás sacando de quicio. ¿Cómo que quién? ¡La mujer!

—Ah... Algo informal, aunque también es muy clásica.

—Silviani, en el hotel Duca, si quieres algo refinado, aunque te aviso de que la cosa no bajará de cien pavos, o, si quieres gastarte un poco menos pero ir sobre seguro, con gran cocina y servicio fantástico, Sur la Place. O también tienes una *trattoria* en Croix de Ville. ¿Algo más?

—No, gracias, muchísimas gracias. Creo que iré a ese Sur la Place.

—Estupendo, excelente elección. Lo importante es no ir al Grottino, que es mi restaurante y no quiero toparme allí contigo.

—No, señor, no. —Y, llevándose la mano a la frente, dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

Rocco bajó las escaleras que conducían al semisótano, donde estaba el reino de Gambino. Para entonces ya se había acostumbrado al descenso de la temperatura que percibía ya en el primer tramo; sin embargo, al empujar la barra antipánico para abrir la puerta del laboratorio, lo arrolló una corriente de aire caliente.

—¿Michela?

La adjunta salió de la habitación contigua, llevaba una ligera y sencilla blusa de seda. Sobre la frente, un par de gafas enormes de plástico transparente.

—Hola, Rocco...

—¿A qué se debe este calor? Parece que estamos en un invernadero.

—He hecho que instalen la bomba de calor. No está mal, ¿eh? Y en verano me ponen el aire acondicionado. Veamos... Acompáñame... —Lo llevó hasta la superficie iluminada—. Como de costumbre, el lugar del homicidio era una leonera. Pero esta vez no ha sido culpa vuestra. La lluvia... Así que dar con pruebas ha sido bastante *camurruso* —explicó

la adjunta, recurriendo al término siciliano—. Pero ¿sabes lo que te digo? Que no descartaría que los asesinos hayan contado justo con eso.

—Eso sí que no me lo creo, porque, de no haber sido por la lluvia, el río no habría arrastrado la tierra y, por lo tanto, no habríamos descubierto el cadáver hasta dentro de vete tú a saber cuánto tiempo. Y, por cierto, ¿por qué hablas de asesinos en plural?

—Porque cavaron con pico y pala.

—¿Y? ¿No puede ser que la misma persona haya usado las dos herramientas?

—No. Debajo del cadáver, en el fondo del foso, he encontrado huellas. Uno calza el 43 y el otro el 46 —concluyó con una sonrisita.

—¿Había sangre?

—Nada de sangre. No lo mataron allí... Lo llevaron para esconderlo. Usaron una pala con lamas de hierro y un pico de acero. Herramientas agrícolas. Justo ahora estaba examinando la composición del terreno y... ¿Quieres echarte unas risas? Ven. —Se dio media vuelta y señaló su microscopio—. Echa un vistazo, mira. —Rocco obedeció—. ¿Qué ves?

—Yo qué sé, Michela. Veo cosas negras.

Michela negó con la cabeza resoplando.

—Cosas negras... Esa tierra la he cogido del mantillo que hay en el fondo de la fosa. ¿Y sabes lo que es?

—No.

—Tierra llena de sulfato de potasio y magnesio.

—¿Me estás diciendo que es igual que la que encontraste en la nieve junto al guardia anestesiado?

—¡Muy bien, Rocco! —Y le dio una palmada en el hombro.

—Tranquila con las confianzas.

—Estaba expresando mi admiración.

—Anda y que te den, Michela... Gran trabajo, adjunta, gran trabajo. Y ahora dime. Debajo de los zapatos de la víctima, ¿has encontrado el mismo mantillo?

Michela levantó las cejas.

—No, debajo del calzado del cadáver no había ese tipo de mantillo. He encontrado sólo...

Rocco la interrumpió con la mano.

—Y de eso, Michela, ¿qué conclusión sacamos?

—¿Que Maquignaz nunca pisó la misma tierra que pisaron sus asesinos?

—Exacto. ¿Ergo…?

La adjunta abrió los brazos dándose por vencida.

—No sé…

—Pues yo sí. Y por eso yo soy un subjefe de la brigada móvil y tu una adjunta de la Científica. Te dejo, que tengo otros menesteres. ¿Ahora en qué estás trabajando?

—Sigo con la ropa de Maquignaz… —Y señaló la habitación que había a su espalda.

—Suerte. —Rocco abrió la puerta de doble hoja y salió.

En el pasillo estuvo a punto de chocarse con D'Intino, que llevaba allí esperándolo no se sabe cuánto tiempo. Bajo los miles de neones del techo de aquel semisótano, el rostro del agente era inquietante. La sombra de la sobreceja oscurecía los ojos y los convertía en dos agujeros negros. La piel de cera, los pocos pelos y la boca entreabierta en una sonrisa alelada conferían a la máscara la fijeza de una criatura infernal.

—Tus muertos, D'Intì, por poco no me da un patatús.

—¿Me buscaba, jefe?

—Sí, pero salgamos de aquí, que das miedo. —Y empezó a subir las escaleras.

—He *anulao* la solicitud del permiso…

—Has hecho bien. Te das cuenta de que estamos ante una emergencia, ¿no?

—Sssí. Pero era algo importante para mí. ¿Y si ahora coge y se enamora de otro?

—D'Intino…

—Llámeme Mimmo.

—Mimmo, si ha esperado todos estos años, esperará unas cuantas semanas más. —Salió al pasillo principal de la jefatura. La luz de las ventanas volvió a conferirle ojos y humanidad al rostro del agente

abruzo—. Por cierto, ¿tú sabes de cosas del campo?

—Acabáramos…

—Pues a ver, según tú, ¿de dónde se puede sacar mantillo para estercolar las vides?

—Depende. ¿Está hablando de grandes cantidades?

—Pongamos que sí…

—Un lugar poco húmedo, *resguardao*, vamos, *techao* y *to'* eso. Un tío mío de Mozzagrogna tiene una viñita y en otoño lo compra en Chieti. Se lo llevan con un tractor. ¿Y sabe qué? Ni echa peste…

—Y a mí qué coño me importa… En fin, ¿sabes para qué me haces falta? Vete a informarte por ahí, con Deruta, e intentad averiguar si hay almacenes que abastezcan a los viticultores… No demasiado lejos de donde encontramos el cadáver de Maquignaz, más o menos en la zona de Arnad. ¿Todo claro?

—¡Clarísimo! —respondió el policía—. En un almacén grande… A lo mejor de los que no sólo tienen abono, ¿no? Aperos de labranza.

—Exacto.

—Carretillas, semillas, palas, azadas…

—Eso es…

—Cubos, tractores, *araos*, sembradoras…

—Está bien, D'Intino, para ya.

—Picos, palas, postes, alambre de espino…

—Hasta los cojones me tienes ya.

Mimmo D'Intino se calló.

—Que quede claro, agente, un sitio grande, como para esconder un camión.

D'Intino asintió. Luego sonrió.

—¡Ya *m'enterao*! Ahora mismo me pongo las pilas. ¡Y verá cómo a esta gente los pillamos! —Y, víctima de un repentino frenesí, salió corriendo hacia la sala de los agentes.

—¿Ya no quieres verme más? —graznó la voz de Lada al teléfono, lejana, como la de las antiguas llamadas de larga distancia desde una

cabina telefónica.

—No es un momento fácil, Lada. Estoy en medio de una investigación.

—¿El robo?

—No. Ya lo leerás en la prensa, imagino. No puedo decirte más.

—Sólo quería avisarte de que esta noche tengo planes. Guido ha vuelto y se quedará unos días. Aunque en cuanto esté libre te vuelvo a llamar, siempre y cuando a ti te apetezca...

—Me apetece. Pero ahora discúlpame, estoy reunido.

—Hasta pronto. —Y Lada colgó.

Rocco se concentró de nuevo en su plato de pasta.

—Sigue, Italo.

—¿Quién era?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Has estado en el gimnasio?

El agente, sentado al otro lado de la mesita, acabó de masticar, dejó la servilleta y se metió la mano en el bolsillo.

—Un momento... —Sacó una hoja de papel.

—¿Vino? —preguntó la camarera rubia al pasar junto a la mesa.

—No, gracias, tenemos que trabajar... Después de la pasta, para mí una manzana, y otra para él.

Italo abrió la boca para protestar, pero Rocco lo mandó callar con un gesto de la mano.

—Está a dieta.

Y la camarera se marchó.

—En realidad, yo tengo hambre.

—Me la suda. En fin, ¡soy todo oídos!

—El tipo se llama Paolo Chatrian, vive en Aosta, cerca del teatro... No estaba en el gimnasio, sólo va los días pares. Tiene treinta y cinco años, mide un metro noventa y cuatro y de joven practicaba el triatlón.

—¿Me refrescas la memoria?

—Carrera, bici y natación. Es un deporte duro... —Italo siguió comiéndose los raviolis—. ¿Por qué quieres verlo?

—Ya te lo he dicho, esa cara me suena de algo. Y, además, ¿no lo viste mientras le preguntábamos por Maquignaz?

—Sí. Me pareció normal, no hizo nada fuera de lo común.

—¿Sabes, Italo? —Rocco se limpió los labios con la servilleta—. No es que la gente tenga reacciones fuera de lo común. ¿Has visto alguna vez a alguien, no sé, saltar de repente, o ponerse a gritar y a correr por la calle o a babear como un perro rabioso? Hablando de perros, toma, cariño... —Y le tendió un pedazo de pan a *Loba*, que estaba debajo de la mesa—. No, no, la gente no lo hace. Pero tienes que estudiar sus ojos, y también la boca, los pequeños movimientos de las manos, la respiración. Detalles, pero todos juntos tienen un olor. Y a mí el olor de ese tipo no me convence. Que, además, no consigo acordarme de dónde, pero en algún sitio ya lo he visto.

—¿Tú opinas que sabe algo de Maquignaz y no nos lo ha dicho?

—Es una posibilidad. O a lo peor, agente Pierron, soy sólo un hombre con una imaginación desbordante. Como mucho, habremos perdido una media hora, ¿me equivoco?

—Para nada.

—Esta tarde iremos a hacerle una visita. Pero primero toca Fumagalli.

Italo se quedó con el tenedor a medio camino y luego, sin llevarse la comida a la boca, lo dejó en el plato.

—Yo no.

—¿No quieres ni intentarlo?

—Mira, Rocco, ese Maquignaz a saber cuánto tiempo llevaba bajo tierra... Yo no... —Reprimió un eructo, se dejó caer sobre la silla—. Me has quitado el hambre.

—¿Ves como no querías el segundo?

Se abrió la puerta de cristal del restaurante y entró el agente Scipioni acompañado de una bocanada de aire frío.

—La cosa vuelve a ponerse fea —dijo, y se acercó a sus compañeros en la mesa.

—Siéntate, Antonio. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias, Rocco, me tomo un café con vosotros. —Luego miró a Italo. Sin saber qué hacer, desvió la mirada hacia Rocco con una pregunta silenciosa.

—Tranquilo, Antonio, Italo es como de la familia.

—Pero ¿de qué habláis? —preguntó Pierron.

Antonio asintió. Se metió la mano dentro del anorak y sacó una carpetita.

—A ver, he hecho las ampliaciones que me pediste. La cara del hombre no está clara, para nada, está casi de espalda y no se ve...

Rocco observaba las hojas. En cada una había un fragmento ampliado de la fotografía de Caterina que Brizio le había sacado delante del Ministerio del Interior.

—¿Qué foto es ésa? —preguntó Italo.

Antonio no respondió. Lo hizo Rocco.

—Caterina...

Italo palideció.

—¿Cómo que Caterina...?

Rocco le pasó una reproducción a Italo, que se puso a mirarla.

—La hizo un amigo mío delante del Viminale. Y yo quiero averiguar quién es este hombre con el pelo blanco que va con ella...

Italo observaba en silencio.

—Hay algo interesante... —intervino Antonio—. La última hoja. Échale un vistazo a esa ampliación.

Reproducía la muñeca izquierda del hombre.

—Lleva un Rolex Submariner. Un caprichito de por lo menos veinte mil euros...

En la ampliación se veía perfectamente el cuadrante azul, la hora que marcaba, las ocho y treinta y cinco, la correa de piel.

—Puede que no signifique gran cosa, pero tienes otro dato en la ampliación de la tercera hoja —añadió Antonio.

Rocco la cogió. El desconocido sostenía un cigarrillo entre el índice y el corazón. El subjefe entornó los ojos.

—No te esfuerces, te lo digo yo. Es un Dunhill. El tipo hace de todo para dárselas de elegante.

—Ya —respondió Rocco. Luego guardó las hojas en la carpetita y se la devolvió a Antonio.

Italo seguía mirando la fotografía de Caterina.

—Parece cansada... —dijo—. Y al final resulta que no está en Ascoli Piceno, como yo sospechaba.

—No, no está en Ascoli. ¿Le devuelves la hoja a Antonio?

Italo obedeció.

—Pocas pistas, pero algo es algo. Tendría que darme una vuelta por Interior para averiguar quién es.

—¿Quieres llegar hasta el fondo?

—Claro —respondió Rocco—. Este cabrón me la tiene jurada, me puso encima a Caterina y ¡quiero saber el porqué!

—Lógico —dijo Antonio.

—Logiquísimo —recalcó Italo.

La camarera llevó una cestita con manzanas y naranjas y recogió los platos.

—Tráiganos tres cafés y la cuenta, por favor.

—Enseguida.

—Gracias por el trabajo, Antonio.

—No es nada. Pero vamos, que yo con esta historia de Caterina no me entero de nada... Si en el Viminale te la tienen jurada, ¿cómo es posible que sigas campando a tus anchas?

—¿Sabes, Antò? Yo creo que no es el Viminale el que me la tiene jurada, sino sólo este cabroncete del Rolex. El porqué se me escapa, pero es cuestión de tiempo. ¿Quién se apunta a una excursión a la morgue?

Los agentes bajaron la mirada al unísono.

—Vamos a ver a nuestro amigo, y así nos echamos una parrafada alegre —dijo Fumagalli a pocos metros de la puerta del depósito de cadáveres.

—Albè, no vamos a echar ninguna parrafada alegre —lo corrigió Rocco.

—¿Y por qué?

—Esperamos a alguien... —Se volvió hacia la entrada—. Aquí está.

Con paso rápido y mirándose los pies, Maurizio Baldi avanzaba por el pasillo, el auricular del móvil le colgaba del oído derecho, hablaba

en voz alta.

—Sí, lo sé, pero necesito el documento sin falta antes de mañana por la mañana... Silvia, ¿a ti te parece que me estoy divirtiendo? ¡Estoy en la morgue!

Fumagalli se acercó a Rocco.

—No tiene remedio —le sopló en voz baja—. ¡Sigue perpetuándose la idea de que la morgue es un sitio horrible!

—Ya ves, yo no lo entiendo —respondió el subjefe—. ¿Qué le vamos a hacer, Albè? Tarde o temprano lo entenderán.

—Es un lugar de respuestas, eso es lo que es. Hay más respuestas aquí dentro que en ningún otro lugar del planeta.

—La iglesia —se entrometió Baldi quitándose el auricular, señal de que era capaz de concentrarse en dos cosas al mismo tiempo.

—¿A qué se refiere?

—La iglesia es un lugar donde uno encuentra muchas respuestas.

—Estará usted de broma, señoría —repuso Fumagalli—. La iglesia, como mucho, es el lugar de las preguntas.

—Que Dios acoge para responder a quien sabe escuchar.

El forense negó con la cabeza.

—Lo siento, yo soy un científico positivista racional.

—¿Qué eres?, ¿santo Tomás?

—No, señor Baldi, Tomás da por sentada la existencia de un dios, yo creo en lo que puedo demostrar y analizar.

El magistrado se desabrochó el abrigo.

—Entonces, según usted, los fenómenos que estudia, los seres vivos, la naturaleza en la que concentra sus esfuerzos, ¿quién los ha creado?

—El azar. Fue una serie de coincidencias lo que trajo la vida a este planeta. El viento solar bombardeó meteoritos pulverizados sobre el planeta y de ese modo dio vida a la formación de centenares de compuestos orgánicos complejos: aminoácidos, los lípidos que conforman la membrana celular, los ácidos carboxílicos, sin los que no existiría el metabolismo, el nitrógeno, los azúcares, en definitiva, todas las cosas que subyacen al ADN.

—¿Y quién depositó esa materia en los meteoritos? —preguntó

Baldi con aire sabiondo—. ¡Dios!

—Pues entonces, si, como usted dice, Dios creó la vida, ¿por qué lo hizo sólo en este planeta? ¿No podía inventarse también algo en Júpiter? ¿Marte? ¿Cástor? ¿Pólux?

—Dios puso los elementos, luego la vida se desarrolló por sí misma.

—Empiezo a estar ya hasta los mismísimos —intervino Rocco—. Luego quedáis en el bar y continuáis con la discusión. Y hablando de vida, ¿vamos a ver cómo acabó la de Ruggero Maquignaz?

—Adelante. —Con un gesto teatral, Fumagalli les mostró el camino. Con paso rápido, el grupo se dirigió hacia el depósito—. El paciente tiene muchas cosas que contarnos, ¿saben? —Abrió de par en par la doble puerta e invitó a Rocco y a Baldi a pasar a la habitación con las camillas de las autopsias. Como de costumbre, el olor era una mezcla de huevo podrido y desinfectante. Como de costumbre, aquella gota lejana acompasaba el paso del tiempo, una pérdida que nadie se decidía a reparar. Baldi hizo una mueca de asco.

—¿Se ve capaz, señoría?

—¿Se cree que es el primer cadáver que veo? Venga, Fumagalli...

—Empecemos antes que nada con la causa de la muerte... Tiro en la cabeza a quemarropa.

Abrió la puerta de la cámara frigorífica para sacar la camilla. Destapó el cadáver. La piel, lívida, en algunos puntos parecía de cera. El corte en forma de enorme i griega, negro por los puntos de sutura. Encima de la sobreceja derecha, el orificio de la bala.

—¿Lo ven? Aquí, alrededor, todavía había una quemadura, por eso digo que el disparo fue a quemarropa.

Rocco observaba el rostro del ex guardia jurado. La boca entreabierta dejaba entrever los dientes secos y grises.

—¿Cuándo murió? Te lo suplico, no me des detalles técnicos sobre insectos, manchas hipostáticas y otras ocurrencias.

—El jueves —respondió Alberto con seguridad—. Puedo equivocarme un poco en la hora, pero diría que en torno al mediodía.

—El jueves es el día del robo —precisó Baldi.

—Exacto. He enviado el uniforme de Maquignaz a nuestra ilustre

colega de la Científica para que analice las pruebas, si es que las hay. Pero una cosa está clara. El proyectil atravesó el cráneo desde aquí... —E indicó el agujero en la frente, luego levantó la cabeza del cadáver—. Aquí, ¿lo ven? El orificio de salida. —Rocco y Baldi se agacharon para observarlo—. Un poco más alto que el de entrada. La balística nos lo sabrá explicar mejor, pero una cosa está clara.

—El asesino no estaba en una posición más alta que la víctima —concluyó Rocco.

—Eso es. Si estaban de pie, es más bajo; o, si no, podían estar sentados uno al lado del otro.

El subjefe se pasó la mano por la barbilla.

—¿Has encontrado algo en las uñas, en las yemas de los dedos?

—Nada.

—Pues entonces descartamos un altercado.

—Alguien le disparó de repente y éste no tuvo tiempo de reaccionar —dijo el magistrado.

—Una especie de ejecución —añadió el forense.

—Albè, ¿somos capaces de averiguar el calibre de la pistola?

—Lo veo un poco difícil, pero podemos intentarlo.

—Cuando dices «podemos», ¿a quién te refieres?

—A Michela y a mí —respondió Fumagalli sonriendo.

—¿Me equivoco o existe cierta simpatía entre vosotros?

—¿Cómo es eso que me dices siempre? Que tengo que aprender a no meterme...

—Cierto, tienes razón, Alberto... —El subjefe miró a Baldi—. ¿Quiere usted saber algo más?

—No... Puede encerrarlo de nuevo.

El forense volvió a dejar reposar dentro de la cámara los restos mortales de Ruggero Maquignaz.

—¿Salimos?

—Lo estoy deseando —respondió el juez.

Recorrieron de nuevo el pasillo. Fumagalli se entretuvo hablando con un enfermero. Baldi y Rocco continuaron hasta la puerta de cristal. Se asomaron para mirar el jardín. Habían empezado a caer copos de

nieve.

—¡No me lo puedo creer! ¿Días sin parar de llover y ahora esto? —comentó el juez.

—Todavía tengo que decidir si es mejor la nieve o el agua.

—Las dos son un asco —repuso Baldi—. ¿Una pelea dentro de la banda?

—No lo veo. Tengo mis motivos.

—¿Entonces?

—Entonces tengo que comprobar todavía un par de detalles y empezaré a verlo todo claro.

Baldi lo miró con admiración.

—¿Me está diciendo que en medio de este jaleo usted empieza a ver la luz?

Como toda respuesta, Rocco se sacó la cartera.

—¿Qué es esto, un intento de soborno?

—Mire esto. —Y cogió una hojita—. No paro de darle vueltas desde el homicidio de Favre. ¿Ve estas tres letras? A, B y C.

—Claro, la famosa nota.

—No he conseguido descubrir a quién corresponden. O, mejor dicho, pensaba que la A fuese de Arturo Michelini, el asesino de Favre. Pero la cosa no me convencía, ¿y sabe por qué? Si la víctima hubiera sospechado de su vecino, habría actuado de otra forma, resumiendo, creo que habría acelerado los tiempos.

—¿Respecto a qué?

—Dele la vuelta a la hojita. ¿Lo ve? Es papel autocopiativo, es un pedazo de un recibo. El papel es violáceo, señal de que se está oxidando y de que es más bien viejo, tiene por lo menos tres semanas. Yo opino que la nota la tomó mucho tiempo antes de su muerte. Y que, si hubiera descubierto la connivencia de su vecino, no sé, como mínimo le habría quitado las llaves de casa o habría cambiado la cerradura.

—Pongamos que sea posible.

—Pues entonces la A podría no ser de Arturo Michelini.

—¿Sino de...?

—Assovalue... —sugirió Rocco.

—Sigue usted convencido de que el robo…

—Está vinculado con el homicidio. Ahora pasemos a la B y la C. Ni Maquignaz ni Enrico Manetti tienen esas letras en sus iniciales. Podrían ser dos nombres vinculados con la organización.

—¿Se ha formado ya alguna idea? —Le dio la vuelta al recibo y se puso a leer la otra cosa que había escrita—. ¿Y esto de aquí atrás qué es?

—Según Oriana Berardi, una directiva del casino que la leyó hace unos días, podría ser el nombre de un banco de Liubliana… Ljubljanska Bank… o algo así.

Baldi seguía escudriñando aquellas palabras. Se puso las gafas y achicó los ojos.

—Pues yo digo que no pone eso.

—Ah, ¿no? —Rocco alargó el cuello para leerlo él también.

—No… Eso no es una ka final, y esto son dos palabras, no Ljubljanska Bank, mire, después de Ljuba tampoco hay ninguna ene… Yo creo que es… —Se acercó a la hojita—. Yo creo que es un nombre. Ljuba… Sokoban, Sokaban, Sakoban, algo así. Mírelo usted también. —Y le pasó la nota.

Rocco forzó la vista tanto que el magistrado se vio obligado a prestarle sus gafas.

—¿Pues sabe usted que tal vez tenga razón… Ljuba Sokaban?

Baldi recuperó el recibo y las gafas.

—No, eso no es una a, la primera a es una o. Sokoban. Yo digo que aquí pone Ljuba Sokoban, nada de Ljubljanska Bank. —Y por fin le devolvió el recibo con la nota a Rocco.

—Y si así fuera, ¿quién es?

—Y yo qué sé.

—¿Tendrá algo que ver con el casino?

—No lo sé, Schiavone, pero ¿tenemos que ir a parar siempre al casino?

—Allí está el origen de todo este follón. ¿Recuerda que la víctima llevaba en la mano aquel amuleto?

—Claro, la ficha de San Remo.

—Y pensábamos que aquello nos había despistado… Pero en realidad no. La pista sigue siendo válida. Es sólo que no tenía nada que ver con la historia del blanqueo de dinero.

—¿Qué pieza le falta?

—¡Los asesinos de Romano Favre y los organizadores del robo están relacionados! Pero, tal y como le he prometido, procederé con cautela. Lo que sí necesito ahora es de su autoridad. Es un asunto bastante complejo, pero usted es el único que puede verlo con claridad.

—Cuando me halaga empiezo a preocuparme.

Rocco volvió a meter la nota de Favre dentro de la cartera para sacar una tarjeta de crédito. Se la entregó al juez.

—¿Qué es?

—Es una tarjeta de crédito prepago del Walliser Kantonalbank. Obviamente no sé de qué sucursal.

—¿Y de quién es?

—La encontré en casa de Arturo Michelini. El salario se lo ingresaban en la cuenta del banco San Paolo de Saint-Vincent.

—Kantonalbank…

—Tiene un montón de sucursales en Suiza, así que será difícil localizar la correcta.

—Tampoco tanto… A ver, ¿quiere saber con qué cuenta está vinculada e, imagino, también a nombre de quién está dicha cuenta?

Schiavone asintió.

—No es algo fácil, llevará su tiempo.

—Le agradezco sus esfuerzos.

Baldi asintió, luego propinó una palmadita en el hombro a Schiavone y abrió la puerta. Miró la nieve.

—Hablando de esfuerzos, ¿sabe que estoy avanzando con la historia de Enzo Baiocchi? ¿Y del cadáver de su hermano? No es sencillo, pero cuento con poder darle alguna noticia lo antes posible.

—Y yo lo espero con profundo interés, señoría. No se lo tome a mal si al final se lleva el enésimo chasco.

Baldi lo miró serio.

—¿Eso cree?

—Eso creo. Y si quiere un consejo, el cuerpo del hermano de Baiocchi tiene que buscarlo en algún lugar de Sudamérica. Yo sugeriría Honduras. ¿Ha probado a contactar con algún colega suyo de allí?

—Yo a Honduras no iría ni de vacaciones.

—Hace mal, por lo que dicen es un país precioso.

—No, Schiavone, me he jurado a mí mismo que no iré a ningún sitio que comporte más de cuatro horas de vuelo. Que tenga usted un buen día. —El magistrado abrió la puerta y salió.

Fumagalli fue hasta donde estaba el subjefe. Juntos se quedaron mirando cómo el servidor del Estado se perdía entre los automóviles aparcados bajo un bombardeo de copos de nieve.

—Igual de simpático que un petardo en el culo —comentó el forense.

—Es un buen hombre. Cree en lo que hace.

—¿Qué es esa historia del hermano de Baiocchi? ¿No era ese hijo de puta que disparó a tu amiga?

—Sí, Enzo. El hermano se llamaba Luigi. Baldi está convencido de que está enterrado debajo de un chalé de un agradable barrio de Roma.

—¿Y a ti que más te da?

—Eso digo yo.

Cruzaba el centro histórico bajo la nieve, que había subido de intensidad. Todavía no cuajaba, el suelo mojado lo impedía, pero la temperatura había descendido y en cuestión de poco tiempo Aosta se tornaría blanca de nuevo. Los escaparates estaban adornados con bolas de colores, espumillones y letreros que felicitaban las inminentes fiestas navideñas. La cercanía de la Navidad coincide con el aumento exponencial de la depresión en la mayor parte de la población por encima de los veintitrés años; una incidencia difícilmente detectable en Rocco Schiavone, que mantenía alto su nivel depresivo durante todo el año. Aquellos escaparates no lo invitaban a sonreír y estaba claro que el par de Clarks que ya estaban para tirar no le producía pensamientos positivos ni ningún tipo de serenidad interior. Las palabras del

magistrado le martilleaban el cráneo. Tenía que hablar con Brizio, aunque, si hubiera habido novedades, él le habría dado señales de vida. Pasó un hombre en bicicleta con la cara envuelta en una bufanda. Rocco se resguardó en un portal y sacó el móvil. No se había dado cuenta de que acababa de llegarle un mensaje precisamente de su viejo amigo. «Llámame ahora mismo a este número y hazte con uno nuevo tú también», le ordenaba. ¿Se estaba dejando llevar demasiado por la paranoia o Brizio estaba en lo cierto? Miró a su alrededor, no había tiendas de móviles. Decidió irse derecho al bar central, la solución estaba allí.

—Ettore, préstame el teléfono, tengo que hacer una llamada.

El camarero le tendió el móvil sin preguntar, luego se dio la vuelta para atender a dos señoras, las únicas clientas.

—¿Brizio?

—¿Es tu número nuevo?

—No, me lo han prestado.

—Se ha liado gorda...

Un puño de angustia se atascó en la garganta del subjefe.

—El agilipollado del búlgaro se ha distraído. Han llegado las máquinas a la casa. Empiezan a excavar.

—Joder... —murmuró Rocco entre dientes.

—Los dueños de la casa están cabreadísimos, pero al parecer los compensarán por los daños.

—¿Y a mí, Brizio, qué coño me importa que los compensen por los daños? Me cago en la puta...

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, amigo mío, no tengo ni puta idea. ¿Cuántos días tardarán?

—Ni idea... Cemento armado... ¿Un par?

—Pues entonces no me queda tiempo...

—¿Para hacer el qué?

—Escúchame bien. Voy a Roma. Pide hora en un notario para el

lunes y pongo el piso a tu nombre. Vacío la cuenta y adiós.

—¿Adiós? ¿Adónde vas a ir?

—¿Belice? ¿Cabo Verde? Yo qué sé. Hasta encontrar la bala tardan como máximo cuarenta y ocho horas. Y para entonces yo tengo que estar ya bien lejos.

—No precipitemos las cosas, Rocco...

—¡Ya se han precipitado! —refunfuñó, con el cuello rojo y la vena hinchada—. Si me quedo aquí, se acabó lo que se daba. Ya lo organizo yo todo, tú prepárate para cuando llegue.

—Recibido. Voy a buscar los papeles. El piso es mejor si lo ponemos a nombre de Stella, luego te explico.

—Haz lo que te parezca... Ya volveré yo a darte noticias. —Terminó la llamada.

El corazón acelerado, la salivación anulada. Oía un pitido agudo en los oídos, probablemente la tensión, o puede que sólo fuera un ataque de pánico.

—Ettore... —Le devolvió el móvil al camarero—. Gracias.

—¿Qué le pasa, señor? Está blanco.

—Nada, Ettore, nada...

Al salir del bar caminaba siguiendo como un autómata el camino hasta la jefatura. No pensaba en la nieve, en el frío ni en los zapatos ya empapados. De vez en cuando se demoraba con sus pensamientos en alguna esquina o delante de un escaparate, pero sin mirarlo.

«¿Qué hago?», pensaba. Quedarse allí y dejarse poner las esposas en las muñecas no era una opción. Escapar, sí, lo había pensado muchas veces, a países lejanos que no sabían a nada, como comidas sin sal. Se había imaginado fugándose de Italia, pero con Marina, rumbo a la Provenza, donde las calles están limpias y los pensamientos se adormecen en el azul de la Costa Azul. Aquello no era una fuga, era una retirada. Escapar no es difícil, retirarse sí. Una retirada no tiene color, es sólo un gris infinito, una carretera de asfalto vacía que no lleva a ninguna parte. Es una derrota sin posibilidad de retorno. Pero

tenía que organizarse, y cuanto antes. Llamar a Daniele, su amigo del banco, transferir el resto del dinero a Vaduz, elegir un vuelo y desaparecer sin despedirse de nadie. ¿Y *Loba*? Se la dejaría a Furio y más adelante, con calma, haría que se la enviaran. ¿Adónde? A cualquier lugar con el que no hubiera acuerdo de extradición. Pero hasta para una retirada hacen falta fuerzas, ni que fueran las de la desesperación, y a Rocco le faltaban ya las fuerzas. Las únicas que le quedaban provenían de la idea de que se marcharía de un lugar en el que ya no había nada que apreciara. ¿Sus amigos? Ésos también se estaban descoloriendo, como la leña dejada al sol. Apenas le hablaban, casi no lo miraban a los ojos. ¿Roma? Ya no era su ciudad, se había convertido en la sombra deforme de un cuerpo sin proporciones. ¿Marina? La llevaba dentro y lo seguiría allá donde fuera. Debía aceptar que sus días en el fin del mundo sólo estarían llenos de recuerdos. Los buscaría dando tumbos en aquella ciénaga inaprensible de las cosas perdidas. Pasaría el tiempo mirando fotografías, rostros de personas que ya no están y que no volvería a ver. Vídeos con fragmentos de vida en los que poco a poco dejaría de reconocerse. Rocco sabía lo cruel que era despertar la memoria, revivir aquellos retazos de vida inexistentes que sólo provocaban toneladas de melancolía. «Lo que ya ha pasado, como lo que está por venir, no existe o ya no existe», pensaba, pero ha dejado rastros materiales y visibles, tangibles, como las fotos, a menudo en blanco y negro, que no tienen ni voz ni olor.

Entró en la jefatura con el pelo empapado y el loden embarrado de agua y nieve. Apenas saludó al agente que había en conserjería y subió las escaleras. *Loba* corrió a su encuentro. Rocco se sentó en el sofá y se la puso en el regazo. Estaba caliente y olía a pizza.

—Cariño, tú te vienes conmigo, ¿qué te crees? —le dijo, y ella intentó lamerlo justo en la cara.

Está ahí mirándome en silencio, me mira y no habla. Está en el cristal de la ventana.

—¿No me hablas?

Los zapatos se han vuelto negros, tengo las manos llenas de grietas y en vez de pelo noto una especie de alambres de hierro que se me clavan en la cabeza, podría contarlos uno a uno. Tengo que decírselo, quiere saberlo.

—¿De verdad quieres oír la historia, Marina? ¿No la conoces ya?

No la conoce, ¿cómo va a conocerla? Ella no estaba.

—Ocurrió un mes de julio, hace muchos años, tú te habías ido y yo seguía allí, aunque era como si ya no estuviera. Era de noche, era verano, lo busqué y lo encontré.

Tengo la garganta seca y me falta la saliva.

—Lo has entendido, ¿no? ¿No?

Marina lo ha entendido, pero quiere que llegue hasta el fondo. Pesa una tonelada. Respiro.

—Lo maté yo, Marì.

Levanto la mirada. Tiene los ojos vacíos, perdidos, de quien siente miedo y desprecio.

—Si al menos Sebastiano no hubiera llegado aquella noche, si me hubiera dejado apretar el gatillo por segunda vez, todo esto yo no lo habría visto nunca. Me salvó, dice él, pero ¿para qué? ¿Qué he vivido en estos seis años que de verdad haya valido la pena? Ser ciego, sordo, mudo, esperar a que alguien encienda la luz. Es difícil cuando ni siquiera has enroscado la bombilla. Ahora ya lo sabes todo: eso es lo que hice, eso es lo que soy, en eso se ha convertido tu marido. ¿No dices nada? ¿No te habías dado cuenta? ¿Qué más quieres saber? ¿Cómo se sigue viviendo? —Me entran ganas de reír—. Yo aquella noche había encontrado el valor para poner el punto final, justo después de a Luigi Baiocchi, estaba dispuesto a dispararme también a mí. Ahora ya no tengo aquella fuerza, perdí la ocasión de acabar la partida. Puede que un día se presente de nuevo, pero tendré que cogerla al vuelo. No lo sé. Ahora mismo tendría que estar ahí contigo, no sentado en este sofá en esta ciudad de mierda. —Mantiene la mirada baja. Ahora sabe la verdad, o, mejor dicho, la ha sabido siempre, sólo quería escucharla de mis labios—. Pues ya te la he contado.

Bastaría con una palabra, sólo una, hasta un ruido, pero no dice nada. Luego cierra los ojos y se va. Y yo me quedo aquí mirando la nieve que cae

y las nubes que cubren las montañas.

Rocco se levantó del sofá para llamar a Roma e iniciar los preparativos para la fuga. Lo primero que hizo fue coger un porro, abrir una rendija de la ventana y encendérselo. Dos caladas, luego descolgó el teléfono.

Italo Pierron había intentado localizar a Paolo Chatrian en su domicilio, y luego otra vez en el gimnasio, donde Daniele, el propietario, le dijo que llevaba sin verlo desde el jueves, «... cuando vino usted con su jefe». Le había enseñado la fotocopia de su documento de identidad. Había ido hasta via Festaz, la dirección que constaba en el carné, y había llamado al interfono sin éxito. Luego había empezado a nevar y había decidido pasarse un rato por el American Bar. Entró sacudiéndose la nieve del anorak y pidió un vinito blanco.

—Mino —dijo al propietario, clavado como siempre detrás de la barra. Nadie en toda Aosta había visto jamás a Mino fuera de allí y todo el mundo pensaba que ya formaba parte del mobiliario del local—, ¿está libre el baño?

—Sí —respondió el otro mientras secaba los vasos—. ¿Grande o pequeña?

—Grande.

Mino metió la mano debajo de la barra, cogió una llave y se la tendió a Italo.

—Toma.

El agente apuró el vino, dejó la copa al lado de una moneda de dos euros y entró en el aseo. Usó la llave para abrir una segunda puerta junto al lavabo. Se encontró en un pequeño pasillo oscuro. Logró dar con la cerradura y cerró la puerta tras de sí, luego echó a andar entre cajas de cartón. Finalmente entró en la sala de la parte de atrás. Había tres mesas ocupadas. El humo de los cigarrillos apestaba el ambiente y el tufo a tabaco viejo se mezclaba con el del vino peleón y el de fregona sucia. La única ventana que había en lo alto, de vidrio esmerilado, no

dejaba pasar la poca luz que la calle podía ofrecer. Encima de cada mesa pendía una lámpara baja. Sólo dos tipos levantaron la cabeza para mirar al recién llegado, luego se concentraron de nuevo en sus cartas.

—¡Buenas! —Italo saludó a la mesa del fondo, que estaba al lado de una estantería llena de viejas botellas de vino sin etiqueta—. ¿Puedo?

Había tres hombres sentados. En el centro, el bote con las fichas. Un hombre delgado como un espárrago barajaba las cartas.

—Italo, aquí sólo a Teresina, con cartas descubiertas —lo advirtió.

—Por mí, bien, ¿por vosotros?

Los otros dos jugadores asintieron e Italo se sentó a la mesa.

—Hemos fijado el límite en quinientos —dijo el delgaducho.

—Por mí, bien, Gianluca —repuso Italo mientras se quitaba el abrigo.

—No es que no nos fiemos... —intervino el jugador al otro lado de la mesa, más bien entrado en carnes y con bigote de manillar—, pero...

El agente asintió, se metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera. Contó los billetes y los puso sobre la mesa. El espárrago los cogió y los introdujo en la botella vacía que había detrás de él, junto con el resto del dinero.

—Y la hucha está llena. Cámbiale las monedas, Leo...

El bigotudo se agachó y levantó una cajita de madera. La puso en la mesa, la abrió y cogió las fichas, luego volvió a dejarla en el suelo. Italo apiló en columnas el dinero de plástico, se frotó las manos y miró a sus adversarios.

—¡Listo! —dijo.

Gianluca empezó a repartir las cartas. En ese momento sonó el móvil de Italo.

—Tienes que apagarlo —lo conminó Guido.

—Un segundo nada más... ¿Rocco?

—No hagas preguntas. Estoy de viaje. Cúbreme delante del jefe y seguid con el trabajo...

—¿Qué ocurre?

—Te acabo de decir que no hagas preguntas. Ahora concéntrate en toda la información que te darán los demás.

—¿Y si me preguntan?

—Estoy siguiendo una pista en Eslovenia. Di eso.

—¿En Eslovenia?

—¿Estás sordo? ¿Dónde estás?

—Con unos amigos.

—Tú no tienes amigos, Italo. Vale, ¿todo claro?

—¿Cuándo vuelves?

—Ni siquiera sé si vuelvo. —Y colgó el teléfono.

—¿Empezamos ya o qué?

Italo, con la cara pálida, cogió las dos cartas. Las abrió, pero no lograba distinguir ni colores ni marcas. La llamada lo había alterado, era la primera vez que le oía a Rocco una voz como aquélla.

Ugo Casella, cansado tras la jornada y cubierto de nieve, llegó al portal de su casa. Atinó con la llave al tercer intento, luego abrió. Por poco no fue a chocarse con Eugenia Artaz, que bajaba con el cubo de la basura para reciclar. Se miraron. Ugo, embelesado; Eugenia, esperando que el otro se apartara para poder salir a la calle.

—Buenas tardes —saludó Ugo Casella con un hilo de voz.

—Tenga usted. ¿Me permite? —Y señaló el portón.

—Ay, sí, claro, claro. Por favor. —El policía se quitó de en medio y la dejó pasar.

La mujer salió a la calle cubriéndose la cabeza con una capucha y él se quedó allí, esperando.

—¡Le aguanto la puerta abierta! —le dijo.

Pero ella, apresurándose hacia los contenedores, ni siquiera se dio la vuelta.

—No se preocupe. ¡Llevo las llaves!

«¿Y ahora? —pensó—. Si la espero, quedo como un idiota, si le cierro la puerta, quedo como un maleducado.» Aturullado por las dudas no vio que, al soltar la pesada hoja de madera del portón, había acabado cerrándose.

—Me cago en... —maldijo.

El destino había decidido por él. No le quedaba más remedio que subir las escaleras y meterse en su piso. Pero no era ése un comportamiento de caballeros. Vamos, que a una señora a aquellas horas de la noche se le deja el portón abierto, o a lo sumo entornado, y uno se sube a casa sin esperarla, puesto que ella misma había declinado su ofrecimiento. Pulsó el botón de apertura, pero no ocurrió nada. Como si fallara la electricidad. Tiró un par de veces del portón de madera oscura, pero no había manera. Se metió la mano en el bolsillo, cogió las llaves y las introdujo en la cerradura. Al tercer intento acertó, giró con una fuerza desproporcionada y la llave se partió.

—Pero me cago en… —maldijo de nuevo.

Se inclinó para mirar el trozo de metal que relucía dentro del mecanismo. Y, por si fuera poco, Eugenia también estaba trasteando desde fuera para abrir el portón.

—¿Señora? ¡Señora! —gritó Casella, y su voz retumbó en el rellano de las escaleras.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó la mujer desde el otro lado.

—Se me ha roto la llave dentro. —Y el agente puso el oído sobre la madera para escuchar.

—¿Cómo se le ha roto?

—Se ha partido.

—¡Pulse el botón automático! —sugirió Eugenia Artaz, y a Casella le pareció percibir un ligero deje de nerviosismo en su voz.

—Lo he intentado, pero no funciona. Espere… —Volvió a intentar pulsar el botón. Mudo. Ninguna reacción—. Nada. ¡No ocurre nada!

—Pero ¿por qué ha metido la llave si ya estaba dentro?

La pregunta lo cogió totalmente desprevenido. No sabía qué responder. Prefirió cambiar por completo de tema.

—Llame a casa por el interfono, así le abren.

—En casa no hay nadie —respondió Eugenia con fastidio.

—¿No están sus hijos?

—No.

Casella se mordió el labio. Se había descubierto. La vecina podría haberle preguntado: ¿y usted cómo sabe que tengo hijos?

—¡Llame usted a alguien! —gritó la mujer de sus sueños.

—No, señora Artaz, yo vivo solo.

Se hizo un silencio.

—¿Señora? ¿Señora?

—¡¿A quién llama?! ¡Sigo aquí! ¡Intente abrir de nuevo! —luego murmuró algo, pero Casella, que seguía con el oído pegado a la puerta, la oyó perfectamente—: Mira tú lo que me tenía que pasar ahora...

El agente insistía con el botón, pero era en vano. El portón, monolítico, seguía allí, impenetrable cual piedra sepulcral.

—A ver, que no puedo pasar la noche aquí afuera. He salido sólo con una camiseta y el K-Way ¡y está nevando! Empiezo a tener frío. Haga algo, ¡por Dios! —gritó irritada la señora Artaz.

—Claro, sí... —Pero no sabía qué hacer. No le quedaba otra que despertar a algún vecino y que le abriera por el interfono. Luego la solución le iluminó la mente—. Ya sé lo que voy a hacer. Subo a mi piso, le abro por el interfono y así puede volver a casa.

—Estupendo —aprobó con parquedad Eugenia.

Casella subió raudo y veloz los dos tramos de escaleras. Con mucho cuidado, introdujo la llave y entró en casa. Se precipitó sobre el interfono. Levantó el auricular.

—Señora, ¿me oye?

—Lo oigo, sí. Por favor, ¡abra-el-portón!

—¡Voy! —Pulsó el botón y se abrió.

¡Ahora sí! Eugenia podía regresar a su casa. Oía los pasos ligeros de la mujer subiendo de nuevo las escaleras. Se quedó en la puerta para esperarla. Vio llegar en primer lugar la melena rubia, luego el rostro con unas gafas rojas, la camiseta en la que se leía «Escuela de esquí Champoluc», debajo del ligero anorak, todavía salpicado de copos de nieve. Eugenia llegó al descansillo.

—Discúlpeme... —murmuró Casella.

Ella lo miró con el ceño fruncido, pasó por delante del policía y, mascullando un buenas noches, continuó subiendo. Casella regresó a su piso. Se apoyó en la pared. ¡Ahora sí! Había roto el hielo. Ya tenía un tema de conversación con Eugenia, pero no lograba alegrarse de aquel

acercamiento. Le daba la sensación de que había quedado fatal, repasó toda la escena y se ruborizó de la vergüenza.

—Seré gilipollas... —murmuró entre dientes.

Miró su piso desnudo, las paredes necesitadas de una mano de pintura, el televisor con el tubo catódico lleno de polvo. La silla de la cocina delante de la mesa, sola, sin sus compañeras, como si siempre hubiera sabido que en aquella mesa, además de él, no comería nunca nadie más; le dio la impresión de que estaba mirándolo. Ugo jamás le había prestado atención, era la primera vez que la veía como lo que era: una silla fea, desvencijada y vieja, desconchada y lista para el contenedor.

La nieve caía cada vez más copiosa y a aquellas horas de la noche las calles estaban desiertas. Antonio Scipioni, resguardado bajo los arcos de la piazza Chanoux, había seguido al abogado hasta su casa. Había permanecido en ella unos minutos, pero luego había regresado de nuevo a su despacho. La luz de la segunda planta estaba encendida y el rostro del policía escondido entre las sombras sólo se iluminaba por las brasas del cigarrillo. Miró la hora. La una de la mañana. El adoquinado estaba glaseado como una tarta, y el frío penetraba bajo el abrigo y el jersey. No podía abandonar ahora el seguimiento, ningún abogado trabaja a la una de la mañana, sobre todo no un sábado, o peor aún, pensó, a esas horas era ya domingo. Como mucho, uno sale, va a una fiesta, disfruta de la buena compañía, no se queda en el despacho. Sintió una repentina nostalgia de sus amigos. Quién sabe qué estarían haciendo. Aldo quizá daba vueltas por el paseo marítimo en busca de algún bar todavía abierto, Paolo seguramente había conseguido llevarse a la cama a alguna tipa con la que habría ligado a saber dónde, y Enrico estaría en casa viendo series americanas en el ordenador. Echaba de menos Senigallia, la brisa del mar, los aperitivos con sabor a sal y a patatas fritas. Giovanna, Lucrezia, Serena. ¿Dónde estaban? Desde luego no en la piazza Chanoux a la una de la mañana bajo un soportal desierto de una ciudad inmersa en los Alpes, recibiendo las

bofetadas de un viento gélido.

«Qué vida de mierda», pensó.

Tarde o temprano debía tomar una decisión. Tarde o temprano Giovanna, Lucrezia y Serena acabarían dándose cuenta. Si ya es difícil llevar una relación con una mujer, con tres es una misión suicida, pero mientras estuviera en Aosta las cosas podían seguir así. La semana siguiente subiría Serena. ¿O era Lucrezia? No se acordaba. Tenía que volver a leer los mensajes del móvil, no fuera a ser que las hubiera citado a las dos y se acabó lo que se daba. Por la otra punta de la plaza pasó el automóvil de un vigilante nocturno dejando sus huellas sobre el asfalto. Dio una vuelta y se detuvo delante de la tienda de moda. El vigilante se escabulló del habitáculo, miró a través del escaparate, dejó una hojita metida en la persiana metálica y se subió de nuevo en el coche.

«Menuda vigilancia», pensó Antonio. Aunque hubiera ladrones, ¿para qué serviría que pasara por allí? Puede que no fuera más que una mafia. El comerciante paga al vigilante, que está confabulado con los ladrones de la zona, y esa tienda se convierte en intocable. Tiró la colilla negando con la cabeza. Sospechaba por deformación profesional. Luego el automóvil paso a pocos metros delante de él. Disminuyó la velocidad. El guardia jurado lo escrutó a través de la ventanilla. Antonio levantó el dedo corazón de la mano derecha y el otro aceleró para desaparecer de su vista. Era evidente que por unos cuantos cientos de euros al mes no quería meterse en líos. Igual que él, sólo que Antonio no podía huir. Era un policía, no un guardia jurado. El otro dentro de poco acabaría su ronda, regresaría a su casa, bajo las mantas, para dormir hasta el mediodía. En cambio, él, hasta que aquel abogado bajito y flaco no decidiera recogerse, podía olvidarse de la cama, y a la mañana siguiente, nada de al mediodía, a las ocho y media en la jefatura para aguantar los rapapolvos de Rocco. Le vibró el móvil.

—¿Quién es?

—Italo… ¿Dónde estás?

—En la plaza…

—Pasa algo raro. Rocco se ha largado no sé sabe dónde, no me lo ha

dicho. ¿Qué ocurre?

—Italo, yo qué sé. ¿Qué quiere decir que se ha largado?

—Te lo he dicho, no lo entiendo. Mañana por la mañana, en la jefatura, échame un cable con el jefe. La versión oficial es: Schiavone está en Eslovenia.

—Yo no puedo más con este tío, joder, está mal de la cabeza. —Luego un coche blanco se acercó al edificio del bufete de Greco—. Tengo que dejarte, Italo... Hay movimientos... —Y cortó la llamada.

El automóvil era un BMW pequeño. Tenía los faros encendidos y el limpiaparabrisas en funcionamiento. El habitáculo estaba a oscuras, no se distinguía al conductor. Antonio levantó la vista y se fijó en que las luces de la segunda planta se habían apagado. Al cabo de poco, el abogado bajito salió del portal abotonándose el abrigo. Abrió la puerta del coche y el interior se iluminó. Había una mujer al volante, pero desde aquella posición el policía sólo lograba verle la nuca. Besó al abogado en las mejillas, se apagó la luz de cortesía, luego el automóvil se puso en marcha. Antonio anotó la matrícula. Seguirlo era impensable. Decidió regresar a casa.

Domingo

Hacía poco que había amanecido y un tenue resplandor iluminaba un cielo cargado de nubes. El automóvil del subjefe se detuvo en medio de la calle, con las luces apagadas.

—La casa es ésta —anunció Rocco.

Un chalet que años antes era un esqueleto en construcción, el escondite de Luigi Baiocchi. Brizio observaba la tapia del recinto, Furio, sentado en el asiento de atrás con una mano liaba un cigarrillo y con la otra trataba de impedir que *Loba* le metiera el hocico en el tabaco. Un poco más adelante, a la derecha, lo que una vez fuera un carril de tierra era ahora una calle asfaltada con un nombre altisonante, via Daimaco il Giovane, a la que daban una serie de chalés adosados de poca altura diseñados por un arquitecto que soñaba con Miami y las playas oceánicas, pese a que el mar distaba no pocos kilómetros del barrio del Infernetto y Florida todavía más. Al final de la calle, en el lugar donde antes estaba la vieja fábrica en la que acabó la persecución entre Rocco y Luigi, había surgido un pequeño centro comercial lleno de letreros y cristales. En poco más de seis años, el panorama de aquel rincón de barrio se había desfigurado y sólo los recuerdos podían mantenerlo con vida. Recuerdos que Rocco trataba de evitar desde que habían enfilado la via Cristoforo Colombo, la gran arteria que une Roma con la playa de Ostia. El cielo estaba gris y soplaba un viento que agitaba los pinos y las palmeras enanas. La hierba reseca de los arriates estaba cubierta de bolsas de plástico y cacas de perro. En las aceras había aparcados SUV y utilitarios de lujo.

—¿Echamos un vistazo? —preguntó Brizio.

—No —respondió Rocco—. ¿De qué se ha enterado el búlgaro?

—De que han empezado a excavar.

—¿Un domingo? —preguntó Rocco.

—Lo veo crudo —comentó Furio mientras se encendía el cigarrillo —. ¿Tú qué has decidido?

—Mañana, tú y yo, Brizio, vamos al notario. Luego me largo. Furio, tienes que quedarte con *Loba* hasta que te diga dónde estoy. ¿Puedes hacerlo?

—Claro que puedo. ¿Y luego?

—Luego vienes a verme con la perra.

—¿Europa? —preguntó Brizio con un nudo en la garganta.

—No —respondió Rocco. Le temblaban las manos, se agarró con fuerza al volante del coche—. No, nada de Europa.

—Ah, pues si tienes que escoger, vete al Caribe. Me han hablado de Aruba. Dicen que es un paraíso.

—Pues San Martín y Martinica tampoco están nada mal —intervino Brizio—. Son francesas, basta con el carné de identidad.

—Pero si son francesas, ¿no será más que probable que tengan extradición?

—De eso ni idea, Furio. Pero la prima de Stella ha estado y dice que es un paraíso.

—Tú hazme caso, Rocco, no te arriesgues. Si lo que tienes en mente es América, vete a Costa Rica, que allí nadie te toca los cojones.

—Sí, Costa Rica también tiene que estar bien —insistió Brizio—. Y, por cierto, ¿sabes que no tiene ejército?

—¿Y? —Furio lanzó la colilla desde el automóvil.

—Pues querrá decir que son pacíficos, ¿no?

—Puede ser. Yo insisto en Aruba.

—Con Aruba hay extradición —intervino Rocco—. Pertenece a los Países Bajos.

—Ah, ¿sí? —preguntó Furio.

—Pues vaya…

—Jamaica —sugirió Rocco—. No hay acuerdo entre los países.

—No está mal —aprobó Brizio.

—Pero a Jamaica no hay vuelo directo, tienes que hacer escala — protestó Furio.

—Pues haré escala...

Los tres se callaron, tenían un nudo en la garganta.

—Me parece una pesadilla —murmuró Furio—. Vamos, no podía ni imaginarme que la cosa iba a acabar así...

—Míralo por el lado positivo. —Brizio abrió una rendija en la ventanilla—. Por lo menos tiene tiempo para prepararse, ¿no?

—Y no volveremos a vernos —concluyó Furio.

—¿Y eso quién lo dice?

—A ver, Brizio, si ahora que está en Aosta, que son seis horas de coche, nos parece una eternidad, ¡figúrate si se va a Jamaica!

Se callaron de nuevo.

—Es una pesadilla. ¿Será posible que no se nos ocurra ninguna idea?

—¿Por ejemplo?

—¡Pero qué idea ni qué idea! —intervino Rocco—. ¿Qué vamos a hacer, entrar disfrazados de albañiles y excavar nosotros? No, no se puede hacer un carajo. Lo que no me entra en la cabeza es cómo es posible que Enzo Baiocchi supiera dónde estaba su hermano y se lo haya callado todo este tiempo.

—Ha intentado vengarse, no lo ha conseguido, ha entendido que no puede trincarte y ha decidido cantar. Está claro.

—Brizio tiene razón —convino Furio—. Total, ¿a estas alturas ya qué tiene que perder? Es un arrepentido, ¿no? A arrepentido, puente de plata. ¡Pero es que esto no puede acabar así!

—No debe acabar así —hizo hincapié Brizio.

¿Cómo debía comportarse? ¿Tenía que hacer algo después del ramo de flores? Qué útil le habría resultado poder hablar con un amigo. Pero ¿quién? ¿D'Intino? Era como intentar conversar con un olmo. ¿Deruta? Habría tardado media hora sólo en entender la situación. No le quedaba otra que llamar a su primo de San Severo, Nicola Di Scioscio, a quien todos en el pueblo conocían como el «Yalosé». El motivo del apodo era evidente. No había rama del saber humano, desde los

osciladores cuánticos hasta la alineación del Perugia, de la que Nicola Di Scioscio no tuviera conocimiento. El ágora en el que Nicola daba el do de pecho era el bar de la piazza della Repubblica del pueblo. En la mesita de siempre, con los seis amigos que sobrepasaban los cuarenta y a los que el trabajo jamás había ni tan siquiera rozado, pues ya se sabe que es mezquino y traidor, delante de un café o de un Gingerino, aquel cenáculo de sabios y filósofos disertaba sobre la cognición humana. Se tocaban desde temas intrascendentes, como un partido de fútbol o si la hija del alcalde estaba embarazada, hasta otros más sesudos, para los que era necesaria una cierta capacidad especulativa. «Pero si un árbol cae en el desierto, ¿hace ruido?» «Pero si el precio del petróleo está en dólares, y el dólar baja, ¿por qué no baja también la gasolina?» Nicola lo sabía todo. Tenía la costumbre de comentar las conclusiones encogiéndose de hombros y acompañando el gesto con su expresión favorita, «Ya lo sé», que llevaba empleando desde la época del instituto. «A ver, Di Scioscio, háblame de la campaña rusa de Napoleón.» «Ya lo sé», respondía desde su banco encogiéndose de hombros y sin añadir nada más. Acabó pagando aquella actitud con dos buenos suspensos, pero nunca se quitó aquel vicio.

—Nicolì, ¿sabes que mañana llueve?

—Ya lo sé.

—Nicola, ¿has visto que al final Albano ha ganado San Remo?

—Ya lo sé.

—Nicola, ¿sabes que la hipérbola es el lugar geométrico de los puntos para los cuales es constante la diferencia de las distancias entre dos puntos fijos llamados focos?

—Ya lo sé…

Resumiendo, Nicola Di Scioscio lo sabía todo. Así que Casella cogió el móvil y lo llamó. Una voz de vieja graznó al otro lado de la línea:

—¿Diga?

—Tita, soy Ugo.

—Ugo, cariño, ¿cómo estás?

—Bien, tita. Mira, es que estoy en el móvil, ¿me pasas a Nicolino?

—Ah, ¿que estás en el móvil? ¿No estás en Aosta? —Tía Wanda lo

había malinterpretado.

—No, sigo en Aosta, pero estoy llamando desde un teléfono móvil.

—Aaah, ¿y?

—Y me cuesta un ojo de la cara. Dile a Nicolino que se ponga, por favor... —mintió, tenía tarifa plana pero no soportaba la conversación con su tía.

—*'Pera*, no cuelgues, ¿eh?

Casella oyó el auricular estrellándose contra un mueble, los pasos arrastrados de su tía Wanda, y por último el reclamo arcaico que retumbó en el piso:

—¿Nicolì? ¿Nicolino? ¡Teléfono! ¡Te llama tu primo! ¡Corre, que está en Aosta!

Pasó un minuto largo, luego la voz de Nicola Di Scioscio resonó en el teléfono.

—Hombre, Ugo, chaval, ¿cómo andas?

—Hola, Nicolì, ahí voy. ¿Tienes cinco minutos? Necesito un consejo...

—Para mi primo, todo el tiempo que haga falta. Cuéntame.

Nicolino nunca hacía ni el huevo, salvo ir una vez al mes a cobrar la pensión de su madre, sin la que se habrían muerto de hambre.

—Pues mira, te explico. Verás, se trata de una mujer, de una mujer guapa...

—Ya lo sé —murmuró Nicolino, aunque Casella no hizo caso.

—Esta mujer vive en la planta encima de la mía. Hace poco que se ha divorciado. Me gusta a rabiar. Y resulta que, como hoy era su cumpleaños, le he comprado un ramo flores.

—Bien hecho —asintió Nicola.

—Le he escrito una notita. Felicidades. Y ya está.

—Muy bien, como haría un señor. ¿Y luego?

—Luego ella me ha mandado un mensaje escrito aquí, a la jefatura, que ponía: «Gracias.» —Tenía la tarjetita en la mano. Blanca, rectangular, con una letra menuda, amable, llena de florituras. Volvió a meterla en la cartera, donde la guardaría hasta el fin de sus días.

—¿Y ya está? —preguntó su primo.

—Ya está. Pero yo ahora tengo un problema. Cuando vuelva a casa, ¿qué hago? En total, ella y yo nos habremos hablado, hola y adiós, unas cuatro veces en la escalera.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿subo y le digo algo, o mejor voy a lo mío, me acuesto y mañana ya veremos?

—No es un asunto de fácil solución, Ugo. Deja que te diga. Si no le dices nada, es como si las flores las tiraras a la basura. Pero ahora que has dado un paso importante, Ugo, tienes que dar el siguiente.

—Sí. ¿Qué hago? ¿Subo arriba?

—Te armas de valor, llamas a la puerta y le dices: Buenas tardes, señora... ¿Cómo se llama?

—Eugenia.

—Ya lo sé.

—Y si lo sabes, ¿para qué me preguntas?

El otro siguió como si nada:

—Le dices, buenas tardes, señora Eugenia. Soy el vecino, etcétera, etcétera.

—Perdona, Nicò, ¿qué quiere decir «etcétera, etcétera»?

—Ay, Virgen santa, quiere decir: hola, soy el vecino, ¿se acuerda? Vivo encima de usted...

—No, vivo debajo —puntualizó Ugo.

—Vivo debajo de usted, me alegro de que haya apreciado mi humilde obsequio. Y me preguntaba si había escogido unas flores de su agrado. ¿Qué flores le has regalado?

—Rosas amarillas y naranjas. Que son símbolo de la pasión.

—Ya lo sé. Pues eso, ¿son de su agrado? Y entonces, llegados a ese punto, se abren dos posibilidades, óyeme bien.

Ugo empezó a arrepentirse de haber llamado a su primo.

—Como será una señora educada, te dirá: sí, me han gustado, le agradezco el detalle, no tenía por qué y adiós, y como te decía se abren dos posibilidades...

—Vale, ¿me quieres decir la primera?

—Es complicado. Las dos posibilidades son sí o no. Pero no lo

sabrás por las palabras, Ugo, debes aprender a leer las miradas, la actitud corporal. Por ejemplo, si se apoya en la puerta, es buena señal. Significa: te concedo tiempo, estoy relajada, hablemos. ¿Entendido? Si, por el contrario, se queda de pie con la mano en la manilla, significa: date prisa que no tengo tiempo. Si te mira con ojos huidizos, sonrientes, un poco de aquí para allá...

—¿Es mala señal? ¿Hay algo que no funciona?

—¡No, Ugo! Es buena señal. Te está diciendo que le gustas. Pero si los ojos los tiene clavados en los tuyos, un poco fríos y distantes, es mejor que te vuelvas a casa. Pero lo más importante, Ugo... *'Pera,* que me enciendo un piti...

Casella levantó la mirada al cielo.

—Te decía... —Nicola había vuelto al aparato. Casella lo oyó echar el humo—. Lo más importante, Ugo, son las manos. Mírale las manos.

—¿Por qué?

—Porque a lo mejor estamos delante de una que sabe esconderse. Los ojos y el cuerpo pueden engañarte, las manos, no. Si tiene las manos... Pero ¿tú tienes cinco minutos?

—Los tengo, Nicò, soy yo quien te lo ha preguntado a ti al principio de la llamada.

—Ya lo sé. Pues entonces, si tiene las manos quietas, hay dos posibilidades...

Casella sintió que se desmayaba.

—¿Otra vez?

—La primera es el nerviosismo. Pero en ese caso tiemblan un poco. Mira bien las manos, Ugo. Si, por el contrario, las tiene quietas quietas, vamos, que no tiemblan, entonces no le importas una mierda.

—¿Y se acabó?

—Ah. Pero en caso de que mueva las manos y no sepa dónde ponerlas, es buena señal. Significa que está cohibida, que le gustas, que existe alguna posibilidad. Ahora pongamos que es la hipótesis uno, vamos, que tú por los movimientos de su cuerpo has deducido que no le importas un carajo. ¿Qué haces?

—Y yo qué sé. ¡Me voy a casa!

—Muy bien, Ugo. Pero si por los movimientos que hace tú deduces que le gustas, que, bueno, algo puede haber, entonces ¿qué haces?

—No lo sé.

—Ya lo sé.

—¿Sabes que no lo sé?

—¿Qué haces? Fácil. La invitas a cenar. Así sin más, sin pensártelo dos veces. Le dices: estimada Eugenia, ¿le parecería atrevido por mi parte que osara invitarla a cenar una de estas noches en el restaurante equis equis equis?

—¿Eso le digo?

—Pero en vez de equis equis equis, dices el nombre de un restaurante. ¿Lo tienes?

—Sí, me he informado.

—Hazlo así, Ugo, ¡todo o nada!

—Entendido. Nicò, gracias por los consejos, ahora tengo que colgar, que la llamada me va a costar un riñón.

—Ponte tarifa plana —sugirió su primo.

—Ya lo sé —respondió Casella, y colgó justo en el instante en que Antonio entraba en la sala de los agentes.

—Buenos días, Ugo, y buen domingo. ¿Novedades?

Casella miró la pantalla del ordenador.

—Yo sobre este Romano Favre no encuentro nada...

—Pues entonces hazme un favor. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un papelito—. Búscame a quién pertenece esta matrícula.

Casella tecleó en el teclado.

—Avísame en cuanto tengas novedades.

Antonio colgó el anorak en el perchero y salió de la sala. No había dormido casi nada, y los bostezos le estaban dislocando la mandíbula.

—Yo tampoco he pegado ojo.

La voz de Italo lo sorprendió por la espalda mientras, con las manos sobre los músculos lumbares, intentaba desperezarse.

—¿Café? —preguntó Antonio.

—Me he tomado ya tres y no me va el veneno ese de la máquina expendedora.

—¿Me explicas qué pasa con Rocco?

—Llevo llamándolo desde esta mañana —respondió Pierron—, pero tiene el móvil apagado. No lo sé. Estará en Roma, como siempre, y como siempre no hay quien entienda nada.

Se pusieron en camino hacia la máquina del café.

—Oye, ¿y si fuéramos al despacho del jefe y nos hiciéramos un café como Dios manda?

—Me parece una idea estupenda —aprobó Italo, y acto seguido dieron media vuelta en dirección al despacho del subjefe.

Reinaba el sempiterno olor a humo rancio. Permanecieron un instante bajo el umbral como para cerciorarse de que Rocco no estuviera allí, sentado como siempre en su sillón fumando y mirando el techo. Luego entraron y encendieron la maquinita.

—Y luego está la historia de Caterina —empezó Antonio—. Sé que no te hace gracia hablar de eso, pero es de lo más extraña.

Italo asintió.

—Oficialmente aparece destinada en Ascoli Piceno, pero allí no está. Y, por la foto que te ha dado Rocco, debería de estar en Roma, o al menos aquel día estaba allí.

—¿Con quién? —preguntó Antonio—. Rocco todavía no lo ha averiguado. —Puso el vasito de plástico debajo de la boquilla y pulsó el botón—. Pero en todo el tiempo que estuvisteis juntos, ¿a ti nunca te surgió alguna sospecha, alguna idea?

Italo cogió su café.

—No. Lo último que podía imaginarme era que trabajara con algún mandamás del Viminale. En fin, que no era más que una inspectora de policía de Aosta, ¿quién podía imaginárselo?

Antonio Scipioni se preparó el suyo.

—Pues sí. Yo digo que Rocco ha ido a Roma por esta historia de mierda. Mira lo que te digo, me juego la extraordinaria que ya me gasté el año pasado. —Levantó su vasito en un brindis imaginario con su compañero y lo apuró de un trago—. Aaah… Esto sí es café… ¿Abrimos el cajón? —preguntó Antonio con una sonrisita pícara.

—¿Tú estás loco?

—¿Por qué? Es domingo, ¿quién quieres que se dé cuenta?

—¡Pero es por la mañana!

—Si él lo hace, también podemos hacerlo nosotros, ¿no?

Se miraron. Luego Italo negó con la cabeza.

—Lo cierra bajo llave.

—¿Y? ¿No sabes abrirlo?

—Abrirlo, sí, lo que me preocupa es volver a cerrarlo...

—Lo hago yo —propuso Antonio—. ¡Vamos! —Se acercó al escritorio. El cajón estaba abierto—. Anda... ¡Si no lo ha cerrado!

—Bien —dijo Italo—. ¿Entonces a qué esperas?

—Uno entre los dos.

—Venga.

Antonio miró en el interior. Unos cuantos papeles, dos paquetes de tabaco y una decena de porros ya liados. Sacó uno.

—¿Vamos?

—Pues vamos... Abro la ventana.

—Lo enciendo —dijo Antonio mientras se repanchingaba en el silloncito.

—Espera, ¡cerremos la puerta con llave! Ponte que entra alguien...

—Tienes razón. —Antonio se precipitó hasta la cerradura, pero la llave no estaba. Cerró la puerta después de echar un vistazo al pasillo —. Venga, si no hay ni un alma.

—Oye, ¿y si lo descubre? —preguntó Pierron.

—¿El qué?

—¿Que nos hemos fumado un porro suyo?

—Qué va a descubrir ni descubrir... —Lo encendió y dio la primera calada. Estalló en una tos convulsa que le congestionó la cara—. Pero me cago en... —Intentaba hablar entre las sacudidas del pecho y con la lengua fuera—. Cargadito... —Y se lo pasó a Italo limpiándose los ojos llenos de lágrimas.

—¿Hace cuánto que no fumas?

Antonio volvió al silloncito.

—Desde... el instituto... —logró decir mientras Italo aspiraba.

—Ah, es buena de verdad...

Se sentó en la silla junto al escritorio y estiró las piernas.

—¿Qué hacemos?

—Seguimos cada uno con lo suyo —respondió Antonio, cogiendo de nuevo el porro que Italo le estaba pasando.

—Yo al tal Paolo Chatrian no lo encuentro. Es como si se lo hubiera tragado la tierra…

—¿En su casa nada? —Antonio aspiró un poco. Esta vez el humo descendió sin reventarle los pulmones.

—Nada…

—Intentemos averiguar dónde trabaja. A lo mejor está de vacaciones.

—¿Tú crees?

—¡Y yo qué coño sé, Italo! Empecemos por ahí, ¿no? —Y le devolvió el canuto a Italo, que le dio una generosa chupada.

—Pero es que ¿quién se va de vacaciones en diciembre?

—¿Y por qué no?

—¿Y adónde va? En la playa hace frío, para esquiar todavía no hay suficiente nieve…

—Bueno, bueno… —repuso Antonio, señalando los tejados de los edificios de enfrente, cubiertos de nieve.

—Es verdad, pero uno que vive en Aosta puede ir a Pila cuando le dé la gana, no le hacen falta vacaciones.

—¡En eso, agente Pierron, le doy la razón! —Y recuperó el porro—. Vaya, ya está casi listo.

—Y ni hablar de coger otro.

—No, mejor no. ¿Y si se ha ido al extranjero? —dijo Antonio.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? El tal Paolo Chalet. —Y dio otra calada.

—Chatrian.

—Como coño se llame… —Y se echó a reír—. Es que hay que ver qué clase de apellidos tenéis por estos lares: Chatrian, Marcoz, Mochettaz…

—¿A que sí? ¿Y qué me dices de Bechaz, Farcoz, Marguerittaz? —Italo se contagió de las risas de Antonio.

—¡Pero ¿tú de qué coño te ríes?! —gritó Scipioni entre lágrimas—. Si tú eres valdostano.

—¿Sabes cuál era el apellido de mi madre?

—Sorpréndeme.

Pero Italo no era capaz de responder, ahogado por la risa.

—Sepu…

—¿Se puede?

—¡Adelante! —dijo Pierron.

Las risas se convirtieron en una avalancha.

—Sepu… ¿y luego?

—No… puedo…

Antonio se escurrió del silloncito.

—No puedo más… La barriga… La barriga… Dios, qué dolor…

—Has acabado… ¡por los suelos!

—Lo sé…

La puerta se abrió, apareció Casella.

—¡Casella! —gritó Antonio entre convulsiones desde el suelo.

—¡Hola, Ugo! —lo saludó también Italo con lágrimas en los ojos.

—¿Qué coño hacéis?

—Yo qué sé… —respondió Antonio.

—Quería decirte que tengo el nombre —explicó Casella—. Veamos, el coche es de una tal… Oriana Berardi, residente en Aosta, via Edelweiss, número veintiséis.

—¡Me la suda! —gritó Pierron.

Las carcajadas subieron aún más de volumen. Casella negó con la cabeza.

—Si Schiavone os descubre, os la hace pedacitos.

—¿Si descubre qué?

—Que le cogéis los cigarrillos del cajón.

Antonio e Italo, con lágrimas en los ojos, lo miraron.

—Pero… ¿tú lo sabías?

—Soy policía, a ver, ¿se te había olvidado? En fin, vuelvo al tajo, luego ordenad esto. —Y se marchó.

Antonio e Italo se miraron serios durante dos segundos, luego

empezaron a partirse de risa otra vez.

Pese a que la temperatura era de pocos grados por encima de cero, estaban sentados en los escalones de la fuente de la piazza Santa Maria in Trastevere con tres cartuchos de altramuces y un par de latas de cerveza, y masticaban lentamente mirando la plaza. *Loba* se había acurrucado a los pies de los escalones y seguía con curiosidad las palomas que, orgullosas, daban saltitos como si fueran las amas del barrio. Furio escupió una cáscara apuntando a la rejilla de la alcantarilla.

—¡Tres puntos!

Brizio también lo intentó, pero el disparo no hizo blanco. Luego le dio un codazo a Rocco, que masticó con ganas y escupió la cáscara. Rebotó en el hierro y rodó sobre la acera.

—Nada —comentó.

—Un euro a Furio.

Él y Brizio se metieron la mano en el bolsillo y pagaron a su amigo. Siguieron con el juego diez minutos más, hasta que Brizio, después de un trago de cerveza, miró el cielo despejado y un par de gaviotas que lo surcaban a toda velocidad, y dijo:

—Sea como sea, tiene que haber una forma.

—La había —lo corrigió Furio—, tendríamos que habernos cargado a Baiocchi cuando todavía andaba suelto.

—Teníamos que habérnoslo cargado en la cuna —lo corrigió su amigo.

Rocco se encendió un cigarrillo.

—Hay demasiados detalles que no cuadran. Pongamos que Furio tiene razón, que Enzo Baiocchi siempre ha sabido dónde estaba su hermano y lo ha soltado después de perder todas las esperanzas de trincarme. Concuerda con su forma de hacer las cosas, y podría ser…

—Yo estoy seguro de que es así —añadió Furio.

—¿Y entonces qué pasa con Sebastiano? ¿Por qué tiene miedo de hablar dentro de su casa? ¿Quién lo tiene fichado? ¿Quién lo espía? ¿Y

qué necesidad tienen de espiarlo?

—Conmigo no habla de eso —dijo Furio—. Lo intenté por teléfono y se iba por las ramas, fíjate que lo único que me contó es que se ha puesto a dieta de carbohidratos, porque, si no, encerrado en la casa acabará poniéndose como una foca.

—Que tampoco es que ahora esté flaco… —dijo Brizio.

—Ya. Luego otro día pasé por su casa. Se asomó, no me invitó a subir, se fumó un cigarrillo en la ventana, luego me dijo adiós y… si te he visto no me acuerdo.

—No se fía ni de ti. —Era un pensamiento que Rocco expresó en voz alta.

—Pues nada, Rocco, te vas de Roma, ¿y qué? —empezó luego a decir Brizio, que ya no aguantaba más—. Esta ciudad sucia, de comerciantes que no pagan sus impuestos, de funcionarios que no pegan chapa, de hordas de turistas que dan vueltas como manadas de búfalos y guarrean lo poco que queda por guarrear. Una ciudad con gente meando por las calles. ¿A ti qué más te da? ¿Qué coño vas a echar de menos? ¿La porquería en cada esquina de la calle? ¿Las colas interminables? Esta ciudad es un agujero negro, todo lo que toca lo transforma en mierda, amigo mío, ¿qué vas a echar de menos? ¿El metro, que llevan cincuenta años construyéndolo? ¿Qué extrañarás? Las tiendecitas con la foto del Papa y los crucifijos hechos en China. ¿Los gladiadores? ¿Los chinos? ¿La peste a vómito y a mierda? Que es llegar el verano y parece que estamos dentro de un meadero. ¿Vas a extrañar una ciudad de gente cabreada que basta con que respires para que te manden a tomar por culo? ¿Treinta euros por una pizza? Vamos, es que dime adónde te largas, que yo me apunto… Ojalá tuviera yo el valor, basta con un empujoncito, que luego es todo un paseo. Si estás acostumbrado a este sitio, es que ni el desierto de Mongolia debería darte miedo. Tú dame el empujoncito, Rocco, ¡y allí que me planto!

Rocco le sonrió. Lo abrazó un instante.

—¿Y qué vas a hacer sin tus espaguetis *cacio e pepe*?

—Me la sudan los *cacio e pepe*, la carbonara y estos cuatro mejunjes de paletos que cocinamos. Tú llévame donde los cocos, donde las

piñas...

—Y las guayabas —remató Furio.

—No, ahí te equivocas —lo corrigió Brizio—. De eso en Roma, Dios mediante, sí que hay.

Apuraron los últimos altramuces en silencio.

—¿El búlgaro está allí? —preguntó Rocco.

Brizio asintió.

—Empezaron a excavar el domingo. Según el tío de Stella, antes de mañana por la mañana no llegan. Aunque claro, depende de cuánto cemento armado haya allí abajo.

—¿Puedo entrar en detalles? —preguntó Furio. Luego miró a su alrededor. Los escalones estaban vacíos; con aquella temperatura, ni los turistas finlandeses se habían sentado a tomar el aire—. Aquella noche, cuando enterrasteis a Luigi Baiocchi, ¿a qué profundidad lo metisteis?

—No me acuerdo. —Rocco se restregó los ojos—. Ni tampoco quiero acordarme.

—Más o menos.

—La tierra nos llegaba hasta aquí. —Y se señaló el pecho.

—O sea que más o menos un metro y medio. ¿Y lo tapasteis?

Rocco estiró las piernas. Arrugó el papel amarillo que contenía los altramuces.

—Pero ¿por qué coño me lo preguntas? Claro que lo tapamos, ¿qué íbamos a hacer?, ¿dejarlo así?, ¿al aire?

—No te cabrees.

—Furio, no es algo agradable.

—Pero lo hiciste, y ahora lo que estamos intentando es averiguar cuánto tiempo tenemos. Y el tiempo, para cavar a un metro y medio de profundidad, es poco. Muy muy poco.

—A mí me basta. Claro que todo así de golpe, a pelo, no me lo había imaginado. Dejar atrás Roma, a vosotros, casi cincuenta años de vida... —Miró a sus amigos—. Pero por otro lado es como la muerte, ¿no? Que tampoco avisa cuando llega. Una vez leí en un muro una frase, a saber de quién era. ¿Queréis oírla?

—Si no queda otra... —respondió Brizio.

—La vida es la peor de las maestras. Primero te examina y luego te explica la lección.

Sus dos amigos se quedaron rumiando en silencio.

—Qué buena —comentó Furio—. Es exactamente así…

—En todo caso, tampoco es que ya se haya acabado, ¿no?

—Pues sí que se ha acabado, Brizio, pero no hoy —respondió Rocco —. Se acabó hace seis años. —Se levantó y se alejó de la fuente junto a *Loba*.

—Eh, ¿mañana en el notario? —le gritó Brizio.

Rocco se limitó a levantar la mano sin darse la vuelta y se dirigió hacia el paseo a orillas del Tíber, donde había aparcado el coche.

Tenía que cerrar todos los capítulos que todavía estaban abiertos, y había uno que llevaba días sin permitirle pensar en nada más. Tenía que aprovechar aquel domingo tan perezoso e indolente, que parecía no querer pasar nunca, para dedicarle la atención que se merecía. El número de Sasà todavía estaba guardado en su agenda del móvil.

—¿Sasà? Adivina quién soy.

—Serás idiota… —respondió la voz soñolienta del magistrado—. ¿Cómo estás, Rocco? Cuánto tiempo sin saber nada de ti.

—Desde aquella fea historia de hace seis años.

Sasà d’Inzeo, el magistrado con el que había resuelto el caso de los dos chavales asesinados por los narcotraficantes de cocaína, el que a Rocco le había costado más que la vida.

—Sé que sigues en Aosta. ¿Qué se cuece por esos lares?

—No lo sé, Sasà, porque resulta que estoy en Roma.

La voz del viejo magistrado se tornó seria.

—¿Qué ocurre? ¿Qué necesitas?

—¿Sigues en la brecha?

—Dentro de un año me jubilo, pero mientras sigamos chapoteando en este mar de mierda, me tienes a tu disposición.

—Tenemos que vernos.

—¿Dónde estás, Rocco?

—En el Trastevere.

—Espérame en el Ponte Sisto. Diez minutos y ahí me tienes. Y fíjate

que era yo el que iba a llamarte…

—¿Y eso?

—Luego te lo explico. Voy para allá.

—¿Seguro que no te molesto?

—No tengo nada que hacer y la Lazio hoy no juega.

Se apoyó en la balaustrada para mirar el río y los edificios en la otra orilla del Tíber. De niño, via dei Giubbonari era otra ciudad. A ninguno de ellos se le ocurría cruzar el Ponte Sisto. ¿Para qué? Al otro lado había otras bandas, otras historias. Por ejemplo, en el Monte di Pietà estaba Riccardino, que con doce años medía ya un metro setenta y tenía a su padre y a sus tíos en la cárcel de Regina Coeli. Iba siempre por ahí con Carota y Ciancica. Si te topabas con ellos en su territorio, te bajaban al río y te tiraban al agua. O te ataban a los aros de hierro de las murallas hasta que alguien iba a liberarte. Riccardino zurraba como un animal, Ciancica era más de navaja. Carota era retrasado. Le faltaba un hervor, lo único que sabía era ir en bici para repartir el pan del obrador. Si lo veías pasar de lejos, podías gritarle: «¡Tú, pelirrojo! ¿Qué te ha lamido el pelo, una vaca?» Total, él no lo entendía y, sobre todo, jamás se lo habría contado a Riccardino. Quién sabe cómo había acabado, se preguntó Rocco mientras el cuerpo desgarbado y cebado de Sasà d'Inzeo se acercaba a paso rápido a pesar de su corpulencia. Abrieron los brazos a la vez.

—Te veo en forma —mintió Rocco.

Sasà hizo lo propio.

—Lo mismo digo.

—¿Nos tomamos algo o quieres hablarme mientras caminamos?

—Mejor lo segundo.

Cruzaron el Tíber y se perdieron por las callejuelas del Trastevere.

Rocco tardó diez minutos en contarle la historia de Caterina y su traición. Al final decidieron sentarse en el bar que hacía esquina con via della Lungara, porque Sasà se había cansado.

—Entonces, si lo he entendido bien, la tal inspectora Rispoli te vigilaba y luego se chivaba a alguien del Viminale.

—Eso es. Y yo quiero saber quién es el que me la puso encima.

—Veamos —dijo Sasà, cogiendo un cigarrillo del paquete que Rocco había dejado en la mesita—. ¿Has intentado retroceder en el tiempo, a la época de tu traslado?

—Sí, pero no se me viene nada a la cabeza. Ni nadie. Que, a ver, había un montón de gente que no me tragaba, sobre todo superiores, pero este nivel de ensañamiento no lo entiendo, joder.

Sasà dio la primera calada.

—Estos Camel dan asco.

—¡Pues cómprate los que te gusten a ti!

—¿Alguna pista?

Como respuesta, Rocco sacó el móvil y le enseñó la foto que Brizio le había enviado.

—Esta que ves aquí es la inspectora.

Sasà la miró.

—No está mal. Y a ver, que yo me entere, tú...

—Sí —respondió Rocco anticipándose a la pregunta.

—Te llevaste al enemigo a la cama —comentó el juez negando con la cabeza.

—Pues eso, yo quiero saber quién es este tío. Pelo blanco, Rolex Submariner en la muñeca, y también he descubierto que fuma Dunhill.

—Un capullo cualquiera —comentó el magistrado—. Sólo con esto no tenemos gran cosa. —Le devolvió el móvil a su amigo—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—No lo sé...

—Pero supongamos que averiguamos quién es, ¿luego qué?

Rocco se dejó caer sobre la silla.

—Es importante darle un nombre a tu enemigo. Por lo menos sabes de dónde vienen los golpes. Antes por teléfono me has dicho que querías llamarme.

Sasà hizo un gesto con la mano para mandar callar a Rocco. Había llegado el camarero con los cafés. Los sirvió, cogió el dinero y desapareció en el interior del bar.

—Ha llegado la petición de Aosta, la historia de un chalé. El magistrado solicitante es Maurizio Baldi, no lo conozco, pero cuando

me he enterado de que se trataba de Aosta he aguzado el oído. ¿De qué va esta historia?

Rocco se bebió el café. No es que le apeteciera, pero tenía que ganar tiempo.

—Se trata de Enzo Baiocchi.

—¿Otra vez?

—Sí, ha dicho que el cadáver de su hermano se encuentra en los cimientos de ese chalé.

Sasà achicó los ojos.

—¿Y está allí?

—Lo único que me ofende es que me lo preguntes.

Sasà negó con la cabeza.

—Y el magistrado de Aosta está convencido, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas.

Sasà apuró el café, luego se desperezó levantando los brazos al cielo.

—Qué dolor... La espalda, las lumbares, ¡todo!

—Ni me hables. Yo me quedo agarrotado cada vez más.

—Bueno, pues me pongo las pilas. En cuanto me entere de algo, te aviso. —Se levantó de la silla—. Me alegro mucho de verte. Y, si puedo darte un consejo, ten preparada una vía de escape, que no te pongan entre la espada y la pared. —Le guiñó un ojo y echó a andar.

—Frena un poco... —ordenó Deruta mientras observaba el campo por la ventanilla. Luego cogió un mapa arrugado—. Entonces... ¿es aquí?

D'Intino no respondió. Miraba fijamente hacia delante, aferrándose con las manos al volante.

—Estamos debajo de Arnad... —Luego el agente posó la vista en el campo cubierto de nieve. Había dos casitas y el esqueleto de un almacén tapado con ramas secas y el techo de chapa ondulado—. ¿Tú qué dices, Mimmo?

—Yo qué sé. Tengo frío, llevamos dos días dando vueltas y ya estoy harto.

—Pues entonces tú aparca en esa explanada que ya me acerco yo a echar un vistazo.

—¡Total —exclamó el agente abruzo encogiéndose de hombros—, si no vamos a encontrarlo! —Metió primera y se acercó al pequeño llano donde no había nieve—. Que luego lo que yo digo es: ¿el subjefe *andestá*?

—Ya has oído a Pierron, ¿no? Ha ido a Eslovenia a ver si encuentra algún rastro del camión. Mira, D'Intì, yo voy a ir. ¿Tú te quedas aquí?

—Sí.

Deruta abrió la puerta del coche. El frío lo golpeó de lleno en la cara. Con cierto esfuerzo logró desempotrar los cien kilos del asiento y por fin salió del automóvil. Respiró hondo, y el aire hizo que la cabeza le diera vueltas.

—¡Qué frío! —exclamó—. Vale, pues tú espera aquí, que ya voy yo...

—Si veo que no vuelves dentro de diez minutos, ¿qué hago?

—Vienes a buscarme, ¿no?

—¡Vale! —respondió D'Intino.

Deruta se ajustó los pantalones a la cintura; luego, con el primer paso, superó el montón de nieve que había y empezó a adentrarse en el campo. El cielo estaba gris y en lo alto volaban unos pájaros negros que de vez en cuando chillaban. Las botas de goma se hundían en el manto nevado. En el silencio sólo oía el ruido metálico de algo que golpeaba con lentitud empujado por el viento gélido y ligero que correteaba por allí. Se enfundó los guantes mirando recto delante de él. La casita a su derecha parecía abandonada. A medida que se acercaba, distinguía los muros desconchados, las ventanas sin cristales y el techo hundido por el centro. Esperaba poder llamar a la puerta y pedir información, pero en aquella choza como mucho encontraría ratones, suponiendo que los ratones no hibernaran en invierno, aunque aquello Deruta no lo sabía. Habría podido preguntárselo a D'Intino si el otro se hubiera dignado a bajar y a acompañarlo hasta el esqueleto de almacén que ya tenía a cien metros de distancia. Y que también estaba abandonado. Aparte de las ramas secas de alguna enredadera que lo envolvían como las patas

de un enorme insecto, el techo de chapa estaba levantado en distintas partes y jugueteaba con el viento. De allí provenía aquel ruido metálico, hueco y sordo. Sorbió con la nariz, sorteó un bache y continuó. Batió las manos una contra otra para calentárselas. Una vieja valla de hierro y madera se había venido abajo en varios puntos. Se fijó en que, enganchados en el alambre de espino, había varios mechones de pelo blanco; era probable que allí alguna vez hubiera habido ovejas o cabras. Saltó por encima del alambre con agilidad, pero se hizo un desgarro en los pantalones.

—Mecachis… —imprecó.

Por suerte, el pincho oxidado no le había arañado la piel; de lo contrario tendría que haber ido a ponerse la antitetánica. La explanada delante de la nave estaba llena de nieve, pero saltaban a la vista las huellas de unos neumáticos.

—¡¿Hay alguien?! —gritó Deruta con las manos delante de la boca en forma de megáfono. Esperó.

Sólo le respondieron los pajarracos que estaban posados en las ramas de un árbol desnudo que había allí cerca. Continuó hasta llegar a la entrada. Estaba abierta de par en par. Las dos hojas del enorme portón de metal colgaban de los quicios. A paso lento entró en la nave. A lo largo de un centenar de metros, la luz entraba a través de unas cubiertas de plástico que recorrían todo el contorno de la construcción justo por debajo del techo. Estaba vacía salvo por unos palés abandonados a los pies del muro perimetral.

—¡¿Hay alguien?! —gritó de nuevo.

Esta vez le respondió el eco de aquel gran cobertizo. Miró al suelo. Grabadas en el polvo y el mantillo, huellas de neumáticos y suelas de zapatos. «Puede que sea un sitio que usen en verano», pensó. Continuó la exploración midiendo los pasos y apoyando primero el talón y luego la punta de la bota, como si no quisiera hacer demasiado ruido. Se acercó a los montones de leña que había pegados a la pared. En medio vio una vieja pala oxidada y la rueda de una carretilla. Aquí y allá, sacos de plástico que contenían abono. Una brisa le llevó un olor a ceniza y a plástico quemado. Miró a su alrededor y prosiguió. A medida

que penetraba en el almacén el olor era cada vez más intenso. Había una colinita de tierra excavada en el centro. Parecía el volcán que se hace con la harina y los huevos para preparar la pasta. En el foso creado entre las laderas de mantillo habían encendido un fuego. Recogió un palo y empezó a remover las cenizas. Ya no echaban humo ni aparecían las ascuas, era un fuego antiguo. Un detalle le llamó la atención. Debajo del mantillo encontró un trozo de papel plastificado amarillo. Un triángulo de varios centímetros con los lados carbonizados.

—Esto es lo que apesta —dijo en voz alta, y luego lo tiró al suelo.

Acabó el recorrido, pero aparte de las pintadas incomprensibles en las paredes y los trozos de metal retorcidos no encontró nada más. Un último vistazo y se dirigió hacia el coche estacionado en la explanada. Deshizo el camino pisando sus propias huellas y luego, mientras saltaba la valla intentando evitar un segundo desgarro, lo sorprendió una imagen. Un escalofrío le recorrió la espalda y, como una descarga eléctrica, le bajó hasta las botas. Sentía que el corazón le latía cada vez más rápido y los pulmones se le comprimían para expulsar el aire. Era una sensación extraña, que casi nunca había experimentado: ¡pero Deruta lo había entendido!

—¡D'Intino! ¡Mimmo! —bramó.

Aunque su compañero, encerrado en el coche a más de cien metros, no podía oírlo. Así que sacó el móvil y lo llamó.

—¿Qué pasa?

—D'Intì, corre. ¡Creo que lo tenemos!

—Ahora necesitaría hablar contigo.

Sería fantástico volver a empezar de cero, pero no sabría ni desde qué punto partir. ¿Sabes de qué me entran ganas? De quedarme aquí, de esperar a ver qué pasa. Si sale mal ya me enteraré. ¿Dónde estás? Eso es, si me voy por lo menos no volveré a sufrir esto. Pero no tengo ganas de luchar, ningunas. Lo único que querría es tenerte a mi lado.

—Tarde o temprano llega la cuenta, Rocco.

Ahí está, la he oído.

—Te he oído, ¿estás ahí? Exacto, amor mío. Es justo pagarla. Me quitaría de en medio si tuviera ni que fuera un motivo. Y el motivo lo he buscado, Marì, bien sabes cuánto, pero no lo encuentro.

—Es terrible —dice.

Está a mi lado, como aquel día, el último día, también entonces estaba sentada a mi lado en el coche.

—¿Cómo pudiste, Rocco?

—Aquel hijo de puta tenía que pagarlo, yo no tenía opción —le digo.

Y ella entorna los ojos, lo hacía siempre antes de ponerse las gafas.

—¿Y ha servido para algo? —me pregunta.

No, no ha servido, todo ha seguido igual, no he cambiado ni una coma.

—Si tú siguieras aquí conmigo, no habría ocurrido. Jamás lo habría hecho, pero tú ya no estás conmigo.

—Mírame.

Me sonríe. Abre la boca, pero no oigo nada, luego sonríe de nuevo.

—No quiero que me justifiques, amor mío.

—No podría hacerlo, Rocco. Nadie puede hacerlo. ¿Sabes qué he aprendido? Las acciones que llevas a cabo sólo te conciernen a ti. Sólo tú puedes juzgarlas, nadie más. Has matado a un hombre, y eso no se borrará nunca, diga yo lo que diga. Te acompañará para siempre. Ya no hay levedad, ya no hay aliento ni respiración. Sólo queda un cielo gris y pesado.

Es verdad. Tiene razón.

—Ahora búscate un motivo y sal adelante, Rocco. El que sea, pero búscalo.

Se atusa el pelo y yo querría regresar a aquel momento, aquel instante en el que me agaché y le tocó morir a ella.

—Yo no puedo ser el motivo, Rocco, amor mío. Búscalo en la ropa, entre los libros, a lo mejor lo encuentras en un bar o en el andén de una estación. No sé dónde, pero está ahí, en alguna parte, y te espera.

—¿Te acuerdas de cuando robábamos un par de días y nos hacíamos los turistas en Roma? Íbamos de museos, me llevabas a ver las estatuas de Bernini, me explicabas, me hablabas de los cuadros, los edificios, comíamos pizza blanca con mortadela fingiendo que era la primera vez que la

probábamos, luego íbamos hasta la gran fuente a esperar que cayera la noche.

—«... a ver a cada pájaro transformarse en estrella en el cielo.»

—Tal cual, Marina, como el poema. Nada del otro mundo, lo sé, aunque eso, por decirte algo, ya es un motivo.

—Negarlo, negarlo siempre, decías.

—¿Yo?

—Tú. Sigue haciéndolo.

—No te veo.

—Sigue negándolo, tómate tu tiempo, espera.

—¿Y luego qué?

—Mientras tanto sigues vivo. Luego ya se verá.

Y una leve lágrima casi invisible le cae por la mejilla.

—No llores, amor mío.

—No lloro, Rocco. Yo ya no sé llorar.

El *Himno a la alegría* hizo añicos sus pensamientos como si fueran un espejo y, durante varias centésimas de segundo, las esquirlas de cristal le devolvieron el rostro de su mujer. A la tercera llamada, Rocco regresó a la realidad y activó el manos libres.

—¿Quién coño da por saco? —preguntó.

—Rocco, soy Italo. Hay una novedad.

—Dime.

—Deruta y D’Intino, parece que han encontrado la nave.

—¿Qué nave?

—La que usaron para el camión. Gambino está allí buscando pruebas. Y ya se ha enfadado con Deruta, dice que ha dejado sus huellas por todas partes.

—Un día nos tendrá que explicar cómo quiere que hagamos para entrar en los sitios, en la academia de policía todavía no nos enseñan a levitar.

—Escucha. Deruta ha encontrado un pedazo de pegatina amarilla entre las cenizas de un fuego que llevaba tiempo apagado.

—Pero ¿tú no notas que aquí hay algo que chirría?

—¿A qué te refieres?

—Que Deruta y D'Intino hayan dado con el sitio es algo de otro planeta.

Italo se echó a reír.

—Lo sé, Antonio y yo no dábamos crédito.

—Vale, Italo. Que alguien investigue quién figura como propietario de la nave e intentad averiguar si algún vecino vio algo.

—Esperemos... Es un avance, ¿no?

—Lo es, aunque yo hace ya tiempo que entendí cómo sucedieron las cosas.

Colgó el teléfono y *Loba* ladró desde el asiento trasero.

Lo primero que hizo Casella fue mirar en el contenedor de la basura. Suspiró aliviado al constatar que el ramo de rosas no estaba. Luego se dirigió hacia el portón. Se abrió. Alguien había arreglado la cerradura sacando la punta de la llave que se le había quedado dentro. Subió pasando por delante de su propia puerta. Nada, ni una tarjetita ni por suerte el ramo de rosas. Siguió subiendo. Las piernas le temblaban, fue un calvario llegar a la tercera planta, la de Eugenia. Le parecía más bonita, más señorial que la suya. Los colores parecían más apropiados, el marrón de la pared tenía cierta gracia y las puertas eran claramente más brillantes. Más seguras. Más blindadas. La de casa Artaz parecía emanar un perfume. Era marrón, como todas las demás, la mirilla en el centro, como todas las demás. Como todas las demás, tenía el pomo de hierro, pero a Casella le parecía la puerta más bonita que jamás hubiera visto. Encima del timbre, su apellido. Levantó la mano y acercó el dedo. Temblaba. Bajó de nuevo el brazo. No era capaz, imposible.

«Ánimo, Ugo, acuérdate de lo que te ha dicho Nicolino —pensó—. Mírale las manos.»

Llegó a tocar el botón, pero no a pulsarlo. Se secó la frente, se olisqueó la axila satisfecho, todavía aguantaba. Se atusó el pelo ralo, las cejas. Se inspeccionó rápidamente la nariz, no fuera a ser que hubiera

algo horrible a la vista. Se desentumeció el cuello y apoyó el dedo por tercera vez en el timbre. Oyó un sonido dulce propagarse por el piso. Tierno, antiguo, se lo imaginaba volando de acá para allá por aquella casa, acariciando los muebles, las cortinas, las sillas en torno a la mesa, que seguro que eran cuatro, y yendo a parar a los oídos de Eugenia, a quien él veía, a saber por qué, sentada delante de una lumbre, bordando. Como si en 2013 todavía hubiera alguien que hiciera encaje de bolillos. Oyó pasos decididos acercándose. La llave girando en la cerradura. Tragó saliva y empezó a sudar de nuevo. Instantes después el rostro de Eugenia aparecería ante él. No debía perderse ni un movimiento. Repasó la frase de introducción a media voz: «Buenas tardes, señora, soy Ugo Casella, el vecino, vivo debajo de usted, me alegro de que haya apreciado mi humilde obsequio. Y me preguntaba si había escogido unas flores de su agrado...»

La puerta se abrió de par en par. Apareció un chico de unos veinte años con el pelo rizado, la espalda ancha y la nariz con caballete.

—Buenas. Dígame...

—Soy el vecino, vivo en la planta de abajo.

—¿He hecho ruido? ¿Lo he molestado?

—No, no —se apresuró a responder Casella—. Buscaba a la señora...

—Mi madre no está. ¿Quiere dejarme el recado a mí?

—¿Qué?

—No sé. ¿Quiere decirle algo?

—Sí. —Casella tomó aliento—. Su madre me ha escrito una notita, ¿no?

—Sí...

—En la que ponía: gracias.

—Entiendo. ¿Y usted quería decirle...?

—... De nada.

—Está bien. Se lo diré a mi madre.

—Gracias.

—De nada.

—Adiós —dijo Casella.

—Adiós —respondió el chico cerrando la puerta.

El agente bajó los escalones de dos en dos. Había establecido un segundo contacto. Después de la historia del portón de la otra noche, un intercambio de gestos amables. Ella le había dado las gracias y él había respondido «de nada». Pero en cuanto entró en casa, delante de la silla solitaria y desconchada, la duda volvió a adentellarlo con la ferocidad de un perro guardián. Luego la duda se transformó en certeza. Las cosas con Eugenia Artaz no iban ni bien ni mal, simplemente no iban. Le entraron ganas de llorar mientras cogía la sartén para freír los huevos. Se dio cuenta de que también era una pieza única. Como la olla para la pasta, la jarrita de la leche y la cafetera, estrictamente para una persona. Aparte de los tenedores y los cuchillos que había comprado en el mercadillo en *packs* de seis y de los vasos de Nutella, de los que tenía cinco, todo lo demás proclamaba a los cuatro vientos su soledad.

Lunes

Salieron del notario Motta a las once de la mañana, en medio del tráfico asfixiante del barrio de Parioli. Lo que hoy era un barrio señorial de ocho mil euros el metro cuadrado antes había sido un lugar en el que vivían los agricultores de la pera, o *peraioli* en italiano.

Brizio le dio un beso a Stella, que cogió un taxi y se fue pitando a casa. Marcó un número en el móvil y se dirigió hacia el coche de Rocco, aparcado en doble fila en la piazza Euclide.

—¿Y? —preguntó al teléfono, con el rostro tenso.

Rocco pensaba sólo en *Loba*, que, con todos aquellos coches, no sabía cruzar la calle.

—Ven, chiquitina, ¡vamos!

—Vale, vale... —Brizio terminó la llamada—. Hay que espabilar, Rocco, el Infernetto queda lejos.

—¿Qué dice Furio?

—Que tenemos que ir.

Se subieron en el coche, le dieron tres euros al aparcacoches magrebí y salieron disparados hacia la gran circunvalación de Roma.

—Coge el corso Francia, que tardamos menos —dijo Brizio.

—¿Te ha dicho si también hay polis con los trabajadores?

—Un par de agentes. Creo que es mejor que no te vean.

—Sí, mejor que no.

—Ya voy yo, Rocco. Seguro que encuentro un punto desde donde vigilar. Tú quédate en el coche. ¿Has llamado al asesor?

Rocco asintió.

—¿El billete?

—Ya habrá tiempo mañana.

—¿El pasaporte?

—Brizio, para. Está todo controlado, ahora déjame conducir a mí y así pienso en otra cosa.

—¿Y en qué quieres pensar?

—Por ejemplo, ¿qué me cuentas de Stella? ¿Os casáis o qué?

—Ella querría... —Brizio encendió la radio—. Yo no lo tengo tan claro, ya te he explicado lo que pienso. ¡Anda!

—¿Qué pasa?

—Que si nos casamos ¡no podrás hacerme de testigo!

—Pídeselo a Furio...

—Furio ya es el testigo de Stella. Podrías volver, ser mi testigo y luego largarte otra vez a Jamaica o adonde carajo estés.

—¿Y tú te crees que yo voy a arriesgarme a acabar en el talego por ser tu testigo de boda? —Rocco le sonrió—. Dime sólo si las alianzas las quieres de oro amarillo o de oro blanco.

—No te lo voy a pedir, Rocco, tranquilo, ya pondré en el compromiso a Sebastiano en cuanto acabe el arresto domiciliario, o a Diego.

—¿A Diego?

—¿Qué pasa? ¿Por qué no?

—Porque estaba enamorado de Stella, estuvieron juntos, ¿no?

—¡Anda ya! —repuso Brizio mientras se encendía un cigarrillo.

—¿Cómo está? Llevo años sin verlo ni hablar con él.

—Abrió una tienda de decoración, una franquicia, y está con una dominicana.

—Ah, bueno, pues ni tan mal.

—¿Ni tan mal de qué? Cuando la conoció era mona, pesaba cuarenta y nueve kilos, pelo rizado y tupido. Fue casarse y en cuestión de pocos meses sufrió una especie de mutación genética a ojos vistas. Ahora pesa setenta y ocho kilos, se ha traído a Italia a su madre, a su padre, a dos hermanos y a su abuela, y Diego se ha convertido en un puto cero a la izquierda. Encima, a uno de los dos hermanos, un tal Junot, le echaron el guante porque afanaba motos. Abogados, dineros. Y luego lo de la abuela, que como ya ha perdido la chaveta la han tenido que meter en un asilo de dos mil euros al mes. Total, Rocco,

¡que Diego está que da pena! —Y estalló en risas—. Quién lo manda liarse con la dominicana. Furio ya lo había avisado, que ésa va a salirte rana, le había dicho. Y él que nada, que no nos escuchaba. Pues ahí lo tienes, más que rana ¡un sapo de padre y muy señor mío!

—Pobre Diego.

—Sí, *pobretico* mío. Pero, Rocco, si no te quitas de encima este caracol de Panda que llevamos delante, ¡vamos a llegar al Infernetto el año que viene!

—Pero ¿tú te fijaste en si le temblaban las manos? ¿Si te mentía?

—Nicolì, ¿tú no entiendes o no quieres entender? Que no la he visto. He hablado con su hijo y a su hijo le he dejado el recado... —La voz del agente Casella retumbaba en la habitación vacía. La pantalla seguía encendida, con el motor de búsqueda abierto.

—Ya lo sé.

—Pues entonces, si lo sabes, ¿a santo de qué sigues preguntándome si la he visto? ¡Que no la he visto!

—Ugo, a ver que yo me entere bien. Tú le diste las flores y le escribiste: «Felicidades...»

—¡Exacto!

—Luego ella te respondió con una notita en la que decía: «¡Gracias!»

—¡Exacto!

—Y por último le pediste a su hijo que le dijera: «¡De nada!»

—Eso es.

—Y a ver, ¿a ti te parece que es una cosa bien hecha?

—¿Qué tenía que decirle? —preguntó Casella, girando la silla y mirando por la ventana los montes cubiertos de nubes. Luego se dio cuenta de que el cable del teléfono se le había enredado alrededor del cuerpo—. Maldita sea...

—¿Qué pasa?

—Este cable... *'Pera*. —Se desenmarañó. Se le cayó el auricular y lo recogió a toda prisa—. Eh, Nicolì, ¿sigues ahí?

—Sigo, sigo.

—¿Qué estabas diciendo?

—Tenías que haber insistido. Tenías que haber preguntado por ella. Así corres el riesgo de poner punto final a la historia. Ahora tienes que inventarte alguna forma de hablar con la señora. Y tienes que acordarte de todos los consejos que te he dado.

—Vale. Pero ¿cómo lo hago?

Se hizo un silencio. Nicola Di Scioscio estaba pensando.

—Ugo, aquí hay que actuar, y hay que hacerlo cuanto antes, antes de que el ramo de flores se enfríe. Coge el toro por los cuernos.

—Explícate.

—A ver, esta tarde te pasas por su casa. Te pones guapo, te peinas, a eso de las siete llamas a su puerta y le dices: «¿Me concede el honor de invitarla a cenar?»

—No me veo capaz.

—Tienes que hacerlo.

—Nicolì, no me veo capaz.

—Tienes que hacerlo.

—¿Y si dice que no?

—Ugo, si dice que no, te la quitas de la cabeza y sigues con tu vida. Pero si dice que sí...

Casella sonrió y se apoyó en la mesa con un vacío en el estómago de la emoción.

—Si dice que sí... Gracias, Nicolì, me armo de valor y esta misma tarde voy.

—Eso espero. ¡Mucha mierda!

—¡Gracias! —respondió, y colgó el teléfono.

Su primo tenía razón. Ya no era momento de dar rodeos, sino de actuar, de rematar la faena.

—¡Buenos días, Ugo! —Antonio Scipioni acababa de entrar en la sala—. ¿No encontramos nada?

—Qué va. Romano Favre no tiene cuenta en Facebook, ni mucho menos en Instagram, que he tardado una hora sólo para entender lo que es, ni tampoco en Twitter, y yo ya no sé dónde buscar. Pero ¿es que no tenemos a nadie a quien se le dé bien la informática? Yo llevo días

aquí delante, los ojos me hacen chiribitas.

—Pues entonces vente conmigo, vamos a hacer una visita al catastro —dijo Antonio.

—¿Vas a comprarte una casa? —preguntó Casella levantándose.

—No, vamos a indagar sobre un inmueble…

—Yo soy geómetra —declaró Casella.

—¿Y qué te crees, que yo no? Anda, abrígate, que se ha puesto a nevar otra vez.

El cielo estaba encapotado de nubes grises y la luz se expandía lechosa y tenue. Brizio se había bajado del automóvil que Rocco había aparcado a unos cien metros del chalé. No le hacía gracia quedarse solo en aquel sitio. Tenía que concentrarse para sortear el cúmulo de recuerdos que regresaban en oleadas amenazadoras. Trataba de esquivarlos como si fueran jarros de agua que le caían en la cabeza.

—Allá voy, Rocco. Teléfono encendido, acuérdate del número que te he dado…

Rocco esbozó una sonrisa y Brizio se alejó a amplias zancadas.

Furio estaba esperándolo en la esquina de la calle. En cuanto vio acercarse a su amigo, fue a su encuentro.

—Van rápido, Brizio, ya han perforado el cemento…

—¿Cómo lo hacemos?

—La casa de al lado está deshabitada.

Brizio le dio una palmada en el hombro a su amigo. Tres pequeños chalés adosados, tres pequeñas cancelas que daban a sendos jardincitos privados, minúsculos. Delante del tercero, el chalé donde estaban excavando, había un vehículo de la policía con un agente a bordo fumando tranquilamente. Encima de la acera había aparcados dos camiones y un furgón. El ruido del martillo neumático llenaba el aire. Salió un trabajador con una carretilla cargada de sacos de plástico llenos de escombros. Dejaron atrás el primer chalé y llegaron hasta el segundo. Después de echar un vistazo al coche de policía, Furio abrió la cerradura de la cancela. Rápidamente entraron en el jardín cubierto de

tierra amarillenta. La vivienda estaba cerrada, los postigos, entornados, y el revoque, ya cuarteado.

—¿Te atreves con la blindada?

—No, rodeémosla —propuso Furio.

Doblaron la esquina de la casa y llegaron a la entrada trasera. Allí también había un pequeño jardín rectangular desnudo y triste. Sobre el mantillo descansaba una vieja casita de plástico para niños sucia y coja. La puerta cristalera de la cocina estaba cerrada por dos postigos de metal. Furio trasteó unos segundos con sus propias llaves, luego la hoja se abrió de par en par como por arte de magia. Esperó a que el martillo neumático empezara de nuevo a hacer ruido para darle un codazo al cristal, que se hizo añicos. Metió la mano y abrió la cristalera.

—Adelante... —invitó a Brizio, que entró en la vivienda deshabitada.

La luz tenue que penetraba a través de los postigos entornados se derramaba por las habitaciones. No había muebles; en las paredes de la cocina, sólo quedaban las manchas dejadas por aparadores y alacenas. Bajo sus pies, el suelo estaba cubierto por una fina capa de mantillo. Siguieron hasta el salón. Había un sofá sin cojines con la tela del respaldo rasgada. Abrieron la ventana, luego Brizio separó los listones de la persiana para mirar fuera.

—Nada, está el seto que tapa... Tenemos que subir a la planta de arriba —dijo.

Las escaleras empezaban en la entrada. El pasamanos era de hierro forjado cubierto de polvo; después de un doble tramo llegaron a la planta de arriba. Entraron en la primera habitación a la derecha. La puerta estaba llena de pegatinas. «*Genius at work*», «Prohibido fumar», «¡Atención! Peligro». Sobre el papel floreado de las paredes bajaban desde el techo unos chorreones negruzcos de humedad. Un póster de un grupo de música ocupaba casi todo el testero frente a la entrada. Brizio abrió los cristales y una vez más movió los listones. Esta vez el campo visual era claro y cómodo. Un obrero trabajaba con el martillo neumático en el suelo del patio. Otros dos retiraban sacos llenos de cascotes, ladrillos y pedazos de cemento armado. En medio del jardín, a

poca distancia de la pequeña obra, había un policía sentado en una silla de enea. Sobre el césped cuidado descansaba una pequeña excavadora, una Bobcat amarilla que ya había escarbado la hierba con las orugas y mantenía la pala dentada y oxidada en posición erecta y amenazante. No había rastro de los dueños, tal vez habían preferido no asistir al destrozo de su chalé. Brizio y Furio se quedaron mirando mientras el obrero sudaba y temblaba bajo las vibraciones de la herramienta, que levantaba polvo y sacudía el terreno.

—¿Hasta cuándo tenemos que esperar?

—Hasta que lleguen a la tierra…

—¿Y cuando lo encuentren?

—No quiero ni pensarlo, Furio —respondió Brizio con un fuerte acento romano.

Furio se apartó de la ventana.

—Pero después de seis años, ¿qué crees que va a quedar?

—El esqueleto seguro… A no ser que le hayan derramado el cemento directamente encima… En ese caso tardarán días en sacarlo.

—Pues esperemos que fuera así.

En ese momento el obrero dejó a un lado el martillo neumático. Le hizo un gesto al agente, agarró una pala y empezó a quitar tierra. El policía se levantó de la silla para acercarse al agujero y se llevó la radio a la boca. El otro obrero soltó la carretilla, se subió en la pequeña oruga y accionó la cuchara mecánica.

—Ya está —dijo Furio.

—¡Ah! —gritó Michela Gambino mientras entraba en la sala de los microscopios. Llevaba en la mano una hoja—. ¡Ya está!

Alberto se acercó.

—¿Qué tenemos?

La adjunta le entregó la hoja a Fumagalli.

—El mantillo del almacén tiene la misma composición química. —El rostro de la adjunta estaba radiante.

—¿Hemos encontrado dónde se escondieron?

—¡Exacto!

Fumagalli examinó la hoja.

—Michela, si te soy sincero, no entiendo gran cosa. Pero me fío de ti.

—¡Por primera vez el eminente Fumagalli admite una derrota!

—¡Pues ahora quiero verte a ti delante del próximo hígado que me toque analizar! —respondió el forense con una sonrisa.

Michela se ruborizó.

—No veo la hora... ¿Tal vez debería avisar a Schiavone?

—Supongo que sí.

Michela cogió el móvil y marcó el número.

—¿Quién da por saco ahora?

—¿Cómo que quién da por saco? Soy Michela Gambino.

—Cuéntame.

—Veamos, Rocco, el sitio es ése. El mantillo es el mismo que encontramos en la nieve, en las suelas de Manetti y en la fosa de Maquignaz. Además, hay restos de un adhesivo amarillo medio quemado. Es evidente que forraron el camión para camuflarlo.

—Excelente trabajo, Michela.

—¿Tú dónde estás?

—Digamos que a ti qué coño te importa.

—Recibido. ¿Y cuándo vuelves?

—Véase la respuesta anterior.

—¿Entonces nuestra comunicación se interrumpe aquí?

Rocco colgó sin despedirse.

Michela soltó el móvil.

—Pero ¿es que este hombre siempre es así?

—¿Quién?

—Rocco.

—A veces incluso peor. Yo de ti, Michè, no me haría demasiadas preguntas sobre el susodicho. Es bueno, sabe hacer su trabajo, digamos que es asunto suyo cómo se lo monta en su tiempo libre.

—¿Y tú? ¿Cómo te lo montas en tu tiempo libre?

—A ver. Ahora hay nieve, por lo que nada de paseos ni de bici, así

que cine, libros, de vez en cuando voy a Turín a la ópera o al Museo Egipcio. ¿Has estado?

—Nunca. Tienes que llevarme.

—Si quieres, ahora mismo.

Michela lo miró.

—¿Seguro? Mira que no estoy de broma.

—¿Tú crees que yo estoy de broma?

Por toda respuesta, la adjunta cogió el abrigo y enfiló la puerta.

—Pues ya estamos tardando —dijo en dialecto siciliano.

Fumagalli la siguió sonriendo.

Rocco seguía sentado dentro del automóvil y miraba la calle del Infernetto. Las nubes estaban abriéndose y cedían espacio celeste al cielo. Coronadas de oro, dejaban presagiar la llegada de un hermoso día. Un vehículo azul con la luz estroboscópica en el techo giró y se aproximó al chalé. De él bajó un hombre vestido de paisano acompañado por un agente de policía.

«Ya está. Lo han encontrado», pensó. Los latidos del corazón se le aceleraron y las piernas empezaron a hormiguearle. «Mejor así», se dijo. A fin de cuentas, llevaba años esperando aquel desenlace. Un poco como quienes le ponen los cuernos a su mujer e inconscientemente hacen de todo para que se entere. Con tal de descargar la conciencia uno está dispuesto a pagar el precio por el error cometido. Desde el fondo de la avenida, Brizio y Furio se acercaban a paso veloz. Miraban de un lado a otro con la cara pálida, peor que si acabaran de desvalijar un banco.

—Ya está, *Loba*. Empieza el calvario —dijo en voz alta acariciando a la cachorra, que había percibido el nerviosismo de su dueño y se había sentado con las orejas tiesas, lista para captar el menor ruido u onda sonora.

Sus amigos abrieron las puertas del coche y se dejaron caer sobre los asientos. Rocco los miró sin preguntar nada. Fue Brizio quien habló.

—No han encontrado una mierda —dijo—. Sólo había veinte

centímetros de cemento debajo del porche, luego se han tirado media hora excavando la tierra.

—Han sacado el tambor de una lavadora vieja y una muñeca sin cabeza. Pero de Luigi Baiocchi ni un triste fémur —aclaró Furio.

—¿Cómo es posible?

—Eso no lo sabemos, pero te aseguro que allí no hay nada más que tierra y, si siguen excavando, a lo mejor encuentran hasta agua. —Brizio le dio una palmada en el hombro—. Ya puedes respirar.

Rocco apoyó la frente en el volante y cerró los ojos. El corazón seguía latiéndole deprisa, pero logró tomar aire y luego vació los pulmones.

—De ésta te libras —dijo Furio.

—No me lo puedo creer. Luigi Baiocchi no está ahí abajo. ¡Pero si lo metí yo! —protestó.

—Pues lo habrás metido tú, pero alguien lo ha sacado. —Brizio se encendió un cigarrillo.

—Pero ¿quién? ¿Cuándo? Y, sobre todo, ¿por qué?

—Eso no sé decírtelo. —Su amigo echó el humo por la ventanilla—. Pero la cuestión es que es así. Y para que conste en acta, Enzo Baiocchi le ha contado a tu juez una mentira y esta historia por fin se acaba aquí. Ahora sácale partido al asunto cuando vuelvas a Aosta.

—Hombre, Rocco, pero ¿de verdad te habrías largado a Jamaica?

—Hombre, Furio, ¿y yo qué coño sé?

Los tres se echaron a reír.

—A mí me parecía algo imposible.

—Y a mí.

—Que, además, ¿qué ibas a hacer tú en Jamaica? —preguntó Brizio.

—¡Te habrías fumado la isla entera! Por cierto, casi me olvido. —Furio se metió la mano en el bolsillo y sacó un paquetito envuelto en celofán—. Ésta es de primera. Felicidades de parte de tus amigos. —Abrió la guantera y escondió la marihuana.

—¿Me estás diciendo que con todos estos maderos sueltos tú vas por ahí con una bolsita de maría? —dijo Rocco.

—Qué cosas, ¿verdad? —respondió su amigo sonriendo—. Sobre

todo si te paras a pensar que acabo de regalársela a un subjefe de policía.

—En Jamaica… —dijo Brizio negando con la cabeza—. Rocco en Jamaica… No me lo he tragado ni por un segundo.

—¿Y qué iba a hacer si no? ¿Dejarme enchironar?

—¡Ni de coña!

—Alguien tiene que ir a darle la noticia a Seba —propuso Brizio.

—Ya voy yo —se ofreció Rocco.

—Sí, pero esta noche lo celebramos nosotros tres. Y que le den a todo, quiero ostras, champán y un par de bielorrusas.

—¿Y Stella? —preguntó Rocco.

—Stella te entierra debajo del porche y echa cemento encima, ¡te lo digo yo! —dijo Furio.

—Fijaos que he dicho dos bielorrusas. Para vosotros. ¡A mí no me hacen falta!

—¡Cabronazo!

—Venga, Rocco, arranca este cacharro y volvamos a Roma.

—Rocco, hijo mío, ¿otra vez?

—Tía Letì, ¡no me abre!

—Vaya por Dios… —La viejecita entró de nuevo en casa. Poco después se abrió el portón.

El subjefe subió el primer tramo de escaleras y se topó con la tía Letizia esperándolo en la puerta, como siempre.

—Vaya si es cabezón este Sebastiano. ¿Ahora tienes que volver a saltar por el balcón?

—Es importante, tengo que hablar con él… —Rocco entró en el piso de la anciana—. No me contesta al teléfono, no me abre, dígame usted qué puedo hacer.

—¡Hombre, Rocco! —Se oyó un grito desde la cocina.

—Entra, salúdalo. —Lo invitó la mujer.

Rocco se asomó.

—Tío Sabatino, ¿cómo está usted?

El hombre se levantó de la silla y fue al encuentro de Schiavone. Lo abrazó con fuerza. Le llegaba al pecho.

—Me cago en diez, eres clavadito a tu padre —le dijo acariciándole la cara con las dos manos—. Pero ¿qué es lo que pasa aquí? ¿Eres tú el que crece o soy yo que me hago cada vez más chico?

—No sé, Sabatì, yo crecer no crezco más.

—Ven, siéntate, tómate un café. Letizia ha preparado hasta una *crostata*.

—¡Tiene cosas que hacer! —intervino su mujer—. Tiene que subir a lo de Sebastiano, que no le abre.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Como siempre, tío Sabatì, pasando por el balcón.

El anciano se echó a reír.

—A estas alturas ya es una costumbre —comentó Letizia—. ¡Ese pedazo de hurón nunca le abre!

—Espera, Rocco, tengo una cosa para ti. Hace tiempo que quiero dártela —le dijo el hombre, y salió de la cocina.

Rocco miró a la viejecita, que sonreía:

—¿Qué tiene que darme?

—Ah, yo qué sé…

Sabatino regresó. Llevaba en la mano una fotografía.

—Toma.

Rocco la miró. Eran Sabatino y su padre delante de la imprenta de via Manara.

—Nos la hicimos el día que tu padre la abrió. Éramos jóvenes, ¿eh?

Se quedó absorto observando el rostro de su padre. Poco más de veinte años, el pelo oscuro y peinado hacia atrás, una camisa blanca y una sonrisa que se notaba que no estaba acostumbrado a mostrar. Ahora que lo pensaba, él jamás había visto sonreír a su padre, excepto en el hospital, cuando a punto de despedirse le había dicho: «Rocco, ahora eres tú el hombre de la casa»; y él se había echado a llorar.

—Teníamos toda la vida por delante, Rocco, hijo mío… ¿Sabes? Ahora ya eres más viejo que tu padre.

—Es verdad… Le he cogido la delantera. ¿Sabe? No tengo ni

siquiera una foto de mi padre.

—Pues ahora ya la tienes. Y mira bien. ¿Qué ves delante de la frutería?

Miró de cerca. Un niño de poco más de seis años montado en una bicicleta.

—El de la bici eres tú.

Era él. Se acordaba de aquella bicicleta Atala, roja con las ruedas blancas. La había usado hasta tercero, luego se le quedó pequeña y se la dio a su primo.

—Soy yo... —dijo—. Tío Sabatì, gracias por esta fotografía, me ha hecho un regalo precioso.

El anciano tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Venga, ahora sube a lo de Sebastiano, que yo tengo que salir. —Y sin estrecharle la mano dio media vuelta y abandonó la cocina.

—¿Y adónde tiene que ir? —preguntó Rocco a tía Letizia.

—Sabatino es así, Rocco. No le gusta que lo vean llorando. Ahora se va a dar una vuelta, a lo mejor se encuentra a algún gato callejero como él, echa una parrafada y se le pasa. Ven, anda, vamos...

Rápidamente trepó por la barandilla, se agarró al balcón de Sebastiano y se aupó.

—¡Ya lo haces con los ojos cerrados! —dijo tía Letizia riendo.

Tocó con los nudillos en la puerta cristalera. Esperó. Llamó de nuevo.

—Me cago en...

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer desde el balconcito de la planta de abajo.

Rocco se asomó.

—No sé, no responde.

—Puede que esté en el baño. Llama otra vez.

Tocó otra vez con los nudillos en el cristal y esperó medio minuto.

—¿Seba? ¿Sebastiano? —Se asomó de nuevo—. Nada, tía Letì, no responde.

—Pero cómo va a ser. Virgen santa, ¿no le habrá pasado nada malo? Salir no puede salir, ¿no?

—¡Voy a entrar! —dijo Rocco, y sacó la navaja. Trasteó de acá para allá en la ventana, que acabó abriéndose. Nadie en el salón, fue hasta el dormitorio—. ¿Seba?

Vacío también. El baño tenía la puerta abierta de par en par, en la habitación de invitados el ordenador estaba todavía encendido. Hasta que volvió al salón no se fijó. Sobre la mesa había una hoja con un mensaje: «¡Esta vez no vengáis a buscarme!»

Brizio arrugó la nota.

—Gilipollas… —refunfuñó—. ¿Y ahora?

Rocco se encogió de hombros. Furio aplastó con fuerza la colilla en el cenicero plateado.

—¡A éste se le ha ido la cabeza! —Se levantó arrastrando la silla—. Es que mira, de verdad…

Apoyado en la cristalera con los brazos cruzados, Rocco miraba a sus dos amigos sin saber qué decir.

—¿Dónde lo buscamos?

—No podemos, Furio —dijo Brizio—. ¿Cuánto crees que hace que se ha ido?

Rocco miró por la ventana de la terraza de Furio. Las nubes, una vez barridas, habían dado paso a un cielo turquesa que el sol a punto de ponerse estaba tiñendo de naranja.

—No tengo ni idea. El ordenador estaba encendido. En el monitor se veía el salvapantallas.

—¿Qué estaba buscando?

—No sé, no lo he mirado. —Rocco se sacó del bolsillo un juego de llaves y se lo lanzó a Brizio—. Son las copias del piso de Seba, ve a echar un vistazo. Yo tengo que volver.

—Pero ¿por qué va a fugarse alguien a quien le quedan pocos meses de arresto domiciliario? —preguntó Furio—. Que, a ver, si todavía tienes que chuparte seis años, puedo hasta entenderlo, pero ¿a Seba cuánto le quedaba?

—Acababa en junio, más o menos —respondió Brizio.

—¡Joder, ni seis meses! Rocco, ¿cuánto le puede caer a Seba?

—Entre uno y tres años... Si hay uso de armas, pasan a seis.

—Me cago en todo —murmuró Brizio sujetándose la cabeza con las manos—. Ha perdido la chaveta del todo.

Tenía la sensación de llevar horas en el coche, cuando en realidad acababa de pasar Florencia. Los faros de los demás vehículos le pinchaban en los ojos y notaba los párpados pesados.

Estaba agotado. No por un sano cansancio físico como el que, de joven, uno siente después de toda una tarde practicando algún deporte y que, para quitártelo, bastan nueve horas de sueño, sino por un cansancio que era consecuencia del exceso de emociones, de la angustia acumulada en un cuerpo lleno de achaques: puñaladas en la zona lumbar a cada movimiento, el cerebro que seguía avanzando a tientas sin una meta, los músculos de los brazos pesados, las piernas rígidas como troncos de roble, tan sólo con pisar el acelerador sentía un dolor en el tibial anterior. La cervical parecía que se la habían ensamblado con tornillos y cada intento de desentumecer las articulaciones lo único que le provocaba eran unos fríos pinchazos en las sienes y a lo largo de la columna vertebral. Todo aquello, mezclado con la adrenalina, había impregnado el habitáculo del automóvil de un tremendo tufo acre.

«Así no llego a Aosta», pensó. ¿Dónde estaba Sebastiano? Sólo por un motivo habría salido el hurón de su madriguera, se habría despertado de aquel letargo forzoso. Y ese motivo, por lo que él sabía, estaba en Udine, en alguna cárcel o en alguna vivienda protegida por la policía. Luchaba con los párpados en vano. Probablemente le vendría bien un café. «Mejor doble», pensó. La siguiente estación de servicio estaba a cinco kilómetros. Haría un alto en el camino. *Loba* debía por lo menos beber y hacer pis, aunque a juzgar por cómo dormía parecía que no le interesara ninguna otra cosa.

—¿Me relevas al volante, *Lobita*? —La perra meneó la cola sin abrir los ojos—. Suerte la tuya... —le dijo, porque al menos ella se sentía a salvo.

Era eso lo que envidiaba de los perros, que se sentían a salvo en su rinconcito. Ya fuera un estudio en la periferia o un castillo del Loira, a ellos les daba igual. Un pensamiento básico, construido a base de más y de menos. Hay comida, más. No hay agua, menos. Correr por la hierba, más. No correr, menos. Está el amo, más, más, más. Blanco o negro, sin grises ni zonas oscuras. Les basta con tener al lado a su líder, al alfa de la manada, para estar bien, a salvo. En eso *Loba* y él se parecían. Él hacía años que había perdido a su líder, a su punto de referencia, y desde entonces no había vuelto a sentirse a salvo. Puso el intermitente para entrar en la estación de servicio.

—Qué coñazo —dijo.

Era un Autogrill de los situados sobre un puente encima de la autopista. Rocco los odiaba. Más que nada porque siempre estaban inexplicablemente más abarrotados que el resto, lo que significaba tener que hacer cola para pagar, cola para pedir el café —por lo general, veneno puro—, más el griterío de los niños y el hedor a sándwiches chamuscados mezclado con los perfumes dulzones lanzados al mercado por algún diseñador aquejado de anosmia. Luego estaban las escaleras, incómodas y fatigosas, y por último el laberinto del consumidor bulímico. Primero pasó por delante del frigorífico lleno de jamones curados. Sólo en una ocasión tuvo el valor de comprar uno con Furio y tuvieron que beber agua durante doce horas seguidas. Dejó atrás dos kilómetros de juguetes para niños, seiscientos metros de chocolate y un campo de fútbol de crackers y patatas fritas hasta que, por fin, atisbó la silueta de la caja inmersa bajo un número desproporcionado de hombres con una barriga en forma de sandía que les sobresalía por encima del cinturón y que esperaban con ansia su turno. Diez minutos más tarde consiguió pagar un café, dos botellitas de agua y un bocadillo Positano al mismo precio que si hubiera estado en el restaurante Tre Scalini de la piazza Navona. Luego, con el fin de llegar a la barra, hacía falta una cierta práctica para sortear las cestas con los cedés en oferta a cinco euros. Se había preguntado muchas veces quién compraba los grandes éxitos de Fausto Papetti, fallecido hacía años, o el álbum en acústico de Toto Cutugno en la Plaza Roja.

Grande fue su sorpresa al ver a una mujer de ni siquiera cuarenta años sacar del cajón el *Collection Or* de Joe Dassin.

Con el bocadillo y el agua en la bolsa de papel, esperaba el café. Por culpa del vocerío y la música que salía de las nueve pantallas sintonizadas en la misma emisora de radio, no oyó el *Himno a la alegría* hasta la sexta llamada. Agarró el móvil en el momento en que el camarero chocaba con torpeza la tacita sobre el platito. Era un número desconocido. Odiaba los números desconocidos. A menudo presagiaban tentativas de venta de algún producto o línea de móvil.

—¿Diga? —Se tapó el oído libre con un dedo—. ¿Diga? ¿Quién es?

Ninguna voz, ningún ruido. Colgó y se bebió de un trago el café, que sabía a regaliz rancio. Dejó la tacita con un mohín y alcanzó la salida después de volver a dejar atrás estanterías de encurtidos y montones de pasta en cómodos paquetes de veinticuatro kilos. En cuanto salió, el móvil empezó a sonar de nuevo.

—¡Me cago en la puta! —refunfuñó. Con cierta dificultad lo sacó del bolsillo del loden. Otra vez un número desconocido—. ¿Puede saberse quién llama?

—Rocco... —Una voz lejana, de mujer.

—Soy yo. ¿Quién llama?

De pie en las escaleras, mientras los demás clientes pasaban por su lado en dirección a sus vehículos, miraba los surtidores de gasolina iluminados, pero toda su atención se concentraba en aquella voz débil.

—Soy... Caterina...

Sintió que una piedra le caía en el estómago.

—No cuelgues, por favor, ¡es importante!

Rocco respiró hondo.

—Pues espera...

A grandes pasos llegó hasta el aparcamiento y entró en el coche. Por fin dentro del habitáculo, se atenuó el ruido de los automóviles que pasaban por la autopista a toda velocidad. Giró la llave y conectó el manos libres con el sistema de audio del vehículo.

—¿Sigues ahí?

—Sí...

—Dime —dijo con voz gélida.

Caterina se aclaró la voz.

—Escúchame, no tengo mucho tiempo.

—Si llamas para saber si he leído la carta, que sepas que la he tirado a la taza del váter.

—No. No es por eso…

Miraba los neones azulados de las farolas y las luces de colores del surtidor. Un coche con una familia lo adelantó lentamente. Desde el asiento de atrás, un niño le disparó con el índice y el pulgar. El cielo estaba negro.

—No debería ni llamarte, pero te conviene saberlo.

—Al grano.

—Enzo Baiocchi ha desaparecido.

Rocco se mordió el labio.

—¿Y por qué me lo cuentas?

—Porque tengo miedo.

Reprimió una risa entre los dientes.

—¿Y de qué?

—Por ti…

—Vete a la mierda, Caterina.

—Lo digo en serio. Yo no… —Se perdió la señal. Por los altavoces del automóvil percibía un ruido lejano, como de lluvia fragorosa. O tal vez fuera viento—. ¿Sigues ahí, Rocco?

—Yo sigo aquí. ¿Tú dónde estás?

Caterina esquivó la pregunta.

—Se escapó ayer. Se le ha perdido el rastro. No bajes la guardia, Rocco.

—¿Crees que me voy a poner a perseguir otra vez a ese mierda? ¿Quieres que te comunique mis movimientos para que así puedas informar a tu jefe? Por cierto, ¿quién es tu jefe?

—Mantén los ojos bien abiertos, por favor.

—Lleva un Rolex y fuma Dunhill. ¿Sabes cómo se llama?

—No te metas, hazlo por tu bien y también por el mío. Algún día espero poder contarte lo que pasa.

—Sí, muy bien, otro día me lo cuentas. ¿Tienes algo más que decirme o esto es todo?

—Esto es todo. —Desapareció la voz y el ruido de fondo. Caterina había colgado.

—Anda y vete a la mierda… —murmuró.

Estaba a punto de arrancar el coche cuando decidió que antes debía llamar a Brizio. Recordó que le había dado un número secreto. Salió del automóvil y se acercó a dos chicos, uno rubito con el pelo rapado y otro con rastas, que volvían a su coche con dos botellas de cerveza y una bolsa de bocadillos.

—Subjefe Schiavone —dijo enseñando la identificación.

Los otros dos se quedaron blancos.

—¿Qué… qué hemos hecho?

—Prestadme el móvil, ¡ahora mismo!

El de las rastas se lo pasó.

—Señor, mire que la cerveza sólo me la bebo yo, que no conduzco.

—Me la suda —respondió Rocco mientras buscaba el número secreto de Brizio en los contactos de su teléfono.

—Lo digo en serio, yo…

—¡Chitón! —le ordenó, y se alejó.

Los dos chicos se miraron con los ojos como platos.

—Brizio, ¿me oyes?

—¿Qué mierda de número es éste?

—Me lo ha dado Peter Tosh.

—¿Quién?

—Da igual. A ver…

—Rocco, yo no tengo novedades y…

—Yo sí. Baiocchi ha desaparecido.

Oía la respiración de su amigo.

—Desaparecido —dijo Brizio para sí mismo—. Entonces está claro dónde ha ido Seba.

—Creo que sí.

—Pues la cosa se complica.

—No, Brizio, es de una facilidad pasmosa.

—¿A ver?

—Pasamos del tema. Sea lo que sea, dejemos que haga lo que quiera. Se ha fugado, va detrás de Baiocchi y, si llegamos a encontrarlo, no lo convenceremos nunca.

Brizio respiró hondo.

—¿Vamos a dejarlo así?

—Créeme, es lo que quiere Sebastiano. Limitémonos a estar listos para ayudarlo si nos llama.

—Recibido. Aviso a Furio.

—Cuídate, amigo. —Volvió junto a los chicos y les devolvió el móvil —. Gracias, muy amables.

—No hay de qué. ¿Podemos hacer algo más?

Rocco los miró.

—Os voy a decir una cosa que en el futuro os vendrá bien. Si escondéis la maría en el bolsillo o en el coche, no podéis nunca asustaros delante de un poli, porque si lo hacéis el otro se cosca. Seguid tranquilos, sonreíd, la sonrisa ayuda, y mantened las manos quietas. No os las metáis en los bolsillos como habéis hecho, las manos en los bolsillos son sinónimo de incomodidad, y no miréis de un lado para otro como si quisierais comprobar si estáis rodeados. Mirad al poli directamente a los ojos, plácidos, serenos, haced lo que os diga sin pasarse y, sobre todo, no os justifiquéis nunca antes de que él haya formulado una acusación. Hablad entre vosotros como si que un policía os parara fuese lo más normal del mundo y, por favor, no pongáis cara de alelados. ¿Queda claro?

—S... sí —respondió el rubito.

—Diáfano —añadió el otro.

—Bien, recordadlo, y gracias por el móvil. —Se alejó unos cuantos pasos. Luego recapacitó—. Ah, y otra cosa. Si fumáis en el coche, la ropa apesta. Y apesta de verdad. El hachís es resina, impregna los tejidos. Las ventanillas bajadas, siempre, y cambiaos de ropa si bajáis del coche. Que vaya bien.

Se subió de nuevo en el Volvo y arrancó. Metió primera y se acercó al surtidor de gasolina.

—Lleno —le dijo al hombre del mono naranja y apoyó las manos en el volante.

No lograba detener el pensamiento que le saltaba de Caterina a Enzo, de Sebastiano al cadáver desaparecido en los cimientos del porche. ¿Había una explicación para todo aquello? Era difícil encontrar el hilo conductor, si es que acaso había uno. Tenía la sensación de ir en una barca en cuyo casco se abría una vía de agua cada tres segundos. En cuanto conseguía tapar un agujero, enseguida se abría otro, sin ninguna lógica, sin orden ni concierto. Agujeros de queso gruyere, agujeros de carcoma, cuyo diseño es misterioso y sólo viene dictado por el instinto animal. Pagó ochenta euros de gasóleo y abandonó la estación de servicio. Tenía ante sí todo el viaje hasta casa para poner en orden las ideas. ¿Y Caterina? Ella se merecía un capítulo aparte. La carta la había hecho pedazos y la había tirado al váter, pero recordaba cada una de sus palabras. Le dio por sonreír al pensar que nada en su vida seguía un camino normal, directo, como la autopista que se deslizaba bajo las ruedas. Trayectos tortuosos, llenos de obstáculos, de curvas, de baches, de interrupciones.

—Menudo lío, *Loba* —dijo—, menudo lío. La cabrona llama, escribe una carta y cree que así se arregla todo. No se arregla nada, cariño, ¿lo sabes? ¡Nada de nada! —Aunque a la perra no le confesó que la voz de Caterina había sido una caricia.

Martes

Era la una de la mañana cuando llegó a casa. Lo hizo en silencio para no molestar el sueño de sus invitados. *Loba* se escapó para ir a beber y luego salió lanzada hasta el dormitorio. Rocco se acercó a la cama de Gabriele, que dormía en su rinconcito con la lamparilla encendida. Le quitó el tebeo de las manos con delicadeza y apagó la luz. Los biombos que encerraban la cama de Cecilia estaban a oscuras. Se asomó sólo un poco entre las mamparas para comprobar si ella también dormía. La cama estaba intacta. Ni rastro de Cecilia.

—*25, rouge, passe*.

Los jugadores, con el rostro concentrado en el tapete verde, entrechocaban frenéticamente las fichas que sostenían en la mano. Una señora rubia llena de tirabuzones recogió su premio. Era una velada bastante concurrida. Todas las mesas francesas estaban completas, también las ruletas americanas. Se jugaba al *blackjack* y los clientes vagaban en la penumbra de las salas, mudos, ojerosos, atentos a no distraerse, a no pasar por alto los números que salían en las mesas que vigilaban. Cecilia estaba de pie en segunda fila y no se decidía. Llevaba en la mano tres mil euros de plástico. El corazón le latía con fuerza. Entrar allí otra vez había sido una prueba de fuerza. Ver de nuevo las luces tenues, percibir el olor de los licores mezclado con el desodorante, la ropa que olía a humo de tabaco recién fumado en la terraza, el ruido de la bolita que rueda, de las monedas de plástico barridas, del sonido amortiguado que hacen al caer sobre el tapete. Los ojos de los demás jugadores habían sido los suyos, ojerosos, oscuros, perdidos en pensamientos tan complejos como inútiles. No debía haber

regresado allí, tenía la sensación de que cientos de miradas se dirigían hacia ella, aunque nadie le prestaba atención, cada cual encerrado en su propia y complicada lógica. La ruleta era la única divinidad a la que todos adoraban, ante la que todos se postraban y a la que adulaban en sus cálculos y en sus pequeñas manías. Reconoció al tipo que no empleaba nunca la mano derecha en sus apuestas, a la mujer que se aferraba a su collar cada vez que se lanzaba la bolita, estaba también el hombre chino que siempre se tocaba la pulsera llena de bibelots. Armas inservibles, gestos apotropaicos inútiles, la rueda roja y negra era una vorágine, la diosa que exigía sangre y sacrificio sobre el bonito tapete verde iluminado por las luces halógenas. No obstante, echaba de menos todo aquello. Sentía que las piernas le temblaban, miraba las fichas de colores que sostenía apiladas entre los dedos. Se había decidido por aquella mesa. La señora de los tirabuzones abandonó su puesto.

Ahora o nunca.

Se acercó enseguida, tomó asiento y dejó las fichas en el tapete. Conocía al crupier, el bigotudo a quien los jugadores habituales llamaban Allosanfant, que le dio la bienvenida con una sonrisa. La salivación se le detuvo.

—*Faites vos jeux.* ¡Hagan juego!

Tenía que conseguirlo. Los treinta y cinco mil euros que Rocco le había regalado no eran suficientes. Al banco le hacían falta muchos más. Tomó aire, calmó los temblores. «Todo de golpe, si va bien, lo notarás enseguida, si sale mal, coges, te levantas y a casa —se dijo—. ¡Ahora!»

—Quinientos al negro. —Y depositó los tantos.

—*Rien ne va plus*. ¡No más apuestas! —La bolita saltó, dio vueltas, pareció incluso querer escapar del círculo mágico, luego un par de rebotes y se detuvo.

—*4 noir manque*.

«¡Has acertado!», le dijo una voz por dentro. «¡He acertado, maldita sea, ¡he acertado!» El crupier le tendió cinco fichas de cien. Miró el montoncito mientras Allosanfant barría, recogía, entregaba. Estaba a punto de extender los brazos para llevarse el botín, pero algo detuvo

sus músculos. «No», se dijo, y dejó el premio. La rueda giraba, los jugadores se asomaban a la mesa y dejaban su dinero siguiendo su particular estrategia. Cecilia en cambio era una estatua. Concentrada, miraba su nueva apuesta al negro.

—*Faites vos jeux.*

Mil euros sobre la mesa. Redondos, un sueldo. Y sonrió. Desde que malgastaba sus horas encaramada a la mesa de juego, era la primera vez que confería valor a aquellos discos de plástico. Para ella nunca habían sido dinero, eran chapitas que servían para apostarse el destino: ganar o perder cuando una bolita que rebotaba diera el veredicto final.

—*Rien ne va plus*.

De nuevo la esfera blanca que corría en círculo para luego agacharse, como un ciclista en un velódromo listo para el disparo, chocó contra los recuadritos, rebotó de casilla en casilla, luego se detuvo.

—*24, noir, passe*.

«¡Negro! ¡He acertado! He acertado de nuevo», se dijo, y apretó los puños. No le quedaba saliva, habría pagado cien euros por un vaso de agua. Pero de allí no iba a moverse. El crupier le tendió el premio, diez fichas de cien euros. «Y ya van dos mil. Con dos tiradas, he ganado un sueldo», pensó. Pero no debía distraerse, días antes los habría recogido para repartirlos sobre el tapete a la caza de caballos, huérfanos y docenas. Antes. Ahora estaba allí por un único motivo, no debía jugar, debía ganar. Que es algo completamente distinto. Dejó la apuesta en el negro. El crupier la miró y arqueó un poco las cejas. «¿Qué está haciendo? Cójalos», parecía decirle. Pero Cecilia no se inmutó.

—*Faites vos jeux*.

Decidió que para aquella tirada cerraría los ojos y esperaría a que fuese la voz del crupier la que le desvelara la verdad. Se concentró en los sonidos. El parloteo, las risas desde otra mesa, el plástico de las fichas, luego la bolita que rebotaba.

—*15 noir manque.*

Alguien dio un pequeño aplauso. Cecilia reabrió los ojos. Desde el otro lado de la mesa, un señor mayor la felicitó con una leve

inclinación.

—¡Es suya! —dijo Allosanfant, cuyo verdadero nombre era Gino Villermoz, mientras depositaba el premio encima del anterior.

Cuatro mil euros. Tres negros seguidos. «No desafíes demasiado a la suerte, Cecilia —se dijo—. Si pierdes, lo pierdes todo. Has hecho tres apuestas, te ha ido bien, ahora para. Vuelve a casa.» Se mordió el labio. ¿Y para qué voy a volver? Cuatro mil euros. Miró al jugador anciano que le sonreía, la invitaba a continuar. «Para él es fácil, no es su dinero, ¡así cualquiera!», se dijo.

—*Rien ne va plus*.

No se había dado cuenta de que la apuesta de cuatro mil se había quedado en la mesa, la bolita ya rodaba, y ya no podía quitarlos. Cuatro mil euros, otra vez al negro. Tragó saliva un par de veces. El jugador que había delante de ella le guiñó un ojo justo en el momento en que Allosanfant sentenció:

—*10, noir, manque.*

Se oyó un «Oooh» proveniente de toda la mesa. El crupier negaba con la cabeza mientras contaba su premio. Ocho mil euros. El jugador anciano hizo el amago de aplaudir de nuevo, pero sin hacer ruido. A Cecilia se le antojó un gesto de otra época.

Negro cuatro veces seguidas, nada mal.

Es tu noche.

Un inspector de juego se había acercado a la mesa. Observaba distraído a los jugadores, pero a Cecilia le dedicó un rápido vistazo. Tras cerciorarse, se alejó. A ella le sudaban las manos, pero ya no estaba asustada. Notaba la cabeza liviana, como después de tres copas de espumoso; contenta, le daban ganas de reír. Las mejillas rojas, la sangre que fluía bombeada por el corazón, que había aumentado las pulsaciones.

Es tu noche.

Cogió el premio, lo dividió. Dejó tres mil setecientos euros en el negro, colocó cuatro mil en la tercera columna, le quedaban trescientos euros. Los puso en el 24 negro. El jugador anciano imitó su apuesta con varios cientos de euros y la miró con ojos felices. Cecilia hizo una leve

inclinación con la cabeza, como para desearles buena suerte a ambos.

—*Rien ne va plus!*

De nuevo la bolita, blanca y simpática, regordeta, en sentido contrario respecto al disco. Chocó con un rombo, rebotó sobre la campana y empezó a corretear sobre las casillas de los números. Luego se detuvo.

—*24, noir, passe!* —casi gritó el crupier.

La mesa aplaudió. Cecilia había adivinado número, columna y color. Miraba a su alrededor con los ojos de una niña. El jugador anciano levantó los brazos de felicidad. Allosanfant le entregó una torre de fichas con la raqueta. Cecilia las acogió con los brazos abiertos. Era un sueño, no le había ocurrido nunca, no lo había visto nunca. Y, aun así, le había tocado a ella.

Pero no bastaban. Todavía no. Sonrió al crupier, cogió las fichas y empezó a apostar de nuevo.

Agotada, cansada como si hubiera estado descargando sacos de cemento durante horas, se tambaleaba sobre los tacones mientras bajaba hacia el aparcamiento. Sólo quedaba su coche y un Volvo gris. Sacó las llaves, hizo saltar los cuatro intermitentes y en ese momento del Volvo salió Rocco, una aparición peor que un puñetazo en el plexo solar.

La había descubierto.

Schiavone llevaba un cigarrillo en la boca. No conseguía verle la cara, la luz de una farola detrás del subjefe lo oscurecía. El aire era frío e intentó acelerar el paso para llegar al coche. Rocco tiró la colilla, se le plantó delante y por fin su rostro se iluminó. Era una máscara de resentimiento.

—¿Ahora resulta que hablamos por hablar?

—No es lo que crees.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es?

—Te digo que no es lo que crees. Ha sido la última vez y te aseguro que ni siquiera me he divertido.

—¡Me cago en la puta, Cecilia! —gritó Rocco. Su aliento coloreaba el aire—. ¡Has vuelto a jugar en el casino! ¿Me tomas por gilipollas? Lo habías prometido, habías jurado que harías todo lo posible. ¿Así de débil eres?

—No me vengas con moralinas si no sabes de qué va la cosa.

—¿Y de qué va la cosa?

—De esto. —Metió la mano en el bolso. Cogió la cartera y sacó un cheque. Se lo entregó a Rocco, que lo leyó.

—¿Cincuenta mil euros?

—Que junto a tus treinta y cinco mil suman ochenta y cinco mil euros. En el banco se pondrán contentos, Rocco. Y después de esta noche se acabó. —Recuperó el cheque y lo metió de nuevo en la cartera.

—¿Me estás diciendo que has ganado cincuenta mil euros?

—Apostando sólo quinientos al principio…

—¿Y yo debería creerte?

—Sí, ¿y sabes por qué? He empezado la noche en el séptimo cielo: la adrenalina, el riesgo… Luego todo se ha venido abajo, se ha convertido en una rutina. Ganaba, sí, pero me parecía algo normal. Como si estuviera trabajando. Ninguna emoción, ningún vacío en el estómago, nada. Un aburrimiento. Da asco. Lo he hecho por Gabriele y por ti, porque eres un hombre generoso. Yo quiero arreglar las cosas, Rocco, y lo conseguiré. —Se volvió hacia el casino—. Y aquí no me vuelven a ver el pelo. Nunca más. Lo juro por mi hijo.

—Tú a tu hijo te lo jugarías.

A Cecilia se le saltaron las lágrimas.

—Me has creído hasta ahora, ¿por qué ya no?

—Porque siempre me has contado medias verdades, Cecilia. Siempre. Arturo Michelini, ¿te acuerdas de él?

—¿Qué clase de preguntas me haces? Pues claro que me acuerdo.

—La noche del asesinato de Favre tú estabas allí y me mentiste. Lo conocías tanto a él como a la víctima y me mentiste… Sudé para no involucrarte, pero seguías mintiéndome.

—Había un motivo. Yo…

—Yo de tu vida no quiero saber nada, no me interesan los detalles, no soy tu amigo, si estoy aquí a las tres de la mañana es por el desgraciado de tu hijo.

—Si no te interesan los detalles, ¿por qué me preguntabas si había tenido algo con Arturo?

—¡Había un cadáver de por medio! —gritó Rocco—. ¡Qué leches me importarán a mí tus amantes!

—Si queremos llamar a las cosas por su nombre, la amante era yo, no él.

Schiavone frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Cecilia sacó un cigarrillo del bolso y lo encendió.

—Yo era la amante de Arturo y debía ocultar por todos los medios nuestra historia, por eso te mentí.

—Que yo sepa, ese hijo de puta no está casado.

—No, pero tenía una fija, una compañera suya del casino...

—¿Quién?

—No la conocía. —Tragó una bocanada de humo—. Lo hacíamos todo a escondidas, creo que la muy cabrona está casada, no lo sé. Pero vamos, un calvario. Me llegué a humillar suplicándole un polvo a un hombre que encima ni siquiera es tan atractivo, ¿y por qué? ¿Por el casino? —Y señaló el edificio con un gesto de la cabeza—. ¿Y tú te crees que yo no quiero salir de este asco?

—Volvamos a casa. Y ni media palabra a Gabriele. Has ido a Milán por trabajo y, si se despierta y pregunta, nos hemos encontrado por pura casualidad en el portal. ¿Estamos?

—Sí...

—En cuanto al casino... —Y señaló el edificio detrás de ellos—. Haz lo que quieras, Cecilia, es tu vida, Gabriele es tu hijo. Yo hasta aquí he llegado.

Cecilia se subió en el coche, encendió el motor y se marchó a toda velocidad. Rocco se quedó allí, mirando la casa de juego, sus luces de colores y a los empleados que salían después de una noche de trabajo.

Apenas dos horas de sueño y una ducha después, estaba delante de un café con medialuna en el bar de Ettore mientras el frío parecía conceder una tregua a la ciudad. Había demasiado ruido, no lograba concentrarse y, por si fuera poco, vio a Sandra Buccellato con una sonrisa llena de dientes y un abrigo que le llegaba hasta los pies dirigirse hacia él.

—A ti te andaba yo buscando.

—Pues me has encontrado.

—Estás desaparecido.

—Suelo hacerlo.

—Tienes que darme cinco minutos.

Rocco se acabó el café y dejó unas monedas en la barra.

—Vamos —dijo. Pasó junto a la mesita de delante de la entrada, de donde salió *Loba*, lista para seguir a su dueño—. Tengo que ir a la jefatura, ¿qué haces?, ¿me acompañas?

—Vayamos por detrás, por la catedral.

—Por ahí es más largo.

—Menos gente, menos miradas.

Y doblaron a la derecha bajo los soportales. El cielo era de un blanco leche y los zapatos de Rocco ya estaban empapados cuando la periodista disparó la primera pregunta.

—Veamos, el robo está relacionado con el homicidio de Favre.

—¿Afirmas o preguntas?

—Afirmo.

—Sandra, todavía no lo sé, pero eso es exactamente lo que creo.

—¿Sabes ya quién está implicado?

Rocco no respondió.

—¿Por qué Arturo Michelini, el homicida de Favre, ha contratado al mejor abogado del lugar?

Rocco seguía callado.

—¿Tiene dinero para pagar sus honorarios? ¿Quién hay detrás?

—Noto humedad en los calcetines —dijo el subjefe mirándose los pies.

—Tus hombres han ido al catastro para averiguar quién era el

dueño de un viejo almacén cerca de Arnad. ¿Está relacionado con el robo?

—Este año el verano ha sido demasiado corto.

—Y, sobre todo, ¿los culpables están en el casino?

Rocco miró el cielo.

—No se abre... ¿Tú crees que volverá el sol?

—Eres peor que un espía capturado al otro lado de la frontera.

—Y tú peor que un funcionario de la Stasi.

—No quieres hablar conmigo. Sólo tengo que informarte de que si cierras el caso no serás la noticia del día. Algo muy complicado, delicado y típicamente italiano sucederá dentro de pocas horas en la ciudad. Y tiene que ver precisamente con el casino de Saint-Vincent.

—Te equivocas, Sandra, seré la noticia del día, y ahora te explico por qué. —Rocco se detuvo en mitad de la calle—. Yo no trabajo para ser la noticia del día, es más, si te soy sincero, a trabajar renunciaría con mucho gusto. La noticia enorme es cierta, van a caer un montón de personas entre el casino y la Región, se habla de un robo de millones que dura desde hace años, y estarás de acuerdo conmigo si digo que un asalto a un furgón blindado, ¿por cuánto?, ¿tres millones de euros?, es una minucia en comparación. Pero, créeme, ésta será la noticia del día. Mira, lo que podrías escribir es que quien está dentro del castillo puede robar con total impunidad millones de euros, aquí, en Roma o en Milán. Quien está fuera, sin embargo, dispara, mata, derrama sangre. Ahora, si te digo lo que yo opino, sentenciaría a cadena perpetua tanto a los del furgón como a los distintos consejeros y directores del casino. Pero ésos están en el castillo, amiga mía, y pueden quedarse con lo que quieran sin ni siquiera arriesgar su reputación. ¿Lo ves? Yo trabajo por las migajas, por los que están extramuros. A mí a los señores del castillo no me dejan ni mirarlos. Así que sí, pronto habrá una detención, ya puedes preparar el artículo, y no te andes con paños calientes con lo que realmente importa. Verás que en cuanto les ponga las manos encima a los asaltantes del furgón, se convertirán en la principal noticia, y no volverá a hablarse de los hijos de puta de la Región y del casino. Son políticos, amigos de los amigos de los amigos, es gente que

vive cerca de ti y de tu director del periódico, con quien a lo mejor hasta salen a cenar juntos al nuevo restaurante, que llevan a sus hijos a los mismos colegios y os saludan por la calle cuando os cruzáis. Los consejeros, los presidentes, los administradores delegados no tienen pinta de asesinos, visten bien y van al peluquero. No tienen la cara marcada, no dicen palabrotas, son gente bien sin ni siquiera el permiso de armas. Gente bien, Sandra, que se embolsa millones de euros sin pestañear y sin derramar sangre. Dios, o quien sea que esté por ahí arriba, nos libre de la gente bien. —Echó a andar de nuevo.

La periodista lo siguió varios metros.

—A mí no me eches el rapapolvo. Yo hace tiempo que los ataco desde el periódico. Y créeme, si todo esto sirve para truncar sus carreras, ya es para darse con un canto en los dientes.

—Sandra, yo voy a hacer todo lo que pueda y más para cerrar este asunto antes de que reviente la ampolla purulenta del casino. Si llego antes, el furgón ya no podrá anestesiar a la opinión pública.

—Mira que yo estoy igual de cabreada que tú.

—Yo no estoy cabreado, Sandra. Todo esto no me importa ya una mierda. Trabajo, otra cosa no sé hacer. Si tuviera buena voz, cantaría en los cruceros; si fuera más joven, me iría a vivir a Suecia. La cuestión es que ahora estoy encallado aquí y sobrevivo. En fin, ¿qué puedo hacer por ti? Yo ya casi he llegado.

—Me habías prometido la exclusiva del furgón blindado.

—Y la tendrás. Basta con que no estés todo el día encima de mí y no me toques demasiado las pelotas. A no ser que lo de estar encima de mí se convierta en algo más que una metáfora trillada. En cuyo caso puedes llamarme cuando te apetezca. —Le sonrió y, seguido por *Loba*, cruzó el corso Battaglione Aosta.

—Habéis trabajado de maravilla en mi ausencia, de lo que deduzco que puedo irme más a menudo del despacho y sin preocupaciones.

Rocco se sentó detrás del escritorio. Se percató horrorizado de que su cajón privado estaba abierto. Comprobó la cerradura, pero no estaba

forzada. Se lo había dejado abierto. Casella, con aire acusador, miró a Antonio, que avergonzado bajó la mirada. Mientras tanto, D'Intino y Deruta, al lado del fichero, sonreían felices.

—Felicidades a Deruta, que ha encontrado el escondite. Gambino lo ha confirmado: habéis dado en el blanco. ¿A quién pertenece?

—La propiedad era de un tipo de Arnad que resulta que murió hace años sin herederos. Digamos que por el momento el inmueble, por decirlo de alguna forma, no es de nadie —respondió Antonio.

—¡Lo cual no nos ayuda! Casella, ¿algún rastro de Favre en internet?

Casella negó con la cabeza.

—De eso todavía nada, jefe.

—Pero ¿es que no tenemos ningún *hacker*, ningún niñato al que se le den bien los ordenadores?

Scipioni y Deruta abrieron los brazos por toda respuesta.

—Antonio, ¿algo que contarme sobre el abogado Greco? Tenías que seguirlo.

—Divorciado, dos hijos. Lo seguí hasta el bufete, en la plaza, que a saber qué hacía en el despacho a medianoche.

—¿Y qué has descubierto?

—Nada del otro mundo, a lo mejor tiene una amante. Una mujer fue a recogerlo. Por la matrícula he averiguado a nombre de quién está... —Se metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera—. Aquí está, la propietaria es una tal Oriana Berardi.

Rocco se quedó con el cigarrillo en el aire y una sonrisa alelada.

—¿Oriana Berardi? —repitió.

—¿La conoce, señor? —preguntó Deruta.

—Pues sí, la conozco... ¿Italo dónde está? ¡Italo! —gritó.

—Todavía no ha llegado, jefe —respondió D'Intino.

Rocco se levantó.

—¿Y dónde coño está? —Fue en busca del loden. Salió de la sala, los agentes lo siguieron como las ratas al flautista de Hamelín.

—¿Adónde vamos? —preguntó Deruta a Ugo Casella, que negó con la cabeza.

—Señor, ¿adónde vamos? —preguntó Antonio mientras bajaban las escaleras.

—Oriana Berardi está relacionada con Arturo Michelini. Es un dato importante… muy importante… —Todo el grupo se paró en seco, se agolpó en la escalera—. Aquellas tres letras, A, B, C. La B podría ser Oriana Berardi.

—¿Quiere decir que estaría implicada en el robo?

—No lo sé, Antonio, pero ¿qué interés podría tener en quedar con el abogado Greco?

—¿Puede que sean amantes?

—Claro, o puede que no.

Italo entró por la puerta principal.

—Italo, ¿dónde coño estabas?

El agente miró a Rocco y a sus compañeros.

—¿Desde cuándo hacemos reuniones en la escalera?

—No lo sé —respondió Antonio—, íbamos siguiendo al subjefe.

—He vuelto al gimnasio, señor Schiavone, y he descubierto una cosa. Paolo Chatrian, sabemos dónde trabaja.

—¿A ver?

—Es camionero.

Una luz se encendió en los ojos de Rocco.

—¿Tiene vehículo propio?

—No, trabaja para una empresa… Espere, la he anotado… Aquí está, Envíos Roversi.

—Gracias, Italo, perfecto. Transportes, ¿cómo es que no se me ha ocurrido antes? —Rocco se dio una palmada en la frente—. ¡Lo sabía! Ahora recuerdo dónde lo había visto, ¡un capullo, eso es lo que soy! —Los agentes lo miraron—. Hará unos diez días, en la puerta del restaurante, esperaba a Guido Roversi. Me sorprendió pensar que fuera su chófer… ¡el gigante del pendiente!

—¿Quién es Guido Roversi? —preguntó Deruta.

—Alias Farinet. El del club del 48.

—Claro —intervino Casella—. Hablé con él como amigo de la víctima.

—¿Qué significa Farinet? —preguntó D'Intino.

—Por lo que dicen, era un famoso falsificador de por aquí hace muchos años —respondió Casella.

—Ese tipo me contó que de pequeño falsificaba los premios que salían en los chicles, las gomas de mascar, como las llama él. Pero lo mejor de todo es que el tal Farinet me tocó los cojones con sus suposiciones... Yo pensaba que estaba relacionado con los del blanqueo.

—Pero ¿es el de la mujer buenorra? —preguntó Antonio.

—Buenorra se queda corto. Lada se llama... —Rocco siguió bajando las escaleras seguido por el grupo, al que se unió Italo—. Las cosas empiezan a aclararse, ¿no os parece?

—No —respondió D'Intino.

—Lo cual no me sorprende —comentó Antonio—. Es decir, usted sospecha que el camión...

—Es una pista, la primera pista seria, y no voy a soltarla.

—Pero, disculpe, señor —tomó la palabra Italo—. Baldi ya investigó a Roversi hace días. Y no había aparecido nada.

—Cierto. Pero por aquel entonces pensábamos en el blanqueo. Ahora ha cambiado el panorama, ¿no crees? Hay que hacerle una visita a Guido Roversi.

—¡Espere! —exclamó Italo reteniendo a Rocco por el brazo—. Si este tipo tiene algo que ver con el robo y vamos a hacerle una visita, levantamos la liebre.

—¿Y qué?

—Pues que hay que marcarse un farol.

Rocco miró a Italo con dureza.

—¿A ti te gusta marcarte faroles?

El policía se encogió de hombros.

—No, siempre prefiero jugármela cuando llevo una buena mano, pero nosotros no la llevamos. Nos convendría buscarnos una excusa para ir a verlo.

—Tienes razón, Italo, bien pensado.

—¿No se le ocurre nada?

Rocco sonrió.

—Sí, mi método de siempre. Antonio e Italo, estad preparados para esta noche.

Italo alzó la mirada al cielo. Luego Rocco se acercó al oído del agente y le susurró:

—Y hablando de faroles, si descubro que has empezado a jugar otra vez, te llevo hasta tu casa a patadas en el culo.

—Vivo aquí al lado.

—Sí, pero cogemos el camino largo. —Y echó a andar.

—Señor, pero ¿adónde vamos?

—Yo a desayunar, que tengo más hambre que un perro chico; vosotros, no sé. —Y se encaminó hacia la salida.

—¡No puedo! ¡No ahora! ¡No hoy! —Baldi dio un manotazo sobre el escritorio y el marco con la foto de su mujer fue a parar al suelo, se volcó el portaplumas y un par de folios salieron volando para aterrizar como planeadores sobre la alfombra que *Loba* estaba mordisqueando—. ¿No nos habíamos puesto de acuerdo, Schiavone? Usted sabe lo que está ocurriendo en el casino.

—¿Y qué? ¿Los dejo en libertad hasta que ustedes se decidan a ponerse las pilas con su investigación?

—Es hoy —dijo el juez apoyando los nudillos en la mesa—. Quítese usted de en medio durante 24 horas y luego cerramos la historia del furgón.

—Del doble homicidio, añadiría.

—¿Doble?

—Señoría, los asesinos del guardia jurado son los mandantes del homicidio de Favre.

—Otra vez...

—Y las que haga falta. ¡Para, *Loba*! —La perra detuvo el trabajo de mandíbulas en la falsa alfombra persa.

—¿Tiene usted pruebas?

—Sé a quién detener y por qué.

—¿Y cómo encaja Favre en todo el asunto del robo? ¿Lo ha

descubierto?

—Todavía no, pero cuento con...

Una sonrisa felina se dibujó en el rostro del magistrado.

—Pues entonces encuéntrelas, y yo le prometo que cierro el caso. Pero no hoy. —Lo miró directamente a los ojos.

—Estamos de acuerdo. Lo tendrá todo. ¿*Loba*? —Rocco se levantó del silloncito y abrió la puerta del despacho.

—Espere, Schiavone. Tengo algo para usted, pero es que no me ha dejado hablar. Me había pedido que le echara un vistazo al Walliser Kantonalbank.

—Sí, claro, la tarjeta de crédito de Michelini.

—A veces la suerte está de nuestra parte... —Abrió un cajón y leyó una nota—. He descubierto que existe una cuenta, en Zermatt, que se corresponde con esa tarjeta de crédito y, sobre todo, una estupenda sorpresa.

—Soy todo oídos.

—Sin duda recordará el famoso recibo con las letras A, B y C y aquel nombre extraño en el reverso, ¿verdad?

—Claro, lo llevo en la cartera.

—El nombre extraño en el reverso es Ljuba y Sokobanjska es una calle de Belgrado. Y usted me preguntará: ¿cómo lo ha averiguado?

—En efecto, se lo pregunto.

—Es simple, la cuenta está a nombre de una tal Ljuba Simović, que reside precisamente en esa calle de Belgrado: Sokobanjska. ¿Sospecha usted que el dinero del robo haya podido ir a parar a esa cuenta?

Rocco se pasó las manos por el pelo.

—Bien, muy bien... Deduzco por su mirada que todavía le queda trabajo por hacer... Por favor, siga su olfato ¡y no haga huir a la presa!

—No lo dude. Por cierto, hablando de presas, me he enterado de que su protegido, Baiocchi, se ha fugado.

Baldi se derrumbó sobre su sillón.

—Así es...

—Qué lástima, justo ahora que había logrado establecer un contacto con ese santo varón. ¿Dio por fin con el cadáver de su hermano?

¿Dónde estaba? ¿En los cimientos de un chalé cerca de la costa?

Baldi recogió la fotografía de su mujer y la colocó con bastante precisión a su izquierda.

—No, no lo hemos encontrado. —Y por último miró al subjefe—. ¿Qué es lo que quiere ahora, mis disculpas?

—Francamente, me limpio el culo con sus disculpas, señoría. No cuente conmigo para buscarlo. Esta vez me quedaré tranquilito en casa trabajando y contando los días que faltan para largarme de este sitio de mierda.

Baldi pareció no acusar el golpe.

—Puede que al final quien lo encuentre sea su amigo, el tal Sebastiano Cecchetti, dado que él también parece haberse echado al monte. ¿Qué opina?

Rocco se encogió de hombros.

—Opino que ¡me la suda! Sigan también ustedes hostigando a la presa, puede que tengan más suerte. —Y salió sin decir nada más.

Al igual que el magistrado, Rocco no lograba encontrar una respuesta a la desaparición de aquel cuerpo. Aquella noche de julio, seis años antes, en la vieja fábrica abandonada estaban él y Sebastiano. Él y su amigo, después de cavar, habían lanzado el cadáver de Luigi justo debajo del chalé. ¿Qué había ocurrido? Eran tres las casas en construcción, recordaba, y estaba seguro de que lo habían enterrado en la tercera, donde Luigi Baiocchi, el infame, se había escondido después de disparar a Marina, delante de la heladería.

¿Y entonces?

Alguien había sacado el cuerpo. Pero ¿quién? Y ¿por qué? ¿Espiaban a Sebastiano en su casa? ¿De verdad había micrófonos en su vivienda? ¿Quién los había colocado, si es que acaso los había? Brizio y Furio no eran de ayuda, nadie podía ser de ayuda. Quedaba un misterio al que, no obstante, debía dar una respuesta. ¿Podría ser Caterina la cabeza pensante detrás de todo aquello? O mejor, ¿el hombre del Rolex para el que ella trabajaba? Tampoco le cuadraba aquella hipótesis. Lo

habían acosado, espiado, perseguido, ¿por qué sacarle las castañas del fuego haciendo desaparecer el cuerpo de Luigi Baiocchi? La noche casi en blanco tampoco ayudaba. Pasar por el bar de Ettore a por otro café era una necesidad. Fue el *Himno a la alegría* lo que interrumpió los engranajes de sus pensamientos para devolverlo a Aosta una fría mañana de diciembre.

—¿Quién es?

—¡Soy tu juez favorito!

—Sasà…

—Adivina dónde estoy.

—Ni idea…

—Estoy en la plaza del Panteón, sentado al sol gracias a la tramontana, que lo ha limpiado todo, y me estoy comiendo dos sándwiches, uno de atún y alcachofas y otro de huevo y tomate.

—¡Salud!

—¿Qué tiempo hace por ahí?

Rocco levantó los ojos.

—El cielo está cubierto, el sol es un disco blanco del que sale una luz que parece un meado y hay nieve más o menos por todas partes.

—¡Tú sigue así, Schiavone! —dijo con fuerte acento romano el viejo magistrado y se echó a reír—. Bueno, te llamo porque tengo una noticia que darte… ¿Sabes que el Rolex ha sido la pista fundamental?

—¿A qué te refieres?

—El año pasado, un premio de Interior, lo recibieron dos. La jefa del SCO, el Servicio Central Operativo, pero es una mujer y guapísima, y luego hay un viejo conocido tuyo, digamos que es uno que no te traga desde la época de tu traslado.

—Pues ya verás, la lista es larga.

—¿El peor que se te ocurra?

Rocco reflexionó.

—No me digas… ¿Mastrodomenico?

—¡Y el concursante se ha llevado el bote! —gritó Sasà—. Justo él, amigo mío. Que yo ahora me pregunto, ¿qué leches le hiciste al tal Mastrodomenico para que te la tenga tan jurada?

—Y yo qué sé. Insistía para que me expulsaran ya en la época del hijo de Borghetti Ansaldo, no sé si te acuerdas.

—Claro que me acuerdo. El violador que mataste a golpes.

—Desde entonces Mastrodomenico ha movido cielo y tierra para que me la corten a pedazos.

—¿Cómo quieres que proceda, ahondo?

—Sasà, sólo si tienes tiempo y ganas, pero, ojo, que eso es un campo minado.

—¿Y qué van a hacerme? ¿Darme la jubilación anticipada? Cuídate, Rocco. La virgen, este sándwich es el no va más.

—¡A ver si te atragantas! —Y terminó la llamada.

Se encendió un cigarrillo.

Caterina trabajaba para aquel alto funcionario, Mastrodomenico. No lo habría adivinado nunca. Así que Aosta no había sido un destino fortuito, puede que aquel tipo se las hubiera ingeniado para tenerlo bajo control y hacer que lo pagara a la primera de cambio. Sólo le quedaba por averiguar cuál era el motivo de aquel odio. ¿Laberintos romanos? ¿Salones de poder? *¿Do ut des* con el subsecretario? Eran todo suposiciones que sólo lo convencían a medias. Y con los pies congelados y las sienes martilleándole regresó al despacho. *Loba* salió disparada enseguida y se perdió por los pasillos. Italo lo esperaba delante de la conserjería.

—¿Por qué me has dicho que estuviera preparado para esta noche?

—¿A qué te refieres?

—Hablábamos de la empresa de Roversi y me has dicho: esta noche. ¿Qué quiere decir?

—Lo de siempre, Italo. En cuanto oscurezca, salimos a echar un vistazo al lugar. Eso es todo. ¿No te sientes con fuerzas? ¿Tienes algo mejor que hacer?

—No es por eso, pero te confieso que, ya que me arriesgo a acabar entre rejas, preferiría hacerlo por algo más rentable.

El subjefe se detuvo en las escaleras.

—¿Ya estamos otra vez? ¿Has vuelto a meterte en líos?

—No, Rocco, no es eso, es que ya me he cansado de andar siempre

con una mano delante y otra detrás.

—¡Señor! —Era Antonio Scipioni, que llegaba corriendo desde el pasillo de la primera planta. Esquivó a un par de agentes plantados en medio del paso y al alcanzar a sus compañeros bajó el volumen de la voz—: Será mejor que vengáis a la sala a echar un vistazo a la tele…

Estaban todos viendo las noticias, hasta el jefe, sentado delante. En primer plano, un periodista, micrófono en mano; a sus espaldas, la sede de la Región.

—Las notificaciones han sido entregadas justo esta mañana por los hombres de la unidad económico-financiera y de la policía fiscal de Aosta a los propios interesados aquí, en la Región. Las investigaciones llevadas a cabo durante meses han sacado a la luz un fraude a la Región de alrededor de ciento cuarenta millones de euros. Los presuntos delitos de los que se acusa a cinco consejeros y tres miembros de la dirección del casino son falsedad contable, fraude reiterado con agravantes al Estado y apropiación indebida. Escuchemos ahora a Silvia Civiletti, del Tribunal de Cuentas.

En la pantalla apareció la mujer, elegante, rostro tenso y cansado.

—En esencia el fraude es bastante simple: los administradores ocultaron la desastrosa situación del casino, de ese modo se aseguraban la financiación pública por parte de la sociedad financiera regional, que jamás se la habría asignado de haber conocido el estado real de las cuentas.

Volvió a aparecer la imagen del periodista.

—En definitiva, estas personas indujeron a error a la Región y, por ende, a toda la comunidad y también a la sociedad financiera por falsificar los documentos contables… Para la fiscalía de Aosta, por lo tanto…

El jefe Costa se levantó.

—Me parece algo positivo, ¿no? —Se dirigió hacia la salida frotándose las manos y fue en ese momento cuando se percató de la presencia de Schiavone—. Ya le había advertido de que había gato

encerrado.

—¡Me cago en la puta, he llegado tarde! —refunfuñó Rocco.

—No lo sigo...

—Decía, señor Costa, que lo único que me fastidia es que ellos hayan llegado antes.

—¿A qué se refiere?

Con un gesto, el subjefe invitó a su superior a salir al pasillo.

—Ahora mismo es la noticia del día, ¿no cree?

—Claro. ¿Y?

—Que se desinflará rápidamente en cuanto les echemos el guante a los autores del asalto al furgón.

Costa frunció el ceño.

—Sigo sin entenderlo.

—Falta poco para que le traiga a la banda de asaltantes. Momento en que todo eso pasará a ser la noticia del día y nos olvidaremos de estos peces gordos. Resumiendo, y para serle franco, para los de las noticias es mucho más apetitoso un robo con un par de muertos perpetrado por unos forajidos que un triste fraude insulso de ciento cuarenta millones de euros a las arcas del Estado. Esto último pasará como un aburrido trámite, mientras que la otra noticia tiene todo el atractivo cinematográfico. Espero haberme explicado.

—Se ha explicado. Pero ¿qué puedo hacer yo?

—Nada. Sólo quería decírselo. Aunque ahora que lo pienso, a lo mejor sí, algo puede hacer.

—A ver.

—Cuando toque la habitual rueda de prensa, no lo proclame a voz en grito. Anúncielo como si fuese pura burocracia rutinaria. Lo importante es cogerlos, no anunciarlo a bombo y platillo.

—Verá... —Costa respiró hondo, se miró la punta de los zapatos y añadió—: Si un hecho no se denuncia, no existe. ¿Y cree usted que yo voy a hacer pasar a un segundo plano nuestro trabajo para dejar que la unidad fiscal se lleve las portadas?

—Yo pienso que lo más importante es que la gente...

Costa levantó la mano para acallar al subjefe.

—Lo que usted crea, permítame decirle, no es relevante. Lo que es relevante es que la jefatura de Aosta haya cerrado un caso tan enrevesado que ha implicado a dos cadáveres y un robo de tres millones de euros, lo cual mancillaba el buen nombre de nuestra ciudad. No es una cuestión de la cuantía del botín, ni de principios morales de tres al cuarto, ni tampoco podemos establecer una escala de valores en función de la gravedad de los delitos. El asalto al furgón tiene la misma gravedad que la estafa de los administradores.

—Tiene razón, pero creo que en este momento deberíamos hacernos a un lado para que la gente reflexione sobre la marranada que una decena de empleados del Estado...

—La gente no es tonta, Schiavone.

—¿Eso opina?

—Eso opino. Déjeme a mí hacer mi trabajo, usted haga el suyo, que consiste en coger a los culpables.

—¿De qué tiene miedo? ¿De que alguien de la Región le pegue un tirón de orejas?

El rostro del jefe se arreboló en un par de segundos.

—Haré como si ni siquiera hubiera oído el comentario. ¡No se atreva nunca más! Y ahora vuelva al trabajo y téngame al tanto de los avances.

Miércoles

La cancela de hierro que conducía a una gran explanada de tierra batida donde había aparcados tres camiones rojos con el rótulo de Envíos Roversi estaba cerrada por una cadena de acero e iluminada por dos potentes focos halógenos.

Tres sombras se escabulleron entonces de lado para rodear el recinto.

—¿Hay perros? —preguntó Italo en voz baja.

—Parece que no —respondió Antonio—. ¿Cómo vamos a entrar?

Rocco no respondió. Seguido por los dos agentes, caminaba alrededor del perímetro para llegar al lado opuesto de la explanada, donde había dos construcciones prefabricadas de madera. La nieve había cubierto la valla metálica y el tejado de las dos cabañas y crujía bajo los zapatos de los agentes. Los Clarks de Schiavone habían perdido toda apariencia de calzado. Eran dos trapos enrollados alrededor de los pies.

—Aquí no tienen nada de valor, no hay ni siquiera una cámara de vigilancia —dijo el subjefe—. Tenemos que saltar la valla donde no haya luz, por detrás de las construcciones…

—¿Y una vez dentro? —preguntó Antonio, tenso y nervioso.

—Una vez dentro ya veremos si hay algo interesante…

Italo hizo un gesto asertivo con el rostro a su compañero para tranquilizarlo. Rocco metió el pie en la trama de la red metálica y se aupó. El ruido de la rejilla ondeante llenó el silencio de la noche. Introdujo el pie derecho un poco más arriba y continuó hasta llegar a lo alto. Se colocó a horcajadas, y luego con un par de pasos rápidos llegó hasta el aparcamiento de Envíos Roversi.

—¡Tira! —ordenó a Italo, que en enseguida lo imitó.

Antonio esperó a que Pierron cayera del otro lado, luego inició la escalada.

Estaban detrás de las dos construcciones, protegidos por las cabañas, en medio de la oscuridad más absoluta.

—¿Por la puerta? —preguntó Italo.

Rocco probó la ventanita de la parte de atrás.

—No, por aquí, se abre fácilmente.

En menos de diez segundos el trabajo de su navaja suiza había vencido la cerradura. Se agarró al marco de carpintería y entró en la cabaña prefabricada.

Antonio miró a Italo.

—Pero ¿estamos seguros de que es poli?

Italo sonrió y siguió al subjefe.

Un despacho de unos cuarenta metros cuadrados con dos escritorios y dos ventanas que daban a la explanada iluminada por los focos. La estufa de pellets todavía emanaba calor. Las paredes de madera estaban forradas de fotografías: camiones, algún que otro niño sonriente delante de una tarta de cumpleaños y la alineación de la Juventus de la temporada 2006-2007.

—Es hincha de la Juve —comentó Italo.

—No, es del Torino, el equipo rival de la misma ciudad —respondió Rocco acercándose al primer escritorio.

—¿Cómo lo sabes?

—Además de por el estandarte que hay en la librería... ¿No lo ves? Porque ésa es la alineación de la Juventus cuando la obligaron a descender a segunda división... Antonio, echa un vistazo al fichero. Italo, métele mano al otro escritorio.

—Ya estamos otra vez —protestó Scipioni—. Si no sé qué coño buscamos, ¿cómo voy a encontrarlo? —dijo susurrando, con la voz entrecortada por el nerviosismo y el miedo—. Y además ¡aquí no se ve nada!

—Un poco de creatividad, ¿no? —respondió Rocco, que ya había abierto un cajón y revisaba su contenido alumbrándose con el móvil—. Como cuando buscasteis los porros en mi escritorio.

Ninguno de los dos respondió.

—Ladrones… —murmuró Rocco.

—¿Casella se ha chivado?

—No, Antonio. Faltaba uno y estaba seguro de que habíais sido vosotros dos. ¿Os imagináis a D’Intino o a Deruta fumando maría?

—Lo que les faltaba —comentó Italo.

—Volved a tocarlos y os corto las manos.

—Recibido —respondió Antonio—. Rocco, ¿y si llega alguien?

—Primero que llegue y luego ya veremos.

—Aquí tengo un montón de facturas… todas de envíos. —Antonio abría los cajones del fichero—. Nombres de empresas, contabilidad, nada del otro mundo…

Rocco dejó el escritorio. Se acercó a un armarito con las puertas de cristal lleno de carpetas.

—Así a ojo, es todo contabilidad. —Italo rebuscaba en el último cajón del escritorio—. ¿Qué esperamos encontrar?

—Concentraos en lo que ya sabemos: el casino, Eslovenia, Saint-Vincent, la nave abandonada, Assovalue… —respondió Rocco mientras hojeaba las carpetas para luego devolverlas a su sitio.

—Éste no se abre —anunció Antonio—. El último cajón del fichero… parece cerrado con llave.

El subjefe se acercó. Agarró de nuevo la navaja.

—Quita. —Y apartó a Antonio con el brazo.

—Si lo forzamos, sabrán que alguien ha entrado.

Pero Rocco no respondió. Forzó la cerradura, que cedió al tercer intento. Había solamente un sobre, que contenía una tarjeta de crédito. La alumbró con el móvil.

—Y ya estamos otra vez… Walliser Kantonalbank —murmuró el subjefe.

—¿Qué significa? —preguntó Antonio.

—¡Hay gente! —anunció Italo asustado mirando por la ventana. Delante de la cancela había un utilitario blanco con los faros encendidos. De él bajó un hombre bajo y musculoso que se acercó al candado para abrirlo.

—¿Qué hacemos?

—¡Salimos! —propuso Antonio ansioso.

—¡Rápido! —dijo Rocco, y los dos policías corrieron hacia la ventana de la parte de atrás—. Salid vosotros, yo ordeno todo esto.

—Rocco, te van a pillar.

—¡Largo!

Rocco había recolocado las carpetas todavía abiertas en el armario y entornado las puertas. Fue hasta el primer escritorio y cerró los cajones. El utilitario entró en el aparcamiento, y por un instante los faros iluminaron con un barrido el interior del despacho. Rocco corrió hasta el fichero y puso de nuevo en su sitio el sobre con la tarjeta de crédito. Se empleó en la cerradura, pero fue en vano, la había reventado. Oyó los pasos de los hombres sobre el suelo de madera exterior y vio sus sombras a través del cristal de la puerta de entrada, cubierta por una persianita de plástico. Introdujeron la llave para abrir, Rocco se abalanzó a cuatro gatas hacia el aseo justo cuando los otros dos entraron y encendieron la luz del despacho. Jadeando, el subjefe se apoyó en la puerta, luego poco a poco llegó hasta la ventanita. En silencio, saltó por ella para salir al abrigo de la oscuridad. Agachados en el suelo estaban Antonio e Italo, que lo miraban con los ojos abiertos de par en par. Rocco se llevó el índice delante de la nariz, luego cerró de nuevo la ventana.

—¿Vamos? —sugirió Antonio en voz baja.

Rocco dijo que no con la cabeza.

—¿Por qué?

—Haremos ruido al trepar por la valla. Esperemos, aquí detrás no van a venir. —Se quedaron allí agachados en medio de la nieve.

—¿Estás seguro?

—¿Y qué coño vienen a hacer?

—¿Quiénes son?

—¡Apagad los móviles y quedaos quietos! —ordenó Rocco.

Casella dormía el sueño de los justos. Había montado guardia delante

del portón con la esperanza de toparse con Eugenia, pero al cabo de media hora había abandonado su puesto. Había subido a casa y con una tortilla por delante había visto una película buenísima de Steven Seagal en la que zurraba a la gente sin sudar ni descomponerse demasiado. Uno así, con el pelo negro y largo recogido en una cola, y que atizaba como un energúmeno, le habría robado el corazón a Eugenia en un suspiro. En cambio, él, cerca ya de la jubilación, con la barriga fofa cayéndole sobre el cinturón, el pelo ralo y las ojeras negras encima de dos bolsas hinchadas, no impresionaba al sexo opuesto. Tampoco es que en el pasado Casella se las hubiera llevado de calle. También cuando estaba más delgado y no le faltaba ni un pelo le había costado sangre, sudor y lágrimas conquistar a una mujer. Su punto fuerte era la insistencia. Dale que te pego durante días, semanas, meses, hasta que por fin la víctima de turno cedía por desesperación. Se asemejaba Casella a aquellas tropas malolientes de la Edad Media que asediaban durante años las poblaciones fortificadas. Hasta tal punto que muchos de aquellos hombres acababan formando una familia a los pies de aquellas torres infranqueables, otros se construían una vivienda sacando agua del foso, y otros tantos se pasaban directamente al bando de los asediados. En definitiva, algún premio acababan llevándose. Comida, una esposa, parientes nuevos, ovejas, vacas y gallinas. Total, la alternativa de aquellos soldados de poca monta era una vida de penurias dentro de castillos oscuros a las órdenes de cualquier tirano y comiendo sopas de gachas, bebiendo agua de pozo y pillando la peste. Visto lo visto, el joven Casella sabía que, a fuerza de insistir, el que la sigue la consigue. De cada cinco asedios, por lo menos uno daba en el blanco. Y era un excelente resultado. Claro que si se calculaba la energía empleada y el dinero invertido la ganancia no era tan evidente, pero era el único camino que podía recorrer para llegar a la meta. Con Eugenia Artaz también estaba empleando la misma técnica. Acecho y gota malaya, un pasito al día, lento y metódico, y tarde o temprano ella cedería. Dormía por lo tanto sereno y tranquilo mientras la respiración, que le raspaba en algún punto del paladar, le inflaba la caja torácica y la barriga, como una ola de un mar en calma.

Comenzó de forma casi imperceptible, un murmullo como de agua que borboteaba al caer sobre una piedra. Luego el ruido tomó cuerpo y fue en aumento, cada vez más, cada vez más, hasta que un pico repentino lo despertó. Abrió los ojos. La habitación estaba a oscuras, una luz tenue, naranja, penetraba por la ventana. Las sombras de los muebles y la puerta de casa estaban en su sitio. Tardó unos segundos en adivinar el origen del revuelo. Procedía de la calle. Al principio le pareció una radio encendida, un televisor. Luego comprendió que se trataba de voces. Se destapó y apartó la manta de lana, puso los pies en el suelo y se acercó. Se asomó a la calle. Justo debajo de su ventana, a dos metros del portal, había un automóvil aparcado en segunda fila con las luces encendidas. Era un modelo antiguo de Fiat, tal vez un Duna. Sólo alcanzaba a ver la mitad del cuerpo del copiloto y tardó un segundo en reconocer a la dueña de aquella falda rojo oscuro y de la chaqueta gris de paño. Era Eugenia. Hablaba y se agitaba. Del conductor sólo distinguía una mano peluda apoyada en el volante.

«¡Un hombre!», pensó Casella. ¡Eugenia Artaz regresaba bien entrada la noche acompañada de un hombre! Una puñalada en el pecho le habría hecho cosquillas en comparación con aquella noticia. Pero ¿cómo? ¿Entonces no lo había entendido? ¿Y aquellas sonrisas en la escalera? ¿Y las gracias de la notita? ¿No significaban nada?

El vocerío era incomprensible pero sostenido, dado que traspasaba las lunas del Fiat Duna y el cristal de su ventana. Casella abrió una rendija. Una cuchilla fría le golpeó el rostro; allí fuera la temperatura se desplomaba bajo cero. Puso la oreja entre las dos hojas y decidió escuchar.

—No te has inmutado… Eres un… ¿Qué clase de hombre…? —Era la voz de Eugenia.

—Ini lgrptrnpnto… —Aquello era el hombre, que mascullaba las palabras.

—¡… asco! Da… Do… ¡… de la separación!

Casella sonrió. Primera pista. El hombre se llamaba Dado. Hipocorístico tal vez de Alessandro. Tomó nota mentalmente de la matrícula. «¡Mañana sé hasta tu apellido, querido Dado!», pensó,

orgulloso de su instinto investigador.

—Si tú… Como están… Harta, más que harta, hartísima del rumbo que… —De nuevo Eugenia.

—Entonces qué… Nuestros hijos… ¿Qué… inversión para el futuro? —A esas alturas Eugenia ya gritaba—. ¡Se acabó!

La mano peluda se despegó del volante y menos de una décima de segundo después el cuerpo de Eugenia Artaz dio un respingo. Las voces enmudecieron.

—¡Le está pegando! —dijo Casella.

Era demasiado. Raudo y veloz fue a ponerse el primer par de pantalones que encontró a mano, los calcetines, las chanclas, el chaquetón del uniforme, y salió de casa. Bajó los escalones de dos en dos. Al llegar al portón, lo abrió agradeciendo una vez más que lo hubieran arreglado. Los faros del automóvil apuntaban justo hacia él. Mejor dicho, un único faro, el otro emitía una luz mortecina, lúgubre. A grandes zancadas, cubriéndose los ojos y con cuidado de no pisar los rodales de nieve, se acercó al coche. La luz de cortesía iluminaba el rostro de los dos pasajeros. Eugenia miraba hacia delante, a lo mejor lo había visto salir; Dado o como se llamase no le quitaba ojo a la oreja de la mujer. Casella apoyó la mano en el tirador, tiró de él y, rechinando por el óxido y los años, se abrió la portezuela.

—¡Usted! —gritó apuntando con el índice.

El hombre al volante se volvió de golpe. Era delgado y de pelo entrecano, llevaba bigote y una bufandita alrededor del cuello.

—¿Cómo se atreve? ¡Baje ahora mismo del coche! —ordenó el agente dando un paso atrás.

—¿Quién es? —preguntó con tranquilidad aquel hombre a Eugenia.

—Mi vecino —respondió ella.

—¡Baje usted de este automóvil, ahora! Soy un agente del orden público, ¡he visto lo que ha hecho!

El hombre se bajó del coche.

—¿Qué pasa, está prohibido aparcar aquí? —Y sonrió sarcástico.

—¿Se hace usted el gracioso, Dado?

—¿Dado? ¡Y quién es Dado!

Eugenia también se bajó del coche.

—Señor Casella, no pasa nada, por favor, no se meta.

Pero Ugo Casella no la escuchó.

—¿Entonces cómo se llama?

—Francesco Brusatti —respondió el otro levantando los hombros—. ¿A qué viene lo de Dado?

—Llevan una hora discutiendo, Dado, Francesco o como leches se llame. ¡Lo he visto pegarle a la señora Eugenia Artaz!

—¡Acuéstese de nuevo y métase en sus puñeteros asuntos! —respondió el hombre, intentando subirse otra vez al coche, pero Ugo lo agarró por el brazo.

El otro se volvió de repente y lo golpeó en todo el rostro con un gancho directo, limpio y rápido. Casella vio un centenar de estrellas y se llevó las manos a la cara.

—¡Francesco! —gritó Eugenia.

Luego el hombre dio una patada apuntando a los testículos del agente, pero el golpe se estrelló contra un muslo. Casella cargó contra él como un bisonte y los dos acabaron en el suelo.

—¡Francesco! ¡Pare, señor Casella!

El policía estaba encima. No veía nada y notaba algo caliente que le mojaba los labios, tal vez fuera sangre. Francesco, bocarriba, trataba de zafarse de aquel peso, pero el agente le sujetaba las manos.

—Suéltame, so mierda.

Eugenia se acercó para intentar separar aquel abrazo salvaje. Logró liberarle una mano a Francesco, que propinó un nuevo mamporro que fue a parar a la sien de Casella. Pero Ugo no sintió dolor. Se le vino a la cabeza Steven Seagal y asestó dos rápidos golpes en cadena a la boca de su adversario, luego empezó a apretarle el cuello con las manos.

—¡Cabrón asqueroso, te aprovechas de que es una mujer!

—¡Francesco! —seguía gritando Eugenia.

—¡Yo te mato!

—¡Suéltame, hijo de puta! —Los dientes de Francesco Brusatti estaban manchados de sangre. El rostro empezaba a amoratarse.

Con la mano abierta, Casella le soltó un bofetón tan potente que el

chasquido resonó en toda la calle.

—¡Basta ya, basta! —gritaba la mujer.

Ugo se puso de pie. Jadeando y con la sangre saliéndole por la nariz, retrocedió tambaleándose.

—¡Lárgate y que no vuelva a verte! —conminó a Francesco, que seguía bocarriba en el suelo, tocándose la boca.

Escupió un grumo de sangre en el asfalto. Eugenia lo ayudó a levantarse de nuevo. Con la camisa por fuera de los pantalones y despeinado, de un empujón apartó a la mujer, se montó en el coche y cerró la puerta haciéndola chirriar. El automóvil no arrancó hasta el tercer intento, luego finalmente se puso en marcha y, derrapando, Francesco Brusatti desapareció en la noche. Ugo estaba avergonzado. Recogió una chancla que había perdido en el altercado y se la puso de nuevo y, con la cabeza gacha, echó a andar hacia el portal.

—Señor Casella… —lo llamó Eugenia.

Él levantó la mirada.

—Gracias… —le dijo ella. Luego se acercó—. Suba a mi casa, no puede irse así a la suya. —Y juntos entraron de nuevo en el portal.

—Se me están durmiendo las piernas —murmuró Italo.

—Esperemos que no se den cuenta de nada… —apuntó Antonio, con la espalda apoyada en la malla metálica del recinto—. A mí ya me están castañeteando los dientes.

Del despacho llegaban ruidos, señal de que aquellos dos seguían allí dentro.

—Quedaos aquí. —Rocco se deslizó por la pared de madera de la cabaña.

—¿Adónde vas?

Pero el subjefe no respondió. Dobló la esquina y desapareció de la vista de sus dos compañeros.

Se escondió detrás de una pila de palés y observó la explanada. El utilitario blanco estaba aparcado a una decena de metros de la cabaña de madera. Un gato atigrado no le quitaba ojo desde el tejado de la otra

cabaña prefabricada. Se había levantado un viento gélido y ligero, y el cielo estaba cubierto por un manto tupido de nubes. Oyó abrirse la puerta de la cabaña. Vio salir primero al hombre bajo y musculoso. Una barba de varios días, negra e híspida, le cubría el rostro. Tenía las manos toscas, con los dedos cortos, y las piernas ligeramente arqueadas.

—No lo sé... —oyó—. Lo llevamos arriba, no te preocupes...

Finalmente apareció el dueño de aquella voz. Era Paolo Chatrian, el gigante, con el móvil pegado al oído y un manojo de llaves en la otra mano.

—Sí... claro que es así...

Los dos se acercaron a la segunda construcción. El bajo abrió la puerta y desapareció en su interior seguido de cerca por Chatrian. Rocco esperó medio minuto. Los dos salieron transportando unas grandes cajas, cerraron de nuevo la puerta y se dirigieron hacia el coche. Cargaron los paquetes y subieron a bordo del vehículo. Chatrian al volante metió primera y, aplastando la nieve, regresó a la cancela de entrada. Rocco pudo levantarse y estirar la espalda, donde después de aquel rato sólo sentía una fuerte punzada de dolor. Con paso tranquilo regresó junto a los dos policías.

—Se han ido. Vosotros volved al coche, yo no he acabado.

—¿Todavía no?

—Queda por visitar la otra cabaña.

Ugo Casella estaba sentado en la cocina de Eugenia y se avergonzaba de su atuendo. Sujetaba con fuerza contra la nariz el trapo lleno de hielo mientras la mujer le preparaba una manzanilla. Por la puerta apareció su hijo veinteañero. Bostezó y miró a Ugo como si fuera una cucaracha en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a su madre.

—Nada, Carlo... Una discusión con tu padre.

—El muy cabrón... —murmuró el muchacho con voz casi inaudible —. ¿Han llegado a las manos? —preguntó dirigiéndose ahora a Casella,

aunque fue Eugenia quien respondió.

—Un poco.

—Espero que le haya zurrado bien —dijo el muchacho.

—¿Estabas dormido?

—No... Estaba en mi cuarto. ¿Cómo se encuentra usted, señor Casella?

—Bueno... Me duele un poco la nariz.

Eugenia dejó la taza humeante en la mesa.

—Aquí tiene, cuando le apetezca, puede tomársela. —Luego se sentó frente al agente.

—Le pido disculpas por haberme entrometido, señora Artaz, pero es que...

—Ni lo mencione. Y, sobre todo, gracias otra vez por las rosas —le dijo ella.

Se quitó el trapo de la nariz y se le vinieron a la cabeza las palabras de su primo Nicola: «¡Mírale bien las manos, Ugo! Los ojos y el cuerpo pueden engañarte, las manos, no. Si tiene las manos quietas, hay dos posibilidades. La primera es el nerviosismo. Pero en ese caso tiemblan un poco. Si, por el contrario, las tiene quietas quietas, vamos, que no tiemblan, entonces no le importas una mierda.»

Las miró. Eugenia tenías las manos apoyadas en la mesa.

—Me... Me alegro de que le gustaran...

—Sí, le gustaron —intervino Carlo sonriendo.

—Amarillas y naranjas —puntualizó Casella sin apartar la vista de las manos.

—Sí —dijo Eugenia—. Un color precioso.

—Hombre, es que rojas habría sido ya pasarse, ¿no? —Carlo se echó a reír.

Pero Casella estaba concentrado en las manos de Eugenia.

Las tenía quietas.

Pero quietas quietas.

—¿Las tiene quietas? —le preguntó.

—¿El qué?

—Las manos —respondió Casella.

Eugenia se las miró como si hasta aquel momento no hubiera reparado en que las llevaba pegadas a las muñecas.

—¿Cómo tendría que tenerlas?

Casella se entristeció.

—No, así, era sólo por saber… Y se vio reflejado en la puerta cristalera de la cocina. El chaquetón del uniforme abierto, por el que asomaba una camiseta roja donde se leía «Ferretería Bastianini e Hijos», los vaqueros clavados bajo la caja torácica, los pinreles desgarbados metidos en unas chanclas de goma de las de tira ancha, el poco pelo y la nariz hinchada y violácea. A años luz de Steven Seagal.

—Es usted curioso —dijo Eugenia.

—Sí, lo sé, pero es una teoría de mi primo, a lo mejor otro día se la cuento. —Cogió la taza y bebió un buche de manzanilla.

—En fin, pues ya que estoy despierto, me pongo a trabajar un rato —dijo Carlo.

—¿Trabajas en casa?

—Sí…

—¿A qué te dedicas?

—Es programador informático, sea eso lo que sea.

—¿Se te dan bien los ordenadores? —le preguntó el policía.

Carlo sonrió.

—Bien se queda un poco corto.

Una bombilla se encendió en la mente cansada y debilitada de Ugo Casella.

—¿Por qué? ¿Le interesa el tema?

—Oye, ¿tú podrías echarme una mano con un caso, una investigación?

Eugenia miró a su hijo.

—¿Un caso? —preguntó el muchacho.

—Sí, llevo días buscando una cosa en internet y no la encuentro. A lo mejor tú podrías…

Con un gesto de la mano Carlo invitó a Casella a que lo siguiera.

—Venga —dijo excitado—. ¿Lo has oído, mamá? Tu hijo pondrá su granito de arena por una sociedad mejor.

Eugenia se echó a reír y Casella pensó que jamás en la vida había visto nada más hermoso que aquella sonrisa.

Una docena de carnés de identidad de los que siete estaban en blanco, pólizas de seguros, decenas de tarjetas de débito, siete sellos del Ayuntamiento de Aosta, de la Región y de la jefatura de policía, un paquete de tarjetas sanitarias, dos pasaportes italianos a nombre de Loredana Bianchetti y Franco Notarbartolo, con la peculiaridad de llevar pegadas las fotografías de Lada y Guido Roversi, un pasaporte británico con la foto de Paolo Chatrian, que en ese documento decía llamarse Peter Gheraghty, dos ordenadores de mesa, una estantería llena de discos duros, dos plastificadoras, una impresora de tarjetas y al fondo tronaba una máquina tipográfica Heidelberg.

—¿Te llamaban Farinet porque falsificabas los premios de las gomas de mascar? Vaya mierda de tío —maldijo Rocco.

Fotografió el laboratorio con el móvil. Sólo con el material que había encontrado allí dentro a Guido Roversi podían caerle unos diez años y, con él, también a Lada, si es que ése era su verdadero nombre. Puso de nuevo en su sitio los documentos falsificados y salió de la cabaña. Volvió a paso rápido hacia la malla metálica y trepó por ella con agilidad, pero, en el momento de saltarla, la valla pareció haberse hartado de todo el ajetreo de aquella noche y le arrancó un bocado de los pantalones de pana a la altura de la entrepierna.

—Me cago en todo. —Aterrizó y sintió una descarga de dolor bajo los talones, congelados dentro de los Clarks empapados. Regresó al automóvil jadeando.

Antonio e Italo lo esperaban.

—¿Y? ¿Qué hay ahí adentro?

—Echa un vistazo. —Y le lanzó el móvil a Italo mientras Antonio encendía el motor.

—¿A casa? —preguntó el agente.

—No, a la jefatura. Tengo que satisfacer una curiosidad.

—¡Me cago en la puta! —gritó Italo, sin quitarles ojo a las fotos

tomadas por Rocco.

—¿Qué pasa? —preguntó Antonio distrayéndose de la conducción.

—Un laboratorio de documentos falsos.

—Justo —observó Rocco—. Por fin tenemos una pista concreta para una investigación que llevamos días intentando cerrar.

A aquella hora la jefatura estaba desierta, y los pasos de los policías retumbaban por los pasillos. Aunque los de Rocco más bien hacían el ruido de un trapo mojado arrastrado por el suelo. *Loba* se asomó desde lo alto de la escalera mientras se estiraba el lomo; luego, indolente, fue al encuentro de su amo. Entraron en la sala de los agentes.

—¿Qué buscamos, Rocco?

—La lista de personas que pasaron por el casino entre el domingo y el lunes 2 de diciembre...

—El día del homicidio de Favre —confirmó Antonio mientras iba a abrir el armario de hierro y empezaba a hurgar entre los papeles.

Italo encendió el ordenador y, frotándose los ojos, se colocó delante de la pantalla. *Loba* se enroscó en el silloncito de Deruta para seguir durmiendo.

—Aquí están. —Scipioni hojeaba un montón de papeles arrugados —. A ver, ¿qué buscamos? —Y fue a sentarse al lado de Italo, a quien tendió una decena de folios.

Rocco se puso de pie y se encendió un cigarrillo.

—Comprobad si esa noche estaban presentes Loredana Bianchetti, Franco Notarbartolo o Peter Gheraghty...

—¿Quiénes son? —preguntó Italo mientras empezaba a espulgar la lista.

—Sus verdaderos nombres son Guido Roversi, Paolo Chatrian y Lada Chestokova, Chiastakova, o como coño se apellide... Que total, seguramente tampoco sea su apellido, yo empiezo a pensar que se llama Ljuba Simović, residente en la calle Sokobanjska de Belgrado, y que no es rusa, sino serbia o algo por el estilo...

Antonio esbozó una sonrisita sin perder de vista la lista.

—¿Te ha tomado el pelo?

—No, se ha acercado demasiado al fuego —respondió el subjefe.

—¿Y ha salido escaldada? —preguntó Italo.

—Si no nos equivocamos, más que escaldada se ha llevado una quemadura de tercer grado en todo el cuerpo.

—¡Aquí hay uno! —gritó Italo—. Franco Notarbartolo estuvo en el casino... —Y le tendió el folio a Rocco—. Aquí pone residente en Milán...

—Sí, claro, si te imprimes por tu cuenta el carné de identidad puedes poner lo que te dé la gana... —Rocco cogió el folio—. Así que Guido Roversi, alias Farinet, propietario de una empresa de transportes, aunque en realidad es falsificador, estaba en el casino el día del homicidio de Favre.

—A menos que se trate de un homónimo —puntualizó Italo.

—Y ya sería un caso de Guinness de los récords que coincidan con otros dos homónimos —dijo Antonio, sonriendo y pasándole una segunda hoja a Rocco—. Tercera línea. Peter Gheraghty, directamente desde Cork.

Rocco lo leyó y sonrió.

—Los tenemos, amigos, está claro. Hemos dado con estos hijos de puta. ¿Qué queda por hacer?

—Vamos a por ellos.

—Estad preparados para mañana por la mañana. Quiero a todo el equipo, esta vez hacemos las cosas como Dios manda. Ahora vámonos a dormir, que es tardísimo. —Dio una palmada en el hombro a Italo y se fue directo a su despacho.

—¿Por qué se ha puesto triste?

—Le pasa siempre —respondió Italo—. Cuando llega al final, siempre se pone triste.

—Soy un hombre de palabra —le dijo mirándola a los ojos.

A aquellas horas Aosta dormía, Sandra Buccellato se cerraba a conciencia el abrigo sobre el pecho y lo miraba somnolienta.

—Mañana a primera hora vamos a por ellos. Están implicados la empresa de transportes de Guido Roversi, un par de personas que trabajan para él y el conductor de Assovalue, Enrico Manetti. Toma, aquí tienes —le entregó una hoja—, todos los detalles están aquí. En el artículo, elude la rueda de prensa de tu ex, que no será más que un autobombo rimbombante, y en cuanto te enteres de la noticia de la detención ve directa a imprenta. Que tengas buena noche. —Se dio media vuelta e hizo ademán de irse.

Sandra se quedó con la hoja en la mano.

—La cuestión es que llegas demasiado tarde...

—Ya... Los de la fiscal se nos han adelantado.

—Gracias de todas formas, Rocco. ¿Quieres... quieres subir?

El subjefe sonrió levemente y respondió:

—Si tienes ganas de jugar a la brisca... porque yo ahora mismo no soy capaz de otra cosa.

—A la brisca no sé jugar.

Rocco le sonrió y, acompañado de *Loba*, que correteaba detrás de él, dobló la esquina y se esfumó.

Estaba cansado, la espalda era una puñalada clavada de dolor y a cada paso sentía un navajazo bajo el talón izquierdo. Lo que más lo había sorprendido de todo aquel asunto había sido la sangre fría de Enrico Manetti para disparar a su compañero de trabajo en la cara a bocajarro. Jamás habría pensado que fuera capaz de un gesto así. Y todavía lo reconcomía no tener pruebas para inculpar a Oriana Berardi, porque tenía la certeza absoluta de que ella estaba metida en toda aquella historia. Debía de haber un topo dentro del casino, alguien que estuviera al tanto de la fecha del transporte de valores y diera el pistoletazo de salida de toda la operación, nada de coincidencias. Oriana bien se merecía una visita en plena noche, pero tal vez convenía esperar: ya se encargarían los jueces de empapelarla. ¿Con quién estaba vinculada Oriana? En ese momento, una luz repentina y potente se encendió en el cerebro de Rocco, que, como si lo hubiera deslumbrado, se detuvo delante del escaparate de una zapatería.

—¡Seré gilipollas! —dijo—. Ven, *Loba*, todavía no hemos acabado

por esta noche.

Eugenia entró en la habitación de su hijo. Llevaba una bandeja con dos cafés. Carlo y Ugo Casella, con los ojos enrojecidos, observaban los misteriosos algoritmos que recorrían las cuatro pantallas enchufadas a sendos ordenadores. Olía a cerrado y a cuerpos cansados.

—Son las dos... Os traigo un café... Pero parad ya, que lleváis horas delante de eso.

—Sí, ¡pero lo hemos encontrado! —anunció Carlo, sonriendo y haciendo sitio en la enorme mesa repleta de cables, ratones y cuadernos para que su madre pudiera apoyar la bandeja.

—¿Cómo os sentís?

—¡Su hijo es un genio! —exclamó Casella.

—Lo sé. Ahora tomaos el café, por favor. —Y le tendió una tacita al agente, que la miró.

La falta de sueño la hacía todavía más guapa. Los ojos claros detrás de los cristales de las gafas eran luminosos y sonrientes, y olía bien, a talco. No parecía cansada; es más, daba la impresión de que llevara horas descansando.

«Pero ¿cómo lo hace?», se preguntó Ugo.

—Gracias, señora... —dijo apoyando los labios en la tacita.

Carlo mordisqueaba una galleta sin desviar la atención de las pantallas.

—No sé cómo agradecértelo, Carlo, es algo dificilísimo, para mí era imposible.

—Ah, ¿sí? —preguntó Eugenia.

—Sí, lo primero que he hecho ha sido ir a la dirección IP de Romano Favre, desde ahí he descubierto y localizado un almacenamiento secreto en Dropbox. Abrirlo ha sido complicado.

—Porque tenía por lo menos dos contraseñas —explicó Casella.

—Y dentro había un montonazo de cosas. Sólo que a cada carpeta le había puesto una contraseña distinta. Un auténtico laberinto, pero nada que no pueda descifrarse.

—Hemos encontrado fotos, cuentas de no se sabe qué, y también... —dijo Casella, tratando de disimular la vergüenza.

—Sí —continuó Carlo, con una sonrisa—, también hemos encontrado alguna que otra perversión de Romano Favre, ¿verdad, Ugo? —Y le guiñó un ojo con complicidad.

Casella se ruborizó y dejó la tacita al lado de los teclados.

—Prefiero no enterarme de esas guarrerías —comentó Eugenia divertida.

—Total, que la caja fuerte con los secretos del señor Favre estaba en la red y era difícil de abrir, aunque en el fondo se encontraba a la vista de todos. ¡Nosotros los primeros! Pero hay una carpeta en concreto que es interesante, la que estamos abriendo. Hay un buen puñado de mp3.

—Son archivos de audio —explicó Casella.

—¿Y los habéis escuchado? —preguntó Eugenia, ya cautivada por la investigación de aquel extraño policía y de su hijo.

—Los estamos abriendo ahora. —El muchacho se acercó a la pantalla más pequeñita—. Por el espectro no parece que sea música.

—Es nuestra última esperanza —comentó Casella—. Si aquí dentro no hay nada, todo esto habrá sido un fiasco.

—Tú fíate —dijo Carlo bostezando—, una carpeta con doble contraseña escondida en otra carpeta encriptada seguro que contiene algo interesante...

—¿Qué espera encontrar, señor Casella?

Ugo se perdió por un instante en los ojos de Eugenia, luego tragó saliva y respondió.

—Espero pruebas. Pruebas que nos ayuden a inculpar a quienes ordenaron su asesinato.

—Esta historia pone los pelos de punta.

Ugo decidió que había llegado su momento, tenía que sacar pecho y abrir la cola de pavo real.

—Lo sé, Eugenia, nuestra profesión es tremenda. Andamos siempre en medio de cadáveres, de personas asesinadas, de homicidas, de sangre... Después de tantos años empiezo a cansarme un poco.

La mujer lo miraba con los ojos abiertos de par en par y aprensivos,

escuchaba ensimismada todo lo que decía; Ugo echó más leña al fuego.

—Jugarme el pellejo por el sueldo que me pagan, créame, yo no sé quién me manda. Un trabajo sin horarios, sin dormir, sin comer, siempre con el afán por detener a un delincuente, a un hijo de perra dispuesto a matar a cualquiera...

A Eugenia se le había abierto también la boca, hipnotizada por aquel desahogo sincero, se secaba las manos en la falda y las apoyaba de nuevo en el respaldo de la silla de su hijo, un movimiento que Casella no pasó por alto. Volvió a oír la voz de su primo Nicolino: «... las manos. Si no sabe dónde ponerlas, es buena señal. Significa que está cohibida, que le gustas, que existe alguna posibilidad.» Ugo comprendió que estaba haciendo un buen trabajo, que la tenía bebiendo en su mano, y había llegado el momento de lanzarse al ataque final.

—Uno está solo, Eugenia. Sin familia. Yo siempre habría querido construir una familia, pero ¿dónde voy a encontrar a una mujer que quiera compartir conmigo esta vida tan peligrosa?

—Claro —respondió Eugenia. Y punto, no añadió nada más—. ¿Queréis más café?

El derrumbe de un edificio, la caída de un iceberg, el desierto del Sáhara, el hongo de Hiroshima, todo eso vio Casella en aquellas escasas centésimas de segundo, en aquel simple adverbio: el fin de sus esperanzas. Y en cuanto pudiera mandaría a tomar por culo a Nicolino y su teoría de las manos.

—No, mamá, gracias.

—No, gracias, señora Artaz —apenas murmuró Casella.

—¡Ya está! —anunció Carlo exaltado—. Ahora vamos a escucharlos.

Casella detuvo la mano del muchacho, que ya había empuñado el ratón, y lo miró a los ojos.

—Carlo, si aquí dentro está lo que buscamos, tú te conviertes en testigo de un posible proceso, porque te enterarías de datos importantes, secretos de instrucción, cosas que ni siquiera deberías saber. ¿Estás dispuesto a eso?

—Pues claro —respondió, y pulsó el botón derecho.

—Vamos —dijo Eugenia excitada.

Ruido de fondo. Vasos, parloteo.

Voz de hombre: El treinta por ciento u os empapelo…

Voz de mujer: ¿Tú estás loco?

Voz de hombre (ruido): Es en serio… Está todo en mis manos…

Voz de mujer: (incomprensible) Hablaré con los demás.

Voz de hombre: No hagáis gilipolleces.

Ruido de fondo. Interrupción.

—¿Qué significa? —preguntó Carlo.

Casella reflexionaba sobre la escucha. Luego sonrió.

—Creo que vamos por buen camino. ¡Ya se le ocurrirá algo a Schiavone! —Y le soltó una palmada en el hombro al muchacho.

—¿Oímos el resto de las grabaciones?

—No hace falta.

—Pues entonces te las descargo en un *pendrive* y te las llevas a comisaría.

Casella se desperezó.

—Gracias, Carlo, sin ti habría sido imposible.

Eugenia se quedó mirando la pantalla.

—¿Y ya está?

—¿Cómo que ya está? —preguntó el agente de policía.

—Me gustaría oír el resto. —Eugenia acompañó la petición con una sonrisa seductora.

—¡No está usted autorizada! ¡Esto es cosa de la policía nacional! —respondió con dureza Casella.

Rocco detuvo el automóvil en la via Mus de Saint-Vincent. Con *Loba* a la zaga, contenta por aquella imprevista carrerilla nocturna, llegó al portal de Arturo Michelini. Estaba cerrado. Llamó al interfono de la vecina de enfrente del señor Favre, Bianca Martini, pues sabía que a aquella hora la anciana vecina todavía estaba despierta.

—Señora, soy Schiavone, de la policía. ¡Abra, por favor!

—¡Ahora mismo! —respondió ella.

La encontró en la puerta de su vivienda con una toquilla de lana sobre los hombros y los ojos vivos y atentos.

—¡Señor! ¿Qué ocurre?

—Tengo que entrar en casa de Arturo…

—¿Quiere las llaves? ¡Yo las tengo!

Prefirió aceptarlas, forzar de nuevo la cerradura delante de una testigo no le pareció oportuno.

—Se las devuelvo enseguida… —dijo mientras subía las escaleras.

—Pero ¿hay novedades?

—Mañana escuche las noticias —le respondió—, y gracias. Si todos los ciudadanos fuesen como usted, otro gallo nos cantaría —mintió. Lo que habría querido decir es que, si todos los ciudadanos hubieran sido como ella, sería imposible hacer nada sin que alguien metiera las narices en tus asuntos.

Entró en casa de Arturo. *Loba* fue a oler las cenizas de la chimenea.

—Dime por favor que no tengo que ir a la cárcel a buscarlo… —murmuraba mientras hurgaba por todas partes. Armario, escritorio, repisas de la cocina. Lo encontró en el cajón de la mesita de noche. Un móvil Samsung que a Arturo no le había dado tiempo a llevarse el día de la detención. Lo encendió—. ¡Me cago en la puta! —maldijo. El *Himno a la alegría* retumbó en el piso fantasmal—. ¿Quién es?

—Señor, soy Ugo, Ugo Casella.

—Si me llamas a estas horas…

—¡Es importantísimo! He encontrado lo que Favre tenía escondido en internet.

Rocco tuvo que sentarse en la cama.

—¿Tú? ¿Y cómo lo has hecho?

—Con la ayuda de Carlo.

—¿Quién coño es Carlo?

—El hijo de Eugenia, mi vecina. Un mago de la informática. ¡Dentro está todo, jefe!

—Casella, ¡te propongo para un ascenso!

—¿Lo dice en serio?

—¿Te parezco de broma? Pero, a ver, ¿este Carlo es bueno de

verdad?

—¡Bueno se queda de corto!

Eran ya pasadas las tres cuando detuvo el automóvil bajo el pequeño bloque de Casella.

El agente lo esperaba a resguardo del frío en el interior del portal. Por debajo del chaquetón del uniforme, asomaban los pantalones del pijama y los pies con las chanclas.

—Casè, eres un espectáculo dantesco —le dijo.

—Ya está aquí, venga... ¡Estamos en la tercera planta! —Y le abrió paso por las escaleras—. Adelante, adelante, por aquí... Esta de aquí es mi casa...

Rocco no dijo nada y Casella lo captó.

—Sí, es verdad, y a quién le importa, como diría usted... Un tramo más y hemos llegado.

La puerta de la vivienda estaba entornada.

—¿Se puede? —preguntó el agente empujando la hoja.

—Adelante, adelante —los acogió una voz de mujer.

Apareció Eugenia Artaz. Casella se fijó en que se había peinado.

—Aquí está Eugenia, éste es mi jefe.

—Subjefe Schiavone. Disculpe por la hora y por molestarla.

—No se preocupe, los amigos de Ugo son mis amigos. ¿Y quién es este precioso perrazo?

—Ella es *Loba*. Tiene las patas mojadas, ¿le molesta?

—Qué va, para nada, me encantan los perros.

Rocco miró a Casella con una sonrisita de complicidad, Ugo le respondió con una cara triste y negando con la cabeza.

—Vengan, Carlo está en su habitación. —Y la mujer les abrió paso.

—Vaya, vaya con la vecina, no está mal, ¿eh? ¿Te has planteado alguna vez...? —le dijo Rocco en voz baja.

—Y más de una, pero, jefe, no hay tutía.

—Normal, ¡si te presentas vestido como un refugiado!

Carlo estaba sentado en su zona de trabajo. Rocco asintió satisfecho

en cuanto vio el descomunal equipamiento del chico.

—Pero, cuando enciendes el ordenador, ¿dejas a oscuras a todo el barrio?

Carlo se sintió cohibido.

—Encantado, Carlo. Oiga, señor, yo todo lo que hago aquí es honesto, legal y…

—¡Y a mí qué me importa! —Rocco tomó asiento junto al chico.

Casella se quedó de pie al lado de la mujer. Le lanzó una mirada, pero ella estaba concentrada en el recién llegado.

—Veamos, Carlo, sé que ya has ayudado a mi colega aquí presente, el inestimable Casella… Por cierto, Ugo, se me pasó felicitarte por lo del otro día.

—¿Por… por qué, señor?

Rocco sonrió.

—¿Lo veis? Humilde y honrado, ya hasta se le ha olvidado. Los héroes son así. Él solito detuvo a tres camellos. Que son cosas que deberían acabar en las noticias en primera plana. Y además desarmado…

Casella estaba a punto de intervenir, pero una dura mirada de Rocco lo detuvo.

—Caramba… —dijo Eugenia distraída.

—Muy bien, Carlo, vamos a lo nuestro. Tengo que encender este móvil, pero tiene contraseña.

El chico sonrió levemente.

—Ya ves… —Agarró el teléfono, lo enchufó al ordenador y empezó a teclear. Filas de números y cifras aparecieron en la pantalla azul—. Listo, dele un par de minutos que la encuentra.

Eugenia observaba con orgullo a su hijo. Casella, en cambio, se esforzaba por mantener los ojos fijos en la pantalla para no dirigirlos al escote de la anfitriona. Rocco aprovechó la espera.

—Ugo, el jefe quiere hablar contigo, te está buscando como un loco…

—¿A… a mí?

—Pues claro. Cuando no puede hablar contigo, se le va la pinza.

Haz el favor, dale tu número de móvil, que así se queda más tranquilo.

—¿Se lo… doy?

—Lo sé, pero es que al fin y al cabo es el jefe, ¿no?

En la pantalla, una primera cifra quedó fija en el recuadro de búsqueda de la contraseña.

—¿Sabe usted, señora? El jefe es que nada más se fía de Ugo. Que lo que yo digo es: pues entonces mejor que el jefe sea él, ¿no?

—¡Pues claro! —asintió Eugenia.

—Pero es que Italia es así. No existe la meritocracia, querida Eugenia. ¿Y sabe lo que le digo? Que el día que Ugo se jubile, ¡la jefatura perderá a su mejor hombre!

El sistema encontró el segundo dígito.

—Estupendo, faltan dos —comentó Carlo.

—Vamos, ¿que tengo un vecino importante y no lo sabía? —preguntó Eugenia, y esta vez obsequió a Casella con una sonrisa.

—Pues sí.

Casella permanecía en silencio. No por cálculo estratégico, claro está, sencillamente no llegaba a entender adónde quería ir a parar el subjefe con todas aquellas mentiras.

El tercer número quedó fijo en su cuadradito.

—Muy bien, Carlo, qué genio. —Rocco se pasó la mano por la barbilla y se oyó el chisporroteo de la barba.

—¿Puedo traerle un café?

—No, gracias, ya llevo demasiados. Ugo, mientras esperamos, te recuerdo que para mañana a primera hora necesito el informe de tu investigación patrimonial de la Saint-Rhémy-en-Ardennes, pero no me la des con la traducción en inglés, es suficiente en italiano y en francés para los compañeros de Lyon.

En cuanto oyó Saint-Rhémy-en-Ardennes, la raza que Rocco se había inventado para *Loba* y con la que contestaba a cualquiera que le preguntara por el pedigrí de la cachorra, estuvo a punto de echarse a reír. Por fin Eugenia sólo tenía ojos para él.

—De acuerdo, señor. Sólo en francés e italiano. Pero usted habla con los de Edimburgo. —Ahora que lo había entendido, empezaba a

divertirse.

—Tranquilo, Ugo, sé cómo tratar a los escoceses.

Loba se tumbó a los pies de Casella.

—¿Y esta preciosidad de qué raza es? —preguntó Eugenia.

Casella sintió que se le helaba la sangre. Rocco miró a Eugenia.

—No es de ninguna raza —contestó—. Es perra y basta.

—Pues entonces podemos inventarnos nosotros una raza —propuso Carlo.

—¿Por ejemplo? —preguntó su madre.

—Por ejemplo, ese nombre gracioso que el subjefe ha mencionado hace un segundo... Saint-Rhémy-en-Ardennes... Es bonito, ¿no?

Rocco miró al chico a los ojos. No había ironía, lo decía en serio.

—¡Pues entonces que sea un Saint-Rhémy-en-Ardennes!

Eugenia se echó a reír y se apoyó en Casella. El agente sintió que el brazo le prendía fuego y un hormigueo en el cuero cabelludo.

—Es un nombre bonito, ¿verdad, Ugo? ¿Qué opinas?

—¡Opino que es precioso! —Y la miró a los ojos.

Ella le devolvió la mirada y por unos segundos Casella dejó de estar en Aosta para irse no se sabe muy bien dónde, pero abrazado a Eugenia Artaz.

—¡Ya tenemos la cuarta cifra! —anunció Carlo señalando el ordenador.

—4/4/7/7 —leyó Rocco. Introdujo el código en el móvil, que se encendió. Rebuscó entre los mensajes.

—¿Qué busca? —le preguntó Casella, pero esta vez Rocco no respondió. Hasta que lo encontró.

—¡Aquí están! —Una serie larguísima de mensajes con Oriana Berardi—. ¡Tarde o temprano tenías que cometer un error, gilipollas! —exclamó Rocco. Ya no le quedaban dudas, Oriana Berardi y Arturo Michelini tenían una historia, por lo menos desde hacía un año, fecha del primer SMS. Ella era la misteriosa compañera del casino de la que Cecilia le había hablado. El subjefe sonrió y se puso de pie—. Carlo, has sido crucial. Eugenia, puede estar orgullosa de su hijo, tanto como yo lo estoy de Ugo. Tú y yo nos vemos a las cinco en la jefatura, ¡y trae los

mp3 de Favre que has encontrado! —le ordenó.

Casella, muy serio, inclinó levemente la cabeza.

—Mientras esperábamos, le he hecho una copia para usted —intervino Carlo, tendiéndole un *pendrive*—, así puede escucharlos con calma.

Rocco lo cogió.

—¿Y cómo lo hago?

—Es sencillo. ¡Conéctelo a un ordenador y disfrute de la escucha!

—Gracias, Carlo. ¿Qué horas son? En marcha, *Loba*, tenemos el tiempo justo para una ducha...

¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir? Había perdido ya la cuenta. Un puñado de abejas dentro del cráneo y las pulsaciones aceleradas. Sabor amargo y lengua seca. Si la espalda era un coágulo de dolor, el cuello parecía fijado con silicona. *Loba* también arrastraba los pasos, cansada y sedienta. Abrió la puerta del piso y se fue directo hacia el baño para ducharse, desnudándose ya antes de entrar. Bajo el chorro de agua caliente cerró los ojos, y detrás de los párpados vio centenares de cometas y curiosas estructuras azules, amarillas y rojas que parecían constelaciones, o quizá moléculas de ADN. Se quedó así al menos diez minutos y, al salir, una nube de vapor lo envolvió como en un baño turco. Se lavó los dientes, era agradable sentir la pasta de dientes sabor menta refrescándole la lengua y el paladar. Se frotó el pelo con la toalla, se puso el albornoz y salió. Hasta ese momento no se fijó en que Cecilia no estaba en casa. Los biombos de papel japoneses estaban abiertos. Gabriele sí que dormía en su cama. *Loba* se había reapropiado del sofá y miraba a Rocco con gesto interrogante. Bebió un poco de agua y sin hacer ruido se dirigió hacia su dormitorio.

—Hola, Rocco... —La voz de Gabriele, pastosa por el sueño, le hizo darse la vuelta.

—Duerme, Gabriè, que es tardísimo.

—Hace la tira que no te veo. —El chico tenía los ojos abiertos y la cabeza apoyada en la almohada—. ¿Qué pasa?

—Trabajo… ¿Y tu madre?

—Mamá está en Turín.

Rocco, receloso, puso una mueca.

—Es verdad. La he llamado a la oficina a las siete…

«Turín-casino de Saint-Vincent, poco más de una hora en coche», pensó el subjefe.

—¿Tienes hambre?

«¿Tengo hambre?», se preguntó Rocco. Sí, la tenía.

—Tengo que dormir… Llevo dos días sin pegar ojo.

—Preparo algo rápido. —Y Gabriele se deshizo de las mantas y salió de la cama de un brinco—. ¿Te gusta? —Se señaló la camiseta agujereada, en la que se leía: *Born to Raise Hell!*

—Directamente de la semana de la moda de Milán.

—¿A que sí? —Y se fue disparado hacia la cocina—. Mi madre ha preparado pasta *al sugo* y ha sobrado. Voy a recalentarla, no hay cosa más buena, ¿verdad? Y luego nos vamos a soñar con los angelitos.

—Gabriè, por desgracia no tengo tiempo ni de dormir.

—Pues por lo menos comes. —Y el chico cogió la sartén para ponerle aceite.

—Una cosa, ¿me prestas el ordenador? Tengo que escuchar unos de ésos… como se llamen, mp3 —le preguntó mostrándole el *pendrive*.

—¿Te vas a poner a escuchar música a estas horas?

—No es música… O, mejor dicho, es música para la magistratura.

—Cógelo, está en la cama. Mete el lápiz en la entrada USB del lateral y haz clic encima.

Rocco obedeció.

—Se ha liado la de Dios es Cristo…

—Espera, ya voy yo. —Dejó la sartén chisporroteando con la pasta dentro y se acercó a Rocco—. Déjame echar un vistazo… Ah, bueno, todos son archivos. Ahora tienes que escucharlos uno a uno haciendo clic encima, así…

Ruidos confusos. Tono de llamada.

Voz de mujer: ¿Sí?

Voz de hombre: Lo sé todo…

Voz de mujer: ¿Quién habla?

Voz de hombre: Quiero el treinta por ciento o se lo cuento al fiscal.

Voz de mujer: (Incomprensible) No sé si… Pero ¿quién habla?

Final de la conversación.

Gabriele miró a Rocco.

—¿Qué significa esto?

Rocco sonreía.

—Que hemos encontrado el tesoro, amigo mío… Venga, pincha en otro.

Parloteo. Lejano. Ruido de objetos de plástico al chocar.

Voz de hombre: Rien ne va plus…

Ruidos amortiguados.

Voz de mujer: Y yo qué sé. Lleva dos días llamándome y… (incomprensible), pero me cago en la puta, yo qué sé. Claro… claro… seguro…

Voz de hombre: 27 rouge… impair, passe.

Voz de mujer: Seguro… Al descubierto…

Ruidos confusos.

—Yo no entiendo ni jota.

—Normal. Pon el tercero…

Gabriele obedeció, luego se levantó para ir a ver la pasta, que ya emanaba un aroma delicioso.

—¿Quieres parmesano?

Voces. Platos y vasos.

Voz de hombre: ¡¡¡Hip hip!!!

Voces: ¡¡¡Hurra!!!

Risas.

Ruido de platos y vasos.

Voz de mujer 2: ¿A ver que yo me entere?

Voz de hombre: ¿Qué quieres que te diga?

Voz de mujer 2: Pero ¿estás seguro?

Voz de hombre: Al cien por cien... (ruidos incomprensibles). Cabrones, la han liado parda...

Voz de mujer 2: Yo creo que el peligro es Romano...

Se quedó mirando la lista de los archivos que quedaban por abrir en la pantalla del ordenador. Había reconocido la segunda voz femenina, el acento eslavo era inconfundible.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Gabriele.

—Nada. ¿Cuánto le falta a la pasta?

—Está prácticamente lista.

Se comieron los espaguetis crujientes concentrando toda su atención en el resto de las grabaciones. Acabado el plato, mientras se limpiaba la boca, para Rocco estaba ya clara toda la historia. No se había equivocado. La situación era mucho más simple de lo que habían creído. Favre lo había descubierto todo, el tipo de robo, el método que emplearían para llevar el efectivo a Suiza, quién formaba parte de la banda y quién lo estaba organizando todo, pero no lo había movido la sed de justicia; quería el treinta por ciento del botín. Y a ojos de Rocco, de víctima inocente se había transformado en un chantajista cualquiera. Era curioso cómo pocos días antes él mismo había fingido un chantaje a los blanqueadores para detenerlos y ahora descubría que también por un chantaje Favre había perdido la vida. Misma acción, dos finales distintos.

—¿Sabes una cosa, Gabriele? Nunca juegues con pólvora.

El chico lo miró sin entender. Faltaban un par de horas para las seis, el tiempo justo para un breve descanso y para cambiarse el enésimo par de zapatos, después llamaría a Baldi.

Ugo Casella tenía cara de sueño. Deruta, sudado, superviviente del turno de noche en la panadería de su mujer, luchaba por mantener los ojos abiertos. Italo bostezaba y D’Intino permanecía apoyado contra la

pared con su habitual mirada perdida en el vacío. Los únicos despiertos y dueños de sí mismos parecían ser Antonio Scipioni y Michela Gambino, que, apoyada sobre el escritorio con los brazos cruzados, murmuraba algo, daba la impresión de que rezaba o repetía una lección de carrerilla. Costa, de pie, escuchaba. Rocco rompió el hielo.

—Hemos finiquitado la historia del asalto al furgón y del homicidio de Favre.

Costa sonrió.

—Voy punto por punto. Empezamos por la nave abandonada utilizada como escondite por la banda y descubierta por Deruta con la participación fortuita de D'Intino. Se incautó un pedazo de plástico adhesivo amarillo chamuscado.

—Era una película adhesiva, servía para camuflar el camión —intervino Michela.

—Pero lo más importante es el mantillo. Verá, señor Costa, en dicha nave había abono para viñedos, un abono que estaba presente, y preste atención a esto, en medio de la nieve del lugar donde encontraron al conductor del furgón, Enrico Manetti. ¿Estoy en lo cierto, Michela?

La adjunta de la Científica asintió.

—El tal Manetti cuenta que primero lo durmieron poniéndole algo en la boca, y luego lo anestesiaron con Diprivan, un medicamento del que el diligente Fumagalli encontró rastros. Hasta aquí todo en orden, pero ya hay un detalle que no encaja. Manetti iba conduciendo, pero el pinchazo aparece en el brazo izquierdo, el más alejado de quien fuera sentado a su lado amenazándolo y que, siempre según la versión de Manetti, lo anestesió. Lo más lógico habría sido ponerle la inyección en el brazo derecho, estará usted de acuerdo, ¿no?

Costa reflexionó sobre el asunto mirándose los antebrazos.

—Sí, supongo que sí.

Los agentes también asintieron.

—Pero ahora vayamos más allá. Quien anestesia al conductor del furgón es Maquignaz, siempre según la versión de Enrico Manetti; Maquignaz, cuyo cadáver es hallado días más tarde. Y aquí la cosa se complica. Según lo anterior, Maquignaz formaría parte de la banda, que

después de una tangana...

—Traduzca «tangana» —ordenó Costa.

—Pelea —intervino Pierron.

—Como iba diciendo, después de una pelea, en efecto, lo elimina. Ésa es la versión que deberíamos tragarnos. Pero ¿qué es lo que había en la suela de sus zapatos, Michela?

—Debajo de sus zapatos no había rastro de ese mantillo, que, sin embargo, sí que he encontrado en el fondo de la fosa junto al río que sus asesinos cavaron para él.

—Exacto. Lo mataron de un tiro en la cabeza disparado a quemarropa, por lo que yo me he convencido de que los hechos sucedieron de otro modo. Maquignaz no tiene nada que ver con la banda, nunca llegó a bajarse del vehículo, se lo cargaron mientras todavía iba a bordo del furgón. ¿Quién lo hizo? Es evidente: el mismo que conducía el vehículo. Tanto es así que, para borrar las huellas, el furgón nos lo encontramos quemado en mitad del bosque, puesto que era primordial eliminar todas las pruebas, ¿correcto, señor?

—Correcto.

—Y si volvemos de nuevo al mantillo, ¿sabe dónde lo hemos encontrado?

Tomó de nuevo la palabra Michela Gambino.

—En la suela de los zapatos de Enrico Manetti, el conductor, el hombre que se despertó apollardado en mitad de la nieve.

—Traduzca «apollardado» —se empecinó Costa.

Quien respondió esta vez fue Antonio Scipioni:

—Agilipollado.

—Muy bien. Surge por sí sola la pregunta: si a Manetti lo anestesiaron dentro del furgón, ¿cuándo podría haber pisado esa tierra? —concluyó Costa.

—¿Es posible que lo durmieran después? —propuso Antonio.

Rocco negó con la cabeza.

—Una farsa. Llamémoslo un montaje. Y con esto se perfila la banda. Manetti conduce y, con total autonomía y tranquilidad, sube el furgón en el TIR después de cargarse a Maquignaz. Alguien cierra la puerta del

camión, que se pone en marcha, y así hace que se pierda el rastro.

—Entonces, si lo he entendido bien, la banda está formada por Manetti y una serie de miembros que desconocemos… —dijo el jefe.

—No, no los desconocemos. Y llegados a este punto entra en escena Guido Roversi y su empresa de transportes, a la que también hicimos una visita en busca de información.

—¿Quiénes hicieron la visita? —preguntó el jefe mientras se trasladaba hasta el silloncito de piel.

—Los agentes Scipioni, Pierron y yo mismo… Y descubrimos dos cosas muy importantes. ¿Las cuentas tú, Italo?

Italo tragó saliva, no estaba acostumbrado a hablar delante del jefe.

—A Guido Roversi lo apodan Farinet, por un falsificador que vivió hace muchos años en el Valle de Aosta. La cuestión es que Roversi es un falsificador con todas las letras. En una construcción prefabricada que tienen cuenta con todos los aparatos necesarios para imprimir documentos, tarjetas de crédito, etcétera, etcétera.

—Excelente. —Costa se frotó las manos—. Teníais la orden del juez para el registro, ¿verdad? Dígame que sí.

—Minucias, señor. Continúa, Italo.

—Para él trabaja un tal Paolo Chatrian. El subjefe ha encontrado documentos falsificados de este tipo, un pasaporte con nombre falso… Espere, señor, que lo tengo apuntado. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó su libretita de notas—: Peter Gheraghty. Mientras que Guido Roversi ha escogido como nombre Franco Notarbartolo. Tenemos también un pasaporte de la pareja de Roversi, Lada Chesno… No recuerdo el apellido.

—Lada Chenestav, Chedstajeva, Chenestajeva… En fin, a quién le importa, si total, ese nombre también es falso —añadió Rocco—, y Franco Notarbartolo y Peter Gheraghty estaban presentes en el casino la noche del homicidio de Favre —prosiguió Schiavone mirando a su superior.

—¿Y usted qué sospecha?

—¿Recuerda la historia del mechero blanco?

—¡Ah! —exclamó Michela Gambino—. Ya sabía yo que la maldición

del mechero blanco iba a aparecer de nuevo...

Costa miró a la adjunta, pero no captó la sugerencia silenciosa de Schiavone, que lo invitaba a no hacer preguntas.

—¿Qué maldición?

—¡Trae mala suerte! Brian Jones, Jimi Hendrix, Janis Joplin, Kurt Cobain, el club de los 27, en el momento de su muerte todos llevaban un... ¡mechero Bic blanco!

—¿Qué tiene eso que ver con el homicidio del señor Favre?

—Nada, señor —intervino Rocco—. La noche del homicidio alguien sacó del casino el mechero blanco de la pobre Cecilia Porta y lo dejó en el escenario del crimen. Un cómplice de la banda, claro está, que ha intentado despistarnos y desviar las sospechas hacia esa mujer adicta al juego. Y con esto llegamos a la última pieza del puzle: Arturo Michelini, el crupier, el homicida de Favre.

—¿También formaba parte del grupo?

—Cierto. Excelente esquiador, luego le explico por qué este detalle es importante, fue a casa de Favre en busca de las pruebas del chantaje. El teléfono móvil. Se lo llevó y probablemente lo destruyó. Pero era imposible que supiera que Favre lo había subido todo a internet, en una carpeta de Dropbox, y, gracias a la habilidad y a la insistencia de Ugo Casella, hemos encontrado esos archivos encriptados.

Costa miró con admiración al agente apuliano, que respondió con una sonrisa tímida.

—Es más —continuó Rocco—, propongo a Casella para un ascenso, y lo digo sin ironía. Bueno, pues en esos archivos está todo.

—¿Se los ha entregado al juez?

—Esta mañana a las seis menos cuarto se los he dejado a su señoría el juez Baldi. Pero aquí no acaba la historia. ¿Se acuerda del recibo con las tres iniciales?

—La A, la B y la C, si mal no recuerdo.

—Exacto, señor. Por fin sabemos a quién pertenecen dichas iniciales. La A es la empresa Assovalue, la C es Chatrian y la B es Oriana Berardi, directiva del casino vinculada sentimentalmente a Arturo Michelini. Suya es la voz femenina de las grabaciones de Favre.

Por desgracia, la víctima no se enteró de que su mejor amigo, Guido Roversi, y Arturo Michelini, el vecino del que se fiaba hasta el punto de dejarle las llaves, eran parte de la banda. Y ese despiste le costó caro.

—Schiavone, ha dicho hace un momento que Arturo Michelini es un experto esquiador y que se trata de un detalle importante.

—Cierto. Está relacionado con los réditos del robo. El dinero está en el Walliser Kantonalbank de Zermatt, en una cuenta a nombre de una tal Ljuba Simović que reside en la calle Sokobanjska de Belgrado, otro dato procedente del famoso recibo de Favre. Creo que esta Ljuba es en realidad Lada, la pareja de Roversi, que no es rusa, sino serbia. Volviendo a Michelini, era él quien se encargaría de llevar el botín a Suiza. ¿Cómo? Con el teleférico de Plateau Rosa o desde Bontadini, se sube con los esquís puestos y la mochila con el efectivo a la espalda y luego, ¡para abajo!, se desciende hasta Zermatt. —Miró a sus compañeros y luego sonrió—. Y ahora mismo Rocco Schiavone, célebre ignorante de las artes esquiadoras, merecería un aplauso tan sólo por haber nombrado dos remontes distintos.

Michela empezó a batir las manos, pero la dura mirada del jefe la dejó helada.

—Pero si Arturo está en la trena, ¿quién ha llevado el dinero hasta allí?

—Roversi. A Lada se le escapó este detalle hace unos días mientras charlábamos alegremente por las calles del centro.

—Muy bien... —Costa batió las manos—. ¡En marcha!

Rocco se levantó del escritorio.

—Nosotros nos encargamos de Guido Roversi...

—Y yo me ocupo de detener a Enrico Manetti y a Oriana Berardi —concluyó el jefe de policía—. ¿Tenemos las órdenes de captura?

Rocco lanzó una mirada al escritorio. Estaban allí, apiladas y firmadas por la fiscalía. Salieron todos de la sala.

—Antonio y yo en el primer coche. —Rocco impartía órdenes mientras bajaban las escaleras—. Italo y Casella en el segundo, y cierran la comitiva Deruta y D'Intino.

Llegaron a la explanada. Todavía no había amanecido y el frío

empalidecía el rostro de los policías. Rocco se detuvo para mirar a sus hombres uno a uno.

—Chavales, abrid bien las orejas. Nada de gilipolleces y llevad la pipa preparada, que esta gente no se anda con chiquitas. Me importan un cojón las reglas de enfrentamiento: si van armados, disparáis, no hay pero que valga. ¿Queda claro?

El viento gélido revolvía el pelo y humedecía los ojos de los agentes, que se miraban asustados.

—Mejor que caiga uno de ellos que uno de los nuestros. ¡Vamos! —Y, seguido por Antonio, se lanzó hacia el primer automóvil.

—Rocco, ¿y tu pistola? —le preguntó Antonio mientras abría la puerta.

—No la llevo.

Las siete y media. Los automóviles de la policía cruzaron a toda velocidad la cancela de Envíos Roversi levantando nubes de polvo de nieve y barro. Frenaron bloqueando la salida. Schiavone, acompañado por Scipioni, salió del primer automóvil. Los agentes Pierron y Casella, empuñando el arma, bajaron del segundo, mientras Deruta y D'Intino se detenían justo delante de la cancela para cortar el paso. El primero en reaccionar fue Paolo Chatrian, que estaba montándose en el camión. En cuanto vio llegar a los policías, huyó hacia la prefabricada más cercana. Su compañero, fornido y musculoso, se fue disparado hacia el interior de un furgón. De la cabaña salió pitando Guido Roversi, pálido, que corrió hacia la construcción con la imprenta secreta.

—¡Alto! —gritó Schiavone—. ¡Detente, Roversi!

Por toda respuesta, del habitáculo prefabricado salieron dos disparos. Casella y Pierron, los más cercanos, se tiraron al suelo; Scipioni extrajo el arma y apuntó hacia la cabaña para responder al fuego. Un par de cristales se hicieron añicos. Roversi se arrastró hacia la cabaña y Schiavone se abalanzó hacia él:

—¡Quieto, Roversi, joder!

Del furgón a mano izquierda surgieron más disparos de pistola. El

fornido la había tomado con Pierron y Casella. Italo se volvió y respondió. La cabaña escupió más balazos seguidos. De pie, Scipioni seguía avanzando y disparando. El subjefe había llegado hasta Guido Roversi.

—¿Dónde coño vas? —Se abalanzó sobre él y lo inmovilizó en el suelo.

Chatrian disparó de nuevo, pero esta vez quien le respondió fue Casella, que astilló la puerta de madera mientras el hombre que había en el furgón tenía a tiro a Pierron. Deruta también sacó el arma y, con los ojos cerrados, vació el cargador entero en el furgón y obligó al hombre fornido a esconderse en el interior del vehículo.

—¡So mierda! —El subjefe le soltó a Roversi un mamporro en el tabique nasal que lo dejó aturdido.

Luego Chatrian salió del despachito, metralleta en mano, y empezó a disparar una ráfaga gritando como un poseso. Dio en dos neumáticos de un TIR y destrozó en mil pedazos las lunas del automóvil de Rocco.

—Al suelo —conminó Rocco a su compañero.

Pero Antonio no le hizo caso, como si estuviera en trance apuntó y acertó en la pierna del gigante, que se desplomó con un gemido de dolor mientras disparaba la última ráfaga de proyectiles al aire. El que era más fuerte, al ver a su compañero herido, intentó huir por encima de la valla, pero Italo fue más rápido.

—¡Quieto! ¡Quieto, joder! —gritaba apuntando con la pistola reglamentaria a la cabeza del criminal, a quien no le quedó más remedio que levantar las manos y rendirse ante el policía.

Mientras tanto, Casella había llegado hasta Rocco y había esposado a Roversi, que se sostenía con las dos manos la nariz ensangrentada. Antonio apartó de una patada el arma del gigante.

—¡Paolo Chatrian, estás detenido! La hostia, ¡llevaba la tira queriendo decirlo!

D’Intino y Deruta se quedaron custodiando al grandullón.

De la cabaña y con las manos en alto, pálida y asustada, salió Lada. Rocco la miró.

—Tú también estás detenida, Ljuba Simović… —Y sintió un poco de

pena.

La mujer no rechistó y, derrotada, dejó que el subjefe la esposara.

—¡Nos los llevamos! ¡Antonio, llama a una ambulancia para esta mierda con patas!

Los agentes se miraban con los ojos encendidos por la adrenalina, pero sonreían. Había durado pocos segundos, un infierno del que les hablarían a sus nietos, en el caso de que algún día lograran tenerlos.

—Jefe... Me he *cagao* por la pata abajo, pero los *habemos capturao* —comentó D'Intino, y Rocco le dio una palmada en la espalda.

—D'Intì, ya te puedes coger el permiso para ir a tu pueblo. Llévate a esta gilipollas a la jefatura. —Y le entregó a Lada.

—¡Rocco! —Italo, jadeando y con la cara blanca, se acercó—. ¿Estás bien?

—Yo sí. ¿Y tú, Italo? ¿Estáis todos bien?

—Nunca he estado mejor... —Reía exaltado.

Rocco se volvió hacia Scipioni.

—Antonio, ¿has llamado a la ambulancia?

El agente, que sujetaba a sus pies al delincuente que se aferraba a su pierna herida, asintió.

—Y cuando te diga al suelo, tienes que tirarte al suelo y protegerte.

—¿Eh?

—Te he dicho que cuando te diga al suelo, tienes que tirarte al suelo y protegerte.

—Ojalá, pero es que no se me doblaban las rodillas —respondió Antonio, le temblaba la boca.

—¡Ay, la Virgen! —exclamó Italo. Rocco se dio la vuelta—. ¿Rocco? Tienes sangre... —Y le señaló la espalda.

El subjefe se llevó la mano a las lumbares y la retiró manchada.

—Me cago en... —refunfuñó. Luego la cabeza le dio vueltas, todo se volvió líquido, transparente, y cayó al suelo como sólo puede caer un cuerpo muerto.

Oscuridad sin sombras, profunda, el culo de un pozo ciego. Sin

embargo, había algo que revoloteaba, un aleteo suave y delicado, silencioso, parecía poder mover el aire que no había, casi no lo notaba. Al aleteo le llegó un haz de luz, lejana, no distinguía si se trataba de luz verdadera o de un reflejo autónomo de la retina. Se tornó azul, se convirtió en el rostro de Marina. Primero el perfil, el pelo claro; luego la frente, la punta de la nariz; por último, se volvió y aparecieron los ojos. Lo miraba y sonreía.

—Hola... —le dijo.

Habría querido alargar una mano, pero no la tenía. Ni tampoco piernas, igual que no tenía cuerpo. ¿En qué se había convertido?

—Está oscuro.

—Sí —le respondió ella y, tal como había llegado, la luz fue volviéndose cada vez más tenue hasta que al fin desapareció.

—¿Rocco? —¿De dónde provenía la voz de aquel hombre? ¿Quién era?

Como una luciérnaga lejana, el punto luminoso regresó.

—Amor, ¿eres tú?

—Soy yo, Rocco.

—No te veo, Marina.

—Todavía no puedes...

—Aquí está oscuro. Y hace frío.

La luz aumentó levemente.

—Estoy aquí.

—Estás aquí... ¿No tienes manos?

—No.

—¿No puedes acariciarme?

—No, Rocco, no puedo.

—¿Rocco? —Otra vez la voz de un hombre.

A su alrededor todo estaba oscuro de nuevo y a lo lejos, un ruido de agua goteando.

Una cueva. ¿Estaba en una cueva? ¿Cómo había ido a parar allí?

—No consigo mover nada.

—No tienes nada que mover... Ya te acostumbrarás.

—¿A qué, Marì?

—A esto.

Regresó la oscuridad densa, material, impenetrable. No había ningún olor, ningún ruido, hasta el leve aleteo había desaparecido. Luego algo se lo llevó hacia abajo, cada vez más abajo, lo lanzó por el pozo de culo negro y cayó durante kilómetros. Intentó mirar hacia abajo y apareció un bosque, sin colores, puntas de árboles grises y troncos negros, follaje blanco, se precipitaba encima de todo aquello a una velocidad absurda. Los árboles se volvieron cada vez más cercanos hasta que acabó dentro de ellos y todo se fragmentó en una miríada de puntitos voladores, un polvo blanco como la nieve que flotaba en el negro de una noche eterna. La gota empezó a caer de nuevo y había agua, tal vez una piscina, oscura, fría, algo encrespada, que reflejaba unas manchas blancas y engullía el polvo perlado. De pie sobre el agua había un hombre de espaldas. Vestía un loden, se dirigió hacia la oscuridad y desapareció.

Tenía sueño. Dormir, quizá para siempre, no mirar nunca más nada, dejarse mecer por el agua que goteaba y quedarse quieto en la oscuridad, no pedía nada más. ¿Era eso morir? ¿Quedarse así, inerte en medio de la nada, regresar a la nada como antes de nacer con algún retazo de memoria todavía con vida? La foto de su padre delante de la imprenta cobró vida. Sonreía y abrazaba a Sabatino, pero él con su Atala ya no estaba, había huido.

—¿Rocco?

Otra vez la voz del hombre. Y estaba allí, delante de él. No lograba distinguir sus rasgos faciales, como si llevara una bolsa de plástico transparente en la cabeza. Luego las facciones volvieron a su sitio y, como en un puzle, el rostro se convirtió en el de Fumagalli.

—¿Rocco?

—¿Alberto?

—Sí, Rocco, soy yo...

—¿Estás aquí?

—Aquí estoy...

—¿Qué? ¿Estás abriéndome?

—Serás cazurro, si estuviera abriéndote, no íbamos a estar

hablando, ¿no?

Un caso lleno de pasiones, crímenes y vicios inconfesables. Vuelve Rocco Schiavone, el subjefe políticamente más incorrecto



Mientras Rocco Schiavone sigue sin tener clara la identidad del asesino de Romano Favre, inspector jubilado del casino de Saint-Vincent, un furgón blindado con tres millones de euros procedente de esa famosa casa de apuestas y con destino al banco Carige de Aosta desaparece misteriosamente. Cuando el cuerpo de Enrico Manetti, uno de los guardias del vehículo, aparece aturdido y semicongelado en un recodo de la carretera, Rocco empieza a sospechar que ambos casos pueden estar relacionados. Y como si las intrigas del casino, el clima inhóspito de Aosta y los problemas del joven Gabriele no bastaran, Enzo Baiocchi, el peor enemigo de Rocco, amenaza con revelar secretos que podrían llevar al subjefe a prisión.

La crítica ha dicho:

«Antonio Manzini ha dibujado un personaje extraordinario».
Andrea Camilleri

«El heredero de Montalbano se llama Rocco Schiavone».

La Repubblica

«Antonio Manzini ha hecho del subjefe de policía Rocco Schiavone un personaje inolvidable, que crea adicción».
Corriere della Sera

«Schiavone, con ese aire de mujeriego un tanto maldito, siempre fuera de lugar, perpetuamente rehén de su loden y sus Clarks inadecuados para los rigores del invierno, logra salir airoso de una intrincada investigación, con un desenlace que dista mucho de ser obvio».
Il Messaggero

Antonio Manzini (Roma, 1964), actor, director de cine y teatro y escritor, fue alumno de Andrea Camilleri en la Accademia Nazionale d'Arte Drammatica. Ha publicado las novelas *Sangue marcio, La giostra dei criceti*, *Sull'orlo del precipizio* y *Gli ultimi giorni di quiete,* así como varios libros de relatos, dos de ellos a cuatro manos con Niccolò Ammaniti. Recibida con entusiasmo tanto por la crítica como por los lectores, su serie dedicada al subjefe Rocco Schiavone, que consta ya de once novelas publicadas en una década, lleva tres millones de ejemplares vendidos en Italia, se ha traducido a siete idiomas y se ha adaptado a la pequeña pantalla con un rotundo éxito de audiencia. Además de la colección de relatos *El anillo perdido: Cinco investigaciones de Rocco Schiavone*, Salamandra ha editado las siete primeras entregas de la serie: *Pista negra*, *La costilla de Adán*, *Una primavera de perros*, *Sol de mayo*, *7-7-2007*, *Polvo y sombra* y *Hagan juego*.



Título original: *Rien ne va plus*

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-19456-61-8

Compuesto en: Comptex & Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Índice